



UN BESO

prohibido

PATRICIA BONET



SERIE UN BESO 4



Un beso prohibido

Patricia Bonet

Copyright © 2023 Patricia Bonet

© Patricia Bonet

1ª edición, noviembre de 2023

Diseño de cubierta: Imagina Designs

Corrección: Mar Carrión

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los lugares que aparecen en esta novela son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

*Para todas las personas a las que, alguna vez,
les han dicho que no valen.
Que nadie te diga que no puedes hacer algo,
ni siquiera tú misma.*

*Te quiero, no por quién eres,
sino por quién soy cuando estoy contigo.*

Gabriel García Márquez

Contents

Title Page	
Copyright	
Dedication	
Dedication	
Prólogo	
PRIMERA PARTE: PASADO	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
SEGUNDA PARTE: AHORA	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Capítulo 31	
Capítulo 32	
Capítulo 33	

[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Prólogo

Agosto 1999

Agarraba con tanta fuerza las asas de su mochila que le dolían los dedos. También le castañeaban los dientes. Estaba muy nerviosa. Miraba hacia todas partes con temor intentando encontrar una salida, pero no había ninguna. Solo muchos niños correteando de un sitio a otro y poniéndola a ella cada vez más y más histérica.

El timbre sonó y dio un respingo. Se acercaba la hora y solo podía pensar en cómo convencer a su madre para que la dejase volver con ellos. Sabía que no iba a ser fácil, pues sus padres eran muy serios y ya le habían advertido de que esta era su nueva vida y que tenía que adaptarse a ella. Pero es que ella no quería. Echaba de menos su casa y a sus amigos. A su abuela. ¿Y si no volvía a verla?

¿Por qué sus padres habían decidido irse a Estados Unidos a vivir? Era demasiado pequeña para saber a cuánta distancia estaba su nueva casa de la antigua, pero tenía que ser mucha, porque el viaje se le había hecho eterno.

—Aiko. ¡Aiko! —Estaba tan nerviosa y ansiosa que no se había dado cuenta de que su hermana mayor la estaba llamando. Las dos estaban de pie, una junto a la otra, esperando a que su madre terminara de hablar con la que creía que era la directora para que las dejase entrar en su nueva clase.

Tragó saliva y miro a Suki de reojo. Era tres años mayor que ella y se notaba. Sobre todo, porque, a diferencia de ella, Suki era una niña muy alta para su edad. Ella era demasiado bajita, y esa era otra de las cosas que la ponían nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó entre dientes y sin mover los labios. No quería que su madre la pillara hablando y se enfadara con ella.

Sintió un tirón en el bajo de la falda que llevaba. Al mirar, vio que era la mano de su hermana, que movía los dedos en su dirección. La miró a la cara con el entrecejo fruncido. Suki soltó un breve suspiro y volvió a estirar de su falda.

—Dame la mano —le dijo su hermana también entre dientes.

Aiko miró a su madre, después a la mujer con la que hablaba y, por último, la mano de su hermana. Soltó el asa de la mochila y, despacio, fue bajando la mano por su cuerpo hasta encontrar los dedos de su hermana. Una vez dio con ellos, los agarró tan fuerte que si de verdad tuviera mucha fuerza los habría roto.

Suki le devolvió el apretón y con un ligero tirón la pegó a ella.

—Todo va a ir bien —le susurró su hermana. Aiko sintió algo parecido a un nudo subiéndole por la garganta.

—¿Y si nadie quiere jugar conmigo? ¿Y si estoy sola? —Eso la aterraba. ¿Y si nadie se acercaba a ella? ¿Y si se reían de ella por la forma de sus ojos? Allí nadie los tenía como ella. ¿Y si se reían porque era diferente?

Intentó tragar el nudo, pero este parecía hacerse cada vez más grande.

Aunque tenía la vista fija en la espalda de su madre, le pareció ver que su hermana negaba con la cabeza.

—Vas a hacer amigas enseguida, ya lo verás. Serían tontas si no quisieran ser tus amigas. Molas un montón.

La pequeña sonrió por primera vez en horas. Apartó la vista de la espalda de su progenitora para mirar a su hermana. Esta también la miraba a ella.

—Lo dices porque eres mi hermana.

—Lo digo porque es la verdad.

A pesar de llevarse tres años, Aiko y su hermana siempre se habían llevado bien. Le gustaba tener una hermana mayor. Cuando eran más pequeñas, habían jugado mucho juntas. Lo que más les gustaba por aquel entonces era inventar recetas de pasteles con la plastilina. A Suki no le gustaba tanto la repostería como a su hermana pequeña, pero a Aiko le apasionaba. Su abuela le dijo una vez que lo llevaba en la sangre. Nunca supo a que se refería con eso, pero, si se lo había dicho su abuela, tenía que ser algo bueno.

El timbre volvió a sonar y las dos hermanas se apretaron con fuerza la mano. Como si alguien hubiera apretado un interruptor, las voces de los demás niños y sus pisadas cesaron de golpe.

A Aiko le entraron ganas de llorar.

Su madre terminó de asentir a algo que le decía la mujer y se dieron la mano. Cuando se giró, Aiko irguió la espalda todo lo que pudo. Se acercó a sus hijas y las miró desde arriba.

—Vendré a las tres a por vosotras. A partir de mañana ya iréis y vendréis en el autobús. No nos decepcionéis. —En vez de hablar en japonés, su lengua materna, sus padres habían decidido que les hablarían solo en inglés. Según ellos, era la mejor forma de que aprendieran el idioma, aunque ella lo hablaban a la perfección, pues lo llevaban practicando desde que nacieron.

Tanto Suki como Aiko asintieron con la cabeza y se quedaron inmóviles y cogidas de la mano, mientras veían desaparecer a su madre. Aiko pensó que ya no iba a poder marcharse con ella.

—Hola, chicas. ¿Nos vamos? —La mujer que había estado hablando con su madre se había acercado a ellas y las miraba sonriente. A Aiko le cayó bien. Tenía una bonita sonrisa.

Alguien con una sonrisa tan bonita no podía ser malo.

—Sí —contestó Suki. Ella se limitó a concentrarse en no llorar.

Las tres salieron juntas de ese despacho y comenzaron a andar por el pasillo. Su hermana no le había soltado la mano y ella no pensaba hacerlo. Llegaron a una puerta de color verde y se pararon frente a ella. La mujer miró a la mayor.

—Esta es tu clase, Suki.

—De acuerdo —dijo esta. Rodeó a Aiko y se colocó frente a ella. Se agachó hasta que ambos pares de ojos quedaron a la misma altura—. Ya te he dicho que todo va a salir bien.

—Tengo miedo.

—Eres la niña más valiente que conozco. Te veo en la cafetería, ¿vale? —Le dio un brazo. Aiko cerró los ojos. Iba a echarse a llorar.

—Si nadie se sienta conmigo, ¿te sentarás tú?

—Por supuesto.

En cuanto vio a su hermana desaparecer tras esa puerta verde apareció la primera lágrima. Se la secó con rapidez. No podía llorar.

Sus padres se lo habían prohibido.

—Tu clase está por aquí, Aiko. Ya verás, hay muchas niñas y muchos niños de tu edad.

Asintió. Quería decirle algo, como «gracias», pero no le salían las palabras. Ahora que no tenía la mano de su hermana para apoyarse, volvió a sujetar el asa de la mochila.

Llegaron hasta una puerta de color rojo y se pararon frente a ella. A Suki le gustaba el rojo. Era el color del amor.

La directora abrió la puerta y entró. Ella la siguió. Al hacerlo, se encontró con una clase llena de niños, todos riendo y sentados en el suelo en un círculo enorme. En el medio, una chica mayor, que supuso que era la profesora, iba disfrazada de hada y tenía un libro en la mano.

Le encantó. No tenía nada que ver con su clase en Japón.

—Laura, esta es Aiko. Es nueva en el pueblo. Viene desde Japón.

Escuchó varios «¡Ohh!» y «¡Hala!», pero ella solo podía mirar a la mujer disfrazada de hada. Le gustaba mucho el vestido que llevaba.

La hada salió del círculo y se acercó a ella. Le dio un abrazo y la sujetó por los hombros.

—Niños, niñas. Esta es Aiko. ¿Cómo la recibimos?

—¡¡Hola, Aiko!! —gritaron todos a la vez.

Sonrió. Le gustaba ese saludo.

—Perfecto. —La mujer la miró—. ¿Por qué no dejas tu mochila aquí mismo y vas a sentarte en el círculo? Estamos leyendo un cuento.

Asintió. Dejó la mochila a sus pies y comenzó a mirar en derredor. ¿Dónde podía sentarse? De repente, una niña rubia con una sonrisa desdentada se levantó de donde estaba y se acercó a ella decidida.

—Hola, me llamo Buffy.

Aiko abrió los ojos. Nunca había oído ese nombre.

—Tienes un nombre muy guay. —La niña sonrió, por lo que los huecos que los dientes caídos le habían dejado se le vieron más.

—El tuyo también es muy chulo. Me gusta.

—Gracias.

—¿Te quieres sentar con nosotras? —Señaló a su espalda a otras dos niñas, una pelirroja y la otra también rubia, que la saludaban igual de sonrientes que la niña con la que estaba hablando.

Aiko sonrió y su nueva amiga dio una palmada en el aire, contenta. Se sentó en medio de las otras dos niñas.

—Me llamo Meadow —dijo la pelirroja.

—Yo Zoe —dijo la otra rubia.

—Yo Aiko.

La directora se marchó y la profesora volvió al centro del círculo. Todos los niños se callaron y la miraron. Aiko también, aunque seguía estando un poco nerviosa.

—Vienes de Japón, ¿verdad? —le preguntó la nueva niña rubia en un tono de voz muy bajito. Las otras dos también la miraban. Se sintió un poco intimidada, aun así, asintió. Las tres niñas sonrieron mucho—. Qué guay.

—Ha dicho la señorita que este año vamos a dar los países y que tenemos que elegir un país. ¿Quieres que nosotras cuatro hagamos Japón?

Aiko sintió algo caliente en el pecho, no sabía qué era. Solo supo que le hacía muy feliz saber que esa niña pelirroja iba a hacer un trabajo y que quería contar con ella.

Se encogió de hombros y asintió. Sus tres nuevas amigas aplaudieron.

—Te va a encantar Variety Lake, es el mejor pueblo del mundo.

—No has ido a otro pueblo nunca, Buffy. ¿Cómo lo vas a saber?

—Porque mi abuelo lo dice, y él sí que ha viajado a otras ciudades.

Tanto Zoe como Meadow asintieron.

La primera se inclinó hacia delante.

—Nos vamos a apuntar las tres a clases de ballet. Nuestras madres nos han dicho que este año ya podemos porque somos mayores. ¿Te quieres apuntar con nosotras? Es muy divertido.

—Y tienes que venir un día a mi casa. Vivo en un hotel.

—Yo en una granja. —Aiko miró asombrada tanto a Buffy como a Meadow. ¿La primera acababa de decir que vivía en un hotel? ¿Y la otra en una granja?

La profesora las mandó callar. Tres veces. Las cuatro obedecieron, pero solo durante un minuto. Las tres amigas estaban fascinadas con la niña nueva y la niña nueva con ellas tres. Cuando acabó la clase y salieron al patio a jugar, lo hicieron las cuatro juntas. Le enseñaron a Aiko el colegio entero y le presentaron a Eric, el hermano de mayor de Meadow, y a Tom y Liam, sus inseparables amigos. Se alegró al comprobar que los tres iban a clase con su hermana. Eso significaba que no estaría sola. Buscó a Suki por el patio y la encontró en una esquina con su inseparable libreta en la mano y rodeada de otras niñas. A su hermana le encantaban las ciudades. No había viajado mucho, pues solo tenía nueve años, pero ya le había prometido a su hermana pequeña que pensaba recorrer el mundo cuando fuese mayor, así que iba anotando en esa libreta todos los lugares nuevos que iba descubriendo y curiosidades de cada uno de ellos. Lo acompañaba de fotos que recortaba de periódicos, revistas... Aiko la admiraba. Parecía tener muy claro lo que quería.

Como si supiera que la estaban observando, Suki levantó la cabeza. Las dos sonrieron. Saludó con efusividad a su hermana y le levantó el dedo pulgar en el aire. Esta le respondió de la misma manera.

Aiko dio media vuelta y volvió con sus nuevas amigas. Compartieron almuerzo, jugaron al escondite e incluso se hicieron peinados en el pelo. Aiko solo llevaba el pelo suelto o, como mucho, con una coleta alta, por lo que se sorprendió que niñas tan pequeñas supieran hacer hasta trenzas. Pero se dejó hacer. Tanto, que esos nervios con los que se había despertado esa mañana desaparecieron.

Era muy pequeña y no sabía identificar bien los sentimientos, pero el de la felicidad sí. Y sabía que se sentía extremadamente feliz.

—Aiko —la llamó Zoe una vez se acabó el patio y emprendieron el camino de regreso a clase —. Me flipan tus ojos. Creo que son preciosos.

PRIMERA PARTE: PASADO

Capítulo 1

Febrero 2009

Para las chicas, hay dos cosas que son muy importantes con respecto al baile de graduación.

Una, elegir el vestido perfecto, y Aiko no lo encontraba. Las cuatro chicas se habían recorrido medio centro comercial y no había conseguido dar con él; que si uno era demasiado largo, de otro le horrorizaba el color, con otro se sentía más bajita de lo ya era...

Hacía tres tiendas que Meadow y Buffy habían encontrado el suyo, y Zoe hacía días que también lo tenía, pues había ido a comprarlo con su madre, así que solo quedaba ella.

Le hubiese encantado que Suki también la hubiese acompañado, pues su hermana mayor tenía un gusto increíble para la moda que Aiko siempre había envidiado y adorado a partes iguales, pero le había surgido un compromiso de última hora y no había podido ir, aunque le había prometido que, en cuanto ambas llegasen a casa por la noche, se encerrarían en su cuarto y Aiko le haría un pase de modelos.

La otra cosa importante con respecto al baile de graduación era tener acompañante, y Aiko tampoco lo tenía. Solo faltaba un mes para el gran día y estaba un poco nerviosa, aunque fingía que no delante de sus amigas cuando estas le preguntaban. Incluso estas creían que era porque nadie se lo había pedido todavía, cosa que era mentira. Se lo habían pedido dos chicos, Conrad y Ryan.

Conrad era un chico de un curso menos que estudiaba con ella química avanzada. Ryan, por su parte, era un chico del pueblo vecino que acostumbraba a desayunar con sus padres y su hermana en Suki's los domingos por los mañanas y que había entablado una especie de amistad con Aiko, pues a los dos les gustaba cocinar y soñaban con viajar a París y estudiar en Le Cordon Blue, la escuela de cocina más prestigiosa del mundo. Un sueño que Aiko veía imposible porque sabía que sus padres no la iban a dejar ir. Aun así, le gustaba hablar con Ryan del tema y, sobre todo, ver vídeos de la escuela, hablar de recetas, de qué lugares visitarían cuando fueran a París... Cosas así.

Pero ella no quería ir con ellos. Aunque le caían bien y se sentía cómoda con ellos, sobre todo con Ryan, ella quería ir con Tom. Su amigo. El chico de la sonrisa perenne.

Aiko no sabía qué sentía exactamente por él. Solo sabía que, cuando estaba con Tom, se sentía ella misma. No tenía que fingir, algo que era difícil de conseguir con dieciséis años.

Tom la hacía sentir cómoda y valorada. Se interesaba por sus gustos, se reía con él a carcajadas y, para qué mentir, también la hacía sentir bonita, aunque Tom era un chico tan dulce y atento que no podías sentirte de otra manera estando con él. Así que sí, Aiko le había dicho que no a Conrad y a Ryan porque esperaba poder ir con Tom, solo que su amigo no se lo había pedido, evidentemente, y ella se moría de vergüenza solo de pensar en pedirselo ella, por eso había pensado convencer a sus amigas para ir todos juntos. Si iban en grupo para ella todo sería más cómodo y menos vergonzoso. Vale que Tom, Eric y Liam ya tuvieron su baile de graduación hacía un par de años y que estaban a otro nivel que el de ellos, pues ya eran chicos

universitarios y Aiko sabía que las cosas de instituto les podían parecer ridículas, pero también sabía que Eric haría cualquier cosa por su hermana, Meadow, y Liam por Zoe, así que solo era cuestión de encontrar el momento adecuado para hacer la pregunta y hacerla con toda la inocencia que la caracterizaba.

Con una de las dos cosas resueltas (bueno, a medias), quedaba por resolver la otra; el vestido.

Se miró en el espejo de cuerpo entero que tenía enfrente y sonrió. Le gustaba. Era de un color rosa palo precioso, con escote palabra de honor y doble vuelo en la falda.

—¿Podemos pasar? La intriga nos está matando.

—Y yo me estoy haciendo pis. No sé si voy a poder aguantar mucho más.

La voz esperanzada de Zoe y la ansiosa de Buffy le llegó a través de la puerta cerrada. Le hubiera gustado que sus tres amigas hubiesen entrado con ella en el probador, como habían hecho en las otras tiendas, pero este era tan minúsculo que a duras penas cabía ella sola. No se quería ni imaginar cómo estarían las cuatro ahí dentro.

Respiró hondo, abrió la puerta y salió. Zoe, que estaba sentada del revés en la butaca, con la cabeza colgando y los pies en el respaldo, casi se mata al ponerse de pie. Buffy, que caminaba de un lado a otro, se paró de golpe y Meadow, que comía golosinas a puñados apoyada en la pared, se quedó con estas a medio camino y con la boca abierta.

A Aiko le encantaron las sonrisas que cruzaron los rostros de sus amigas tras mirarla de arriba abajo.

—Estás preciosa —murmuró Meadow tras unos segundos de silencio, corroborando así la expresión que Aiko había intuido en sus caras.

—¿Os gusta?

—¿Gustarnos? Aiko, estás... estás... —Era la primera vez que su amiga Buffy se quedaba sin palabras, y eso no hizo más que sonrojarla.

Les dio la espalda y se miró de nuevo en el espejo de dentro del probador. Ella también se veía preciosa. Era el vestido número veinte que se probaba y creía que no lo iba a encontrar nunca, pero lo había hecho. Miró a sus amigas a los ojos a través del espejo.

—Creo que lo he encontrado.

—¡Aleluya! —gritó Buffy mientras alzaba los puños al aire en señal de victoria. Las tres rompieron a reír.

—Creía que no lo iba a encontrar nunca.

—Pero lo has hecho. Y ¿sabes qué? —Zoe se acercó a ella por detrás, sonriente, y le recogió su larga cabellera negra en un moño alto tipo bailarina—, que con el pelo recogido, algo así, vas a terminar de estar rompedora.

—La más bonita de toda la fiesta —corroboró Meadow sin dejar de sonreír.

Podía parecer una tontería, pero Aiko tenía ganas de llorar. No se consideraba fea, tampoco una belleza. Era una chica del montón, y eso estaba bien, porque odiaba destacar, pero sí que era cierto que, de las cuatro, era la más insegura. Sus amigas siempre se encargaban de subirle la moral y, sobre todo, de quererse tal y como ellas la querían. Y, aunque lo intentaba, le costaba. Por eso, cuando recibía un piropo de ellas, le entraban ganas de llorar de la emoción. Sobre todo, cuando veía la sinceridad en los ojos de las tres cuando se lo decían.

Se mordió el labio, tímida, aunque también feliz.

—Es bonito, ¿verdad? —Dio una vuelta sobre sí misma y suspiró emocionada cuando escuchó el *flu flu* de la falda al moverse.

—Es este. Vas a ser la envidia de la fiesta.

Aiko soltó una carcajada y volvió a dar una vuelta. Le encantaba.

Se miró los pies y arrugó la nariz.

—Me faltan los zapatos. Le pediré unos a Suki.

—Me ha parecido ver unas sandalias de tiras en la tienda de al lado. ¿Te los traigo? —Zoe ya se estaba dando media vuelta.

Aiko se giró y la retuvo cogiéndola por la muñeca.

—No puedes traerme unos zapatos de otra tienda sin haberlos pagado.

—Pues vamos a la tienda con el vestido puesto y te los pruebas allí. Tenemos que ver si pegan con el vestido y, sobre todo, si te son cómodos.

La morena abrió los ojos horrorizada.

—¿Cómo voy a moverme así vestida por el centro comercial?

—Poniendo un pie detrás de otro.

Miró a Meadow.

—Repito. No puedo ir así vestida por el centro comercial. Además, ya me voy a saltar el presupuesto con este vestido. Mi hermana tiene muchos zapatos. Seguro que encuentro unos que le peguen.

Aiko sintió un tirón. Zoe se había soltado de su agarre y caminaba hacia atrás. Lo hacía con un brillo travieso en los ojos.

—Pues no te muevas. Voy a por los zapatos, los compro y te los traigo. Si te vienen, ya tienes mi regalo de cumpleaños. Si no te vienen, los devolvemos y miramos otros.

—Te acompaño. Los pagamos entre las dos.

—¡Entre las tres! Pero, en serio, yo voy mientras a hacer pis. Creo que mi vejiga está a punto de explotar.

Aiko tardó medio segundo en entender las palabras de sus amigas. Cuando lo hizo, estas ya estaban a punto de salir por la puerta de la boutique.

—¡Chicas, no podéis regalarme unos zapatos! —Se arremangó la falda y salió detrás de las tres, pero ya habían salido de la tienda y corrían hacia la zapatería fingiendo que no la escuchaban—. ¡Y mi cumpleaños es en julio! ¡Estamos en febrero!

—¡Pues te los regalamos porque te queremos!

—¡Zoe! ¡¡Chicas!!

Las tres la despidieron con la mano, alegres, y desaparecieron; dos de ellas dentro de la otra tienda y la otra tras una puerta que estaba unos pocos metros más al fondo. Aiko suspiró, abatida, y se soltó la falda. Sus amigas eran increíbles, en todos los sentidos más amplios de la palabra. No podían regalarle unos zapatos, cosa que discutiría con ellas en cuanto volvieran, aunque eso no evitó que riera feliz.

Estaba a punto de regresar al probador, cuando algo en la distancia captó su atención. O, más bien, alguien.

Su hermana Suki estaba subiendo las escaleras mecánicas y no iba sola. Alguien a quien ella conocía muy bien iba a su lado, sujetándola por la cintura, y ese alguien no era otro que Tom. Ambos reían a carcajadas, ajenos a lo que les rodeaba.

Ajenos a ella, que los miraba con los ojos abiertos de par en par y un regusto amargo y ácido que comenzó en el estómago y subió hasta la garganta, oprimiéndosela. Uno que le hizo llevarse las manos a la garganta y que se intensificó cuando vio a su amigo inclinarse sobre su hermana y besarla. Suki le rodeó el cuello con los brazos y profundizó el beso. Estaban tan centrados el uno en el otro que no se dieron cuenta de que habían llegado al final de la escalera hasta que tropezaron y a punto estuvieron de caer al suelo.

A pesar de la distancia que los separaba y de la cantidad de gente que había, Aiko podría jurar

que escuchó las carcajadas de ambos. Unas carcajadas que le pellizcaron el pecho y la hicieron estremecer.

¿Tom era el imprevisto de última hora que le había surgido a su hermana? ¿Suki y Tom estaban juntos? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se lo habían dicho? Habían ido los dos juntos a clase, habían compartido fiestas, eventos del pueblo e incluso alguna comida entre familias. Sabía que se llevaban bien porque, bueno, era difícil no llevarse bien con Tom, pero no se les podría considerar amigos, más bien conocidos. Suki tenía a sus amigos y Tom a los suyos, que la incluían a ella, pero ¿esto?

Volvió a notar un vacío en el estómago al tiempo que sintió algo húmedo y pegajoso en la mejilla. Se llevó una mano a la cara y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando. Se limpió rápido los ojos y fue directa al probador. Se quitó el vestido que, de repente, la estaba ahogando, y lo dejó hecho un gurrño en el suelo. Se agachó y se aferró con fuerza a las rodillas dobladas. Escondió la cabeza entre las piernas y respiró hondo.

No sabía por qué estaba llorando. Se sentía tonta. Tom no le gustaba. Bueno, sí, sentía algo más especial por él que por el resto, pero solo era por lo bien que él se portaba con ella, nada tenía que ver con el amor. Aun así, cada vez que cerraba los ojos y los veía, a Tom y a Suki, algo se le revolvía por dentro. Algo que la hacía volver a llorar.

Suki. Tenía que ser por ella. No porque no quisiera que su hermana no fuera feliz. La adoraba. Suki y sus amigas eran su pilar, las personas en las que más confiaba, solo que le había chocado de alguna manera verlos a ellos dos juntos. Que no se lo hubieran dicho. Pero se acostumbraría. Si Suki y Tom estaban juntos, se alegraría por ellos. Los quería a ambos y, cuando quieres a alguien, solo puedes alegrarte por las cosas buenas que les pase.

—¿Aiko? ¡Tenemos los zapatos! —La llegada de sus amigas la sobresaltó. Se había olvidado de ellas.

Intentó eliminar cualquier rastro de lágrimas de su rostro y miró el vestido. No le apetecía nada mirarse los zapatos. No se sentía con ganas, pero no quería decepcionar a sus amigas. Habían ido adrede a por ellos, así que no le quedaba más remedio que mentir. Se vistió rápido con su ropa y cogió el vestido del suelo. Abrió la puerta de un tirón y por poco no se chocó con Zoe.

—Cuidado, fiera. ¿Quieres...? —La rubia se calló de golpe en cuanto Aiko levantó la cabeza. Zoe entrecerró los ojos, haciendo desaparecer cualquier rastro de sonrisa de su rostro, y se acercó a ella—. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

—No me encuentro muy bien. Me repite el burrito de antes. —Y ahí estaba la mentira.

Meadow, que se había acercado también a ella preocupada, le quitó el vestido de la mano y le pasó un brazo protector por los hombros.

—¿Tienes angustia? ¿Quieres que vayamos al baño? —Aiko negó con la cabeza.

—Me quiero ir a casa.

—Vale. Pues vamos a pagar este vestido y nos marchamos. —La pelirroja se giró hacia Zoe—. ¿Vas a buscar a Buffy?

—Claro.

Aiko se dejó hacer. Se dejó arrastrar por Meadow hasta el mostrador y de ahí a la parada del autobús. Se sentía más tonta que hacía quince minutos. Primero, por seguir llorando, segundo, por mentirle a sus amigas y, tercero, por buscar a Tom y a Suki como una loca por todo el centro comercial.

No supo si sintió alivio o decepción cuando no los vio.

Las tres la acompañaron hasta su casa y se marcharon a regañadientes a la suya cuando Aiko

les dijo que prefería estar sola. Que se iba a tumbar en la cama y descansar. Y eso fue justo lo que hizo, después de dejar el vestido colgado en el armario y la caja en el suelo.

También lloró un poco más, además de fingir que estaba dormida cuando Suki llegó a casa y llamó a su puerta. Cuando le preguntó si había encontrado el vestido y que se moría por ver cómo era.

Lo que también hizo fue enviarle un mensaje a Ryan y preguntarle si seguía en pie lo de acompañarla al baile. Sintió alivio cuando este le dijo que sí, aunque el pinchazo en el pecho tardó bastante en desaparecer.

Capítulo 2

Abril 2013

La puerta que tenía justo enfrente estaba cerrada y Tom solo pensaba en poder echarla abajo.

Estaba de los nervios.

Su vida dependía de ese resultado y, aunque sabía que tenía que esperar cinco minutos, no podía aguantar más. Aunque, en el fondo, ya intuía lo que iba a salir. No porque él fuese adivino, sino porque las pruebas eran evidentes.

Se sentó en la cama y se pasó las manos por el pelo justo antes de echarle un vistazo a la hora que figuraba en la pantalla del teléfono móvil y suspirar hastiado cuando vio que solo habían pasado dos minutos desde la última vez que la había mirado.

Eran los dos minutos más largos de su vida.

Como aún le quedaban otros tres, decidió pasearse por la habitación. Era la primera vez que estaba allí. Ya había ido otras veces a casa de los Tanaka, pero nunca había entrado en la habitación de Suki. En realidad, nunca había pasado de la cocina. Los padres de Aiko y Suki era muy estrictos, además de muy celosos de su intimidad, y no les gustaba que nadie pisara sus habitaciones, y mucho menos las de sus hijas. Ni siquiera él, que era uno de los mejores amigos de Aiko desde, prácticamente, el primer día que las dos hermanas pisaron el colegio de Variety Lake.

Hacía ya demasiados años de ese día.

Cerró los ojos con fuerza un segundo y sacudió la cabeza. No quería pensar en lo que iba a pasar como el resultado diese positivo; lo iban a matar. No sus padres. Esos se enfadarían, pero no por haber dejado embarazada a una chica, sino por haberlos hecho abuelos tan jóvenes. Los de Suki, sin embargo, lo abrirían en canal con una de las *katanas* que el padre de las chicas conservaba en el sótano de la casa.

Un sudor frío le recorrió la espalda y casi lo hizo vomitar. No podía pensar eso; a lo mejor, el resultado era negativo y todo quedaba en una falsa alarma; a lo mejor, daba positivo y se alegraban porque iban a tener una nieta o un nieto; a lo mejor, a los cerdos les habían crecido alas y se convertían en aves voladoras.

Abrió los ojos y siguió dando vueltas. Preocuparse por algo que todavía no había sucedido no tenía sentido. Adelantarse a los posibles problemas estaba mal. Su madre siempre le decía que estos había que resolverlos cuando llegasen, porque nunca sabes con certeza si lo harían, cómo llegarían, ni cuándo. Era de las pocas cosas en las que estaba de acuerdo con su progenitora.

Pasó la mano por la fila de libros que había en la estantería y se sorprendió al ver tantísimas guías de viaje. Japón, España, Alemania, Canadá, Portugal... Había de casi todos los países del mundo. Dejó de mirar la estantería y se fijó en la pared grande y blanca que había sobre la cama. En ella había un mapamundi gigante. Estaba repleto de chinchetas de diferentes colores. Por ejemplo, en la zona de Japón había algunas de color verde y otras de color amarillo, mientras que en la de España o Portugal predominaban las de color rojo. También había azules y alguna

naranja.

Dejó la guía de Canadá que había cogido en su sitio y se acercó al mapa. Busco Variety Lake y vio que sobre este había una chincheta de color negro. La única, de hecho.

—Representa los lugares a los que he ido, a los que me gustaría ir, de los que me han hablado bien, mal... Y del que siempre he querido escapar. —La voz de Suki a su espalda lo sobresaltó. Se llevó una mano al pecho y se giró para encontrarse con la cara más triste que había visto en su vida.

Suki estaba de pie junto a la puerta abierta del cuarto de baño, descalza, con el pelo negro suelto a la altura de los hombros, la tez blanca, los ojos rojos y los brazos laxos a ambos lados del cuerpo. En una de las manos sostenía la prueba de embarazo. La apretaba con tanta fuerza que los nudillos estaban del mismo color que su cara.

Tom no preguntó. No hacía falta.

En un par de zancadas se acercó a ella y la estrechó contra su cuerpo tan fuerte como pudo. Suki se dejó hacer. Estaba tan tesa que parecía que estuviera abrazando al palo de una escoba.

Tom se mordió el labio y se ordenó tranquilizarse. No podían derrumbarse los dos. Uno tenía que ser el fuerte y sabía que ese papel le correspondía a él. Aunque quisiera gritar. Aunque quisiera hacerlo hasta quedarse afónico.

La morena por fin pareció reaccionar y le pasó las manos por la cintura. En cuanto apoyó la frente en su pecho, la escuchó sollozar. Tom subió una de las manos hasta su pelo y comenzó a acariciárselo.

—No pasa nada.

—Estoy embarazada, Tom. Embarazada.

Él siempre había querido ser padre. Era un chico tradicional y hogareño en ese sentido. Su amigo Liam siempre se reía de él porque decía que lo veía de mayor siendo el típico hombre de familia con mujer, hijos, casa con valla blanca y perro. Y sí, qué narices, quería esa estampa, pero no ahora. Solo tenía veintidós años. No tenía ganas de compromisos tan grandes e importantes a esa edad. Veía a su amiga Meadow con Ethan y, aunque quería a ese niño con toda su alma y sabía que, para su amiga, no había nada más importante que ese pequeño, no la envidiaba en absoluto.

Pero había pasado. Suki estaba embarazada y ya no valían los lamentos. Valían las soluciones.

Se separó lo justo para poder mirarla a los ojos, aunque esta los tenía cerrados y tan fruncidos que ni siquiera se le veían las pestañas. La sujetó por las mejillas y le pidió que lo mirase. Cuando lo hizo, se esforzó por dibujar la mejor y más brillante de las sonrisas.

—Saldremos de esta, ¿me oyes? —Le acarició las mejillas con los pulgares y tragó saliva. Era importante sonar convincente—. Somos muy jóvenes, lo sé, pero nos apañaremos.

—¿Y qué pasa con tu carrera?

—Puedo estudiar a distancia.

—Sabes que eso es muy difícil.

—Si la carrera de informático no puedo estudiarla a distancia, ya me dirás tú cuál se puede.

Sonrió. Suki sonrió. Fue una sonrisa minúscula, pero para Tom fue suficiente. Por ahora.

Volvió a abrazarla y, esta vez, Suki se relajó lo suficiente para no parecer una tabla de planchar.

—No pasa nada, saldremos de esta —repitió. Para ella y también para él. Porque necesitaba creerlo. Si quería que Suki lo hiciese, debía creérselo él primero.

La condujo hasta la cama y la ayudó a tumbarse. Tenía que descansar, y él también. Sentía la cabeza pesada y a punto de explotar. La vida le había enseñado que esta podía cambiar en apenas

un segundo. Sus prioridades habían sufrido un cambio radical. Ahora ya no valía lo que él quisiese. Ahora, Suki y ese bebé eran lo más importante.

—Oye, ¿sabes a qué hora llegan tus padres de la cafetería? No me gustaría que me pillaran aquí. —Sintió el cuerpo de la morena sacudirse y cómo empezaban los lloros de nuevo—. ¿Suki?

—Mierda, mis padres. —Suki estampó la cara contra la almohada y gritó. Tom se sentó en la cama e intentó darle la vuelta.

—Suki.

—No, Tom.

—Suki, mírame, por favor. —A regañadientes, consiguió que esta dejara de morder la almohada y lo mirase. Tenía la cara roja e hinchada, ya no eran solo los ojos. Parecía una granada a punto de explotar.

—Van a matarme —sollozó, mirándolo—. Cuando mis padres se enteren de que estoy embarazada, van a matarme, Tom. Y a ti también.

Si no tuviera los huevos de corbata, podría haberse reído. Pero los tenía. También tenía el corazón a punto del salirse del pecho. Aun así, se obligó a no dejar de sonreír. Como si lo que Suki acababa de decir fuese una tontería y no una verdad como un templo.

—Les caigo bien a tus padres, Suki. Seguro que se lo toman mejor de lo que creemos.

—¡Les caes bien porque eres el mejor amigo de Aiko! —Se llevó una mano a la boca y volvió a llorar. Tom ya no sabía cuánto tiempo iba a aguantar él sin ponerse a hacer lo mismo—. Ni siquiera estamos saliendo. Ni siquiera somos pareja.

La escuchó suspirar y él hizo lo mismo.

Suki y él se conocían de toda la vida. Más concretamente, desde que la familia Tanaka aterrizó en Variety Lake hacía casi quince años. Podría decir que se hicieron amigos enseguida, pues la japonesa acabó en su clase al ser los dos de la misma edad, pero no fue así. Él, con quién congenió, fue con Aiko, su hermana pequeña, quién había terminado convirtiéndose en su mejor amiga. Los dos eran los más reservados y tímidos del grupo, a los dos les gustaba la música de los sesenta, la ciencia ficción y odiaban los musicales.

En lo que no coincidían era en que Aiko era una amante de las películas de terror y a él le horrorizaban, pues terminaba muerto de miedo y después teniendo pesadillas.

Así que sí, Suki y Tom habían terminado por coincidir en fiestas, eventos sociales del pueblo y demás. Nunca se habían hecho amigos íntimos, aunque sí que terminaron liados una vez, hacía como unos cuatro años. Una relación que apenas duró medio mes, porque ellos sí que no tenían nada en común más allá de una pequeña atracción física.

Después de eso, cada uno volvió a su vida en la universidad, a sus relaciones personales y estudiantiles y se olvidaron el uno del otro. Lo único que los unía, de alguna manera, era Aiko. Hasta que, un mes y medio atrás, en una de las visitas del moreno al pueblo, pues se había marchado fuera a estudiar la carrera de informática, coincidieron en una fiesta de antiguos alumnos en el instituto, se pusieron a hablar, una cosa llevó a la otra y se olvidaron del preservativo.

Tom se sentó en el borde de la cama mientras Suki cerraba de nuevo los ojos y volvía a tumbarse. Había muchas preguntas por responder, muchas incógnitas por resolver, pero no tenía las respuestas. Además, estaba tan embotado en esos momentos que por mucho que intentase pensar no se le ocurría nada.

Apagó la luz de la habitación, encendió la de la mesita y tapó a Suki con las sábanas. También le quitó el test de embarazo de la mano, al que seguía fuertemente agarrada. No pudo evitar echarle un vistazo. En cuanto vio las dos rayitas, quiso gritar. ¿Cómo podían haber llegado a

eso? ¿Es que no había prestado atención a las clases de educación sexual?

Siempre la gomita. Siempre.

Parecía tonto.

—Tom. —Dejó de observar el test y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Se puso de cuclillas frente a Suki y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Dime.

Esta continuaba con los ojos cerrados, aunque le temblaba tanto el labio que los dientes le castañeaban. Cuando los abrió y lo miró, supo lo que le iba a preguntar.

—¿Y si no quiero tenerlo?

Una parte suya sintió terror. La otra, alivio. Dos sentimientos contradictorios, pero, que en esos momentos se complementaban tan bien que se hacían uno, y eso no sabía si lo hacía sentir bien o, por el contrario, la peor persona del mundo.

La besó en los nudillos.

—Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, ahí estaré, apoyándote.

—Tengo miedo.

Él estaba aterrado.

Capítulo 3

Abril 2013

Aiko se preguntaba cómo Zoe podía ser tan delicada cuando se trataba de hacer un ramo de flores, o un centro de mesa, y tan ruda a la hora de desenvolver un regalo. Estaba claro que su amiga no era de las que quitaban el papel con delicadeza, empezando por las puntas y con cuidado de no rasgar demasiado, porque había papeles por todas partes. Parecía que acabase de pasar un tornado.

—¡¡¡El lenguaje de las flores!!! —Su amiga soltó un chillido y sonrió emocionada al terminar de desenvolverlo y encontrarse con un libro que hablaba de las flores y sus significados. Le dio un beso a la cubierta y se lo llevó al pecho—. Me encanta.

—¿Tú crees? No me había dado cuenta —dijo Buffy con sarcasmo mientras se rascaba la oreja, algo que a la cumpleañera le trajo sin cuidado, porque le sacó la lengua y se fue a por su siguiente regalo.

Estaban las cuatro en casa de Zoe celebrando su veintiún cumpleaños. En un principio, pensaron en celebrar una fiesta en algún local con el resto de sus amigos, hielo y mucha música, pero Meadow tenía a Ethan y le costaba mucho separarse de él, por lo que habían optado por una celebración más íntima las cuatro solas y el pequeño. Solo que este, en esos momentos, estaba en el piso de abajo con los padres de Zoe, que ejercían encantados de abuelos siempre que podían.

Llamaron a la puerta justo en el momento en el que Zoe terminaba de abrir su último regalo, un bikini azul turquesa que hacía juego con sus ojos. Las cuatro levantaron la cabeza al tiempo que Pam, la madre de Zoe, abrió la puerta.

—Hola, chicas. ¿Cómo vais?

—Muy bien —contestaron Meadow, Aiko y Zoe a la vez.

—¿Está bien Ethan? ¿Os está dando mucho trabajo? ¿Necesitas que baje a por él? —Meadow no había terminado de hacer las preguntas y ya se estaba poniendo en pie y acercándose a la puerta.

Pam abrió la puerta del todo y la paró, alzando la mano en el aire con la palma hacia arriba.

—Mi chico es todo un hombrecito y se está portando fenomenal.

—¿Seguro? Porque puedo bajar a por él.

—Meadow Anne Smith, vuelve a poner tu culo en esa cama. —La madre de Zoe era la mujer más divertida y alocada que Aiko conocía, pero también era capaz de ponerte en tu sitio con una de sus miradas fulminantes.

Meadow volvió a sentarse junto a Buffy en la cama. En cuanto lo hizo, Pamela Davis desvió la atención de esta a Aiko.

—Cariño, han llamado tus padres. Que tienes que ir a casa. —A Aiko un sudor frío le recorrió la espalda.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Me ha llamado tu padre y me ha pedido que fueras. Por lo visto, te han estado

llamando al móvil, pero no coges el teléfono.

Aiko se levantó de la cama y fue hasta su mochila, guardada en un rincón. Sacó el teléfono de ella y casi se le paró el corazón cuando vio más de veinte llamadas perdidas. Casi todas de su padre, pero también había un par de su hermana. Incluso había una de Tom. También varios mensajes, pero los ignoró todos. Estaba demasiado ocupada intentando que no le diese un síncope.

¿Qué habría pasado? ¿Le habría ocurrido algo a su madre?

—¿Aiko? —Miró a sus amigas horrorizada. Las tres se habían levantado también y se acercaban a ella preocupadas.

Demasiado conmovida para hablar, les enseñó la pantalla del móvil. Vio cómo fruncían el ceño y cómo se miraban entre ellas de reojo.

—Me marchó —anunció. Necesitaba salir de ahí e ir corriendo a su casa. Cada segundo que pasaba se iba poniendo más y más nerviosa. Y sabía que sus amigas no tenían la culpa, pero esas miraditas que se echaban las tres la estaban poniendo histérica.

—No puedes irte así.

—Te acompañamos. Buffy, te has traído el coche, ¿verdad?

—Pam, ¿os puedo dejar a Ethan un poco más?

Sus amigas hablaban entre sí, solapándose unas a otras. Ella solo miraba a Pam. ¿Habría notado algo en el tono de voz de su padre cuando llamó? ¿Sabía algo que no le había contado?

La madre de Zoe pareció leer en sus ojos las preguntas que se sucedían una tras otra en su cabeza. Alargo el brazo y la llamó con golpe seco de la cabeza, señalándole el pasillo. Se echó la mochila al hombro y fue a su encuentro.

—Aiko...

—Yo la llevo —cortó Pam a su hija. Aiko sintió un brazo sobre sus hombros, protector—. Vuelvo en un segundo.

Siguió a la dueña de la casa hasta la planta baja y de ahí al coche. Si sus amigas le dijeron algo más, no las escuchó. Estaba concentrada en respirar, en intentar averiguar qué había pasado y en controlarse para no devolver las llamadas. Por una parte, quería hacerlo. Por la otra, estaba tan aterrada por lo que pudiese escuchar que, fuese lo que fuese, prefería que se lo dijeran en persona.

Llegaron a su casa en apenas unos minutos. Miró hacia arriba. Las luces del comedor estaban encendidas. Abrió la puerta del coche cuando aún este no se había detenido del todo y salió corriendo. Ya se reprendería más tarde por no haberle dado ni siquiera las gracias a Pam por haberla traído.

Entró en la cafetería y fue directa al almacén para subir las escaleras hasta casa de sus padres. Estaba a punto de hacerlo cuando una figura, sentada en una silla entre las sombras, casi la mata de un susto.

—¿Aiko?

—¿Tom? —Su amigo se puso en pie. Aiko detuvo sus pasos. Apoyó las manos en las rodillas e intentó recuperar el aliento—. ¿Tú sabes el susto que me has dado? ¿Qué haces ahí sentado a oscuras?

Tom, que seguía medio escondido, dio un paso al frente, hacia el halo de luz que entraba por la ventana gracias a la farola de la calle. Aiko ahogó un grito cuando le vio la cara. Estaba horrible. Pero no que Tom estuviese feo, sino que parecía que le acabase de arrollar un autobús.

—¿De dónde vienes?

—¿Has visto mis mensajes? —preguntó Tom a su vez. A Aiko le pareció percibir un poco de

desazón en su tono.

Miró el almacén y negó con la cabeza.

La ansiedad volvió a apoderarse de ella.

—¿Qué pasa, Tom? ¿Tú sabes algo? Porque mi padre me ha llamado veinte veces, y también Suki, y estás aquí como si acabase de pasarte un autobús por encima y a mí me están entrando ganas de gritar, y yo no grito. —Empezó a sentir que los ojos se le ponían brillantes. Tom se acercó a ella: tenía ojeras bajo los ojos y los labios fruncidos. Del pelo mejor no hablaba. Estaba claro que se había dedicado durante mucho rato a pasarse los dedos por él.

—Yo...

—¿Es mi madre? ¿Le ha pasado algo? —Tom negó con la cabeza. Tosió para aclararse la garganta y darse golpecitos en el pecho.

—Me estás asustando.

—Suki está embarazada. Y yo soy el padre.

Abrió la boca y la cerró de golpe. Tenía que haber escuchado mal. No podía haberle dicho que Suki estaba embarazada.

Ladeó la cabeza y lo miró sin pestañear.

—¿Has dicho que Suki está embarazada?

—Sí.

—¿Y que tú eres el padre?

—Sí.

Volvió a abrir la boca y volvió a cerrarla de nuevo.

Su madre estaba bien. Su padre estaba bien. A nadie le pasaba nada. De hecho, acababan de darle una buena noticia. Iba a nacer un bebé. A ella le encantaban los niños. Entonces, ¿por qué sentía como si acabasen de golpearla y estuviese a punto de darse de bruces contra el suelo?

Intentó pensar algo que decir, lo que fuera, pero no se le ocurría nada. Estaba bloqueada.

Bloqueada y noqueada.

Tom y Suki. Suki y Tom.

—No... No sabía que estabais juntos. —Fue lo único que se le ocurrió decir. Si hubiese estado en sus cabales, se habría reprendido por soltar semejante tontería.

Tom se encogió de hombros.

—Y no lo estamos.

—Ah.

—Bueno, ahora sí. Creo.

—¿Crees?

—Lo estamos debatiendo.

—Ah.

Era una conversación de besugos, pero no se le ocurría nada más que decir. Tom y Suki. Su hermana y su mejor amigo. Otra vez.

Las piezas comenzaron a encajar en su cabeza de golpe y miró al techo. Sus padres.

—Supongo que todas esas llamadas han sido porque no se lo han tomado muy bien, ¿no?

Tom negó con la cabeza.

—No, precisamente. —Tom soltó un suspiro que le dejó los hombros hundidos y se volvió a sentar en la silla de antes—. Jamás había visto a tu padre enfadado, y lo conozco desde hace años. Aunque, más que enfado, era decepción. Quería quedarme con Suki, pero tu hermana me ha pedido que me marchara a casa. No quería irme del todo, así que me he quedado aquí. —Señaló la cafetería con la mano y luego apoyó la cabeza en ella.

Aiko se lo quedó mirando. Su hermana estaba embarazada. La chica que no quería tener hijos. La que no quería atarse a nada ni a nadie porque su sueño era viajar lo más lejos posible y fotografiarlo todo. La que tenía un póster gigante en su habitación de todas las ciudades que quería visitar. La que tenía una chincheta negra sobre el nombre de Variety Lake porque decía que el pueblo era tan pequeño que la ahogaba. La que odiaba la cocina y odiaba más todavía que sus padres le hubiesen puesto su nombre a la cafetería, porque eso hacía recaer sobre sus hombros un peso que no quería... Estaba embarazada. Y lo estaba de él. De su mejor amigo. Del chico por el que una vez sintió más que una simple y bonita amistad.

Ahora ya no sentía ese más, estaba segura de ello, aun así, picaba, y lo hacía de esa forma que también dolía. Que escocía.

Se llevó una mano al pecho y se rascó. Volvió a mirar a Tom y se sintió tonta, además de mala persona. Su amigo tenía peor cara conforme iban pasando los minutos, y ella ahí preocupada por la quemazón que estaba sintiendo en el pecho y para la que no tenía respuesta ni tampoco cura, más que rascarse y ponerse crema. Ella no contaba esa noche, ni tampoco en ese problema.

Se acercó despacio hasta Tom y se sentó junto a él. Acercó su silla a la de él y alargó la mano hasta que pudo coger la suya y entrelazar los dedos. Tom la miró de reojo e intentó sonreír, pero la cara de agobio se lo impedía. Ella sí sonrió. Mucho y muy fuerte.

—No sabe si quiere tenerlo —soltó Tom de pronto. Aiko parpadeó, sorprendida, aunque la sorpresa le duró poco. Estaban hablando de su hermana. Por supuesto que se planteaba no tenerlo.

—¿Te lo ha dicho ella? —Tom asintió—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que la apoyaré haga lo que haga. —Aiko sabía que lo haría, no tenía ninguna duda. Aunque sí que había algo en concreto que quería preguntarle.

—¿Y qué quieres tú, Thomas?

Una de las comisuras de la boca del moreno se elevó hacia arriba. Era la primera vez que lo veía sonreír desde que había entrado en la cafetería. No era ninguna de las sonrisas que lo caracterizaban, pero le podía servir por ahora.

—Lo quiero. —Ladeó la cabeza y la miró a los ojos—. Quiero tener ese bebé, Aiko. Me aterra ser padre. Tengo solo veintidós años y sé que mi vida va a cambiar de forma radical, pero ya quiero a ese bebé y ni siquiera he escuchado todavía el latido de su corazón.

Aiko no sabía cómo de rápido latía el corazón de un bebé, solo sabía que el suyo iba a mil por hora.

Escucharon pisadas que se acercaban, alguien que bajaba las escaleras a toda prisa, y se pusieron los dos de pie. Aiko soltó la mano de Tom justo en el momento en el que Suki aparecía en la cafetería.

Aiko pensó que, cuando viese a su hermana, esta estaría llorando, cabizbaja. Con los ojos rojos y peor aspecto que tenía Tom.

Sí que estaba llorando, y también tenía los ojos rojos, pero no estaba ojerosa, estaba radiante. Y sonreía. Tanto, que por un momento Aiko se preguntó si esa sonrisa era sincera o una mentira.

No tuvo tiempo de preguntárselo. Tampoco de interesarse por cómo estaba. En un abrir y cerrar de ojos, Suki se había acercado a Tom y se había lanzado a su cuello. Este la había cogido al vuelo, rodeándole la cintura con sus brazos y enterrando la cara en su cuello.

—Suki...

—Quiero tenerlo, Tom. Quiero tener a este bebé.

Tom desenterró la cara del cuello de Suki y la miró a la cara. Esta vez, fueron las dos comisuras de su boca las que se estiraron hacia arriba.

—¿Lo dices en serio? Porque podemos hablarlo. Podemos ir al médico y buscar información. Podemos... —Tom no pudo seguir hablando. Suki había juntado su boca con la de él y lo estaba besando. Silenciándolo.

Aiko se llevó una mano al pecho. Volvía a picar.

Apartó la vista y comenzó a andar hacia atrás. Hasta desaparecer. Hasta llegar a las escaleras y subirlas de dos en dos, ignorando las risas del piso de abajo. Los besos. Los: «Quiero intentarlo» y los: «yo también».

Pasó de largo la cocina y también el comedor. No quería ver a sus padres. No quería ver a nadie.

Volvía a sentirse tonta y mala persona, pero también quería llorar. O, en realidad, ya lo estaba haciendo, porque acababa de rozarle los labios algo húmedo y salado.

Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama. En un primer momento, pensó en llamar a sus amigas, pero se había dejado el móvil en la mochila y esta en la cafetería, con Tom y Suki, así que no hizo nada. Solo rememoró el beso, pensó en ellos dos juntos y volvió a llorar.

Se daría de plazo esa noche. Solo una para sentirse un pelín incómoda y molesta. Ya se sentiría mejor al día siguiente, cuando todo hubiese pasado. Además, iba a ser tía. Si ya quería a Ethan como si fuera su sobrino carnal, no quería ni imaginarse cuánto querría a uno que lo fuera en realidad.

Aiko esa noche lloró, igual que había hecho cuatro años atrás. A partir del día siguiente, empezó de nuevo. Se alegró por su hermana y su mejor amigo. Los quería a los dos y, cuando quieres a alguien, solo deseas lo mejor para esa persona. Pero, sobre todo, pensó en ese bebé que nacería en unos meses, en cuánto lo iba a querer y en cuánto lo iba a malcriar.

Capítulo 4

Diciembre 2014

Adoraba la Navidad. De hecho, era su estación favorita del año. Le encantaba decorar la cafetería de sus padres con guirnaldas, un árbol de casi dos metros, luces de distintos colores y hasta con un Papá Noel gigante que ponía en la puerta y que daba la bienvenida a todo aquel que entraba en el café.

¿Y la música navideña? Esa era su parte preferida y nunca se cansaba de oírla. Sobre todo, la canción *All I want for Christmas is you*, de Mariah Carey. No sabía qué tenía de especial, pero era escucharla y ponerse de buen humor.

Sacó el último adorno de la caja. Era una estrella blanca y brillante que siempre ponía como colofón final en lo alto del árbol, justo en la cima. Cogió la escalera portátil, que había dejado apoyada en la barra, y la abrió. La pegó al árbol todo lo que pudo y comenzó a subir hasta llegar al último peldaño.

Estaba sola, pero no le importaba. Tampoco era la primera vez, pues sus padres no eran muy amantes de la Navidad. Si cerraba los ojos, no recordaba grandes fiestas en su casa por estas fechas ni tampoco muchos regalos cuando era pequeña. Para Haru y Chihiro Tanaka, la Navidad solo servía como excusa para comer hasta que te dolía la barriga o se te caían los dientes por culpa de todo el azúcar que te metías en el cuerpo. A ver, no iban mal encaminados, pero ¿y qué? Se suponía que para eso eran las fiestas en general. Si no, ¿para qué celebrabas el cumpleaños con tartas gigantes? ¿Y las bodas? Además, le hacía gracia que justo ellos se quejaban de eso, cuando se dedicaban a darle dulces a la gente hasta hartarla. Pero, bueno, eso lo hacían de puertas para dentro, así que nadie se enteraba. Solo ella.

Por lo menos, no le habían prohibido vivir estos días en la cafetería como Aiko realmente quería. Hacía años que habían claudicado y habían aceptado el hecho de que a la gente del pueblo les gustaba estas fiestas y ver las casas y los establecimientos decorados formaba parte de la tradición. Así que, le dejaban hacer con la cafetería lo que quisiera. La única condición era que ellos no iban a hacer nada. Si necesitaba ayuda, tenía que pedírsela a sus amigos o a su hermana. Suki tampoco era tan entusiasta de esta fiesta como ella, pero por lo menos no le salía urticaria ni vomitaba al ver el espumillón, como sí parecía sucederles a sus padres.

Bajó de la escalera con cuidado y sonrió al ver cómo había quedado todo. Se sentía satisfecha. Por la radio, comenzó a sonar la popular canción de Mariah Carey, esa en la que había pensado hacía escasos minutos, y no pudo evitar soltar una carcajada. Era el destino. Y, si a eso se le sumaba el olor a chocolate del ambiente por culpa de las cookies que estaban haciéndose en el horno, lo convertían en el escenario perfecto.

Unos golpes en el cristal de la puerta la sobresaltaron. Se giró, creyendo que se trataría de alguna de sus amigas. En concreto, de Buffy. Su amiga era propensa a aparecer por ahí cuando su madre, junto a alguno de sus múltiples novios, decidían mostrar su amor a ojos de quién quisiera verla, poniéndola a su hija de los nervios y haciendo que tuviese la imperiosa necesidad

de huir del hotel en el que vivían y refugiarse frente a un buen tazón de chocolate caliente con canela espolvoreada por encima y nubes de colores.

Pero no era Buffy, ni tampoco sus otras amigas, parecía Tom.

Un Tom sin paraguas, empapado de pies a cabeza por culpa de la lluvia que estaba cayendo fuera y de la que ella se acababa de dar cuenta. Miró la hora en un reloj que tenían colgado en la pared. Eran más de las diez de la noche. ¿Qué hacía ahí?

¿Le habría pasado algo a Meiko? Pensar que podría haberle pasado algo a su sobrina la hizo ponerse en alerta. Echó un rápido vistazo alrededor de Tom, pero no la vio por ninguna parte. Y menos mal. Si la pequeña estaba fuera con ese tiempo lo único que cogería sería una pulmonía.

Su amigo golpeó de nuevo el cristal y ella se apresuró a abrir la puerta. Se hizo a un lado para que pasase. Arrugó el entrecejo cuando un relámpago iluminó el cielo.

—Madre mía la que está cayendo. —Tom, al entrar, la rozó. Estaba muy frío—. Deja que vaya a por unas toallas. El que va a coger una pulmonía eres tú.

Cerró la puerta y se dio la vuelta para subir a la casa de sus padres y coger unas toallas. Aunque estaban durmiendo desde hacía horas, ella tenía unas llaves, y Aiko había aprendido a ser tan silenciosa como un leopardo. Pero no consiguió dar ni dos pasos porque la mano fría como el hielo de Tom sobre la suya se lo impidió.

—Estás helado —sonrió, pero la sonrisa murió en cuanto lo miró a la cara.

Un sudor frío la recorrió entera. Uno que nada tenía que ver con la lluvia ni con la temperatura del cuerpo de su amigo.

Un mal presentimiento la azotó. Uno que, aunque ni siquiera lo había escuchado todavía, supo que iba a dolerle. Que iba a picar tanto que iba a ser imposible rascarse.

—Tom...

—Se ha ido. —La voz le salió chillona. Los dientes le castañeaban y los ojos le brillaban. Podía ser por culpa de la lluvia, pero ella sabía que en este caso el agua no tenía nada que ver.

No había dicho quién se había ido. No había dado nombres, pero ella lo sabía. Aun así, preguntó. Porque, a veces, aunque sepamos la respuesta, necesitamos hacer la pregunta en voz alta para asegurarnos. Para intentar comprobar que estamos equivocados. Que eso que nos palpita en el pecho no es real. Que no puede serlo.

—¿Quién se ha ido?

Tom sacudió la cabeza y ella la vio. La lágrima. Esa que se camuflaba entre miles de gotas de agua.

—Suki. Se ha sido —repitió.

Quería sentarse, pero sus piernas no le respondían, así que siguió de pie. Necesitaba entender bien lo que su amigo le estaba diciendo.

—Creo que no termino de seguirte. ¿Cómo que se ha ido? ¿Con este tiempo? Si ni siquiera tiene carné de coche.

—Se habrá ido en autobús, o habrá venido alguien a buscarla. No lo sé, Aiko. Solo sé que se ha marchado. —Una segunda lágrima acompañó a la primera—. Y los dos sabemos a qué me refiero con ese: «se ha marchado».

Aiko tuvo que soltarle la mano a Tom para poder taparse la boca y así sofocar el grito que su garganta se esforzaba tanto por dejar salir. Sacudió la cabeza y comenzó a andar hacia atrás. Como si estuviera huyendo de él. De sus palabras. Cogió aire y volvió a sacudir la cabeza. No podía ser.

«Su hermana no se había marchado».

Tom metió la mano en un bolsillo interior del abrigo que llevaba. Al sacarla, vio que sujetaba

un papel. Estaba más empapado de agua que el propio Tom.

—Ha dejado una nota.

¿Una nota? ¿De qué estaba hablando?

Suki no se había ido.

«Su hermana no se había marchado».

A lo mejor, si repetía esa misma frase una y otra vez, acabaría por ser verdad.

Tom intentó acercarse a ella, pero ella volvió a retroceder. Necesitaba sentarse. Necesitaba algo. Ni siquiera estaba segura de qué. Cogió la primera silla con la que sus piernas temblorosas tropezaron y se dejó caer en ella. Levantó la cabeza y preguntó lo primero que se le vino a la mente. Lo más importante de todo.

—¿Dónde está Meiko?

—Con mis padres. —«Su hermana no se había marchado»—. Cuando he encontrado la nota, los he llamado y les he pedido que viniesen para quedarse con ella.

Aiko desvió la atención de su cara al papel que seguía Tom sosteniendo entre sus dedos. Lo hizo tantas veces que hasta se mareó.

Este volvió a acercarse. Esta vez, lo hizo despacio, casi a cámara lenta, y ella no se apartó. Tampoco habría podido. Además de estar sentada en una silla sentía las piernas entumecidas.

—¿Está aquí? —preguntó Tom. Lo miró sin comprender.

—¿Quién?

—Suki, ¿está aquí?

«Su hermana no se había marchado».

Negó con la cabeza y empezó a mirar a su alrededor. No había visto a Suki entrar, había estado demasiado ocupada decorando la cafetería, pero a lo mejor no se había dado cuenta. A lo mejor, había subido al piso de arriba por la escalera de incendios. O en uno de esos momentos en los que ella había estado agachada tras la barra. O en la cocina, con las cookies.

Las cookies. Olfateó el aire; olía a quemado. Las galletas se le estaban quemando. ¿Por qué no se levantaba y las sacaba? ¿Por qué no apagaba el horno?

Porque no podía. Porque su hermana...

Le arrebató el papel a Tom de las manos y maldijo para sus adentros cuando vio la tinta corrida. Eso era ininteligible.

—¿Por qué has dejado que se mojara? Así no puedo entender nada. —Era la frase más larga que había pronunciado en voz alta desde que el moreno había entrado, y había hecho que la garganta le picase.

Escuchó un sollozo. Solo uno. Seguido de otro más. Y otro.

¿Estaba llorando? ¿Había empezado a llorar y no se había dado cuenta? No.

Aunque le dolía la garganta, y también el pecho, no era ella quién estaba llorando. Era Tom. Estaba sentado en el suelo, con las rodillas dobladas y la cabeza enterrada entre estas.

—Thomas...

—Me ha dejado, Aiko. —Tom levantó la cabeza y Aiko pudo ver que ya no había solo una lágrima, ni siquiera dos, corriendo libres por sus mejillas. Había tantas que era imposibles contarlas todas.

—Thomas...

—La ha dejado. Ha abandonado a nuestra hija.

Otro sollozo, y esa vez supo que era suyo.

Miró el papel y deseó poder leer lo que había escrito. Poder entender qué estaba pasando, porque su hermana no podía haberse marchado. Ella quería mucho a Meiko.

—Decía que lo había intentado —comenzó a decir Tom, como si le hubiera leído la mente. Como si supiera lo importante que era para ella entender. Había vuelto a enterrar la cabeza entre sus piernas—. Decía que lo sentía, pero que no había podido. Que lo había intentado durante casi un año, pero que la ansiedad y el ahogo habían podido con su persona. Que hay gente que no sirve para la maternidad y que ella era una de esas personas. Que la quería, muchísimo, y que por eso tenía que marcharse. —Tom soltó una carcajada, pero estaba tan carente de humor que Aiko la sintió más como un graznido—. ¿Cómo puede decir que la quiere y después largarse de esta manera? Solo faltan cuatro días para su primer cumpleaños. Solo... —dejó de hablar. Las palabras parecían atascársele, y eso a ella la rompía. Lo hacía de tantas maneras que en esos momentos no sabía si iba a poder unir las piezas en algún momento.

Porque su hermana no se había marchado. Su hermana jamás abandonaría a su hija, ¿verdad?

—Tiene que haber una explicación. —Porque la que Tom le había dado. La que, supuestamente, estaba escrita en ese papel, no le servía. No lo hacía en absoluto.

—Cómo voy a... Oh, joder, Aiko, ¿cómo voy a hacer esto yo solo? ¿Cómo ha podido marcharse? Meiko... —Por fin levantó la cabeza. Aiko sintió un dolor agudo en el pecho cuando vio sus ojos rojos—. Meiko es mi mundo. No puede crecer sin su madre. Ella lo es todo. ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha podido hacérselo a ella? La odio, Aiko. La odio por hacerle daño a mi hija.

Oír a Tom decir que odiaba a su hermana le dolía lo mismo que mil agujas clavándosele en el pecho. Y, a lo mejor, debería enfadarse con él por decir eso. O reprenderlo. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Ella, en el fondo, sentía lo mismo. Puede que Meiko no fuese su hija, pero la quería como tal. Para ella, Meiko también era su mundo, y no podía concebir que alguien le hiciese daño, y mucho menos que ese alguien fuese su propia madre. Su hermana. Esa a la que ella tanto había admirado. A la que tanto había querido parecerse.

Se tiró al suelo, colocándose justo enfrente de Tom, y lo abrazó. Se dedicó a llorar junto a su mejor amigo mientras se repetía una y otra vez que había una explicación lógica. Que Tom había entendido mal la carta. Que, en cuanto se marchara, cogería el teléfono y llamaría a Suki.

Que su hermana no se había marchado.

Que su hermana jamás abandonaría a su hija.

Capítulo 5

Mayo 2017

Las palmas de las manos le sudaban y sentía que el corazón le latía rápido en el pecho. Aun así, se tragó su nerviosismo y fingió la mejor de las sonrisas frente a su hija. Meiko, con apenas tres años y medio, era la persona más perceptible del mundo, además de la más charlatana y cotilla, y no quería que se diese cuenta de que estaba nervioso, porque si lo hacía, se lo contaría a su tía y esta al resto por lo que, en menos de lo que él tardaba en pestañear, los tendría a todos allí para hacerle una intervención.

No era la primera vez que le hacían una. De hecho, habían sido tres, si mal no recordaba, y ya había tenido suficiente, así que se centró en el vídeo que Meiko le estaba enseñando y se olvidó del examen que tenía en apenas dos horas y del que dependía su carrera, su futuro y el de su hija. Y lo hizo sin dejar de sonreír, por supuesto.

—¿Ves, papá? Es muy fácil. —Frunció el ceño mirando la pantalla y volvió a darle al play.

El concepto de fácil de su hija distaba mucho del suyo.

Se había convertido en una presumida de mucho cuidado para lo pequeña que era, y de eso solo tenían la culpa Meadow, Zoe, Aiko y Buffy, por supuesto. No sabía por qué está última estaba siempre metida en todos los problemas de todo el mundo. Si es que llevaba la palabra «peligro» escrita a fuego en la frente.

Su cuñada y sus amigas formaban un cuarteto muy peculiar del que habían hecho participe a su hija. Él las adoraba por ello, sobre todo a la morena. Aiko era su amiga, su confidente, su consejera, su niñera y su ángel de la guarda. Pero eso no evitaba que también temiera los días en los que su hija se juntaba con ellas, porque derivaba en cosas como esa: ver un vídeo de YouTube sobre cómo hacer una trenza ladeada. Y a menos de cinco minutos de salir pitando para el colegio. ¡Si él solo sabía hacer coletas! Y tampoco es que fuera un experto.

Pausó el vídeo y miró a su hija ceñudo.

—Meiko, cariño, llegamos tarde y el autobús no espera.

Esta bufó y puso los ojos en blanco. Él se aguantó las ganas de reñirla y también de reírse.

—Pero es muy fácil.

—No lo creo.

Meiko miró el móvil e hizo un puchero.

—La tía Buffy me dijo que dirías eso.

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco.

Cogió el móvil, lo bloqueó y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué te parece si te hago una coleta?

—Es aburrido. Las coletas no están de moda.

«¿Las coletas no están de moda?».

¿Desde cuándo una niña que no era más que un renacuajo sabía lo que estaba o no de moda?
¿Y desde cuándo hablaba como si tuviera dieciocho?

Miró el reloj y se puso en pie. Llevaba tanto rato de cuclillas que tuvo que estirar las piernas porque las rodillas le crujieron. Para un tío que solo tenía veintiséis años era preocupante. Mañana saldría con la bici. Le entraron ganas de reír. Llevaba diciéndose eso mismo tantos días seguidos que la frase había perdido todo el sentido, pero sabía que tenía que hacerlo. Siempre le había gustado el deporte. Liam y él incluso habían jugado al básquet en el instituto. Solo que ahora estaba tan concentrado en estudiar, trabajar y ser padre, que ya no se acordaba de cuándo había sido la última vez que eso había pasado.

Escuchó a lo lejos al autobús acercándose y cogió a su hija de la mano. Salió del baño y por poco se le olvidó el almuerzo sobre la encimera de la cocina. Cogió también las llaves del coche, las chaquetas de los dos y salió pitando.

Saludó a algunas vecinas que, como él, acompañaban a sus hijos a la parada del autobús, y le dio la vuelta a su hija. Esta estaba con el morro torcido y los brazos cruzados.

Se le ablandó el corazón. Sabía que los superhéroes no existían, que nadie tenía superpoderes. Menos Meiko. Tenía el superpoder de hacer con él lo que le daba la real gana.

Se agachó hasta quedar frente a frente y la obligó a que lo mirase a los ojos. Suspiró.

—¿Qué te parece si me aprendo ese vídeo de memoria y cuando vengas de casa de tu tía lo practicamos?

Ahí estaba. La sonrisa por la que merecía la pena todos los sacrificios del mundo.

Meiko se lazó a su cuello para abrazarlo. Él la cogió al vuelo y la levantó para dar vueltas con ella.

—Eres el mejor papá del mundo.

—Y tú la mejor hija.

La autobusera pitó y, cuando la miró, vio que seguía teniendo la misma cara de cabreo que cuando era a él a quién llevaba al colegio.

—Diviértete hoy en el colegio, ¿vale?

Meiko hizo la señal de la cruz sobre la parte izquierda del pecho y asintió. La vio subir al autobús y sentarse al lado de Ethan, el hijo de Meadow. Aunque este era unos cuantos años mayor y, lógicamente, le gustaba más estar con sus amigos, desde el primer día que Meiko empezó la escuela y comenzaron a compartir autobús, el chico se sentó a su lado sin que nadie se lo pidiese, complaciente, algo que él le agradecía muchísimo.

Una vez vio al vehículo girar la esquina y perderse de vista, fue corriendo hasta su coche y lo puso en marcha. Miró el reloj.

Hora y media. Solo una hora y media para hacer el examen que lo catalogaría oficialmente como Agente Inmobiliario. Aunque llevaba trabajando como tal desde hacía tres años, y ya había conseguido sus propias ventas, como la clínica de Liam, que fue la primera propiedad que cerró él solo sin ayuda de nadie, no figuraba en ningún sitio como agente inmobiliario. Catherine, su jefa, le había dicho que no era necesario. Que, a veces, el trabajo del día a día otorgaba más especialidad y validez que un título cualquiera, pero él siempre supo que lo necesitaba. Ya no era solo por orgullo personal, era por Meiko. La vida le había enseñado que esta era impredecible y que nunca sabías lo que podía pasar, y que la experiencia estaba bien, pero, esta, sumada a un título, estaba mucho mejor. Así que no dudó en apuntarse a un curso a distancia y en estudiar mucho.

Le hubiese gustado decir que no había sido difícil, pero eso no era cierto. Había sido muy difícil, y seguía siéndolo, pues no había acabado. Todavía tenía que hacer ese último examen. Uno que pensaba aprobar.

Conectó el móvil al *bluetooth* cuando el coche se detuvo en un semáforo en rojo y marcó.

Descolgó al primer tono, como siempre.

—¿Cuándo vas a confiar en mí?

—Lo hago.

—Mentiroso.

—Eres la persona en la que más confío en el mundo.

—Sería halagador, si no fuera mentira. —Soltó una carcajada. Una que le sentó fenomenal, pues seguía estando de los nervios—. Llamas para recordarme que recoja a tu hija a las cinco del colegio.

—No es cierto.

—Thomas...

—Sabes que me cago de miedo cuando me llamas por mi nombre completo.

—No. Te cagas cuando lo hace Buffy.

—Es que Buffy da miedo.

—¡¡Te estoy oyendo, Dunphy!!

Había llegado a su destino. Aparcó el coche y quitó el teléfono del soporte para llevárselo a la oreja.

—Me has traicionado, Aiko. ¿Tenías el teléfono en manos libres?

—No. Es que aquí nuestra amiga tiene un oído finísimo para lo que quiere. ¡Quita la mano de ese glaseado!

—Pero es la tarta para mi cumpleaños. Tengo derecho a testear si está buena o no, ¿no? Qué mínimo.

Soltó otra carcajada y salió del coche. Había muchísima gente en la puerta. Suponía que no todos irían a hacer el mismo examen que él. ¿O sí? Estaba histérico. Ni siquiera sabía cómo podía seguir sosteniendo el teléfono con la mano sudada.

—Tom. ¡Tom! —Parpadeó, apartó la vista de la puerta del edificio y de la gente que entraba y salía, y se centró en Aiko. Suponía que se había alejado de Buffy, porque donde antes escuchaba jaleo ahora había silencio.

Se pasó una mano por el pelo. Necesitaba un buen corte.

Ir a la peluquería, otra de las cosas que había pospuesto.

—Dime.

—Te va a salir genial, lo vas a bordar. Vas a ser nuestro agente favorito de todo Variety Lake.

—Creía que ya lo era.

—Pero ahora lo serás de verdad.

Bufó y miró la hora. Tenía que entrar.

—Aiko, sobre Meiko...

—No te preocupes por ella. Yo me encargo.

—Acuérdate de que la recoges y la llevas a ballet.

—Sí, papá.

—Y no le enseñéis más peinados imposibles, por favor. Que luego quiere que se los haga yo para ir al colegio y no quiero que mi hija vaya haciendo el ridículo, por favor. Da las gracias de que he aprendido a hacer una coleta medio decente.

Aiko soltó una carcajada. Hacerla reír le encantaba, porque tenía una risa sincera, real. De esas que te gustaría guardar en una caja para escucharla siempre que estuvieras de bajón. O nervioso, como estaba él en esos momentos.

—Ya me reñirás después —murmuró Aiko una vez dejó de reír—. Venga, corre, ¡qué tú puedes!

—Aiko.

—¿Qué?

—No estaría a punto de hacer este examen si no fuera por ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Tom, estás ahí por méritos propios. Porque has creído en ti y porque te lo has trabajado.

—Sí, pero he hecho todo eso porque tú has estado a mi lado, ayudándome. A nuestro lado. Quiero que lo sepas. Creo que no te doy las gracias lo suficiente.

Aunque no podía verle la cara, percibió cómo ponía los ojos en blanco. A su amiga no le gustaban nada los cumplidos.

—Somos una familia. A nuestra extraña y rara manera, pero lo somos. Y, ahora, basta de hablar. Suerte con ese examen, aunque no la vas a necesitar.

Aiko colgó antes de que él pudiese decirle nada más, así que fue su turno de poner los ojos en blanco. Odiaba que lo dejaran con la palabra en la boca. Aunque, por otra parte, se lo agradeció. Debía concentrarse en el examen que estaba a punto de hacer.

No se había llevado los apuntes porque era de la opinión de que, lo que ya no te sabes, no te lo vas a aprender en cinco minutos. Además, repasar ahora sabía que solo lo pondría más histérico. Aun así, no le hubiera importado echar un último vistazo.

Justo antes de avanzar hasta la puerta y cruzarla por fin, sacó el móvil y lo silenció. Fue entonces cuando vio que tenía unos cuantos mensajes sin leer, y todos del mismo grupo. Los leyó rápido, sin detenerse en ninguno en concreto y, a la vez, en todos. Eran sus amigos, que le deseaban suerte en el examen. Entró al examen con una sonrisa de oreja a oreja en la cara. Sobre todo, cuando leyó el último de todos.

Aiko:

Estoy muy orgullosa de ti.

Demuéstrales quién es Thomas Dunphy.

Capítulo 6

Diciembre 2017

Curtis Turner, padre de Liam y alcalde del pueblo, había vestido a Variety Lake y a sus ciudadanos de gala para celebrar la última noche del año. La plaza lucía tan bonita y llena de luz y de vida que solo te daban ganas de colocarte en el medio y dar vueltas y vueltas sin parar.

Todos se habían volcado con la noche y, como sucedía con las fiestas de cambio de estación, cada uno había contribuido como había podido. Había castillos hinchables para los niños, talleres, mesas de helados, aunque fuera invierno, de ponche caliente y otra con una fuente gigante de chocolate. Luigi, el pizzero, estaba amasando su pizza número veintidós y hasta Cam se había animado y había montado su puesto de tacos.

Los Tanaka también participaban. Habían colocado un pequeño puesto con los dulces que vendían en la cafetería y también con *Takoyakis*, que eran unas bolitas redondas de trigo rellenas de pulpo. Aiko sonreía a todo aquel que se acercaba. Era una persona muy humilde, y no le gustaba alardear, pero sabía que su comida gustaba y, bueno, eso siempre te enorgullece, sobre todo cuando has luchado hasta la extenuación contra tus padres para que te dejaran montar ese puesto.

Sabía que no lo hacían adrede, o eso quería pensar, pero parecía que el deporte favorito de los dos era llevarle la contraria, porque todo lo que proponía se lo echaban por tierra. Según ellos, trabajaban demasiadas horas durante el día como para hacerlo también por la noche, sin contar con lo que ambos opinaban de la Navidad y que eran solo tres personas, algo por lo que Aiko tenía que morderse la lengua hasta casi hacerse sangre. Les había dicho infinidad de veces que contrataran a alguien para que los ayudase, pero tanto su padre como su madre se horrorizaban solo de pensar en meter en su cocina, a tocar su comida, a alguien de fuera de su familia. Para ellos, el negocio familiar era sagrado, así que no le quedaba más remedio que callar y demostrarles que montar ese puesto había sido una gran idea.

—¡Tía! —Le devolvió el cambio a la chica a la que estaba atendido y miró al frente. Más concretamente, al torbellino de dos coletas que se acercaba a la carrera.

Tom iba detrás.

—¿Cómo está mi pequeño diablillo? —le preguntó a Meiko en cuanto esta se coló por la puerta de atrás y se pegó a sus piernas.

—Papá dice que he crecido mucho desde mi cumpleaños. Mira. —La pequeña irguió la espalda y estiró el cuello todo lo que pudo.

Aiko se esforzó por permanecer seria mientras la miraba en silencio y la analizaba minuciosamente. Hacía apenas unos días que había cumplido cuatro años, una edad que para Meiko era muy importante.

—¿Qué hacéis? —preguntó Tom, que acababa de llegar. Aiko le pidió silencio con la mirada y él fingió cerrarse la boca con cremallera.

Aiko terminó de rodear a su sobrina y volvió a su posición inicial.

Asintió fingiendo sorpresa.

—La verdad es que sí que has crecido mucho. Por lo menos, me llegas por aquí —dijo, haciendo una línea imaginaria justo debajo del pecho. Meiko sonrió tanto que se le veía la campanilla.

—¡Lo sabía! —Alzó el puño en el aire, victoriosa, y miró a su padre—. Tenías razón, papá. He crecido mucho.

—Yo siempre tengo razón. —Aiko fingió un ataque de tos del que Tom fingió no darse cuenta—. Veníamos a invitarte a un trozo de pizza cuatro estaciones a Luigi. ¿Te animas? Piensa rápido, porque antes de venir aquí he dejado a Liam y a Zoe preparándose para una carrera para ver quién se comía más trozos de los dos.

—¿Esos dos no saben comer otra cosa?

—Parece que no.

—¿Has dicho que vais a Luigi? —Los dos amigos miraron a Haru, el padre de Aiko—. Es una tontería que hagas cola en esa pizzería cuando aquí tenemos comida, Tom.

—Pero a Meiko le apetece un trozo de pizza y no pasa nada. Hemos quedado allí con los demás y...

—Tonterías —lo cortó. El hombre se acercó hasta su nieta y la cogió de la mano—. Meiko, ven. La abuela ha traído un poco de *ramen* que le ha sobrado de esta mañana.

La pequeña miró a su padre, quién asintió, dándole permiso para que se fuera con su abuelo.

Aiko suspiró en cuanto volvieron a quedarse solos.

Le ardían hasta las orejas.

—Lo siento. Ya sabes cómo es.

—No te preocupes. Se preocupa por su nieta, es normal.

La morena admiraba eso de su amigo. Lo paciente y comprensivo que era con sus padres. Suponía que no tenía que ser fácil para él. Ya era complicado de por sí que te cuestionaran y que lo hicieran los padres de la madre de tu hija. Si encima esta estaba desaparecida, tenía que ser doble complicación.

Tom señaló a su espalda.

—Voy a por ese trozo de pizza. ¿Quieres uno?

—No hace falta, no tengo hambre. Además, no puedo dejar esto sin nadie.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Y dejar que quemes mi comida? No, gracias.

—¡Oye! Me defiende bastante bien en la cocina.

—Tom, quemaste un huevo frito, por no hablar de esos macarrones que hiciste que se te deshacían en la boca.

—A Meiko le gustaron.

—Meiko es demasiado pequeña para tener gusto propio.

—En eso tienes razón, porque tú le gustas mucho y no entiendo bien por qué.

Aiko cogió el trapo que llevaba colgado al hombro y se lo lanzó. Tom lo cogió al vuelo.

—Anda, vete, que me vas a espantar a los clientes.

Tom se perdió entre la gente, acompañado de una carcajada, y ella volvió a sus obligaciones. No habían pasado ni dos minutos cuando su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo delantero del delantal. Al sacarlo, se puso pálida. Era Suki.

Cogió aire. La llamada le quemaba en la mano. Por una parte, quería apretar el botón de colgar e ignorarla. Sabía que era lo más sensato. Las últimas llamadas de su hermana no habían ido precisamente bien. Pero, por otra parte, su corazón le gritaba que lo cogiese, y ella odiaba hacerle

siempre caso a este último órgano.

Miró a su alrededor buscando a sus padres. Su madre estaba hablando de forma animada con una vecina a unos metros de distancia y su padre estaba sentado en una de las mesas que habían dispuesto en la plaza con Meiko y Ethan, que se había unido a la fiesta, comiendo ramen. No había ni rastro de Tom.

Salió de la tienda y descolgó. El corazón le latía rápido.

—¿Suki?

—¡Aiko! Por fin. Te he llamado antes, pero me salía apagado.

Cerró los ojos y apoyó la espalda en un árbol que encontró a unos metros de distancia. Su hermana parecía estar bien. Alegre. Nada que ver con los nervios que ella tenía.

—¿Dónde estás? Hay mucho jaleo —preguntó Suki. Aiko se contuvo de suspirar.

—Es Nochevieja, ¿recuerdas? Curtis ha organizado la fiesta en la plaza del pueblo. Como todos los años.

—Cierto, lo había olvidado. Es que aquí ya hemos pasado la Nochevieja y se me ha ido la cabeza. Por cierto, el dos mil dieciocho empieza bastante guay. —Suki se rio. A ella se le formó un nudo en la base del estómago.

Si ella ya había celebrado la Nochevieja, eso significaba que estaba a mucha más distancia de ellos de lo que se imaginaba.

Podría haberle preguntado dónde exactamente, pero no lo hizo, y Suki tampoco parecía tener intención de decírselo.

—Es bueno saberlo. ¿Y cómo estás?

—Muy bien. *El Planet Journey* me ha encargado una nueva sesión de fotos. Esta vez quiere que fotografíe hoteles. ¿Te lo puedes creer? Me alojaré en ellos gratis a cambio de sacar un par de fotos.

—Eso es fantástico.

—Sí. Estoy muy emocionada. Significa que quedaron tan contentos con la anterior sesión que quieren repetir. ¿Se la enseñaste a los papás? —Aiko cerró los ojos y pensó en el ejemplar que su madre tiró a la basura en cuanto ella se lo dio.

—Sí. Les gustó mucho.

Suki se rio.

—Sigues mintiendo fatal, hermanita. —El nudo del estómago le dio una sacudida—. ¿Cómo están?

—Bien. Me han dejado montar un puesto este año. Por fin han entendido que eso es beneficioso para nosotros.

—No tendrías que pedirles permiso para poder montarlo.

—No empieces. Además, es su negocio.

—Pero eres tú la que te encargas de todo. Si te montaras tu propia pastelería, podrías...

—Suki, para. —Se llevó los dedos al puente de la nariz y pinzó hasta que dolió—. Si me has llamado para esto, te digo por favor que lo dejes.

—Pero...

—Suki, no. —Nunca alzaba la voz, pero esa vez quería gritar. Últimamente, siempre que hablaba con su hermana quería gritar.

Las dos se quedaron en silencio. Si no fuera porque escuchaba su respiración al otro lado, habría jurado que había colgado.

—¿Para qué me has llamado? —Odiaba los silencios incómodos, y este era el peor de todos.

—Te llamaba para ver cómo está.

No hacía falta que dijera nombres, sabía a quién se refería.

—Está muy mayor. Ha empezado clases de ballet y le gusta mucho. También los disfraces, las trenzas, el maquillaje...

—Seguro que tú y las chicas tenéis algo que ver ahí.

—Un poco.

—¿Y cómo lo lleva Tom?

—Fatal. —Las dos soltaron una carcajada a la vez. A Aiko el nudo se le hizo más gordo—. Suki, no la llamaste por su cumpleaños.

—Lo sé. Se me olvidó.

—¿Se te olvidó? ¿Cómo se te puede olvidar el día del cumpleaños de tu hija?

—No quiero discutir, por favor,

—Y yo no quería que te fueras y lo hiciste.

Otra vez silencio.

Se separó del árbol y comenzó a dar vueltas. Siempre que hablaba con su hermana terminaban igual y, cuando colgaban, se prometía que no volvería a cogerle el teléfono. Pero lo hacía. ¿Cómo no iba a cogérselo? Era su hermana.

No sabía cuánto tiempo llevaban hablando. Supuso que no demasiado, pero tenía que colgar. Lo que menos necesitaba era que su madre fuera a buscarla y la encontrara hablando con Suki.

—Tengo que volver al trabajo.

—Sí, claro. Perdona...

—No pasa nada.

Se mordió una uña. Tenía un mal presentimiento. Como si faltase algo. Como si su hermana fuera a pedirle algo que no iba a hacerle ninguna gracia.

La escuchó coger aire.

Ella cerró los ojos.

Lo sabía.

—Aiko... —Cómo odiaba sus presentimientos.

—Cuánto quieres.

Se hizo el silencio.

Un silencio que apenas duró tres segundos.

—Es para una cámara nueva. Ya sabes lo importantes que son las fotos para esta revista. No puedo hacerlas con una máquina como la que tengo ahora. He pedido un adelanto, pero no me lo han querido dar. Dicen que no tengo todavía el nivel requerido. ¿Te lo puedes creer?

—¿Cuánto, Suki?

—Quinientos.

La última vez habían sido ochocientos dólares. Por lo menos, esta vez era un poco menos.

—Mañana te envío el dinero.

—Gracias, eres la mejor.

Se mordió la lengua. A veces era mejor eso que dejar salir lo que de verdad pensabas.

—Cuídate, Suki.

—¡Espera! Me... ¿Me enviarías alguna foto?

—Adiós.

Colgó y, en cuanto lo hizo, dejó que un par de lágrimas corriesen por sus mejillas sin control. Cómo odiaba esta situación. Cómo odiaba a su hermana; por haber abandonado a Tom, a sus padres. A Meiko. Por abandonarla a ella.

¿Tan importante era el mundo de fuera para olvidarte así del de dentro?

Se secó los ojos con rabia y se limpió la cara con el delantal. Estaba andando hacia el puesto cuando se paró en seco. Sacó el móvil y le envió las fotos.
Cómo se odiaba a ella misma por ser tan débil.

Capítulo 7

Diciembre 2019

Le colocó bien los lazos que llevaba en ambos extremos de las trenzas y le dio un beso en la frente. Como todas las niñas de su edad, Meiko estaba enamorada de *Frozen*, aunque era más del equipo de Anna que del de Elsa, por eso había pedido vestirse como ella, y eso era con dos trenzas perfectas en el pelo.

—¿Hoy puedo pintarme los labios? Es mi cumpleaños —le preguntó con esa voccecita que conseguía hacer con ella lo que quería.

Aiko se mordió el labio y la miró dubitativa. El padre de la niña la iba a matar. No le gustaba que se maquillara. Además de que decía que era muy pequeña, cosa que era cierta, tenía una piel muy sensible y enseguida le salían rojeces y sarpullidos.

Nunca olvidaría el día que llevaron corriendo a Meiko al hospital porque la cara se le había llenado de granitos rojos. Parecía que hubiese cogido el sarampión. Ella intuía que era por el maquillaje que le habían puesto por el festival del colegio, que le había dado una reacción alérgica, pero no pudo convencer a su amigo, ni tampoco tranquilizarlo, así que no le quedó más remedio que acompañarlo al médico y asegurarse de que no le diera un infarto. Por eso sabía que no debía dejarse convencer. Que no debía dejar a su sobrina maquillarse, ni siquiera los labios, pero lo hizo, claudicó, aunque en su defensa diría que era difícil resistirse a esos ojos negros cuando te miraban con inocencia e ingenuidad.

—Si me mata, espero que vengas a verme a la cárcel.

—No te va a matar, te lo prometo. ¡Es el mejor papá del mundo!

Aiko sacó su brillo de labios sabor sandía de su bolso y se acercó a Meiko, que ya la esperaba con la cabeza levantada y los labios unidos formando una o perfecta.

—Eres una chantajista. Es muy difícil decirle que no a esta cara.

La pequeña soltó una risotada y Aiko no pudo evitar pensar en su hermana, lo que la invadió una profunda tristeza, y es que Meiko se parecía tanto a su madre que dolía, porque verla a ella era ver a Suki todos los días; con esos labios tan finos, esa nariz respingona y esa sonrisa que cautivaba.

—¿Qué es eso? —Quitó el capuchón y comenzó a pintarle los labios.

Habían pasado cinco años desde que Suki cogió la maleta y se marchó. Cinco años desde que se había ido sin mirar atrás ni una sola vez, sin dar casi explicaciones. O, más bien, unas explicaciones que Aiko seguía sin comprender, porque cada vez que miraba a Meiko, que era todos los días, se preguntaba cómo alguien podía abandonarla. Cómo alguien podía preferir recorrer el mundo, sola, que recorrer una calle con ella de su mano.

Suki enviaba mensajes y llamaba de vez en cuando, pero esas llamadas dolían más que sanaban, porque duraban tan poco que no daba tiempo a nada. Y porque decepcionaban. Como la de ayer, el día oficial del cumpleaños de Meiko, que todavía no había llegado y que Aiko sabía que no llegaría nunca. O cuando llamaba para pedir dinero, que se habían convertido en las

llamadas más comunes.

—¡Tus amigas ya están aquí, Meiko! —gritó Tom, haciendo que Meiko diese tal chillido de emoción que casi la dejó sorda.

No la derribó de milagro cuando pasó por su lado para ir disparada hacia la puerta. Tampoco a su padre, cuando lo alcanzó en el pasillo que, además, llevaba una bandeja con bebidas en la mano que tintineó. Tom consiguió estabilizarla y miró a Aiko, que se estaba aguantando la risa.

—Está descontrolada —murmuró Tom. Aiko puso los ojos en blanco. Se acercó a él y le quitó la bandeja de las manos. Después, entraron juntos en el comedor, donde se había dispuesto todo para la fiesta.

—No todos los días se cumplen seis años.

Aiko había ayudado a su amigo con la decoración, la comida y, por supuesto, el postre. Había preparado una tarta de tres pisos en tonos verdes y azules, con la cara de Anna en un lado y la de Elsa en el otro, coronada en la cumbre con bolitas de distintos colores y distintos tamaños. El nombre de su sobrina estaba en el plato que la sostenía, y era todo de chocolate.

Dejó la bandeja sobre la mesa y se volvió hacia Tom, que estaba abriendo una de las bolsas de chucherías.

—Si esto es así ahora, ¿qué pasará cuando tenga dieciséis?

Aiko metió la mano en la bolsa que había abierto Tom, cogió una mora negra y se la metió en la boca.

—Que morirás.

Su amigo la miró horrorizado. Aiko masticaba intentando aguantarse la risa.

—Eres única dando consejos, Tanaka.

—¿Qué quieres que te diga? —Cogió otra mora, se la volvió a meter en la boca, y le dio a Tom un toque en la nariz, burlona—. Soy única en mi especie.

Aiko lo vio en sus ojos en cuanto retiró el dedo; corre. Se dio la vuelta dispuesta a huir de esa habitación, pero unos brazos la apresaron con fuerza antes de dar, si quiera, el primer paso.

—¿Dónde te crees que vas? —Ella chilló muerta de risa, mientras movía piernas y brazos intentando soltarse, pero Tom la tenía bien agarrada. No sabía que su amigo podía estar tan fuerte—. No intentes soltarte. Puedo contigo y tres más como tú.

Quería gritarle que era un vacilón, pero los dedos de Tom moviéndose por su costado se lo impidieron. Un chillido de sorpresa inundó la habitación.

—¡Ni se te ocurra!

—Ya verás.

Volvió a chillar, pataleó, pero eso solo sirvió para que su amigo se riera muy fuerte y le dieran más ganas de hacerle cosquillas.

Tom anduvo con ella en brazos, pues Aiko se movía tanto que era imposible estarse quieto en un sitio, hasta que tropezó con el sofá y cayeron en él. Aiko volvió a retorcerse, pero solo consiguió darse la vuelta y con Tom sentado a horcajadas sobre sus piernas.

—¡Para, para! ¡Me voy a hacer pis encima!

Tom soltó una risotada que lo hizo echar la cabeza hacia atrás. Pero no paró. Inmovilizó a su amiga con su cuerpo, le sujetó ambas manos por las muñecas por encima de su cabeza y dejó una libre para seguir torturándola.

Aiko quería ponerse seria, pero le era imposible. Odiaba las cosquillas, y tenía muchísimas, pero no podía evitar reír cada vez que le hacían. Eso sí, tenía que dar gracias de que no le hubiera atacado las plantas de los pies, porque ahí era capaz de morderle si hacía falta.

—Pídemelo por favor y pararé. —Le pasó el dedo índice despacio por el cuello y de ahí a la

axila. Aiko bufó. Encima, se le había deshecho la coleta y tenía todo el pelo en la cara.

—Eres un sádico.

—Lo sé. —Tom pasó al otro lado del cuello e hizo lo mismo.

Aiko se retorció.

—Para. —Tom se inclinó hacia delante. Tanto, que sus narices casi se tocaban. Ladeó la cabeza y arrugó la nariz.

—Creo que no te he oído bien. ¿Qué has dicho?

—Que pares. —Tom bajó la mano por su costado y llegó a su cintura. A Aiko la camiseta se le había subido, por lo que notó los dedos de Tom sobre su piel.

Tragó saliva.

De repente, empezaba a tener mucho calor, y eso que estaban en pleno invierno.

—¿No se te olvida nada? —El aliento de su amigo también le hacía cosquillas, pero estas no le molestaban como las otras.

Cerró los ojos.

—Por favor.

Tom paró. Dejó de hacerle cosquillas, pero no de tocarla. Seguía sujetándole las muñecas con una mano; seguía tocándole la piel de la cadera con la otra; y seguía sentado a horcajadas sobre sus piernas.

Empezó a marearse, y lo hizo de una forma que hacía unos cuantos años que no le pasaba.

Abrió los ojos, despacio, y lo vio. A Tom. Mirándola. Estaba serio, y jadeaba. ¿O era ella?

—¿Te he hecho daño? —le preguntó Tom con dulzura tras aflojar el agarre de las muñecas, aunque no la soltó. Lo que hizo fue empezar a trazar círculos sobre estas. Negó con la cabeza, porque abrir la boca se le hacía imposible.

Vio a Tom desviar la vista de sus ojos a su boca. Fue un segundo, solo uno, pero lo vio. También el brillo en sus ojos. Y lo escuchó, el jadeo, y esta vez podía jurar que era de él.

—Gracias por estar siempre. Cuando soy consciente de que te necesito y cuando no.

Le latía muy fuerte el corazón, y él tenía que oírlo, estaba segura, porque a ella le taponaba los oídos.

Ahora fue su turno de desviar la vista. De mirarle los labios, la vena del cuello, que le latía. La nuez de la garganta, que le subía y bajaba.

—Tom...

—¡¡Papá, tenemos hambre!!

Meiko entró corriendo en el comedor como una exhalación, seguida de otras cinco niñas que, todas juntas, se parecían más a un conjunto de hienas salvajes que a un grupo inocente de niñas de seis años.

Tom se levantó de un salto del sofá y se acercó a su hija, a la que cogió en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Pues mirad todo lo que tenéis aquí. —A ella no la miró, ni siquiera de reojo.

Aiko tardó unos segundos más en ponerse de pie. Sobre todo, porque no las tenía todas consigo de que las piernas fueran a responderle como tocaba. Cuando lo hizo, Tom había desaparecido del comedor y solo quedaban las niñas, que atacaban la comida.

Se arregló el pelo, haciéndose de nuevo la coleta, y se alisó la camisa que llevaba. Se palpó las mejillas y rezó para que no las tuviera rojas. Se acarició los labios y se los mordió.

¿Qué acababa de pasar?

Porque había pasado algo, ¿no?

Volvió a alisarse la camiseta y miró la hora en el reloj de muñeca que llevaba. Había quedado

para ir al cine y, si no salía en breve, terminaría llegando tarde.

Se acercó a Meiko, le dio un beso en la cabeza y se dirigió a la cocina. Cuando entró, se encontró con la espalda de Tom. Estaba apoyado en la encima, con las manos sobre esta, los brazos medio flexionados y la cabeza enterrada entre ellos.

Pareció escucharla, porque se irguió rápido y se dio la vuelta. Tardó cinco segundos en sonreír. Lo supo porque los había contado.

—¿Están comiendo?

—Sí. Parece que no hayan comido en días.

—Yo creo que sus madres no las alimentan cuando hay un cumpleaños para que se beban en él y dejen al anfitrión seco.

Rieron, los dos, pero fue una risa comprometida. Tirante.

Estaban nerviosos, al menos, ella lo estaba. Unió las manos tras su espalda y cambió el peso de una pierna a la otra. Señaló a su espalda.

—Debería irme.

Tom abrió los ojos, sorprendido.

—No sabía que te marchabas.

—He quedado para ir al cine. —¿Por qué se sentía tan incómoda de repente? ¿Por qué sentía que estaba traicionando a alguien yéndose al cine? A él.

Tom abrió la boca, formando una O, y asintió con la cabeza con un golpe seco.

—Claro, es cierto, no me acordaba. Diviértete, y dales un abrazo a las chicas.

—No... No voy con ellas. He quedado con otra persona. Es un trabajador de Meadow. Nada importante. Solo es que es nuevo en el pueblo y Meadow pensó que le iría bien conocer gente y salir con alguien que no fuera del trabajo y, como nos conocimos el otro día y nos caímos bien, pensó que podía ir con él al cine. A los dos nos gustan los clásicos, sobre todo si son películas de terror —hablaba de prisa, sin respirar. Justificándose.

Tom se cruzó de brazos.

—Me parece perfecto. Te mereces salir. Siempre estás trabajando o haciendo de niñera con Meiko.

—Me gusta estar con ella. No me molesta.

—A ella le encanta estar contigo. No quería decir que te molestara. —Se pasó la mano por el pelo y la dejó descansar sobre la nuca—. Solo digo que me parece un plan genial, y que te vayas ya o llegarás tarde.

Aiko volvió a cambiar el peso de un pie a otro.

Le faltaba un pelín de aire y volvía a tener mucho calor.

—De acuerdo. Pero, puedo quedarme, si quieres, y echarte una mano.

—Aiko, me has salvado la vida. Yo iba a meter unas cuantas pizzas congeladas en el horno y a darles palomitas. Todo lo que hay montado en ese comedor, todo lo que tiene hoy mi hija, es gracias a ti. A mí me has dejado la parte fácil.

—Que es la de cuidar y velar por un grupo de niñas descontrolas que están hasta arriba de azúcar, ¿no?

—Exacto.

Ambos sonrieron de forma divertida y se miraron a los ojos. Se quedaron así un rato, observándose, en silencio. Como si intentaran decirse algo, pero ninguno de los dos se atreviese a dar el paso. Las risas de las niñas rompieron ese silencio, y Aiko lo tomó como la señal definitiva para marcharse. Ya no solo porque iba a terminar llegando tarde, sino porque sentía que era lo que tenía que hacer. Se despidió de Tom con la mano y salió de casa. Solo sintió que

volvía a respirar con normalidad cuando estuvo tumbada en su cama.

SEGUNDA PARTE: AHORA

Capítulo 8

Zoe no había dejado de sonreír desde que ella y Liam habían entrado por la puerta, ni siquiera cuando se había enterado de lo de la apuesta, y eso Aiko lo sabía porque no había dejado de mirarlos desde entonces. Era casi hipnótico.

Se alegraba muchísimo por ellos. Siempre había pensado que, si había una pareja destinada a estar junta, esa era la formada por ellos dos. Había que estar muy ciego para no darse cuenta. Todavía se acordaba del día en el que su amiga tuvo el accidente con el coche y Liam apareció en el hospital. Jamás lo había visto tan asustado. Nunca había visto tanta angustia en sus ojos.

Apartó la vista de la recién estrenada pareja y se centró en las demás; Cam y Timmy; Meadow y Duncan; Zoe y Liam; Buffy y Nikolay. Rio al observar a esta última pareja. Quién le iba a decir a ella, o, incluso, a la propia Buffy, que un día se enamoraría. Y no solo eso, sino que acabaría embarazada. Nadie. De hecho, si alguien se lo insinuaba, era capaz de pincharte con un tenedor en el ojo sin ningún tipo de remordimientos.

Y, sin embargo, ahí estaba, acariciándose la enorme barriga de forma distraída en un gesto de lo más maternal y que tan bien le quedaba.

—¿De qué te ríes? —Levantó la cabeza y se encontró con el otro soltero del grupo. Tom. Llevaba un plato en cada mano en los que había una pequeña variedad de *Daifukus*, popularmente conocidos como mochi. Tom se sentó en la silla vacía que había a su lado y le entregó su postre.

—Gracias.

Cogió uno de los pastelitos y le dio un bocado. Le encantaba su cobertura gelatinosa y sentir el trozo de la fruta que había dentro.

Una carcajada de Buffy la hizo volverse hacia ella de nuevo. No sabía qué le había dicho el ruso, pero su amiga se reía como si le acabase de decir la cosa más graciosa del mundo y, siendo sinceras, el ruso era guapo a rabiar y tenía un aura de pecado rodeándolo que te hacía querer entregarle a tu primogénito si te lo pedía, pero ¿gracioso?

—Si me hubiesen dicho hace un año que tal día como hoy iba a ser testigo de cómo Buffy se acariciaba su barriga de embarazada, hubiera pensado que estaban todos locos.

Aiko le quitó a Tom de su plato un *Daifukus* de limón y él a ella uno de té verde.

—Eso mismo estaba pensando yo. —Se chupó los dedos y después se los limpió en una servilleta que le pasó Tom—. ¿Sabes lo que podríamos hacer?

Aiko se acercó a él para que nadie escuchara lo que iba a decirle. Aunque no les estaban prestando atención, pues se estaban produciendo veinticinco conversaciones a la vez y todos gritaban intentando hacerse oír, era mejor asegurarse.

—Deberíamos apostar.

—¿Sobre qué?

—Sobre cuándo nacerá el bebé de Buffy. —Tom la miró un segundo, sorprendido, y después rompió a reír.

—Te recuerdo que nos reñiste cuando hicimos la apuesta sobre cuánto tardarían Liam y Zoe en dejar de hacer el idiota y se darían cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Cosa que,

por cierto, he ganado yo.

Aiko lo miró con los ojos entornados y el morro torcido.

—Hemos ganado todos menos Eric.

—Porque Eric está tonto.

—Puede ser. Y, de todas formas, no os reñí. —Cogió otro pastelito, esta vez de fresa, y apuntó a su amigo con él—. Os dije que estaba mal apostar por la felicidad de nuestros amigos.

—¿Y no estás haciendo tú lo mismo?

—No se le parece en nada. Yo quiero apostar por cuándo nacerá un ser de luz maravilloso y esperado.

Fue el turno de Tom de mirar a su amiga con los ojos entornados.

—Que te ha gustado eso de apostar y punto.

Se terminó el dulce y se encogió de hombros.

—Probablemente. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

—La duda ofende. —Tom dejó el plato vacío en el suelo, entre ellos, y sacó su móvil. Miró a Aiko—. Sale de cuentas sobre mediados de mayo, ¿verdad?

—Correcto.

Tom soltó una risotada.

—Pues yo digo que nace el diecisiete.

—¿El día de vuestro cumpleaños? —El moreno asintió y comenzó a teclear en el móvil.

—Si alguien puede fastidiarme el cumpleaños, además de Buffy, es su hijo.

A Aiko le pareció que su amigo tenía razón, por lo que le dio el último bocado al *Daifukus* que le quedaba y señaló la pantalla.

—Me apunto al diecisiete —murmuró con la boca llena. Tom dejó de teclear.

—No puedes elegir el mismo día que yo.

—¿Por qué?

—Porque no vale.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo, que soy el que apunta.

La morena le quitó el móvil de las manos y comenzó a escribir.

—Como ahora soy yo la que apunta, digo que sí que se puede.

Tom se recostó contra el respaldo de la silla y chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Sabes? Te tenía por un ser equitativo y fiel, pero...

—Yo también me apunto al diecisiete. —Ambos amigos dieron un respingo cuando la cabeza de Liam se coló entre sus dos sillas. Por lo visto, no estaban siendo tan silenciosos como ellos creían.

—¿Qué haces? —preguntó Tom.

—Participar en la apuesta.

—No estamos apostando. —Liam arqueó una ceja. Tom resopló—. Vale, sí que estamos apostando, pero tienes que elegir otra fecha.

—¿Por qué? Me gusta el diecisiete.

—Porque no os podéis apuntar todos al mismo día que yo. Si hacéis eso, la apuesta no tiene ninguna gracia.

—Yo digo el diez —dijo Zoe, que se acababa de unir a la fiesta. Movi6 a su novio para poder sentarse en su regazo y le dio un beso en la mejilla.

—Sois asquerosamente adorables y ya estás apuntada. ¿Alguien más? —Seguir fingiendo que no se habían convertido en el centro de atención era absurdo.

Fue apuntando las apuestas del resto de sus amigos, incluidos los futuros padres. Nikolay apostó por el veinticinco de mayo, algo que a su novia no le hizo ninguna gracia.

—Ni de coña voy a dejar que cumpla las cuarenta semanas de gestación. Antes meto la mano y lo saco yo misma.

Timmy y Cam apostaron por el treinta de abril, Duncan por el cinco de mayo y Meadow por el catorce. Incluso Eric y Marie, que hacía un par de horas que se habían marchado, apostaron cuando Liam los llamó por teléfono y les preguntó si querían participar.

Estaba Aiko anotando esta última apuesta en el móvil de Tom cuando entró un mensaje. Uno que la paralizó. No solo por la persona que se lo había enviado, sino por lo que decía.

Catherine Sallow:

¿Has pensado ya en lo que hablamos? Llámame. Necesito una respuesta a finales de este mes.

Catherine era la antigua jefa de Tom. La que le dio su primera oportunidad en la agencia inmobiliaria. La primera que creyó en él. La que le traspasó el negocio cuando aceptó una oferta de trabajo en la otra punta del país.

No sabía que seguían siendo amigos, pero eso no era lo importante. O no lo más importante. Lo que le tenía paralizada era lo que rezaba. Sobre todo, la última frase: «Necesito una respuesta esta semana».

¿Una respuesta a qué?

Alguien chaqueó los dedos frente a su cara, intentando llamar su atención. Era Tom. La miraba sonriente, ajeno por completo al mensaje que acababa de entrarle y que a ella la había alterado tanto. Si lo pensaba con claridad, no eran más que trece palabras que por separado no significaban nada, pero que, si las unías, podían significar demasiado.

El mensaje desapareció y volvió a quedarse la aplicación de notas con todas las anotaciones. Carraspeó para aclararse la garganta y le devolvió el móvil a Tom.

—¿Habéis pensado qué vamos a apostar?

—Dinero, como siempre —apuntó Liam.

—No veo normal que estéis apostando dinero a costa de mi hijo.

—Te recuerdo que tú también lo has hecho. Y, además, solo te advierto que, como se cumpla lo que has dicho, y Jamie nazca el día veinticinco, te devuelvo de una patada a Chicago.

Nikolay miró serio a Buffy, aunque era difícil disimular la ternura que siempre desprendían sus ojos cuando miraba a la futura madre de su hijo.

—Te he dicho que nuestro hijo no va a llamarse Jamie.

—Pues yo no pienso llamarlo Kirill. ¡No pienso elegir un nombre que ni siquiera sé pronunciar! Prefiero Laoconte.

—¿Y qué nombre es ese? —preguntó Meadow.

—Es de origen griego. Significa lanza del pueblo. Si sale tan rudo y varonil como su padre, le quedará perfecto.

Buffy no iba a llamar a su hijo Laoconte, ni tampoco Jamie. Su hijo se iba a llamar Dimitri, como el abuelo de Nikolay. Era algo que sabían todos menos el padre de la criatura. Buffy se lo quería decir en el hospital, una vez tuvieran al pequeño entre sus brazos.

Aun así, todos comenzaron a aportar ideas. Todos, menos Aiko. Ella seguía pensando en ese mensaje y en lo que podía significar. En el mal presentimiento que se le había quedado atascado en la boca del estómago y en que esperaba estar equivocada.

Capítulo 9

Cuando se marchó de casa de Cam y Timmy, ya era noche cerrada. Las temperaturas habían bajado de forma considerable y hacía frío, por lo que se subió la cremallera hasta cubrirse el cuello.

Al contrario de la mayoría de la gente, a él le gustaba más el invierno que el verano. Le encantaba asar malvaviscos en la chimenea junto a Meiko mientras veían por enésima vez una de sus películas de dibujos preferidas, o resguardarse los dos juntos bajo la misma manta en el porche de casa y ver las estrellas, una de las cosas que más le gustaban de vivir en Variety Lake.

—¿Aiko? —Vislumbró a su amiga, que iba unos metros por delante, andando sola y con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Por lo visto, iba demasiado absorta en sus cosas, porque no lo escuchó, y eso que estaban los dos solos en la calle. Corrió hasta colocarse al lado de Aiko y la tocó en el brazo.

Esta pegó un brinco hacia atrás y se llevó una mano al pecho. Fulminó al recién llegado con la mirada, se quitó el auricular que llevaba de forma brusca y lo dejó colgando en su oreja.

—¿Tú sabes el susto que me has dado?

—Te he llamado, pero no me has contestado.

—Normal, llevaba esto en el oído.

Tom cogió el auricular que Aiko le enseñaba y se pegó a ella para ponérselo. En esos momentos estaba sonando *Let me go*, de Maverick Sabre.

—Me gusta. ¿Vamos?

Aiko puso los ojos en blanco, pero empezó a andar junto a su amigo. Lo hicieron en silencio, con el único acompañamiento de sus pisadas y de la música que salía por los altavoces.

Tom vio cómo la morena se llevaba las manos a la boca y soplabla sobre ellas para entrar en calor. Se desabrochó la chaqueta y, tras quitársela, se la puso a Aiko sobre los hombros. Aiko dio un respingo al notar las manos de Tom sobre los hombros, pero sonrió agradecida. Se estaba quedando helada.

—¿Por qué no me has avisado de que te ibas? Me habría marchado contigo —le preguntó Tom al rato. Aiko se encogió de hombros.

—Me he despedido de forma general. Tampoco me he dado cuenta.

Aiko estaba rara. No solo porque corría más que andaba, sino porque no lo había mirado a la cara más que para fulminarlo con la mirada cuando la había asustado, y porque se lo notaba en el cuerpo. En la tensión que había en sus hombros.

—¿Estás bien? —No le contestó. Estaba demasiado concentrada en las rayas del suelo—. ¿Aiko?

Esta dio un respingo cuando él le acarició el brazo. Y, como la primera vez, se llevó una mano al pecho.

—Oye, ¿pasa algo? Te asustas como mucha facilidad. Antes lo entiendo, pero ahora voy pegado a ti.

Aiko esbozó una pequeña sonrisa.

—Perdona, me has asustado.

—Te preguntaba si estás bien. Pareces distraída.

—Sí, perdona. Iba pensando en la apuesta. —Mentira. La conocía lo suficiente como para saber cuándo le decía la verdad y cuándo no. Aun así, decidió no preguntar. También la conocía lo suficiente como para saber que Aiko era una chica reservada, además de discreta. Alguien a la que le costaba abrirse y que había que darle su tiempo. Si algo le pasaba, estaba seguro de que acabaría contándoselo.

Él sabía mejor que nadie lo que era guardarte algo para ti y no compartirlo con los demás hasta estar preparado.

Siguieron caminando en silencio y con la única compañía de la música. Ella con la vista fija en el suelo y él en todo lo que los rodeaba. Siempre le había gustado vivir en Variety Lake. Nunca se había imaginado haciéndolo en otro sitio, ni siquiera cuando estaba en la universidad. Le gustaban los pueblos pequeños y tranquilos. Le gustaba poder ir andando a casi todos los sitios y que todos se conocieran, aunque eso pudiera ser una desventaja para algunos. Le gustaba estar cerca de sus amigos y que Meiko pudiera estar cerca de Aiko y de sus abuelos. De los maternos, porque en los paternos prefería no pensar. Estos se fueron a vivir a España al poco tiempo de hacerlo Suki, dejándolo solo cuando más los necesitaba. Por lo visto, también se les había quedado pequeño el pueblo.

—Ya hemos llegado. —La voz de Aiko lo hizo regresar al presente y olvidarse de sus padres. Lo agradeció. Pensar en ellos le dolía mucho.

La verdad es que le dolían mucho muchas cosas.

Aiko empujó la puerta de la valla blanca que rodeaba su jardín y Tom frunció el ceño al escuchar el ruido que hicieron las bisagras.

—¿Desde cuándo suena así? —Aiko se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Halloween?

—Para ser una persona quisquillosa, me extraña que lleves tanto tiempo soportando este ruidito cada vez que entras y sales de casa.

—Porque siempre la tengo abierta y no la escucho. De todas formas, mañana llamo a Nick y le digo que se pase un día de la semana que viene y que me la arregle. ¿Contento? Y no soy quisquillosa.

—Lo eres y lo sabes. Pero no hace falta que llames a nadie, yo te la arreglo. —Aiko arrugó la nariz—. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque no hace falta.

—¿Crees que no puedo?

—Lo que no quiero es molestarte.

—Y no lo haces. Tú no podrías molestarte ni proponiéndotelo. —Aiko abrió la boca para replicarle, pero él la silenció con un levantamiento de cejas. Aiko dio un paso atrás y entró en su jardín.

—Pues entonces, gracias.

—De nada.

Tom metió las manos en los bolsillos del pantalón y esperó, mientras sus pies se balanceaban hacia delante y hacia atrás, a que Aiko entrase en su casa. La vio sacar las llaves del bolso y meterlas en la cerradura, pero antes de hacerlas girar, se dio la vuelta.

Él seguía de pie junto a la valla.

—Si te pasa algo, si hay algo que te preocupa, sabes que puedes contármelo, ¿verdad?

Se tensó.

Lo hizo porque, por un momento, pensó que Aiko había averiguado lo que ocurría. Que habría

averiguado sus problemas en el trabajo, pero no era posible. Él no lo había hablado con nadie, ni siquiera con Liam o Eric, y dudaba mucho que Aiko hubiese hablado con Catherine.

Expulsó el aire y sonrió como si todo estuviera bien.

Como si no tuviera problemas.

Como si nada lo preocupara desde hacía meses.

—Claro.

—Eso espero. —Aiko se despidió de él con la mano y entró en casa. Él se marchó de allí y anduvo hasta la cafetería de la familia Tanaka, justo enfrente.

Haru, el padre de Aiko, le abrió al primer timbrazo y, como siempre, lo recibió descalzo y con el kimono puesto. A pesar de los años, seguía chocándole encontrárselo así vestido, pues contrastaba mucho con su carácter serio y recto.

—¿Se ha dormido?

—Sí, hará una media hora. —A lo lejos vio a Chihiro, su mujer, y la saludó con la mano—. ¿Quieres que os acerque a casa en coche?

—No hace falta, pero gracias. —Se señaló las botas—. ¿Te importaría traérmela? Así no me las quito.

Hacía años que había aprendido que si quería entrar en casa de los Tanaka tenía que hacerlo sin calzado. Haru se perdió por el pasillo y Chihiro se acercó a él.

—Puedes dejarla aquí a dormir y mañana la acercamos nosotros al colegio, no hay problema.

Sabía que no lo había, y también que Meiko se había quedado muchas veces a dormir en esa casa, pero le gustaba tenerla con él. Le gustaban sus rutinas.

Haru salió antes de que pudiera contestar y le pasó a Meiko que, como le habían dicho, dormía plácidamente. Como él, tenía buen sueño y, cuando caía, ni una bomba podía despertarla.

Se despidió de los dos y se marchó a su casa. No vivía tan cerca como Aiko, pero tampoco en la otra punta del pueblo, por lo que enseguida llegaron. Por suerte, sus abuelos le habían puesto el pijama, así que solo tuvo que acostarla en la cama y taparla con la manta. Le apartó el pelo de la cara y le dio un beso en la frente.

—Te quiero, pequeña, y te prometo que vamos a salir de esta.

Capítulo 10

Se deshizo con una mano el nudo de la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Sentía que llevaba todo el día asfixiándolo.

Ahogándolo.

Con la otra, sujetaba con fuerza el auricular contra su oreja. Reprimió el impulso de gruñir mientras seguía pendiente de cada una de las palabras que Susan le decía. Aunque se las sabía de memoria. Llevaba escuchando lo mismo desde hacía tres meses.

—Lo siento mucho, Tom. De verdad. —¿Que lo sentía?

Se tragó el nudo de decepción que lo atenazaba y asintió, aunque nadie podía verlo.

—No te preocupes, lo entiendo. Yo también los escogería a ellos. —Susan soltó una risita por lo bajo y a él le entraron ganas de estrangular a alguien—. De todas formas, podemos hablar con el banco de nuevo y ver qué podemos hacer.

—Ya fuimos hace quince días, ¿recuerdas?

Claro que se acordaba. El «no» seguía escociéndole.

—Lo sé, pero la vida me ha enseñado que no hay que dar nada por perdido. Si les ofrecemos un diez por ciento más, a lo mejor aceptan.

Sabía que no podía ofrecerles nada más, pero tenía que intentarlo. Aunque fuese una última vez.

—¿Un diez por ciento? Tom, fíjate que yo soy la clienta y que ese diez por ciento menos me vendría muy bien, pero no creo que sea prudente que sigas rebajando más el precio de la casa. Si lo haces, al final terminarás por regalarla.

¿Qué otra cosa podía hacer? Estaba desesperado. Los números no salían y la cosa iba cada vez peor. Se frotó los ojos, cansado, y se dejó caer contra la silla.

Había perdido y ellos habían vuelto a ganar.

—Gracias de todas formas, Susan. Estoy seguro de que seréis muy felices en esa casa.

—Gracias, Tom. De verdad. Por todo. —Siguió tragándose ese nudo que iba haciéndose cada vez más y más grande—. Le diré a Pete que te haga la transferencia esta misma semana.

Su parte moral le gritaba que le dijese que no. Que él solo cobraba cuando la venta se había llevado a cabo. Su parte racional, esa en la que estaba Meiko, le gritaba alto y claro que diese las gracias y colgase el teléfono.

Por supuesto, le hizo caso a la segunda.

—Gracias, Susan. Hasta pronto. —Colgó el teléfono y a punto estuvo de lanzarlo contra la pared hasta hacerlo añicos. Miró la carpeta que tenía abierta sobre la mesa y la lanzó por los aires.

Había vuelto a perder una venta, y ni siquiera sabía cuántas iban ya. Lo que sí sabía era cuándo había empezado esa mala racha; desde que esa multinacional tan grande, la *Falling Sell*, había abierto una sucursal en el pueblo de al lado y había empezado a quedarse con las mejores propiedades de la zona. Al ser una multinacional, ofrecían servicios que él como empresa pequeña no podía, y eso consistía en unos planes de financiación y en unas condiciones económicas que, siendo sinceros, tontos estarían de no aceptar.

Se quitó ambos zapatos con los pies y subió las piernas hasta apoyar los talones en la fría madera. Reclinó el asiento todo lo que pudo y cerró los ojos.

Tenía que hacer algo, pues las deudas iban a empezar a ahogarlo de un momento a otro. Ya lo hacían por las noches, cuando le robaban el sueño y no lo dejaban dormir, pero iban a empezar a hacerlo también por las mañanas, sobre todo cuando terminasen con los pocos ahorros que le quedaban.

Bajó las piernas de la mesa y buscó el móvil. Abrió la aplicación de los mensajes y buscó ese que, desde hacía diez días, evitaba.

Catherine Sallow:

¿Has pensado ya en lo que hablamos? Llámame. Necesito una respuesta a finales de este mes.

Se había reencontrado con Catherine en Washington hacía casi un año en la Gaylord National Convention Center, una de las muchas ferias inmobiliarias que se celebraban en Estados Unidos.

Lo hicieron por casualidad, pues ella daba una ponencia y él había entrado a escuchar. Ni siquiera sabía quién era el potente. Simplemente, le interesaba el tema y fue a investigar. Cuando la vio sobre el escenario, se sintió feliz. Adoraba a esa mujer y siempre le estaría agradecido. Fue la primera persona en creer en él y darle una oportunidad. Por eso, no dudó en ir a saludarla cuando la charla terminó. Catherine también se alegró mucho de verlo. Se fundieron en un abrazo y Tom pudo comprobar que, a pesar de los años que habían pasado, seguía siendo una mujer atractiva y que llamaba la atención, por eso no dudó en acompañarla a la habitación de su hotel cuando ella le enseñó la llave.

No era la primera vez que se acostaban. Ya lo habían hecho una vez en Variety Lake, sobre el escritorio que primero fue de Catherine y luego de él, unos días antes de que ella se marchara a Seattle a vivir. Fue algo así como la despedida que ambos necesitaban y ansiaban. Una manera de acabar con la tensión sexual que crepitaba entre ellos prácticamente desde el primer día que Tom empezó a trabajar en la agencia, pero a la que ninguno había sucumbido, pues ambos tenían muy claro cuáles eran sus límites dentro de la relación y el papel que desempeñaba cada uno.

Ambos sabían que la cosa no iba a ir más allá. Tom siempre supo que Catherine tenía aspiraciones mucho más ambiciosas que Variety Lake, y él tenía a Meiko y cero ganas de comprometerse. La última vez que lo había hecho había salido tan escaldado que no tenía ningunas ganas de repetir.

Tras ese encuentro en una habitación de hotel, Catherine le hizo una propuesta a Tom; irse a trabajar con ella. La empresa para la que trabajaba iba a abrir sucursales en varias ciudades del país y ella era una de las personas encargadas de rellenar plantilla. Catherine no titubeó al decir que Tom era el mejor para el puesto, algo que lo halagó profundamente. También la oferta económica que le puso sobre la mesa. Pero no pudo aceptar. El puesto era en Detroit y, aunque no le pillaba tan lejos como podía ser Seattle, no podía marcharse.

Le gustaba Variety Lake, y a Meiko también. Allí tenía su vida y a sus amigos. Su mundo. No podía marcharse y dejarlo todo de un día para otro, y la verdad era que tampoco quería. Catherine le dijo que lo entendía pero que, si alguna vez cambiaba de idea, la oferta siempre seguiría en pie para él.

Y ese día llegó hacía unos meses, cuando aceptó la idea de que luchar contra los grandes solo podía destruirte hasta hacerte desaparecer.

Cuando la llamó, lo hizo indeciso a la vez que desesperado. Era una decisión que podía cambiar su vida de forma radical.

Respiró hondo cuando su antigua jefa le confirmó que seguía habiendo un puesto vacante para

él, pero volvió a quedarse sin aire en los pulmones cuando le dijo que ya no era en Detroit, sino en San Francisco, y eso sí que estaba en la otra punta.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Tenía que pensar en él.

Tenía que pensar en Meiko.

Le dolería, pero los niños terminaban adaptándose a los cambios, y no tenía que ser un hasta siempre, podía ser un hasta pronto.

Aun así, le estaba costando demasiado tomar una decisión. Tanto, que era incapaz de contestarle los mensajes. Si no cogía el teléfono, si no miraba sus mensajes, estos no existían. Pero sí lo hacían. Igual que el problema que iba haciéndose cada vez más grande.

—Toc, toc. ¿Se puede?

Tom estaba tan ensimismado mirando el mensaje que no había escuchado la puerta principal abrirse ni a Aiko llegar.

Apagó el teléfono y lo guardó en el primer cajón de la mesita.

—Hola —masculló nervioso. Sentía como si estuviese haciendo algo peligroso y tuviese miedo de que lo pillaran—. No te esperaba.

—He venido a pedirte un favor.

Se levantó cuando vio que Aiko tenía la vista fija en el suelo y no en él. Los papeles. Al tirar la carpeta, estos habían acabado desparramados por el suelo.

Rodeó el escritorio y se agachó a recogerlos.

—¿Y en qué consiste ese favor? —Aiko se agachó también y se puso a recoger con él—. Ya puedo yo.

—No pasa nada.

Claro que pasaba. Había un montón de folios en esa carpeta.

—¿Y el favor es...? —Una lucecita se le iluminó en la cabeza y se sintió fatal. La valla. No la había arreglado todavía y ya habían pasado diez días desde que se lo había dicho—. Es la valla, ¿verdad? Te juro que iré esta semana. ¿El sábado te viene bien?

—No es eso. Tengo que acompañar a...

—Mierda —masculló Tom—, el sábado tiene Meiko el cumpleaños de una amiga y me ofrecí a hacer de padre cuidador.

—¿En serio? —Aiko le dio los papeles que había recolectado. Los dos se levantaron—. ¿Cómo se te ocurre hacer eso? Ya sabes que es suicidarte en vida. ¿No aprendiste nada de la última vez?

Prefería no acordarse de eso. Lo había borrado de su mente.

O casi.

Fue hasta su escritorio y metió los papeles de cualquier manera de nuevo dentro de la carpeta.

—De todas formas, no quería hablarte sobre la valla —continuó diciendo Aiko—. Como ya te dije, no hace falta que te encargues. En realidad, tampoco me molesta. Y, si lo hace, tenemos un chico estupendo en el pueblo que se encarga de todas nuestras chapuzas.

Él la miró y negó con la cabeza.

—Te dije que la arreglaría yo y lo haré.

—Eres bastante cabezota, Dunphy. Te he dicho que no hace falta.

—Y tú también eres bastante cabezota, Tanaka. Además, ya que tú haces tantas cosas por nosotros, me gustaría compensarte de alguna manera. —Había sonado borde y arisco, y no era el único que se había dado cuenta. Tom vio cómo a Aiko se le coloreaban las mejillas. También cómo apartaba la mirada y fruncía los labios.

—No hago las cosas para que luego me tengas que compensar nada, las hago porque quiero. Porque quiero a Meiko y, bueno, porque también te quiero a ti. No quiero que creas que me debes algo porque no es así.

Era un capullo. Estaba pagando su frustración con la persona que menos se lo merecía. Aiko estaba enfadada y ni siquiera quería mirarlo a la cara, y hacer enfadar a Aiko era como hacer enfadar a Bambi.

Avanzó hacia ella y maldijo cuando la vio cruzarse de brazos y apretar las manos en dos puños.

—Aiko, mírame. —Le colocó un dedo bajo la barbilla—. Por favor.

Su suspiro se enredó con el de ella.

Ambos amigos se miraron a la cara y a él el aire se le quedó atascado en el pecho cuando le vio los ojos brillantes.

—No quería decir eso, lo siento. Nosotros también te queremos. Los dos. No sé qué habría sido de nosotros sin ti, Aiko.

Y lo decía totalmente en serio. Ella era la única que se había quedado. La única que permanecía a su lado hoy en día, y sabía que no era por obligación ni porque esperase algo a cambio. Era porque los quería, y ellos la querían a ella.

Él la quería a ella.

Aiko era preciosa por dentro y por fuera. Solo con mirarla un segundo a los ojos, te quedabas atrapado. Pero, además, era cariñosa, dulce, atenta y cálida. Era todos esos adjetivos bonitos que se te podían ocurrir y más. Aiko era la luz que lo había iluminado en muchas ocasiones, cuando la oscuridad se había cernido sobre él y pensaba que ya no iba a poder seguir adelante, y ella ni siquiera lo sabía. Porque él jamás se lo había dicho y porque ella ni siquiera era consciente de lo especial que era.

—¿Me perdonas? —le preguntó mientras le acariciaba la mejilla con el pulgar. A veces, le resultaba demasiado difícil no tocarla. Las manos le picaban y las ganas le gritaban. Así que, en alguna ocasión, se permitía el lujo de hacerlo. Se acercaba más de la cuenta y la acariciaba. Después, se tragaba sus anhelos y volvía con su vida.

Aiko sonrió. Lo hizo de esa forma que a ella se le daba tan bien y que a él tanto le gustaba, y asintió.

—Sabes que sí.

Él le devolvió la sonrisa. Le dio un beso en la frente, uno que duró seis segundos, cinco más de lo que se podría considerar normal (los había contado), y se apartó. Regresó a su silla y le pidió a Aiko que también se sentara.

Cerró en un puño la mano con la que había tocado a Aiko.

—Bueno, dime. ¿Qué necesitas de mí, compañera? —carraspeó. Necesitaba recuperar su tono de voz.

Aiko seguía teniendo las mejillas ligeramente coloradas, pero ya no parecía enfadada.

—De hecho, venía a pedirte el coche. Necesito llevar a Buffy el sábado a las clases de preparación al parto y no tenemos ninguno vehículo disponible. Ruby se marcha a no me acuerdo dónde me ha dicho Buffy y Nikolay se va con Jones a visitar a unos clientes. Les habría pedido el coche a mis padres, pero ya sabes que...

—Aiko —la interrumpió. Se sacó las llaves del bolsillo y se las tendió—. No tienes que darme explicaciones. Toma.

Esta estiró la mano y las cogió.

—¿Y qué pasa con la fiesta de cumpleaños?

—Es en la granja de Eric. Lo llamaré a él o a Duncan y les pediré que vengan a recogerme.

—¿En la granja?

—Por lo visto, la cumpleañera adora los caballos y su madre ha hablado con Eric y le ha alquilado la tarde. Además de montar a caballo, por supuesto, también las llevará a dar de comer a las gallinas y creo que ordeñarán alguna vaca. No me hagas mucho caso. —Aiko sacudió la cabeza, miró las llaves y se las tendió de nuevo. La miró extrañado—. ¿No las quieres?

—Sí, pero el sábado. Estamos a jueves.

Miró el calendario que tenía sobre la mesa. Jadeó.

—Qué larga se me está haciendo la semana. —Se frotó el puente de la nariz y se pasó la mano por el pelo. Sentía como si, en vez de ir hacia delante, fueran hacia atrás, como los cangrejos.

Miró la hora y se desplomó contra el respaldo al ver que solo eran las dos de la tarde. En teoría, faltaban todavía tres horas para cerrar e irse a casa, pero ¿qué sentido tenía seguir en el despacho? Estaba cansado y quedándose ahí sentado, viendo fotos de la casa que no había podido vender, se le iba a hacer todo más cuesta arriba.

Necesitaba salir. Una distracción. Sobre todo, porque volvía a sentir sobre los hombros el peso de esa llamada de teléfono y eso lo estaba asfixiando.

De repente, una idea le cruzó la mente. Miró a Aiko y sonrió. Esta lo miró de forma sospechosa.

—No me gusta esa cara.

—¿Has terminado de trabajar? —le preguntó a su amiga, ignorando su mirada ceñuda. Apagó el ordenador y se puso en pie.

—Claro que no. ¿Qué haces? —Tom cogió a Aiko de la mano y la levantó de la silla.

Se sentía vivo. Enérgico.

Tiró de ella hasta la puerta del despacho y apagó las luces.

—Te invito a jugar a los bolos y a cenar.

—No puedo irme contigo a cenar y... ¿Has dicho a jugar a los bolos?

—Sí.

Cerró con llave la puerta del despacho y anduvo hasta su coche, todo sin soltar a Aiko de la mano.

—Te he dicho que no he terminado de trabajar.

—Los dos sabemos que sí.

—Tengo que atender en la cafetería.

—Pueden hacerlo tus padres. No es la primera vez que lo hacen, ¿sabes? De hecho, ellos se apañaban bastante bien antes de que tú aparecieras.

—Ja ja ja, qué gracioso. —Tom le abrió la puerta del copiloto y la invitó a subir, con floritura y reverencia incluida. No le pasó inadvertida la pequeña sonrisa de Aiko, aunque intentaba ocultarla tras un ceño fruncido—. No llevas el maletín.

—Lo sé, no lo necesito.

Cerró la puerta una vez estuvo Aiko sentada y rodeó el coche hasta su sitio. Aiko seguía mirándolo preocupada, pero, por lo menos, no se había bajado del coche.

—Tom, nunca sales de trabajar sin tu maletín.

—Pues fíjate, hoy sí.

—Oye, ¿va todo bien?

—Estupendamente. —Arrancó el coche—. ¿Desde cuándo no jugamos a los bolos?

—Desde que teníamos dieciséis años.

—¿Tanto? Pues qué desperdicio. Me gustan los bolos.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Sintió la mano de Aiko sobre la suya cuando iba a poner primera. No quería mirarla porque, aunque se sentía más enérgico que hacía unos minutos, seguía estando preocupado y agobiado. Pero sabía que, si alguien podía notarlo, era la chica que tenía justo al lado. Aunque también sabía que, si no lo hacía, si no la miraba, la preocuparía más de lo que ya lo estaba.

Como suponía, la pequeña sonrisa de Aiko había desaparecido por completo y solo había inquietud en su mirada.

—Tom, en serio, ¿ha pasado algo?

¿Algo? Habían pasado muchas cosas, pero no quería contárselo. Al menos, no todavía. Y la realidad era que, a pesar de todo, era cierto que le apetecía jugar a los bolos.

Le apetecía estar con ella.

—¿Tiene que pasar algo para que me apetezca jugar a los bolos con mi mejor amiga?

—No sé. ¿Debería?

Entrelazó sus dedos con los de ella y puso por fin primera.

—Venga, Aiko. Disfrutemos. No tengo que recoger a Meiko hasta las siete. A ver si el problema es que temes perder.

Tom apretó los labios para no reírse; había dado en el clavo. Y es que, si había otra cosa que caracterizara a su amiga, además de su amor por las películas de terror o su carácter dulce y benevolente, era la competitividad. Como él, Aiko odiaba perder.

Esta lo apuntó con un dedo y arrugó la nariz.

—No juegues conmigo. Sabes que puedo hacerte llorar.

—¿Me estás amenazando?

—Jamás. Estoy constatando un hecho.

Tuvo otra idea. Miró a su amiga de reojo y le sonrió con malicia.

—Llama a los demás y que se unan a nosotros. Así, cuando te gane, la venganza será más dulce.

—Están todos trabajando.

—Me apuesto veinte dólares a que no falta ni uno.

—Te estás viciando a eso de apostar. Tienes una hija, deberías ser más responsable.

—¿Eso es que te rajas?

—Cállate, Dunphy.

A punto estuvo de protestar cuando Aiko le soltó la mano para coger el teléfono. No se habían soltado todavía. Le gustaba tener sus dedos entrelazados con los de ella y, como ella no había protestado ni había hecho ademán de soltarse, él se mantuvo firme y con las dos manos unidas sobre la palanca de cambios. Pero le tocó disimular cuando se soltaron. Ya no solo porque Aiko necesitaba las dos manos para mandar el mensaje, sino porque, aunque a sus ojos estuviera bien y fuera normal, a los de los demás, y sobre todo a los de la propia Aiko, podía resultar raro, y él quería tener de todo con ellas menos cosas que fueran raras.

Ninguno de los habló el resto del camino, aunque no fue para nada un silencio incómodo. Entre ellos nunca lo era, aunque tuvo que reprimirse para alargar la mano y volver a buscar sus dedos.

Capítulo 11

—Lo primero de todo, tienes que ir al mostrador a que el chico te dé un par de estos zapatos tan ridículos. —Tom levantó los pies para que Nikolay viera a qué par de zapatos se refería y siguió con la explicación—. La partida consta de diez turnos por jugador. Se anota un punto por cada bolo que se derriba. Cada jugador lanzará dos bolas en cada uno de los primeros turnos, a menos que haya realizado un *strike* en la primera tirada que, entonces, ya no vuelve a tirar porque no hay bolos que derribar. ¿Sabes lo que es un *strike*?

Normalmente, Aiko tenía mucha paciencia. De hecho, era la que más paciencia tenía de todos los que estaban allí, pero Tom se la estaba agotando, pues el chico llevaba más de quince minutos explicándole las reglas del juego a Nikolay y ella necesitaba jugar ya. Las ganas le podían. Así que se levantó de la silla en la que estaba sentada y empujó al ruso hacia el mostrador. Este le sonrió con cariño y se fue hacia allí. Cuando se giró de nuevo hacia Tom, este estaba con los brazos cruzados y la miraba con cara de circunstancias.

—¿Qué?

—¿Por qué te lo has llevado? No me ha dicho si sabe o no lo que es un *strike*.

—No te preocupes, Tom, lo irá viendo conforme vayamos jugando —dijo Liam, que se acababa de sentar al lado de su amigo para abrocharse los zapatos.

—Sigo sin poder creerme que Nico nunca haya jugado a los bolos. Yo también soy de Chicago y os puedo asegurar que tenemos boleras.

—Duncan, guapo, mejor no te digo qué hará Nikolay con la bola y tu cabeza como se te ocurra volver a llamarlo Nico. —Buffy resopló e hizo un puchero—. En serio, no puedo ponerme estos malditos zapatos con esta barriga. Timmy, ayúdame.

Timmy, que estaba dándole un trago a su botella de agua, miró a su amiga por encima de la botella.

—Ay, Buffy, cielo, pídemelo por favor y yo lo hago.

—Ponerme los zapatos no podré, pero darte con ellos en la cabeza te puedo asegurar que sí.

—Me encanta ver lo dulce que eres. ¿Verdad, Cameron? —El barman miró a su novio y cerró la boca, haciendo el gesto de pasarse la cremallera por ella. El pelirrojo miró al techo, hastiado, y se agachó para ayudar a la embarazada a ponerse las zapatillas—. Eres un cagón.

Cam le sonrió a su chico y se terminó de abrochar los cordones.

—Sigo sin poder creerme que estemos todos aquí un jueves a las... —Meadow miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca y abrió los ojos de par en par—, ¡las tres! ¿Es que nadie trabaja?

—A mí me han dado el día libre. —Marie, mujer de Eric y cuñada de Meadow, acababa de llegar con una bandeja llena de bebidas. Eric iba detrás de ella con la comida—. Zoe, tú habías pedido alitas, ¿verdad?

—Sí, barbacoa. ¿Por cierto, cómo han quedado los equipos al final? Con tanto cambio me he perdido.

—Connigo a tu lado, no te vas a poder perder, rubia. —Liam enterró la cara en el cuello de su novia y esta soltó una risita por lo bajo.

Aiko no fue la única en poner los ojos en blanco al verlos. Eric incluso le dio una colleja a su amigo en cuanto dejó las dos bandejas sobre la mesa y tuvo las manos libres. El veterinario fingió ofenderse, aunque todos sabían que le daba igual lo que pudieran decirles. Él era feliz con su rubia, como la llamaba cariñosamente desde hacía años, y todo lo que no fuese eso no le importaba lo más mínimo.

Se hizo a un lado y miró al grupo de personas que la rodeaban. Cuando se había levantado esa mañana no había imaginado que el día iba a terminar de esa manera. Tampoco cuando se había acercado al despacho de Tom. ¡Había ido solo para pedirle el coche! Pero le gustaba esto. Estar todos juntos disfrutando de algo como cuando eran adolescentes. Y es que, a veces, cuando eres adulto, te centras tanto en las responsabilidades que te olvidas de vivir.

Dejó de mirar al resto y se centró en Tom. Estaba sonriente y parecía feliz. No había ni rastro del chico taciturno con el que se había tropezado nada más entrar en su despacho. Tampoco con el de los últimos meses. ¿Qué le pasaría? Se moría por saberlo. Odiaba que su amigo fuese tan cerrado y hermético, sobre todo con ella. Se suponía que tenían confianza, que se contaban las cosas, aunque, siendo realista, ella tampoco era del todo sincera con él. También tenía sus secretos.

—¡*Buh!* —Aiko pegó un brinco. Alzó la vista hacia Zoe, que la miraba divertida, y le sacó la lengua.

—¿Tú sabes el susto que me has dado? —La recién llegada soltó una pequeña carcajada y le rodeó los hombros con un brazo.

La morena era la más bajita de las cuatro, lo sabía y lo tenía aceptado. A veces, era una ventaja no llegar ni quiera al metro sesenta, aunque otras era un incordio, como cuando tenía que coger algo del último estante de la cocina o cuando tenía que mirar a Zoe a la cara, pues la rubia era mucho más alta que ella y tenía que estirar el cuello hasta parecer una jirafa. Muchos decían que parecían el punto y la i, y no se equivocaban.

—¿Qué miras tan ensimismada?

—A Tom. —Sintió la duda en los ojos de su amiga, aunque no los estuviera viendo. Seguía mirando al moreno, que había vuelto a acorralar a Nikolay—. Estoy preocupada por él.

—¿Por qué? Yo lo veo bien.

—Está raro. —Pensó en el mensaje. En realidad, llevada dos semanas pensando en él. Dos semanas en las que el malestar no le desaparecía, y el mal presentimiento tampoco. Pensó en contárselo a Zoe, en compartir sus inquietudes con ella. A lo mejor, así, conseguía deshacer un poco la bola de nervios que le atenazaba el estómago, pero sabía que no podía. No era asunto suyo. A fin de cuentas, había leído algo privado de Tom. Si él no lo había contado, sus razones tendría.

Aunque esas razones la estuvieran poniendo de los nervios.

Terminó encogiéndose de hombros.

—No sé, es solo una sensación. A lo mejor, son imaginaciones mías.

—¿Por qué no hablas con él?

—Porque es Tom. Ya sabes lo cerrado que es a veces.

—Como tú. —Aiko puso los ojos en blanco, aunque no le contradijo. Ella también era un poco cerrada, por eso siempre se habían llevado bien Tom y ella. Aunque, a lo mejor, lo que pasaba es que sus amigas eran demasiado abiertas y expresivas, sobre todo Zoe y Buffy.

Hizo aspavientos con las manos, como quitándole importancia, y se giró hacia su amiga. Lo importante era que Tom, en esos momentos, parecía feliz. Y que ella tenía que ganarle, por supuesto. Ya le debía veinte dólares, no quería deberle más dinero.

—¿Cómo van los equipos al final? —preguntó.

Zoe movió las cejas arriba y abajo.

—Tom, Liam, Cameron, Duncan y Nikolay contra Buffy, Timmy, Meadow, tú y yo.

Aiko dio una palmada y levantó la mano. Zoe le chocó los cinco.

—Los vamos a machacar.

Zoe soltó una ceja.

—¿Lo dudas?

Ambas amigas soltaron una carcajada que atrajo la atención de varios de sus amigos, incluida la de Tom. Este dejó de hablar con Nikolay y se centró en Aiko. Cuando las dos miradas se enredaron la una en la otra, Aiko no pudo evitar tragar saliva. Tampoco pudo evitar cerrar en un puño la mano que había tenido Tom agarrada en el coche y que le seguía hormigueando.

Este ladeó la cabeza y la apuntó con un dedo.

—¿Preparada para perder, Tanaka? —Abrió la mano e hizo a un lado todas las sensaciones. También la acidez que le quemó la garganta cuando notó que le vibraba el reloj que llevaba en la muñeca y que estaba conectado con su teléfono móvil.

Alguien la estaba llamando, y ese alguien no era otra persona que su hermana. Suki llevaba tres días llamándola, pero ella no le había cogido el teléfono.

No había podido, y esa vez tampoco podía, así que fingió que nadie la llamaba y se centró en sus amigos. Se centró en Tom. Le gustaba esa sonrisa, y sabía que su amigo necesitaba ese día más que ninguno.

Se acercó a él con paso tranquilo y le extendió la mano. Él se la aceptó encantado.

—No, preparada para hacerte morder el polvo, Dunphy. —La carcajada de Tom sí que se escuchó en toda la bolera.

—Me encanta cuando sacas tu lado competitivo. Es de las cosas que más me gustan de ti. Que gane el mejor —replicó Tom tras guiñarle un ojo.

Y, así, es como las conversaciones cesaron y el juego comenzó.

Las alitas de pollo volaron y las bebidas fueron repuestas unas cuantas veces. Todos los chicos, incluido el serio y recto Nikolay, hicieron un ridículo baile cuando Tom hizo dos *strikes* seguidos. Las chicas se lo devolvieron unos minutos después, cuando Aiko hizo tres.

Las parejas se reían, se besaban y se robaban las bolas los unos a los otros como si fueran adolescentes en vez de personas adultas con un montón de responsabilidades a su espalda. Los dos cuñados, como únicos solteros del grupo, no dejaron ni un momento de retarse entre ellos con la mirada cada vez que a uno de los dos le tocaba lanzar.

Los diez amigos volvieron a tener dieciséis años esa tarde. No hubo trabajo, no hubo preocupaciones. De vez en cuando, valía la pena salir de la rutina y emprender otra completamente diferente.

Capítulo 12

Apartó el brazo con el que abrazaba a Meiko con cuidado de debajo de su cabeza y se levantó de la cama sin hacer ruido. Apagó la luz de la mesita y encendió una más flojita que la acompañaba prácticamente desde el día que nació. Dejó el libro que habían estado leyendo en la estantería y salió de puntillas de la habitación.

Justo antes de cerrar la puerta, le echó un último vistazo a la cama y contempló a Meiko. Lo hacía todas las noches, como si fuera un ritual, y todas las noches pensaba lo mismo: «No podía creerse que su hija se hubiera convertido en la mujercita que era». Desde luego, no entraba en sus planes ser padre con apenas veintitrés años, pero no se arrepentía. No lo había hecho ni una sola vez desde que la sostuvo en brazos por primera vez, recién nacida, tapada solo con una manta azul y berreando como si fuera un gatito.

Meiko era lo mejor que le había pasado. Sabía que era una frase hecha y que todo el mundo decía eso cuando se convertía en padre, pero en su caso era cierto. Ese día, mientras la acunaba contra su pecho y le cantaba una nana que se había aprendido, le prometió que la protegería de todo y de todos, y eso había hecho desde entonces. O, al menos, lo había intentado, porque sabía que había heridas que era imposible hacerlas cicatrizar, por mucha tirita que se utilizara.

Cerró por fin la puerta y se dirigió al cuarto de baño que tenía dentro de su habitación. Su casa no era grande, pero le gustaba. Tenía todo lo que Meiko y él necesitaban; un salón, una cocina, un cuarto para cada uno, un baño completo en su habitación y un aseo pequeño para ella. ¿Qué más se podía pedir?

«Dinero con el que poder pagar todo eso», le dijo una vocecita en su cabeza. Apretó los puños y cerró la puerta del baño con sigilo para no despertar a Meiko, aunque lo que más le apetecía era cerrarla de un portazo y gritar hasta quedarse afónico.

Estaba cansado; de su conciencia, de que esta le hablara y de que lo atosigara como lo hacía. De luchar y de rendirse. Estaba harto de fingir sonrisas y de mentirle a sus amigos. De las miradas de soslayo que le lanzaba Liam, aunque este se creyera que estaba siendo disimulado, y de la preocupación que no dejaba de ver en los ojos de Aiko continuamente.

Se deshizo de la ropa y entró en la ducha. Ni siquiera se molestó en meterla en el cesto de la ropa sucia. Encendió el grifo y dejó que el agua fría le mojara el cuerpo y la cara.

Se lo había pasado muy bien esa tarde con todos sus amigos, eso no lo podía negar. Tampoco, que más de una carcajada que había soltado había sido real. Por primera vez en meses, se había sentido ligero, como si la carga que llevaba tanto tiempo sobre los hombros hubiera decidido aflojar un poco el agarre. Aun así, la sensación de desasosiego no había desaparecido, ni tampoco la preocupación o la ansiedad que le apretaba el cuello hasta ahogarlo.

Pero había estado bien fingir por unas horas que sí, y también sonreír como lo había hecho. Al principio, tuvo miedo de no conseguirlo. De haber olvidado cómo se hacía, pero la sonrisa había salido sola. Como si hubiera estado ahí, esperando.

Cerró el grifo, cogió una toalla y se la anudó a la cintura. Limpió el vaho del espejo con la mano y miró su reflejo. Estaba hecho un asco. No le gustaban las ojeras que, por lo visto, habían decidido vivir de forma permanente bajo sus ojos, ni tampoco las arrugas que se le formaban

alrededor de estos. Era un asco ser adulto y tener responsabilidades. Era todo más sencillo cuando era un adolescente y su única preocupación era ganar a sus dos mejores amigos al baloncesto.

Salió del baño, entró en su dormitorio y se sentó en la cama. Alargó el brazo hasta la mesita de noche y cogió el móvil. Ardía. Le quemaba tanto en la palma de la mano que solo quería soltarlo. Guardarlo en el cajón y no sacarlo hasta que fuera estrictamente necesario, pero la rabia le podía, y también el masoquismo.

Había intentado no pensar en ello, por eso se había dejado el portátil en el maletín y este en la oficina. Aiko no había mentido al decir que nunca salía de la oficina sin él, y es que había tantas cosas en ese aparato que lo asfixiaban, que era mejor tirarlo al río, pero se había olvidado del móvil.

Una parte de su conciencia le pedía que no lo hiciera, que no entrara en el banco y mirara la cuenta, pero lo hizo, y el mundo volvió a girar en sentido contrario.

Su dinero pendía de un hilo, del mismo hilo que pendía su trabajo. La última casa que había vendido había sido hacía meses y no se le ocurría nada con lo que remontar. No sabía si era porque había llegado un punto en el que el cansancio lo tenía embotado, o porque de verdad no había nada.

Tras frotarse los ojos, sus dedos lo llevaron a la otra cuenta. Esa a la que nunca accedía porque estaba protegida con un candado invisible que él mismo había puesto hacía siete años. Miró la fecha del último ingreso y no supo si reír o llorar.

Fiel como un reloj, Suki le había enviado el dinero correspondiente a la manutención de Meiko. Un dinero que él jamás había tocado ni que tampoco quería. Cuando llegó el primer pago, a los pocos días de marcharse, llamó a Suki enfadado y le dijo por dónde podía meterse ese dinero. Estaba furioso con ella. Resentido. Se había marchado, los había abandonado, a los dos. Sin mirar atrás. Sin importarle sus sentimientos y, todavía peor, sin importarle los de Meiko. Esa niña que apenas estaba empezando a andar y que se despertó al día siguiente de su marcha preguntando por su madre. La niña que había heredado su tez blanca y el color de sus ojos.

Suki lo instó a que aceptara el dinero, hasta le suplicó, pero su orgullo le pudo y lo rechazó. Una y otra vez. Hasta que Aiko se presentó una mañana en su casa y le pidió por favor que lo aceptara. Que no lo cogiera para él si no lo quería, pero que lo guardara para Meiko. Para lo que ella quisiera. Para su futuro. Su amiga sabía que nombrando a su hija conseguiría derribar todas las barreras que había levantado en torno a Suki, y lo consiguió. Le abrió una cuenta, le echó el candado y se juró no tocar ese dinero jamás. Se lo daría a Meiko cuando se fuera a la universidad, o cuando fuera lo suficientemente mayor para responsabilizarse de él. Para él, ese dinero no existía.

Aunque entraba de vez en cuando a mirarlo, no sabía muy bien por qué. A lo mejor, porque en esos números que subían mes a mes encontraría la explicación de su marcha, porque a él eso de «esto me viene muy grande, no puedo, no soy capaz y, si me quedo, solo voy a hacerla infeliz», no le valía. Pero nunca encontró respuestas. Solo rabia y mucho dolor.

Cerró la cuenta y abrió la otra aplicación que lo atormentaba y que también evitaba. Por lo visto, eran demasiadas cosas las que estaba evitando últimamente.

Buscó a Catherine y releyó el mensaje.

Catherine Sallow:

¿Has pensado ya en lo que hablamos? Llámame. Necesito una respuesta a finales de este mes.

Rio. ¿Si había pensado en lo que hablaron? No había hecho otra cosa. Tendría que darle las

gracias por no insistir cuando hablase con ella. O, a lo mejor, había dejado de insistir porque la oferta ya había expirado.

Iba a explotarle la cabeza por pensar tanto.

Soltó un suspiro y comenzó a escribir. Ya iba siendo hora de hacerse cargo de sus responsabilidades.

Tom:

No he dejado de pensar en ello.

Sintió alivio mezclado con cosquilleo cuando vio las palabras «Escribiendo...»

Catherine Sallow:

¿Y qué has decidido?

Tom:

¿Sigue en pie lo de Houston tal y como lo hablamos?

Las manos le temblaban.

No sabía si porque esperaba ver un sí o un no.

Vio que Catherine estaba escribiendo y soltó el móvil. Se miró el pecho desnudo y también la toalla, que seguía anudada en su cintura. No podía hablar de algo tan importante medio desnudo, así que se levantó y se vistió con unos pantalones largos a cuadros y una camiseta blanca de manga corta. Cerró la puerta de su dormitorio y rescató el teléfono.

Catherine Sallow:

Tengo el contrato en mi ordenador. Dame la orden y te lo envío ahora mismo por email.

¿Ahora?

Un sudor frío le recorrió la espalda y le erizó el bello de la nuca.

Si decía que sí, ya estaba. Decisión tomada; una nueva vida, un nuevo trabajo y un desahogo, además de cero preocupaciones sobre su futuro. Si decía que no...

Se pasó una mano por el pelo, frustrado, y se pinzó el puente de la nariz. Le estaba empezando a doler la cabeza. En los últimos meses, le dolía casi todos los días, y no podía seguir así. Sabía que necesitaba una solución y que la necesitaba ya.

Su cabeza le decía qué decisión era la correcta, pero su corazón parecía tener otros planes. Miró la pantalla.

Tom:

¿Hasta cuándo tengo para pensármelo?

Catherine Sallow:

Dime qué te preocupa y lo hablamos.

¿Que qué lo preocupaba? Todo. Le preocupaba perder su vida. Le preocupaba que no saliera bien. Le preocupaba vivir en Houston. Le preocupaba que su hija se enfadara con él por separarla de los suyos y que lo odiara. Le preocupaba no hablar con Erik y Liam con tanta frecuencia como lo hacía. Le preocupaba que llegara un día en el que dejara de hacerlo. Le preocupaba no encontrar trabajo en Variety Lake y terminar de perderlo todo.

Le preocupaba no ver a Aiko a diario.

Le preocupaba no tenerla en su vida como hasta ahora.

Se llevó la mano al pecho y la cerró en torno a la camiseta en un puño mientras tomaba respiraciones cortas. Se pinzó de nuevo el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar, solo que esta vez lo hizo con más fuerza, pues el dolor de cabeza había aumentado y le molestaba hasta la luz de la lamparita.

Sabía que tenía que dar una respuesta, pero todavía no se sentía capaz. Necesitaba respirar. Necesitaba tiempo. No tenía ni idea de cuánto, pero todo el que su antigua jefa pudiera darle.

Tom:

Sé que tengo que darte una respuesta, y te la daré, pero necesito que me digas hasta cuándo tengo para pensármelo.

Catherine Sallow:

Puedo darte unos cuantos días más, Tom, pues estamos teniendo retrasos con la reforma del bajo y aún no está listo, así que de esa te salvas, pero necesito una respuesta cuanto antes. Tengo que darles un nombre a mis jefes, y me gustaría darles el tuyo.

Soltó el aire que tenía retenido en los pulmones en cuanto vio la respuesta. Unos días. No era mucho, pero le serviría.

Tom:

Gracias, Catherine. No es una decisión fácil para mí.
Son muchas las cosas que tengo que sopesar.

Catherine Sallow:

Te lo dije cuando nos reencontramos. Te conozco, sé cómo trabajas y cómo te implicas en las ventas. Estaba ahí en tu primera venta en solitario y también en la segunda. En cómo consigues que los clientes confíen en ti, y eso es lo que buscan en un director. Alguien que, además de dirigir un equipo, sea leal.

Catherine Sallow:

Mira, la semana que viene tengo que ir a Chicago a un congreso. ¿Por qué no me paso por Variety Lake y hablamos? Llevaré el contrato y podrás hacerme todas las preguntas que quieras.

¿Venir aquí? Si hacía eso, se convertiría en algo más real. Sabía que, si veía todo lo que le ofrecían, le iba a costar más decir que no. Pero tenía que hacerlo. A veces hay que dejar de lado el corazón para hacerle caso a la cabeza.

Tom:

Ya sabes la dirección de la inmobiliaria.
Te estaré esperando.

Capítulo 13

Estaba sudando. No sabía en qué consistía una clase de preparación al parto exactamente, pero nunca imaginó que saldría de allí más cansada que de una clase de *spinning*. Creía que enseñarían a las futuras madres a respirar, a contraer el útero, les explicarían cómo darse masajes para que los pies no se les hincharan... Cosas así. Pero la realidad es que había terminado haciendo más cuclillas y sentadillas esa mañana que en toda su vida.

Por supuesto, no era la única que estaba agotada. Buffy, a su lado, jadeaba y bebía de la botella de agua que les habían dado como si estuviera en el desierto y llevaran días sin beber.

—Tranquila, a ver si te acaba dando un corte de digestión y la liamos. —Su amiga la miró de reojo y gruñó, aunque también se quitó la botella de los labios.

—Me duele todo.

—Normal. —Le pasó un brazo por la cintura y pegó la cabeza a su hombro—. Te admiro. Yo estoy muerta y no tengo una bola de tres kilos encima. No me quiero ni imaginar cómo estarás tú.

—Te devolvería el abrazo, pero estoy concentrando todas mis energías en respirar y no morirme.

Salieron de la clínica y se dirigieron al ascensor.

—¿Te apetece comer algo? Tanta contracción de músculos me ha dado hambre —le preguntó Buffy una vez dentro del habitáculo.

Se echó un vistazo. La verdad era que necesitaba una ducha, pero, como Buffy, se moría de hambre.

—Claro —le contestó—. ¿Qué te apetece?

—Nachos con queso y guacamole, y zumo de tomate. —A Buffy se le iluminaron los ojos. Parecía una niña hasta arriba de azúcar en el día de su cumpleaños—. O un helado, también me apetece uno. ¡Ay! ¿Qué te parece si nos comemos primero unos nachos y luego vamos a por el helado de pistacho que no me has dejado comprarme cuando hemos llegado?

—Que no te he dejado, no. Teníamos una cita. —Buffy puso los ojos en blanco justo cuando se abrió la puerta del ascensor. Salieron las cuatro. Aiko se despidió de la pareja antes de que comenzaran a andar hacia la salida cogidas de la mano. Ellas lo hicieron hacia la zona de restaurantes.

—¿Sabes? Pienso ponerle a Nikolay en bucle el vídeo que nos han enviado para los masajes de pies. Más le vale compensarme.

—¿Y quién me compensa a mí?

Buffy la cogió por los hombros y la pegó a ella.

—Te mandaré a Nikolay alguna noche.

—Me parece bien.

Entraron en un restaurante mexicano y dieron cuenta del bol de nachos con queso y guacamole más grande que había en la carta. Aunque también quería algo dulce, casi salvó al meterse el primer triángulo de trigo en la boca.

Las dos amigas hablaron de la clase que habían dado, repasando todos y cada uno de los

ejercicios, y Aiko le juró que, si Nikolay no podía acompañarla en alguna de las clases, ella lo haría encantada.

Buffy, Zoe, Meadow y ella eran amigas íntimas. Se lo contaban todo y se apoyaban las unas en las otras en los buenos y en los malos momentos, pero no era un secreto que Buffy y Meadow tenían un pequeño vínculo especial, al igual que Zoe y ella. Aun así, cuando estaba con Buffy, a pesar del carácter tan diferente que tenían las dos amigas, se sentía feliz. Tranquila. Y eso era lo que más le gustaba de ella. Que, a pesar de ser la más alocada y, a veces, rebelde del grupo, era la que tenía esa chispa que hacía que todo lo que te pasara fuera especial y único.

Al salir del restaurante, fueron directas a la heladería, donde Buffy se pidió, por fin, su helado de pistacho con trocitos de chocolate. Ella se decantó por una bola de cada; una de dulce de leche y otra de vainilla. Estaban a punto de sentarse cuando el móvil de la futura mamá comenzó a sonar. Por la sonrisa que le iluminó el rostro, Aiko supo de inmediato quién la estaba llamando. Le quitó el helado de las manos y señaló una mesa vacía que había a unos pasos de distancia.

—Te espero en esa mesa de ahí. Ve a hablar con tu hombre.

Buffy sonrió y le guiñó un ojo, justo antes de descolgar el teléfono y volverse seria.

—¿Qué tal, Nicholas? ¿Todo bien en esta bonita mañana de sábado?

Aiko sacudió la cabeza mientras se alejaba de su amiga, que salía de la cafetería, y se sentaba donde le había indicado.

Dejó el helado de Buffy encima de la mesa y se concentró en el suyo. No se acordaba de la última vez que se había tomado uno. Podía parecer mentira, ya que ella se pasaba el día cocinando dulces, pero no era lo mismo. Y sus comidas no llevaban helado dentro. Lo suyo no tenía nada que ver con esto. Y, además, no era lo mismo estar detrás de la barra o en la cocina que sentada tranquilamente en una mesa con la única preocupación de no mancharte las manos porque el helado chorrease.

—¿Aiko? —Se dio la vuelta con la cuchara en la boca. Tardó cinco segundos en reconocer al chico rubio que la miraba sonriente.

—¿Ryan?

—El mismo. —Este le guiñó un ojo y ella se levantó de un salto para saludarlo.

Hacía mucho que no veía a Ryan, ese chico que compartía su gusto por la cocina cuando eran dos adolescentes. No lo veía desde que él se marchó a París a estudiar en «Le Cordon Bleu» y ella se quedó en Variety Lake para ayudar a sus padres con el negocio familiar.

En resumidas cuentas, desde que él se fue a cumplir el sueño de los dos. Mantuvieron el contacto apenas unos meses, pero este se fue perdiendo hasta desaparecer del todo.

Ambos examigos se fundieron en un abrazo, y eso que ella no era muy dada a las demostraciones de afecto. Solo besaba y abrazaba a sus amigas íntimas y a Meiko, pero con Ryan le había salido de forma natural, y es que se alegraba muchísimo de verlo. Habían sido muchos los sábados que habían compartido juntos mientras crecían y guardaba un bonito y dulce recuerdo de todos ellos, así como de la noche de su graduación. Sí, vale, Ryan no había sido su primera opción, aun así, el chico había terminado siendo una compañía maravillosa. Una de la que Aiko disfrutó y agradeció.

Ryan la levantó en brazos, haciéndola girar. Ella se agarró fuerte a sus hombros mientras cerraba los ojos e intentaba no marearse. No había terminado de recuperarse de la clase de preparación al parto.

—¡¡Qué alegría verte!! —exclamó Ryan emocionado nada más dejarla en el suelo. Aiko seguía apoyada en sus hombros intentado que la cabeza dejara de darle vueltas—. Estás increíble.

—¿Qué haces por aquí? Lo último que supe de ti es que te ibas a París a cumplir nuestro sueño.

—Y allí vivo, he venido para unos días a ver a la familia. Se casa mi hermana el fin de semana que viene.

Aiko apenas recordaba cómo era su hermana. Aun así, se alegró mucho por ella. Le gustaban las bodas.

—Eso es fantástico —dijo de corazón. Ryan le sonrió y ella vio en esa sonrisa al niño risueño y alegre que una vez le contó entusiasmado cómo hacer una tarta fría de limón y queso.

—Gracias. Oye, ¿te importa si me siento? —Ryan señaló la silla vacía y el café que llevaba en la mano y del que Aiko ni siquiera se había dado cuenta. Asintió tras echar un vistazo a Buffy y ver que esta seguía al teléfono.

—Claro. Espera, que te quito todo esto de delante. —La morena hizo a un lado el helado de su amiga. Vio a Ryan fruncir el ceño—. ¿Qué pasa?

—O te vas a comer dos helados tú sola que, déjame decirte, me parecería maravilloso, o te acabo de fastidiar una cita con otra persona.

Aiko rio y negó con la cabeza.

—Mi cita es esa chica de allí fuera, la que está embarazada. Por cómo mueve las manos, creo que aún le queda un poco para venir. —Miró el helado. Se estaba derritiendo—. Y sí, creo que, además, acabaré comiéndomelo yo y pidiéndole otro a ella. ¿Te apetece?

Tras fingir durante unos segundos que dudaba en si aceptar o no el ofrecimiento que Aiko acababa de hacerle, Ryan le cogió a esta la cuchara que le ofrecía y la incrustó en el helado de pistacho.

—¿Esa es Buffy? —preguntó el rubio tras tragar. Gimió—. Por cierto, este helado está muy bueno.

—¡Sí! —contestó Aiko, asombrada—. Qué buena memoria tienes. Y sí, está muy bueno, pero no se lo confieses a Buffy cuando vuelva. Puede ser peligroso.

—Anotado —dijo serio, como si supiera exactamente de qué estaba hablando Aiko. Volvieron a meter la cuchara en el helado—. Tiene un nombre bastante original y peculiar. Es difícil olvidarlo.

—Supongo que tienes razón.

Ryan soltó una carcajada, una que a Aiko la hizo viajar al pasado. Hacía mucho que no pensaba en él. Fue alguien importante en su vida durante un tiempo, ya que compartían los mismos gustos y los mismos planes de futuro, pero, como todo, su rostro había terminado difuminándose, y es que había personas que pasaban por tu vida y se quedaban. Otras, que pasaban y se iban como habían llegado, sin hacer ruido y sin molestar. Y luego estaban las últimas, esas que significaron algo en su momento pero que, luego, se quedaban solo como un recuerdo. Uno al que, cuando recurrías, lo hacías con una sonrisa, porque era bonito, y ese tipo de persona era Ryan para ella.

Este soltó un suspiro e inclinó el cuerpo hacia delante, como si se estuviera preparando para contarle un secreto.

—Pero, cuéntame. ¿Qué es de ti? ¿También estás de visita?

Aiko se mordió la lengua y se tragó un resoplido.

Ojalá.

Siempre supo que volar hasta París para estudiar en Le Cordon Blue era un sueño inalcanzable para ella. Ya no solo porque económicamente era un gasto que sus padres no estaban dispuestos a asumir, sino porque tenía otras obligaciones en Variety Lake que la retenían. Unas que se

agravaron cuando su hermana se marchó. Así que se limitó a imaginarse cómo sería todo hasta que el deber se impuso y mandó ese sueño al fondo de su mente.

Pero no le dijo nada de eso a Ryan. Quejarse nunca había ido con ella. Hacerlo, la hacía sentirse ingrata. Desagradecida. Sí, no había ido a París, pero no lo había hecho por una buena causa; la necesitaban en casa. Su hogar era Variety Lake. Su vida, *Suki's*. Era feliz ahí. No sería ni la primera ni la última persona que no podía viajar a París a estudiar.

Metió la cuchara en la tarrina de Buffy y probó el helado de pistacho. Estaba muy rico, y se estaba deshaciendo. Empujó la copa hacia Ryan.

—No estoy de visita. Sigo viviendo en Variety Lake y trabajando en la cafetería —sonrió. Lo hizo para que no se notara mucho la desazón que, de repente, sentía. Como si las palabras que acababa de decir estuviesen huecas. Vacías.

Volvió a meter la cuchara en el helado y esa vez se llevó un buen trozo.

—Come, por favor. Y no hablemos de mí —se apresuró a decir—, como ya has visto, mi vida no dista mucho a como la dejaste cuando te marchaste. Hablemos de ti. Y de París. ¿Es tan bonita como en las fotos que veíamos? ¿Te acuerdas de esa guía que le robaste a tu abuela con los mejores lugares de París donde comer queso?

Ryan se le quedó mirando unos segundos. Si se había dado cuenta de las ganas que tenía Aiko por desviar la conversación, no lo dijo. Se limitó a meter su cuchara en la tarrina y a mirar la puerta.

—¿Seguro que podemos comérmolo? No quiero quitarle a una embarazada su antojo. Nunca he estado embarazada, pero mi hermana sí, y sé que no hay que jugar con estas cosas.

Aiko le echó un vistazo a Buffy por encima del hombro. Seguía al teléfono, solo que ya no hacía aspavientos con las manos. Ahora, por lo menos, estaba sentada.

Animó a Ryan a comer con un movimiento de la mano.

—Buffy puede estar al teléfono horas, sobre todo si es hablando con Nikolay.

—Que, entiendo, es el padre del niño.

—El mismo. Y, por eso, será mejor que nos comamos este helado pronto. —Pasó el dedo por el borde de la tarrina y se lo llevó a la boca—. Sería una pena que se echara a perder.

—Así que, en realidad, le estamos quitando la comida a una embarazada por una buena causa, ¿no?

—Efectivamente. —Aiko se centró en su helado y dejó que Ryan se comiese el otro—. París. Empieza.

Aiko fue testigo de cómo a Ryan se le iluminaba la mirada. También la sonrisa. Sintió envidia, que escondió enseguida con otra cucharada de helado de vainilla.

—París es todo lo que soñábamos y más. Las clases fueron duras, no te voy a mentir. Y pensé más de una vez en tirar la toalla y regresar a casa. Las clases de cocina de Le Cordon Bleu no tienen nada que ver con esos programas de cocina que veíamos. ¿Te acuerdas?

—Para olvidarlo.

—Pero... —Aiko no necesitaba que Ryan dijera nada más. Se lo notaba en su mirada. En esos ojos marrones que la miraban maravillado—. En cuanto salía al exterior y caminaba un poco por sus calles... Cuando probaba una receta y me salía... Cuando entraba en sus cocinas, respiraba fuerte y lo olía... En todos esos momentos me daba cuenta de que era ahí donde tenía que estar.

Aiko comió más helado. Se le estaba acabando. Tendría que levantarse a por más. Necesitaba más.

Ryan sonrió más ampliamente, si es que eso era posible, y se inclinó hacia delante.

—¿Sabes dónde hice las prácticas? —Aiko tragó saliva. No lo quería saber. De repente, quería

levantarse y salir corriendo. Buscar a Buffy y regresar a casa. Pero no por Ryan, por ella. Porque le escocían los ojos y ni siquiera estaba segura de por qué.

—No, y por tu cara de felicidad creo que no quiero saberlo.

El rubio se rio, como si lo que acababa de decir fuese una broma, y a ella esa risa se le clavó un poquito más adentro. Porque era verdad. Sí, le había preguntado por París, pero, de repente, no quería saber nada más. Si ya le estaba poniendo los dientes largos con París y la escuela, no quería ni imaginarse cómo se le pondrían con lo próximo que fuera a contarle.

Se sentía una egoísta y también mala persona, y ella no era ni una cosa ni la otra.

—En *Laduree* —dijo Ryan tras lo que a Aiko le parecieron los minutos más largos de su vida.

Se tragó un gemido, un grito y muchos lamentos. Hacer prácticas en un sitio como *Laduree* era el sueño de cualquier persona que amara, mínimamente, la pastelería. Y ella la amaba con todo su corazón.

Fingió una sonrisa mientras hacía un esfuerzo titánico por no dejar que la mandíbula se le desencajara.

—Eso es... —Sacudió la cabeza—. Creo que no tengo palabras.

Se metió la última cucharada de helado en la boca y rumió al ver que se le había acabado. Miró la copa de Buffy, se la quitó a Ryan de las manos y siguió comiendo.

—Te hubiese encantado, Aiko. Cuando cruzas la puerta, es como entrar en una casa de muñecas. Con sus vitrinas llenas de dulces, sobre todo de *macaron*, sus bombones helados o sus mesitas para el té en color blanco y rosa. Es precioso.

—Apuesto que sí. —Tragó saliva. Sentía como si, en vez de helado, estuviera comiéndose un trozo de hielo—. No sabes cuánto me alegro por ti. Te lo mereces. —Y lo decía en serio. A pesar de sentir que era egoísta y mala persona, lo que acababa de decir era cierto. Ella amaba la repostería, y sabía que Ryan también, así que podía hacerse una idea muy clara de lo que estaba diciendo.

Porque ella, en su lugar, se hubiese sentido de la misma manera.

Ryan estiró la mano por encima de la mesa hasta alcanzar la suya. Le quitó la cuchara, a la que estaba fuertemente agarrada, y le dio un apretón.

—Tú también te merecías ir a un sitio como *Laduree*, Aiko. Siempre lo has hecho, aunque creyeses que no. —En otro momento, podría haberse sentido inquieta por lo que acababa de decirle, pero estaba más preocupada por la mirada que, de repente, vio en el rostro de ese chico que tantos sábados compartió con ella cuando eran adolescentes.

Tragó el tozo de hielo imaginario con fuerza. ¿Qué había querido decir con eso? Estaba a punto de preguntárselo cuando Ryan la soltó y miró la hora en el reloj que llevaba en la muñeca. Abrió los ojos sorprendido y se levantó de un salto.

—Mierda, llego tarde.

Aiko también se levantó. Se quitó una pelusa imaginaria que llevaba en el pantalón.

—Claro, no te preocupes. Me ha encantado verte. —Eso también era cierto.

Ryan se la quedó mirando. Se metió la mano en el bolsillo trasero y sacó su móvil. Se lo tendió.

—¿Te apetecería quedar un día para seguir poniéndonos al día? Y para que me hables de ti. Solo he hablado de cómo ha sido mi vida durante estos años, pero no sé nada de la tuya.

—Bueno, yo ya te he dicho que la mía es más o menos igual a como la dejaste. No creo que haya nada reseñable.

—Apuesto a que sí que lo hay.

Le sonrió y ella volvió a ver a ese chico de quince años que quería comerse el mundo.

Cogió el teléfono.

—Me encantaría volver a verte. —Escribió su número y llamó. Su propio teléfono comenzó a sonar—. Así yo también te tengo guardado.

El chico rubio recuperó su aparato. Dio un paso al frente y atrapó de nuevo a la morena entre sus brazos.

—Me ha encantado volver a verte, Aiko —musitó en voz baja.

—A mí también.

Los dos amigos se separaron, se sonrieron una última vez y él se dio media vuelta y se marchó. Aiko se quedó mirando su espalda hasta que un golpe sordo y seco la sobresaltó; Buffy se había dejado caer en la silla de al lado. Tenía la vista tan fija en la espalda de Ryan que ni siquiera la había visto acercarse.

—¿Todo bien? —le preguntó Buffy una vez se hubo sentado ella también. Aiko asintió.

—Perfectamente. ¿Sabes con quién me he encontrado? Con Ryan.

—¿Ryan? —Buffy arrugó la nariz—. ¿De qué me quiere sonar ese nombre?

—El chico con el que fui al baile de graduación. El que se pasaba los sábados conmigo en la cafetería compartiendo recetas y hablando de cocina.

Buffy abrió los ojos y dio una palmada en el aire.

—¡Vaya que sí! Ya me acuerdo. ¿Y qué se cuenta?

—Ha venido de visita. Vive en París. Se fue allí a estudiar en Le Cordon Blue y... Bueno, pues eso. Que se quedó. —Aunque intentó sonar normal. Indiferente. El picor en la garganta al pronunciar el nombre de la escuela estaba ahí.

Centró la atención en una muesca que había en la mesa cuando vio que Buffy la miraba intensamente. Sin parpadear.

Odiaba que su amiga hiciera eso. Las cuatro habían aprendido a leerse sin hablar. A hacerlo solo con miradas. O sin ellas. Solo con gestos. Y las cuatro eran buenas, pero Buffy se quedaba con la matrícula de honor.

—Oye, Aiko... —empezó a decir esta con ese tono comedido y delicado que solo sacaba a relucir cuando quería hablar de algo que sabía que era inapropiado, pero se interrumpió cuando el móvil de Aiko, que seguía conservando en la mano, comenzó a sonar con la entrada de una llamada.

Se quedó paralizada cuando vio el nombre de quién llamaba.

Un nombre que acababa de guardar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no lo coges? —preguntó Buffy al ver que su amiga se quedaba pasmada mirando la pantalla. Sonrió al ver el nombre de Ryan—. Vaya, parece que alguien se ha quedado con ganas de más.

Aiko miró a su amiga de reojo.

—A lo mejor se ha dejado algo —murmuró, tras echar un vistazo a su alrededor y ver que no había nada—. ¿Qué hago?

—Pues cogerlo.

—¿Sí?

Buffy bufó a la vez que puso los ojos en blanco.

—¿Lo cojo yo?

—¡No! —dijo Aiko más rápido de lo normal. No le pasó desapercibida la media sonrisa que Buffy intentó ocultar. Descolgó la llamada y se llevó el aparato a la oreja—. ¿Diga?

—¿Aiko?

—Sí. ¿Pasa algo? ¿Te has dejado algo?

Ryan rio. Ella cerró los ojos y le ordenó a su cabeza que se centrara y a su boca que fuera más despacio.

—No. Quería comentarte una cosa, pero no tienes que aceptar si no quieres. Además, tampoco me sé tu horario de trabajo y no sé si estás libre. Es solo una idea que se me ha ocurrido.

—Vale. —No sabía qué otra cosa decir. Se le notaba nervioso, y eso le gustó. Notó que alguien le daba golpecitos en el hombro. Al mirar a Buffy, vio que le hacía señas. Tardó medio segundo en entender que le estaba pidiendo que pusiera el altavoz.

Negó con la cabeza, así que Buffy se pegó tanto a ella que cualquiera diría que compartían brazo.

—Me ha gustado mucho verte —siguió diciendo Ryan— y, como voy a estar pocos días, he pensado que podríamos quedar mañana para ver la reposición de *El Resplandor*. He visto que la ponen en Champaign y he pensado que podemos ir. Si te siguen gustando las películas de miedo, claro.

Sonrió. Mentiría si dijera que no le gustaba que Ryan se acordara de sus gustos cinematográficos.

Ignoró el pulgar hacia arriba que su amiga había plantado frente a su cara y asintió, aunque Ryan no pudiera verla.

—Claro, me encantaría.

—Perfecto. Genial. ¿Quieres que nos veamos en el cine directamente?

—¿Podrías pasar a recogerme? Mañana no tengo coche.

—Por supuesto, sin problemas.

—Pues cuando llegue a casa te envío mi ubicación. Adiós, Ryan.

—Hasta mañana, Aiko.

Colgó el teléfono. Se mordía el labio con tanta fuerza que se estaba haciendo daño. Estaba entre contenta y nerviosa. ¿Qué acababa de pasar? Mejor dicho, ¿qué acababa de aceptar? Hacía tanto que no salía con alguien que no fueran sus amigas y amigos, que estaba un poco perdida. Seguro que era solo el reencuentro entre dos viejos amigos a los que les gustaban las mismas cosas. Maldijo para sus adentros; no se acordaba si a Ryan le gustaban las películas de terror.

Buffy carraspeó, llamando su atención, así que se obligó a mirarla. Sonreía tanto que podía verle las encías.

—No digas nada —le espetó, intentando sonar amenazante.

La embarazada colocó las manos unidas sobre su abultado vientre y se encogió de hombros.

—No he dicho nada.

—Pues sigue así.

Aiko miró de nuevo la pantalla. Buffy volvió a carraspear.

—Buffy...

—No he dicho nada... ¡Pero tienes una cita! —Ladeó la cabeza y miró a su amiga sin comprender. ¿Cita? Ella no tenía una cita.

¿O sí?

Si la tenía, eso era algo bueno. ¿No?

Entonces, ¿por qué de repente se encontraba pensando en Tom y en si a él le parecería bien o no que tuviera una cita?

Y, lo más importante, ¿por qué, en el fondo, deseaba que le pareciera mal?

Capítulo 14

Ryan acababa de enviarle un mensaje para decirle que salía de casa y que en veinte minutos estaría en la suya para recogerla, así que se echó un último vistazo en el espejo.

Le gustaba lo que veía.

Se había vestido con unos vaqueros ceñidos que le estilizaban las piernas y una blusa color verde botella de manga larga y cuello Peter Pan. El pelo, que siempre lo llevaba recogido en una cola alta de caballo para que no le molestase a la hora de trabajar, se lo había dejado suelto y le caía por encima de los hombros hasta el pecho. También se había anudado a la cintura una chaqueta marrón estilo militar por si refrescaba más tarde. No se había maquillado. Solo un poco de brillo en los labios y rímel negro en las pestañas.

Suspiró.

No se acordaba de la última vez que había salido a algún sitio con alguien que no fueran ni Meiko o las chicas. Le encantaba estar con ellas, de verdad que sí, pero era cierto que tenía que abrir su círculo. Además, necesitaba divertirse. La cafetería, a veces, podía ser asfixiante, y ella últimamente sentía que tenía una soga alrededor del cuello.

El timbre de la casa sonó, dándole un susto de muerte. Ryan llegaba pronto.

Se llevó una mano al cuello y respiró hondo mientras se miraba al espejo y se reprendía por pensar así. No era justo. Trabajaba en la cafetería porque quería y era injusto para sus padres. ¿A quién no le agobiaba su trabajo de vez en cuando, por mucho que este te gustara?

Le sonrió a su reflejo y se atusó una última vez el pelo. Todo lo que le pasaba era producto de los nervios. Porque sí, estaba nerviosa. Daba igual el motivo y sabía que era una tontería, pero lo estaba.

Apagó la luz del baño y bajó las escaleras sin soltarse de la barandilla. Una vez llegó abajo, compuso la mejor de sus sonrisas y abrió la puerta principal. La sonrisa se le quedó congelada en los labios cuando se encontró cara a cara con una niña con un vestido amarillo que resaltaba sus ojos, una preciosa sonrisa a la que le faltaban ya tres dientes y dos trenzas mal hechas.

—Meiko —susurró.

—¡Hola, tía! —La niña se abalanzó sobre ella como hacía siempre que la veía, rodeándola por la cintura con más fuerza de la que una cría de ocho años debería tener. Meiko la alzó en el aire y enterró la nariz en su cuello, aspirando con fuerza. Olía a vida mezclada con inocencia, su olor preferido.

Quedaba demostrado que Aiko tenía los abrazos y los besos contados, excepto para esa niña, a la que se los daba todos.

Se apartó y la miró a la cara.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba.

—Hemos venido a invitarte a comer. —Fue al utilizar el plural cuando se dio cuenta de que había otra persona en el umbral de su puerta. Dejó de mirar a la pequeña y se encontró con los ojos marrones y cansados de su amigo. Como las últimas veces que lo había visto, el aspecto de Tom era el de alguien que parecía cargar con demasiado peso sobre los hombros y que se negaba a compartir esa carga con nadie, solo que esa vez parecía querer disimularlo con su habitual pelo

negro bien peinado, su barba recién afeitada y su ropa de sport, compuesta por vaqueros y camiseta roja. Ni rastro de sus habituales trajes de chaqueta y su inseparable maletín.

El problema era que Aiko lo conocía demasiado y, con los años, había aprendido a leerlo tan bien que, a veces, tenía la sensación de que lo conocía mejor a él que a sí misma.

El mensaje de Catherine volvió a cruzarle la mente, aunque la realidad era que no había dejado de pensar en él desde el domingo de la barbacoa. Algo le decía que ese mensaje tenía relación con la cara de cansancio de Tom, pero, como llevaba haciendo desde esa noche, se mordió la lengua y no dijo nada. Primero, porque conocía lo suficiente a su amigo como para saber que este necesitaba su espacio y su tiempo para abrirse a los demás y, segundo, porque no estaban solos y no era el momento ni el lugar para tener esa conversación. Una que cada vez le pesaba más y a la que sabía que, tarde o temprano, tendría que llegar.

Soltó a Meiko y se acercó a Tom. Este también avanzó un par de pasos y, cuando estuvieron frente a frente, se dieron un abrazo. Uno que le resultó familiar y cotidiano a la vez que difícil. Probablemente porque siempre pedía que este durase más de tres segundos.

Cerró los ojos cuando él le dio un beso en la mejilla.

—Estás guapísima, Aiko —murmuró Tom en cuanto se hubieron separado. Aiko tragó saliva y dio un par de pasos hacia atrás de forma disimulada hasta pegarse a Meiko. Estaba roja. No se podía ver, pero lo sentía. No sabía si era por el comentario de Tom, por cómo lo había dicho o por cómo la estaba mirando.

Le pasó un brazo a Meiko por los hombros y la pegó más a ella.

—Gracias.

—Es verdad, tía. —Su sobrina la miraba sonriente y con un cariño especial—. Estás superguapa.

—Tú tampoco estás nada mal, pequeña. —Le toco ambas trenzas y le dio un pequeño estirón—. Aunque estas dos están un poco torcidas. —Esto último lo dijo en un tono bajo, casi susurrando, para que solo Meiko pudiera escucharla, aunque, por supuesto, el culpable de que esas dos trenzas estuvieran así también la había escuchado, por lo que el resoplido que se escuchó estaba justificado.

—He hecho lo que he podido y lo que YouTube me ha dejado.

—Mientras lo miraba, no ha parado de decir palabrotas —dijo Meiko, haciendo que Aiko soltara una carcajada. Una que intentó esconder tras un ataque de tos. Tom se cruzó de brazos e intentó fulminarlas con la mirada, pero los ojos no engañaban y se podía ver diversión en ellos.

—No he dicho palabrotas.

—Sí que las has dicho. —Meiko se pegó a su tía, para llegar hasta su oído, y susurró—. Ha dicho joder. Dos veces. Y también ha soltado algún mierda.

Aiko ya no pudo ocultar la risa tras ninguna tos. Se reía tanto y tan a gusto que los ojos se le pusieron brillantes. Sabía que su sobrina estaba diciendo la verdad. Nunca había conocido a nadie que se exasperara más rápido que Tom. Se ponía de los nervios cada vez que tenía que hacerle un peinado nuevo a su hija, que era casi cada día, y es que la niña había salido coqueta y demasiado presumida. Por lo menos, lo intentaba, eso había que concedérselo. Otros habrían pasado y la habrían llevado todos los días al colegio con una gorra.

Lo miró. Tenía los labios fruncidos y quería aparentar que estaba enfadado. U ofendido. Pero lo que vio fue diversión en esos ojos marrones. Se hizo a un lado y los dejó entrar en casa.

Los condujo a la cocina y sacó una jarra de zumo de naranja de la nevera. Siempre tenía, pues era la bebida favorita de Meiko. Esta se lo bebió de un trago y se limpió la boca con la mano.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vienes con nosotros? —Dejó el vaso dentro de la pila y se giró hacia su

tía—. Papá ha dicho que podemos ir al griego ese que tanto te gusta a comer y que después podemos jugar una partida a los bolos. —Sonreía tanto que Meiko pensó que le iban a doler las mejillas—. Yo no he ido nunca, pero mis amigas sí. Y Ethan también, y me ha dicho que le gusta mucho. —Se volvió hacia su padre—. ¿Podemos llamar a Meadow y a Ethan para que vengan luego a jugar con nosotros?

—Creo que hoy Ethan está con Matthew —dijo Tom. Meiko arrugó la nariz.

—Vaya. Bueno, no pasa nada. Jugamos nosotros y vamos otro día con él. —Miró a Aiko—. Ya me ha dicho papá que jugasteis todos el otro día y que ganaron los chicos.

Aiko abrió los ojos y la boca, sorprendida, y se volvió hacia Tom.

—Creía que no había que decir mentiras, Thomas Dunphy.

Este se encogió de hombros mostrando inocencia.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

Estaba a punto de replicarle cuando el timbre volvió a sonar. Los tres giraron la cabeza hacia la puerta a la vez.

Por un segundo, se preguntó quién podría ser, hasta que se acordó de Ryan. Tenía que ser él. Se había olvidado por completo que tenían una cita. O una quedada. O una reunión de viejos amigos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Tom. Su voz destilaba sorpresa, o eso le pareció a Aiko.

Se llevó una mano a la frente y se pasó un mechón de pelo tras la oreja. De repente, estaba nerviosa. Que Ryan hubiese llegado, con Tom y Meiko en su casa, la ponía... Pues eso, nerviosa. Y no tenía de ni idea de por qué.

Se restregó las palmas de las manos en el pantalón.

—Es un amigo. He quedado con él. Voy a abrir.

Les dio la espalda a los dos y se encaminó hacia la puerta. Juraría haber escuchado un «Oh» de parte de Tom, pero le zumbaban tanto los oídos que solo escuchaba el *pum pum* de su corazón.

Abrió. Como esperaba, era Ryan quién se encontraba al otro lado. Como el día anterior, la sonrisa que le bailaba en los labios era tan real y sincera que solo te daban ganas de devolvérsela.

También, como el día anterior, Ryan acortó la distancia que los separaba y le dio un abrazo. Uno que duró mucho más que tres segundos.

—Estás guapísima, Aiko —le murmuró con apreciación una vez se separaron, aunque no se soltaron, pues Ryan no apartó la mano de la cintura femenina.

El murmullo vino justo después de silbar con aprobación y de que le echara un vistazo de arriba abajo.

Ryan acababa de hacerle el mismo cumplido que Tom hacía unos minutos. Sin embargo, con él no había sentido que las mejillas se le teñían de rojo.

Tampoco que le sudaran las palmas de las manos o que escuchara el *pum pum* de su corazón en los oídos.

Dio un paso a un lado de forma casi imperceptible, lo justo para que esa mano que descansaba en su cintura desapareciese. Pero no porque estuviera incómoda, ni muchísimo menos. No le importaba que Ryan la tocara. Le gustaba el tacto de su piel y su forma de ser cariñosa y agradable. Podía llegar a resultar familiar. O, mejor dicho, amigable.

Se apartó porque... Porque sí.

—Tú tampoco estás nada mal. —Le señaló el pecho con la mano y asintió con una sonrisa—. Me gusta esa chaqueta.

Su viejo amigo soltó una risita por lo bajo y levantó la cabeza por encima de su hombro, justo

a su espalda. Al hacerlo, lo vio arrugar ligeramente el entrecejo, aunque sin dejar de sonreír.

—Hola. ¿Qué tal? —Aiko se giró. Tom ya no estaba en la cocina, sino justo detrás de ella. Tanto, que si estiraba el brazo podía ponerle la mano en el pecho.

—Hola, soy Tom —dijo este, sin mirarla. Tenía los ojos fijos en el recién llegado.

Vio una mano pasar por delante de sus ojos. También, vio a Tom mirándola fijamente más segundos de los que a Aiko le parecían educados, hasta que Tom levantó la suya y la estrechó.

Ella no estaba en ese apretón, pero sintió la fuerza del saludo en su propia mano.

—Me acuerdo de ti. Soy Ryan. —Se soltaron. Ryan sonreía. A Tom se le ensancharon las aletas de la nariz.

—¿Que te acuerdas de mí? Siento decirte que yo de ti no. —El tono de voz con el que habló fue tosco y seco, casi borde, algo que sorprendió a Aiko porque él no era así.

Lo miró a los ojos, pero él seguía sin mirarla a ella, sino a Ryan. No había ni rastro del Tom divertido que había llegado a su casa hacía unos minutos. ¿Qué mosca le había picado?

Si a Ryan le había parecido que Tom había sido un borde, no dio muestras de ello, pues seguía con la sonrisa dibujada en su rostro.

—Antes vivía aquí —empezó a decir Ryan. Tom lo miraba casi sin pestañear—. No en Variety Lake, sino en un pueblo cercano, pero iba a desayunar con mis padres y mi hermana a Suki's los sábados. Hablaba con Aiko sobre cocina.

Tom seguía sin pestañear.

—Sigo sin caer en quién eres, lo siento. —Aiko sabía que Tom mentía. Su amigo tenía una memoria prodigiosa. Vale que Ryan no era del grupo de amigos. De hecho, solo había sido su amigo, pero estaba segura de que se acordaba de él. Los chicos lo bautizaron en su día como «el francés», porque, como ella, sabían que el sueño de Ryan era viajar a París y estudiar cocina allí.

Algo que había conseguido.

Estaba a punto de intervenir en la conversación cuando un ser pequeño y con dos trenzas mal hechas apareció de repente. Meiko apareció tras su padre todo sonrisas e inocencia.

—¡Hola! Yo soy Meiko. —La pequeña estiró la mano, tal y como habían hecho los dos hombres antes, y sonrió complacida cuando Ryan no dudó ni medio segundo en estrechársela.

—Encantado de conocerla, señorita. Yo me llamo Ryan.

—¿Eres el novio de mi tía?

La pregunta de Meiko la hizo apartar los ojos de Tom, que seguían fijos en el otro chico, y dirigirlos hacia su sobrina, que también miraba al susodicho, solo que su mirada no tenía nada que ver con la de su padre.

¿Qué acababa de preguntar?

Una carcajada revotó en el silencio. Una procedente de Ryan.

—Que yo sepa no —contestó—. Porque no soy tu novio, ¿no?

Tardó unos segundos en comprender que la pregunta iba dirigida a ella. Pestañeó, apartó la vista de la pequeña y miró a los dos hombres. Primero al rubio y luego al moreno. El primero sonreía. El segundo apretaba los dientes.

—No. No. No. No. No —dijo, mientras negaba con la cabeza y se daba golpecitos en el pecho. Se había atragantado con su propia saliva—. Solo somos amigos.

Ryan silbó.

—Cinco noes seguidos. Eso es una negación en toda regla. —Aunque Ryan sonaba divertido y alegre, a ella le sudaban las palmas de las manos cada vez más. Ryan se agachó hasta quedar a la misma altura que Meiko—. Así que Aiko es tu tía, ¿eh?

—Sí.

—¿Y es tu favorita? —Meiko soltó una carcajada. Una con la que se apreciaba la cantidad de dientes que se le habían caído.

—Es la única que tengo, así que sí. —Meiko y Ryan se sonrieron. Incluso a ella se le escapó una pequeña sonrisa.

Tom seguía serio.

—Por cierto, me gusta mucho tu nombre. —Ryan siguió hablando con Meiko ajeno por completo a la mirada ceñuda que le estaba dirigiendo Tom desde que había aparecido en la puerta de su casa. O fingiendo que no se daba cuenta.

A Aiko le entraron ganas de coger a su amigo del brazo, arrastrarlo hasta la cocina y preguntarle qué narices le pasaba. Pero no lo hizo. Básicamente, porque sus pies parecían estar anclados al suelo y, sus ojos, fijos en el moreno.

—¡Gracias! —contestó la niña, ajena por completo a la tensión que se respiraba en esa casa y que a Aiko estaba empezando a ponerla histérica.

Tom dio un pequeño paso al frente. Uno imperceptible para cualquiera menos para ella. O, más bien, para su cuerpo, pues, de pronto, se sintió mareada, y no en el mal sentido.

—Aiko, supongo que no vienes con nosotros a comer al griego y a jugar a los bolos, ¿no? —Se suponía que era una pregunta, pero ella no la sintió como tal. En serio, ¿qué mosca le había picado a su amigo? ¿Y por qué seguía fulminando a Ryan de esa manera?

Metió la mano en el cuello de la camisa y estiró, moviéndolo de un lado a otro. A lo mejor tenía que subir un momento a su habitación y ponerse una blusa de manga corta. A pesar de estar en febrero, se estaba muriendo de calor.

Cambió el peso de un pie a otro y miró a su amigo. Este, por fin, la miraba a ella, y lo hacía de una forma tan... intensa que, por un momento, temió que las piernas le jugaran una mala pasada y terminase en el suelo. O sobre él, porque a lo único a lo que podía agarrarse si se caía era a él.

—No, lo siento. Ya había quedado con Ryan para ir a comer y luego al cine. —Se sintió fatal en cuanto terminó de decir la frase, como si acabase de traicionar a Tom, lo que era una tontería, y en el fondo lo sabía, pero no lo pudo evitar, sobre todo cuando vio que sus ojos cambiaban. Seguían estando tristes. Y cansados. Y las ojeras que los rodeaban seguían siendo moradas y pronunciadas. Pero había algo más. Otra cosa. Solo que, por primera vez, no tuvo ni idea de qué era.

¿Decepción?

¿Desilusión?

Tom asintió y se acercó a su hija, pasándole un brazo por los brazos. Por primera vez desde hacía unos minutos, sonrió, aunque cualquiera que lo conociese sabía que no era una sonrisa sincera.

—Vamos, peque. Comeremos nosotros solos.

Sabía que no tenía sentido sentirse mal, y que Tom no había utilizado ningún tono diferente o especial al decir la frase, pero a ella le pareció que ese «solos» llevaba algo que las demás palabras no.

—¿Podremos jugar igualmente a los bolos? —preguntó Meiko.

—Por supuesto.

Quería gritarle a Tom. Decirle que no tenía ningún derecho a hacerla sentir mal porque no estaba haciendo nada malo. Que no podía decir ese «solo» así, de esa manera, ni mirarla de reojo como lo estaba haciendo. Que no tenía ni idea de qué mosca le había picado pero que tenía que parar. También tenía ganas de gritar y decirle a Meiko que se iba con ellos a comer, a jugar a los bolos y a lo que hiciese falta, que la esperasen, pero una mano en la parte baja de su espalda la

sobresaltó. Miró a Ryan. Estaba claro que le gustaba el contacto físico.

—¿Estás lista? Vamos a tener que comer rápido si queremos llegar a tiempo a ver la película.

Miró a Tom y luego a Meiko. Ya estaban cruzando el jardín de su casa, alejándose de ella. Tragó saliva y se dirigió a Ryan.

—Sí. Deja que cierre la puerta y nos vamos. Puedes esperarme en el coche, si quieres.

—Perfecto. —El chico le dio la espalda y comenzó a andar hacia el coche. Aprovechó para dejar de sonreír y pasarse una mano por la frente. Por lo visto, no solo le sudaban las palmas de las manos.

Cerró la puerta y metió la llave.

—Aiko.

Se giró.

Ryan estaba junto a la valla. Tom estaba de espaldas a los dos con la cabeza metida en el asiento trasero del coche abrochándole a Meiko el cinturón de seguridad.

—Estoy cogiendo las llaves. Tardo un minuto.

El rubio negó con la cabeza.

—No es eso. —Colocó una mano sobre la madera—. Solo quería decirte que, si quieres, cuando volvamos, te arreglo esto. Hace un sonido horrible cuando la abres.

Aunque había sido Ryan el que había hablado, y era a él a quien tenía que contestarle, fue a Tom al que miró. Ya había sacado el cuerpo de dentro del coche, aunque no se había dado la vuelta. Estaba quieto, erguido todo lo alto que era, con la cabeza levantada y los hombros en tensión.

—Tranquilo, no hace falta —dijo, aunque notaba la garganta seca.

—No es ninguna molestia. Siempre llevo una caja de herramientas en el maletero del coche.

Tom cerró la puerta de un portazo, se dirigió al asiento del conductor y se subió al coche. A Aiko le dio tiempo a ver la mano de Meiko agitarse en el aire, despidiéndose de ella, antes de que el coche se perdiera calle abajo hasta desaparecer.

«¿Has pensado ya en lo que hablamos? Llámame. Necesito una respuesta a finales de este mes».

«Estás guapísima, Aiko».

Agitó la cabeza en el aire, intentando serenarse, cogió las llaves de casa, cerró, y se obligó a pasárselo bien. También a no pensar en los ojos de Tom. Ni en la tensión de su cuerpo. Ni en cómo la había mirado. Ni en lo que había sentido al escuchar ese: «Estás guapísima, Aiko». El primero, no el segundo.

Ni en nada que no fuese Ryan, porque pensar en las ganas que tenía de salir corriendo e ir a ese griego estaba descartado.

Capítulo 15

Estaba molesto. No. Era un sentimiento mayor. Estaba enfadado. Sentía un regusto amargo en la base de la garganta, como si acabase de morder un limón y no consiguiese sacarse el sabor de la boca. ¿Lo peor de todo? Que no tenía ningún sentido. Lo sabía, pero no podía evitarlo.

Se pasó una mano por el pelo, despeinándose, y suspiró. Ya no quedaba nada de la gomina con la que se había peinado esa mañana. Y, en serio, debía encontrar hora para ir a la peluquería y cortarse el pelo. Si seguía así, iba a ser Meiko la que terminase haciéndole trencitas a él y no al revés.

—Papá. ¡¡Papá!! —El grito de su hija le hizo dar un respingo y centrarse en ella y, sobre todo, en la bola que sostenía en una mano. El resoplido de Meiko llegó a la misma vez que su réplica —. Te toca a ti. Llevo llamándote un buen rato.

Lo miraba enfurruñada con los brazos cruzados sobre el pecho mientras repiqueteaba en suelo con la punta de la zapatilla.

Miró sus ojos. Eran como los de Suki.

No. Eran como los de Aiko. Porque, aunque las dos hermanas se parecían y tenían la misma forma de ojos y el mismo color, los de la mayor eran tristes. Vacíos. Sin vida. Los ojos de Suki eran egoístas.

Los de Aiko eran todo lo contrario. A pesar de ser negros, eran coloridos, alegres. Cuando mirabas sus ojos, te transmitían tanta paz que solo podías pensar en que todo iba a ir bien. Que daba igual la mierda que tuvieras encima. Si los ojos de Aiko brillaban, todo se iba a solucionar.

¿Ryan sabía eso? ¿Sabía que Aiko siempre brillaba, incluso en los días más tristes?

Dejó salir el aire que tenía enquistado en los pulmones poco a poco a través de un resoplido que le duró segundos. Claro que lo sabía. No era un tipo cualquiera al que acabase de conocer. Era Ryan, «el francés».

Jadeó.

Por supuesto que sabía quién era. No lo había reconocido a la primera, pero sí después, cuando alargó la mano y se presentó diciendo su nombre. Se acordaba de verlo en la cafetería con Aiko desayunando los sábados o practicando recetas en la cocina de Suki's. También se acordaba de cuando la llevó al baile. De verla con ese vestido rosa palo de su brazo, sonriente.

Apretó los dientes. ¿Qué hacía en Variety Lake? Si mal no recordaba, se había marchado a París a cumplir su sueño. ¿Que por qué lo sabía? Porque también era el sueño de Aiko. Porque, aunque ella no hablase de ello jamás, él no podía olvidar la forma en la que siempre que podía Aiko les relataba cómo sería vivir en París, recorrer sus calles y aprender de los mejores. En cómo se le iluminaban los ojos al ver los cursos de cocina de la escuela Le Cordon Bleu o en cómo arrugaba la nariz cuando se enfadaba porque no le salía una receta, aunque para él estuviese perfecta. Porque era difícil que alguien pudiese olvidar el brillo que siempre rodeaba los ojos de su amiga cuando hablaba de cocina.

¿Habrían mantenido el contacto Ryan y Aiko todos estos años? No tenía ni idea, y se dio cuenta de que le molestaba no saberlo, aunque, por otra parte, ¿qué derecho tenía él a saber con quién se relacionaba o no Aiko? Eran amigos. Más que eso, porque eran familia. Cuñados, como

les gustaba decir a Liam y Erik, aunque él no lo sintiese así. Porque Aiko era más. Mucho más. Ni siquiera se podía encontrar la palabra en el diccionario para describir su relación. Pero, aun así, él no tenía ningún derecho. Ya había dicho que lo sabía, pero eso no evitó el pinchazo que sintió en el pecho al verlo aparecer en su puerta, al ver cómo la abrazaba, cómo la miraba... Porque mirar a Aiko era uno de sus pasamientos favoritos, y por cómo había visto a Ryan hacerlo le daba la impresión de que ambos hombres compartían afición. Era como si hubiese llegado con la intención de no marcharse.

Un regusto amargo se le instaló en la punta de la lengua. No le gustaba. Ni la sensación ni tampoco Ryan. Nadie podía sonreír tanto y ser tan amigable. Pensó en Buffy, en Liam, en Erik y hasta en la propia Aiko, y bufó. Claro que se podía, y él había empezado a desvariar y a pensar gilipollices.

Una verdad se abrió paso a empujones hasta llegar al borde del abismo. Estaba celoso. Celoso porque Aiko hubiese elegido al rubio en vez de a ellos. De a él. De que hubiese preferido ir al cine y a comer que jugar a la bolera. Porque ese era el problema y lo que le molestaba. Que Aiko no estuviese ahí. Que Meiko no pudiese disfrutar de ese día con su tía. Por eso estaba enfadado. No por él, por Meiko.

Se habría echado a reír si la culpa, acompañada del egoísmo, no estuviese haciéndole un agujero justo en el centro del pecho.

¿A quién quería engañar? Era un mentiroso. Estaba celoso, acababa de admitirlo hacía unos segundos. Intentar darle la vuelta a la verdad solo conseguiría que se sintiera más patético de lo que ya se sentía.

—¡¡Papá!! —El grito de Meiko, esa vez, no solo llamó su atención, también la de otras familias que estaban jugando en las pistas contiguas. Su hija echaba humo por los ojos—. ¿Puedes tirar de una vez?!

Miró con un tono de disculpa a la gente que los observaba y se centró en su hija. Debería reprenderla por gritarle, pero lo cierto era que tenía razón. Llevaba un rato llamándolo. Y la muñeca le dolía, lo que también demostraba que llevaba un rato con la dichosa bola en la mano. Tosió para aclararse la garganta y para alejar las miles de preguntas que desde que habían salido de casa de Aiko le rondaban por la cabeza y se centró en la partida de bolos.

—¿Preparada para perder? —Esa misma pregunta era la que le había hecho a Aiko hacía solo tres días, cuando fueron todos a jugar a los bolos.

Sacudió la cabeza, le sonrió a Meiko y lanzó.

Varias horas después, estaba abrochándole el cinturón a Meiko y arrancando el coche para volver a casa tras terminar de jugar a los bolos y de comerse un helado tan frío que le había congelado las ideas y lo había mantenido anestesiado un rato.

Le echó un vistazo a Meiko a través del espejo retrovisor y sonrió. Lo mejor del día había sido lo bien que se lo había pasado Meiko. No podía dejar de sonreír. En eso no se parecía a él, pues le daba la sensación de que hacía demasiado tiempo que no sonreía. Era como si el ceño fruncido se hubiese quedado pegado a su entrecejo y se resistiese a irse.

Ver la sonrisa de Meiko lo hizo pensar en Suki. Madre e hija se parecían mucho, y eso le dolía, porque pensar en Suki le hacía daño. No por él, sino por la niña que en esos momentos cantaba una canción de Taylor Swift a su manera, porque se inventaba la mitad de la letra. Por eso no solía pensar en la madre de su hija, aunque, evidentemente, era difícil. Suki estaba en todas partes. En la cara de Meiko, en la cafetería que llevaba su nombre o en su hermana.

Aiko. Ahí estaba otra vez.

La imagen de Suki desapareció de su mente tan rápido como había llegado, porque su amiga la

ocupaba toda.

¿Habría llegado ya a casa o seguiría en esa cita? ¿Qué película habrían ido a ver? Seguro que Ryan se la había llevado a ver una comedia romántica pensando que eso le gustaría a la morena. Lástima, amigo, porque no le gustan las historias de amor, excepto en los libros o en la vida real. A ella le gustan las películas de miedo. Esas por las que luego, cuando llega la noche, no puedes dormir. ¿Sabría que *El resplandor* era su película favorita, aunque ella dijese que era *La matanza de Texas*?

Acababan de entrar en Variety Lake cuando algo le hizo clic, así que, en vez de girar a la derecha para ir a su casa, giró a la izquierda. Pasó por delante de Suki's, que seguía abierto, pero no había nadie dentro a excepción de los padres de Aiko, que parecía que estuvieran limpiando la cafetería. Admiraba a esa pareja y, a la vez, le daban rabia. Los admiraba porque siempre había podido contar con ellos. Sin preguntas. Sin reservas. Y porque jamás habían hablado con él de la marcha de Suki. Sabía que no la aceptaban, y que estaban enfadados con ella por haberse marchado como lo hizo, él también, pero nunca le dijeron nada. Ni para bien ni para mal. Al principio, le sorprendió. Con los años, se sintió agradecido. Si lo hubieran intentado convencer para que la hiciera cambiar de idea, o si hubieran luchado por quedarse ellos con Meiko, no lo habría podido soportar. Sin embargo, no habían hecho nada de eso. Se habían comportado de forma envidiable y no tenía nada que reprocharles. Al contrario, solo podía estarles agradecido.

Aun así, también le daban rabia porque sabía que los Tanaka siempre habían sido muy estrictos y, en ocasiones, controladores con sus hijas. A pesar de haberse marchado de Japón y haber aterrizado en Estados Unidos, un país con unas costumbres y una forma de vida totalmente diferente a la de allí, seguían conservando su parte conservadora y, a veces, antigua. Una forma de ser que no casaba nada con la suya o con la que sus padres le habían inculcado desde niño. Aunque, bueno, pensar en sus padres como ejemplo de nada no estaba bien, pues se habían marchado a vivir a España cuando él más los necesitaba, y ese era un peso que, por muchos años que pasase, siempre estaría ahí. Aplastándolo. Por lo menos, los Tanaka no se habían marchado solos, se habían llevado a sus hijas con ellos.

Pero Suki sí que se había marchado. ¿Sería, en parte, por culpa de sus padres? Sabía que sí. Según esa carta que le había dejado se sentía atrapada, perdida.

«Esto me viene muy grande, no puedo, no soy capaz y, si me quedo, solo voy a hacerla infeliz».

¿Y qué pasaba con Aiko? Tom les tenía rabia a los Tanaka porque sabía la manera en la que asfixiaban a su hija pequeña. En cómo lo habían hecho toda la vida, pero en cómo se había incrementado con la marcha de la mayor. Y en cómo Aiko jamás había dicho nada. Ni una sola vez.

Pisó el freno y se detuvo un segundo frente a la cafetería. Giró la cabeza y miró una casa que estaba a escasos metros. En la otra acera. Una que seguía con la luz apagada —algo que le hizo apretar ligeramente el volante con fuerza— y con una valla descolorida y que chirriaba cuando la abrías.

Volvió a mirar a su hija por el retrovisor. Seguía cantando, moviendo solo los labios la canción que en esos momentos salía de la radio.

—Meiko, ¿te apetece ir un rato con tus abuelos?

La niña dejó de cantar y comenzó a asentir con la cabeza, entusiasmada.

—La abuela me ha prometido que me enseñaría a hacer *mochis*.

Aparcó el coche y le cogió la mano a su hija cuando ambos salieron. Chihiro, que estaba limpiando los ventanales en ese momento, levantó la cabeza. Sonrió y abrió la puerta justo a

tiempo de darle un breve abrazo a su nieta.

—Meiko, qué alegría verte. No te esperaba —pronunció con cariño. Se giró hacia él—. Hola, Tom.

Haru también se acercó, solo que él no sonrió ni tampoco abrazó a Meiko. Se conformó con darle un golpecito afectuoso en la cabeza.

—Hola a los dos —dijo él—. Tengo que hacer unas cosas. ¿Se puede quedar Meiko aquí un rato con vosotros?

—Claro —contestó Chihiro.

—Abuela, ¿me enseñas a hacer *mochis*? —preguntó la niña con los ojos abiertos de par en par. Chihiro le pasó un brazo por los hombros a su nieta y comenzó a andar con ella hacia el interior de la cafetería.

—Mejor unas galletas. Ya es tarde para los *mochis*. —Meiko se despidió de su padre con una sonrisa justo antes de desaparecer. Tom miró a Haru. A pesar de los años, ese hombre seguía intimidándolo.

—¿Tendrías una caja de herramientas para dejarme?

El padre de Aiko frunció tanto el ceño ante su pregunta que parecía que solo tuviese una ceja. Estaba claro que no tenía mucha fe en él. Se dio media vuelta y desapareció por la puerta de la cocina. Regresó a los pocos minutos con la caja en las manos.

—Gracias —dijo Tom.

—De nada. —Un hombre de pocas palabras.

Al salir, se dirigió a casa de Aiko. No solo Ryan podía arreglarle la valla. Además, él ya le había prometido hacía unos días que lo haría, ¿no? Pues ya era hora de cumplir sus promesas.

Capítulo 16

Tenía que admitirlo. No solo se lo estaba pasando bien, sino que las horas se le habían pasado volando.

Había ido a comer a un sitio de bocadillos que, siendo sincera, a primera vista no le había dado mucha confianza. Se trataba de un *foodtrucks* que había cerca del centro comercial donde estaban los cines y que solamente hacían de un tipo de bocadillo. Uno que ellos llamaban «El cubano» y que consistía en lomo de cerdo adobado, jamón york, queso Gruyere, pepinillos en vinagre, pimientos rojos, mostaza y mantequilla derretida, todo ello dentro de dos panes de mollete. Esos redonditos que cuando los aprietas crujen y comienzas a salivar.

Según le había contado Ryan, el dueño se había inspirado en la película *El chef*, protagonizada por Jon Favreau, el querido asesor de Robert Downey Jr. en *Iron Man*.

La cuestión era que Ryan la había llevado allí, le había suplicado que confiara en él antes de arrugar la nariz en un gesto de asco y le diera un mini bocado al bocadillo. Si no le gustaba, lo tirarían a la basura sin contemplaciones y comerían otra cosa.

Pues, después de ese mini bocado, vinieron cien más, hasta que Aiko se lo terminó y admitió que era el mejor bocadillo que se había comido en su vida.

Luego, fueron a ver *El Resplandor* y Aiko la disfrutó como si fuera la primera vez que la veía, y eso que se sabía los diálogos de memoria. Se había hinchado a palomitas y hasta había compartido una bolsa de gominolas con el rubio, que tampoco le hacía ningún asco a ningún tipo de comida.

Al salir, habían decidido conducir hasta Variety Lake y dar un paseo por el pueblo y por el bosque hasta aterrizar en el lago, donde se encontraban en esos momentos. A pesar de estar en febrero y de que el tiempo solo hacía que quisieras arrebujarte bajo una manta junto al fuego, Aiko se había dejado convencer para quitarse las zapatillas y los calcetines y meter los pies descalzos dentro del agua. Había chillado al primer contacto, pero había terminado acostumbrándose. Ahora, la notaba hasta calentita.

Cogió una piedra y la lanzó al agua. Llevaban así un buen rato; lanzando piedrecitas mientras se hacían preguntas el uno al otro. Ryan tenía mejor puntería que ella, pero no se podía quejar.

—Vale, te toca —dijo Aiko. Ryan acababa de confesarle que, en algún momento de su vida, pensó en estudiar para ser profesor de instituto. En concreto, de lengua y literatura. Le apasionaban los libros y la poesía. Había escrito varios poemas y había participado en concursos en su época de estudiante, pero fue una idea fugaz, porque la realidad era que nada lo apasionaba más que la cocina.

Era su turno de responder.

—La tengo —anunció Ryan tras unos segundos. Lo hizo serio. No mucho, porque Aiko se había dado cuenta de que Ryan no dejaba nunca de sonreír, pero sí más que antes—. ¿Qué hay entre Tom y tú?

De entre todas las preguntas que podría haberle hecho, no se esperaba esa. De hecho, ni siquiera sabía que esa pregunta podía existir. Ladeó la cabeza y lo miró con extrañeza.

—¿Tom?

—El chico que estaba en tu casa y que casi me arranca la cabeza de un bocado.

Vale. A lo mejor sí que se había dado cuenta del tono hosco y borde con el que su amigo se había dirigido a él, aunque decir que casi le arranca la cabeza era un poco demasiado.

Cogió otra piedrecita y la lanzó al agua.

—Somos amigos. —Ryan se frotó la mandíbula con el dedo índice de forma despreocupada.

—Y cuñados.

No le gustaba esa palabra. Siempre que Liam o Erik los llamaban así ella sentía como si le estuvieran apretando el estómago. Aun así, se limitó a encogerse de hombros y a tirar otra piedra.

—Podría decirse que sí, aunque él y mi hermana hace años que no están juntos. Ella... —Se mordió el labio. ¿Era posible que se le acabase de formar una bola enorme en la garganta?

De repente, empezaba a tener frío. Sacó los pies del lago y comenzó a frotárselos para quitarse el agua y entrar un poco en calor. Ryan la imitó. Al acabar, se puso de lado para verla mejor.

—Lo siento muchísimo, Aiko. No tenía ni idea —habló en un tono tan bajo y lastimero que Aiko lo miró preocupada. Tardó dos segundos en darse cuenta del porqué de ese tono.

Abrió los ojos y comenzó a negar.

—¡No, por favor! Mi hermana está muy viva. —Ryan soltó tal suspiro de alivio que a ella le removió el flequillo. Aiko dobló las rodillas y se las abrazó—. Digamos que no estaba preparada para ser madre y decidió que lo mejor era viajar por el mundo para reencontrarse a sí misma, o lo que sea que esté haciendo. —Miró a Ryan a los ojos. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía la vista fija en la hierba que la rodeaba—. Se marchó cuando a Meiko le faltaban cuatro días para cumplir el año.

Lástima. Eso es lo que vio en la expresión de Ryan. El nudo de la garganta se le hizo tan grande que había pasado de nuez a bola de billar en un segundo.

No quería hablar de Suki. No con Ryan. Sabía que no estaba diciendo nada que no fuese verdad. Marcharse era lo que su hermana había hecho y «ser madre me queda demasiado grande» habían sido sus palabras, no las de ella, así que no tenía sentido que se sintiera mal. Ni que sintiera que la estaba traicionando. Pero lo hacía, y era una mierda. Así que prefería no hablar de ella.

Tragó saliva, aunque le costó, y comenzó a ponerse los calcetines.

—Mi turno —murmuró. Quería recuperar el tono jocoso que habían mantenido durante todo el día. ¿Por qué, de repente, parecía como si un grupo de *dementores* hubieran aparecido en el lago dispuestos a tragarse su alma y a terminar con toda la alegría que había en el mundo?—. Si no fuese París, ¿dónde te gustaría vivir?

—En Madrid, pero no has contestado a mi pregunta. —Ryan también se había puesto los calcetines y volvía a mirarla con una sonrisa. Una que a Aiko no le gustó mucho.

Cogió las zapatillas y comenzó a abrochárselas.

—Sí que lo he hecho. Tom y yo somos amigos desde hace años, ya lo sabes. Antes, incluso, de que él tuviera algo con mi hermana. Y, como ya sabes, soy la tía de Meiko, por lo que somos cuñados.

Iba a terminar aborreciendo esa palabra.

—No creo que cuñados sea la palabra correcta. Si la buscamos en el diccionario, verás que pone que un cuñado, o cuñada, es el cónyuge del hermano o hermana de una persona y, si no lo he entendido mal, Tom y tu hermana ni son pareja, ni están casados.

—¿Estás intentando decirme algo?

—No. ¿Y tú a mí?

O se había perdido un trozo de la conversación, o Ryan estaba tomándole el pelo, y eso la

cabreaba. Y ella nunca se enfadaba por nada. O casi nunca. De todas formas, ¿por qué se enfadaba? No tenía sentido. Ryan solo estaba haciéndole preguntas, tal y como ella le había hecho a él.

Necesitaba volver a la diversión de antes. No le estaban gustando mucho estos últimos minutos.

Terminó de abrocharse las zapatillas y se puso de pie. Se sacudió la hierba de los vaqueros y se cruzó de brazos. Ya estaba anocheciendo y tenía frío.

—Será mejor que volvamos a casa, mañana tengo que madrugar.

Ryan se limitó a asentir y se levantó también. Se colocó al lado de Aiko y ambos comenzaron a andar hacia el coche. Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta para sentarse en el asiento del copiloto, la mano del rubio se interpuso en su campo de visión y se lo impidió. Al levantar la cabeza, vio que la observaba con la cara arrugada, como si estuviera confundido.

—¿Te has enfadado conmigo? —le preguntó. Aiko se pinzó el labio inferior y negó—. ¿Seguro?

—Segurísimo —afirmó.

—Y si te digo que Tom y tú tenéis algo, aunque tú no lo veas, ¿te enfadas conmigo?

¿Qué narices le pasaba a este tío? Fueron amigos, en el pasado, pero hacía demasiados años que no se veían. Aun así, le hablaba como si él lo supiera todo sobre su vida y ella hubiese estado engañada los últimos veintiocho años.

Lo miró ceñuda y él acabó levantando las manos en el aire, en señal de rendición, y apartándose de la puerta. La abrió y le indicó con una floritura que entrase.

—Gracias —masculló, y entró. Ryan rodeó el capó y ocupó el asiento del conductor. Arrancó y pronto salieron del lago que bordeaba una parte del pueblo.

Qué ganas tenía, de pronto, de llegar a casa, ponerse el pijama y meterse en la cama.

—¿Qué te parece si me haces una pregunta? Es tu turno.

Aiko no tenía muchas ganas de preguntas, pero la verdad era que había una que le picaba en la punta de la lengua. Se miró las manos que tenía en el regazo.

—¿Es esto una cita? —Ryan puso tercera y suspiró. La miró de reojo.

—¿Tú quieres que lo sea?

—Buffy dijo que lo era. Y no vale contestar con otra pregunta.

—No sé yo el poder de fiabilidad que tiene Buffy. Y pregunto porque en este caso es importante conocer la respuesta. ¿Tú querías que esto fuera una cita?

—No. —La palabra le salió sola, ni siquiera tuvo que pensarla.

Ryan, contra todo pronóstico, soltó una risotada y eso a ella la agitó, pero por culpa de la vergüenza.

—Sí que lo tienes claro. —Se llevó las manos a la cara para taparse con ellas. Si le pedía que parase el coche que ella ya se bajaba, ¿lo haría?

—Lo siento, de verdad. No quería que sonara tan mal. Es que, ahora mismo, no tengo ganas de citas ni de nada romántico. No es que no quiera enamorarme. Sí que quiero. Es solo que no creo que tú y yo estemos en ese punto. Que no es que estemos en alguno. Uff, creo que me estoy explicando fatal. —Hacía unos minutos tenía frío, pues ahora se moría de calor, y el pelo le molestaba. ¿No llevaba una goma en la muñeca? Siempre llevaba una.

Ryan soltó el volante y colocó la palma de la mano, abierta y grande, sobre la rodilla de Aiko. Dio un respingo. Rezó para que él no lo hubiese notado.

—Tranquila, ¿vale? No pasa nada.

—Te juro que eres un chico muy guapo. Y simpático. Y me encantaría tener una cita contigo.

¡Pero no ahora! —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo—. Creo que lo estoy estropeando.

Otra risotada. Que se abriese un agujero en el suelo del coche y se la tragasen, por favor.

—Aiko, respira. Somos solo dos amigos pasando un domingo juntos. ¿Te parece mejor esa definición?

—Si no te ofende, sí, me parece perfecto.

—No me ofende. Además, ¿sabes qué? —Acababan de llegar a la puerta de su casa. La calle estaba a oscuras, iluminada solo por la luz de las farolas, y no parecía haber nadie por ahí. Incluso la cafetería de sus padres tenía la luz apagada. Negó con la cabeza ante la pregunta de Ryan. Este inclinó el cuerpo hacia delante y sonrió—. Para que esto fuera una cita y tuviera algo de romántico, tú deberías tener pene, pero no lo tienes, ¿verdad?

Aiko se puso roja, y eso pareció divertir a Ryan. Más de lo que ya estaba.

—¿Eres gay? —Se llevó una mano a la boca—. Lo siento. ¡No porque seas gay! Eso me parece maravilloso. Es decir, que puedes ser lo que te dé la gana. —Su viejo amigo volvió a soltar una risotada y eso la tranquilizó un poco. Por lo menos, no pensaba que fuese una pirada, además de maleducada—. Te juro que soy una persona cuerda.

—No soy gay. O sí. En realidad, solo soy Ryan. Las etiquetas son para la ropa y los productos de limpieza. A mí me gustan las personas y, ahora mismo, he decidido que las que tienen pene son las que más me gustan.

Ryan se colocó de lado y se aseguró de que los ojos de Aiko quedaran a la altura de los suyos.

—Aiko, habría que estar ciego para no sentirse atraído por ti. Eres preciosa, y no solo por fuera. De hecho, debo confesarte que cuando fuimos a tu baile de graduación me gustabas mucho.

—¿En serio?

—Te lo juro. Ahora mismo tengo bastante claro lo que quiero. Sexualmente hablando. —Ryan dejó de sonreír y la miró serio—. Deja de mirarme así. Ya te lo he dicho, eres preciosa, y ya lo eras en el instituto, pero no estoy interesado en ti en ese sentido.

Los dos amigos se quedaron mirándose a los ojos sin apenas parpadear y sin hablar, hasta que Ryan ya no lo aguantó más y rompió a reír a carcajadas. Aiko no tardó en acompañarlo.

—De acuerdo —dijo la morena al cabo de unos segundos, en cuanto fue capaz de dejar de reír. Dejó escapar el aire en un pequeño suspiro—. No quería ofenderte, te lo juro. Perdona si lo he hecho.

—No lo has hecho. Además, no creo que seas una de esas personas que ofenden a los demás a propósito. De hecho, creo que eres una de esas personas que se dan demasiado a los demás sin pensar mucho en sí mismas. Y eso suele pasar factura.

—No sabía que también eras psicólogo.

—Soy un chico polifacético. —Le dio un toque en la punta de la nariz con el dedo índice—. El próximo día que quedemos, te contaré esa vez en la que un tío que estaba en una cena de negocios fue interrumpido por su mujer... Y su novia. Las dos juntas. Fue todo un espectáculo.

Ryan puso ojos soñadores, como si estuviese recordando el momento y este hubiese sido maravilloso, y ella soltó una carcajada. Pese al ridículo que había hecho, lo había echado de menos.

—Gracias, de verdad, me lo he pasado muy bien hoy.

Ryan la cogió de la mano y se la apretó.

—Hay algo que no te he contado en nuestra ronda de preguntas. Me alegró muchísimo reencontrarme contigo ayer. Hasta que no te vi, no me había dado cuenta de cuánto te había

echado de menos. Siempre fuiste esa chica que compartía conmigo un sueño. —Sonrieron. Se disipó un poco el bochorno que había pasado, aunque no todo—. Te dije ayer de salir porque la verdad es que mi vida social es tan inexistente que da pena. No me malinterpretes. Me encanta París, y vivir allí, pero digamos que mi trabajo es igual de fascinante como solitario. La vida me ha enseñado que las amistades, si no se cuidan, pueden ir desapareciendo poco a poco. Dicen que los amigos se pueden contar con los dedos de una mano y eso es totalmente cierto. El resto, son conocidos.

Aunque Ryan sonreía, Aiko podía ver un pequeño halo de tristeza tras sus pupilas que le apretaba el corazón. Uno que no había visto en todo el día, o que no se había dado cuenta hasta ahora. Su confesión dejaba constancia que todo el mundo guardaba secretos, hasta las sonrisas más grandes los tenían. Sin pensárselo dos veces, se acercó a él y le rodeó el cuello con los brazos. Ryan la respondió rodeándole la cintura. Había sido ella la que, esa vez, había iniciado el abrazo. Uno que le gustó y que le rebajó ese nudo que se le había formado en el lago.

—La próxima vez, podíamos ver *La matanza de Texas* —le propuso Aiko una vez que se apartó. Lo vio poner los ojos en blanco y resoplar.

—Esa película está sobrevalorada, pero me apunto.

Se giró dispuesta a salir del coche, pero Ryan la sujetó de la barbilla con delicadeza para girarla hacia sí y le dio otro abrazo. Esta vez la apretó fuerte contra su pecho y la sostuvo en él un rato. Cuando se apartó, se limitó a guiñarle un ojo y a señalar algo por encima de su cabeza.

—Creo que tienes visita en tu casa. Nos vemos, amiga.

Aiko se dio la vuelta y sí, tenía visita.

Tom estaba plantado en medio del jardín de su casa, observándolos, con lo que parecía ser una caja de herramientas en la mano.

No le resultó extraño verlo ahí. Lo que le llamó la atención fue la cara de enfado que parecía tener.

Capítulo 17

Tenía el estómago revuelto. Como si algo muy grande se estuviera abriendo paso a pasos agigantados dentro de él. Algo que había empezado en el estómago, pero que poco a poco estaba subiéndole hasta la garganta.

Achinó los ojos hasta convertirlos en dos rendijas al ver la sonrisa que Ryan le dedicó por encima del hombro de Aiko, justo un segundo antes de cogerla por la barbilla, acercarla a él y darle otro abrazo.

En cuanto la soltó, Aiko giró la cara con rapidez y se encontró con sus ojos. No sabía leer en ellos porque estaban demasiado lejos el uno del otro para entender nada y porque la cosa esa del estómago le estaba nublando la vista y empezaba a oprimirle la garganta.

La morena le dio la espalda un segundo para despedirse de su cita y salió del coche. El rubio levantó la mano y se despidió de él sin dejar de sonreír, y se marchó. Si antes le caía mal, en esos momentos le caía como el culo. Aiko acortó la distancia que los separaba hasta situarse justo enfrente de él. Lo hizo tranquila, con las manos unidas por delante del cuerpo y dando esos pequeños saltos que ella siempre daba cuando andaba. Descendió la vista hasta la caja de herramientas y la señaló con la cabeza.

—¿Venías a robarme?

—Creía que ibais a comer y al cine. No sabía que era una cita.

El tono de Aiko había sido agradable, como era ella. El suyo sonó a acusación.

Aiko apartó la vista de su mano y la subió hasta su cara. Ahora sí que podía verle bien los ojos, y también podía leer en ellos, y estos le estaban diciendo que había confusión.

Ya eran dos.

Su amiga se cruzó de brazos y arrugó ligeramente la nariz.

—Perdona, ¿qué?

Dejó la caja de herramientas en el suelo y se puso como ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas ligeramente abiertas.

—Ryan y tú —dijo con los dientes apretados—. Habías dicho que era un amigo.

—Y lo es.

—Yo no me despidió de mis amigos con un beso.

—No me he besado con nadie. Le he dado un abrazo.

—Dos.

—¿Qué?

—Que le has dado dos abrazos. El primero se lo has dado tú y el segundo ha sido él. Por la cara que ha puesto, entiendo que le ha gustado mucho.

Aiko se lo quedó mirando durante un rato. Seria. Y eso le picó, porque Aiko jamás se ponía seria. Nunca, y mucho menos con él. Pero estaba molesto y todo el mundo sabe qué pasa cuando estás molesto con alguien; que te comportas con ese alguien como un auténtico gilipollas.

Un suspiro largo salió de entre los labios femeninos.

—¿Puedo saber por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado. —Estaba enfadadísimo.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Bueno. Solo quiero saber por qué mi amiga me ha mentido.

—Yo no te he mentido.

—Sí que lo has hecho. Verás, cuando le dices una cosa a alguien y luego resulta que esa cosa no es cierta, eso se llama mentir.

Aiko miró hacia los lados, como si estuviera buscando a alguien o algo, para luego volver a centrarse en él.

—¿Ha pasado algo y no me he enterado? Porque esta conversación que estamos teniendo no tiene ni pies ni cabeza. Y tu actitud tampoco.

Una risa seca le brotó desde lo más profundo del pecho.

—Así que sí que era una cita.

Aiko arrugó la frente, claramente confundida.

—No, no lo era.

—Pero te ha abrazado.

—Yo abrazo a mis amigos, Tom.

—No es cierto. Tus abrazos están contados. Se los das solo a la gente que de verdad te importa. A los que significan algo para ti. A los que son... especiales. —Al decir esa última palabra, no pudo evitar descender la mirada hasta los labios de Aiko. Estaban entreabiertos y brillaban.

Dio un paso al frente. Las puntas de sus zapatos estaban a escasos centímetros de tocarse.

—¿Significa él algo para ti, Aiko? ¿Te gusta?

Vale, estaba claro que estaba desvariando, sin contar con que la cosa esa se le había quedado atascada en la garganta. Pero no era lo único que le pasaba. De repente, el corazón había comenzado a latirle con tanta velocidad que, si estuviese en otra situación, iría corriendo al médico por si estaba sufriendo un infarto. Ya no solo estaba molesto. Estaba perdido y muy desorientado. Estaba tan pendiente de los ojos de Aiko, de la expresión de su cara, de lo que pudiera contestarle, que se sentía mareado.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué no podía dejar de pensar en el abrazo? ¿Por qué le molestaba tanto? ¿Por qué no podía apartar los ojos de Aiko? ¿Por qué estaba siendo tan gilipollas? ¿Por qué le fastidiaba tanto lo que pudiese o no haber entre Aiko y Ryan? ¿Por qué tenía miedo por saber la respuesta a la pregunta que acababa de hacerle?

«Porque esperaba que la respuesta fuese negativa».

Aiko apartó la mirada y sacudió la cabeza. También anduvo. Lo hizo hasta apartarse de él y que las puntas de sus zapatos ya no tuviesen la posibilidad de rozarse.

—Es gay, Tom. Ryan es gay.

La respuesta debería haberlo puesto contento, pero tuvo el efecto contrario. Lo hizo estremecerse y que casi se atragantara con la risa gutural que acababa de salirle desde lo más hondo de su garganta.

—¿Y eso te lo ha dicho él antes o después de besarte?

—Él. Y te lo vuelvo a repetir, no nos hemos besado.

—T tecnicismos.

—Pero ¿qué te pasa? —Aiko movía los brazos arriba y abajo, a todas luces exasperada—. Además de que para mí no era una cita, que creo que eso es lo más importante, para él tampoco porque, para que pudiera serlo, yo debía tener... Pues eso... —Movi6 las manos, como si quisiera señalar algo, pero no se atreviese. La vio dirigir sus ojos a su entrepierna un mini segundo antes de apartarlos tan rápido que, si le juraba que no había mirado ahí, iba a tener que

creerla.

—Pene —dijo él.

—Eso. —A pesar de la oscuridad de la noche, la vio sonrojarse, y le pareció adorable.

Siempre le había parecido adorable la vergüenza y el pudor que tenía Aiko ante cosas que otros consideraban normales y cotidianas y ella demasiado fuertes para pronunciarlas en voz alta.

Su subconsciente le estaba gritando de nuevo que estaba siendo irracional, pero los irracionales no están capacitados para pensar de forma lógica.

—Espero que sepas que te estaba mintiendo.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque alguien que, como tú dices, es gay y no está interesado en ti, no te mira como él lo hacía. Si no estuviera interesado, Aiko, no te hubiese mirado como si fueras un tesoro tan valioso que sería un idiota si no luchara por ti con todas sus fuerzas para retenerte a su lado y que no tuvieras ganas de salir corriendo. Créeme cuando te digo que ese chico te ha mentido.

—¿Y tú, Tom? ¿Tú me has mentido alguna vez?

No tenía ni idea de cómo había pasado, pero, de repente, estaban tan pegados que ya no solo se tocaban las puntas de los zapatos. Sus manos se rozaban, aunque no lo hiciesen a propósito. Sus pechos se acariciaban y podía sentir en su cuello el aire que salía de entre los dientes apretados de Aiko. Estaban tan pegados que podía ver con absoluta claridad lo enfadada que estaba.

Había conseguido enfadar a Aiko, y eso era como hacer enfadar a Winnie the Poo.

Fogonazos de Catherine, sus dos cuentas bancarias, una de ellas casi en rojo, los mensajes o la palabra Houston comenzaron a cruzar por su mente, como si alguien acabase de disparar con una pistola con todas esas cosas escritas en las balas.

«¿Y tú, Tom? ¿Tú me has mentido alguna vez?».

Sí. Llevaba haciéndolo durante tanto tiempo que ya le salía de forma natural.

Cerró los ojos e intentó controlar la respiración, aunque el olor que le llegaba de Aiko le estaba dificultando la tarea. Era un egoísta por estar pidiéndole explicaciones cuando él no daba ninguna, porque sabía que Aiko no era tonta y que llevaba un tiempo preocupada por él. Además, ¿qué explicación tenía ella que darle a él? Ninguna. Ese era el problema. Que sabía que ella no le debía ninguna explicación y que él se estaba comportando como un novio celoso y controlador, cuando no era ni una cosa ni la otra.

Abrió los ojos despacio, como si estuviera dándole tiempo a su cabeza para volver a la cordura. Los dos seguían en la misma posición. No se habían movido ni un milímetro, a excepción de una cosa; los ojos de Aiko. Estos ya no transmitían enfado, mostraban preocupación, y eso lo hizo sentir aún más gilipollas.

Forzó una sonrisa y terminó de pegarse a ella. Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y le pasó un mechón de pelo detrás de la oreja. Además de guapísima, era dulce, cariñosa y atenta, entre mil millones de cosas más, y le dolía que esos ojos que siempre estaban tan llenos de vida estuvieran apagados por su culpa.

Se recreó en su pelo y en la curva de su cuello. La estaba tocando de forma íntima. Nunca la había acariciado así, pero su cuerpo se lo pedía, dejando claro, una vez más, lo egoísta que era. Aiko, que lo que debería haber hecho es mandarlo a la mierda y, ya de paso, darle un rodillazo en la entrepierna para apartarlo de ella, levantó la mano y la colocó sobre la suya, en su mejilla.

Un calor lo atravesó. Uno que debería haber ignorado, pero que solo le produjo más quemazón en el pecho.

—¿Qué te pasa? —Aiko le hizo la pregunta con tanta dulzura, con tanto cariño, que si hubiera

estado solo se habría echado a llorar—. Cuéntame qué ocurre. Soy yo, Tom. Somos nosotros.

Tragó saliva.

«Nosotros». Qué bien sonaba esa palabra.

No le había contado a nadie lo que le ocurría, ni siquiera a Liam o a Eric, que eran sus mejores amigos, pero sabía que no podía contárselo a Aiko. No porque no confiara en ella, precisamente por todo lo contrario. Aiko era la persona en la que más confiaba. Junto con Meiko, era la única constante en su vida. Las únicas dos cosas que no quería perder. Pero ya la había involucrado suficiente durante todos estos años. Desde que Meiko nació.

Desde que Suki se marchó.

Tom se dio cuenta de que no llevaba siendo un egoísta media hora. Lo llevaba siendo ocho años.

Cogió aire y volvió a mirarla.

Un sentimiento de culpa lo azotó. Uno que iba acompañado de algo más fuerte. Si contaba sus problemas, si los sacaba de su cabeza y los pronunciaba en voz alta, todo sería real. Su fracaso lo sería y eso era humillante.

Acercó sus labios a la frente de Aiko y le dio un beso. Uno que duró quince segundos. Los había contado.

Volvió a por su caja de herramientas y se acercó a la valla.

—La he arreglado como te prometí —le dijo de espaldas. No quería mirarla a cara. Lo único que quería era tragar saliva muy fuerte y que ella no le escuchase—. Perdona por haber tardado tanto en hacerlo. Falta pintarla, pero no tengo aquí pintura blanca. Compraré mañana y vendré un día con Meiko. Estoy seguro de que le gustará mancharse las manos de blanco. —Soltó una risita, como si lo que acabase de decir le hiciera gracia, cuando la realidad era que seguía notando el papel de lija en la garganta. Y el bulto, el maldito bulto. Se metió la mano en el bolsillo y se obligó a mirar a Aiko a la cara. Lo había evitado mientras soltaba el discursito de la valla.

Se la notaba triste. Hubiera preferido que siguiera enfadada. Aiko triste era como sentir un pinchazo directo en el corazón.

—Será mejor que me vaya —murmuró para llenar el silencio—. He dejado a Meiko con tus padres y ya se ha hecho tarde. Todavía tiene que ducharse y cenar.

Los dos sabían que la niña ya estaría duchada y cenada.

Aiko cambió el peso de un pie a otro.

—Somos amigos, ¿verdad? —Esa pregunta lo pilló fuera de juego. Aun así, sabía la respuesta.

—Claro que sí. —Cómo le dolía la garganta—. Eres mi mejor amiga, Aiko.

—¿Y confías en mí, Tom?

Agua. Necesitaba beber directamente del lago, si era necesario.

—Por supuesto. ¿Cómo puedes preguntarlo si quiera?

«Porque tú estás provocando que lo haga».

Vio a Aiko levantar el pie del suelo, como si fuera a dar un paso hacia delante, pero pareció pensárselo mejor, porque lo bajó al tiempo que negaba con la cabeza y soltaba un suspiro que cortó el aire de la noche.

—Si... Si te pasara algo... —comenzó a decir ella, tartamudeando. Hinchó el pecho y continuó—. Si tuvieses cualquier problema, me lo contarías, ¿verdad? Porque puedes confiar en mí. Siempre nos lo hemos contado todo.

Si alguien le hubiese metido la mano en el pecho y le hubiese estrujado el corazón, no le hubiese hecho tanto daño como Aiko en esos momentos. Y no porque sus palabras fuesen

hirientes, sino porque eran tan ciertas que dolían, y había tanta ternura en ellas que picaba. Pero no podía rascarse, porque hay cosas que llevan una capa protectora que, cuando las rascas hasta hacerlas desaparecer, sangra.

Fingió una sonrisa y negó con la cabeza.

—Lo único que pasa es que he sido un gilipollas esta noche. Tengo mucho trabajo y he pagado mi cansancio contigo. Dicen que la confianza da asco, ¿no? —rió. Aiko seguía seria—. Lo siento, de verdad. Por todo. Por no haber venido antes a arreglar la valla y por el numerito.

—La valla me da igual, Tom. Ya te lo dije.

—Pues, entonces, perdóname por el numerito.

Quería ir y abrazarla. Acariciarle otra vez la mejilla. Volver a meterle el pelo detrás de la oreja, que se le había escapado. Apoyar sus labios en su frente y contar esta vez hasta veinte. Quería hacer tantas cosas... Pero se limitó a sujetar el asa de la caja con fuerza y levantar la mano en el aire a modo de despedida.

—Buenas noches, Aiko.

No esperó a que ella le dijese nada. Salió del jardín de casa de su amiga y cruzó la acera. Llamó con los nudillos a la puerta de la cafetería y esperó a que apareciese Meiko. Lo hizo acompañada de Haru. Le devolvió la caja de herramientas a su dueño y le sonrió a su hija cuando esta lo miró con ojos cansados.

Se dio la vuelta y le señaló la espalda.

—Sube, princesa. Te llevo a caballito hasta el coche.

La pequeña subió de un salto y se encaramó a su cuello como si de un koala se tratara.

Se dio la vuelta y, al igual que antes, se despidió del abuelo de Meiko con un asentimiento de cabeza.

—Buenas noches, Haru.

—Buenas noches, Thomas.

Llegó hasta el coche, sentó a su hija en su sitio y se subió él tras el volante. Miró por el espejo retrovisor y vio que esta estaba con los ojos cerrados. También miró un poco más allá. A la casa de la valla blanca. Mas concretamente, a la chica que continuaba de pie, en mitad del jardín, en la misma posición que él la había dejado, mirándolos.

Volvió a sentir el calor de antes.

Arrancó y se fue, aunque no despegó los ojos de la chica hasta que dobló la esquina y desapareció de su vista.

Capítulo 18

No despegó los ojos de la luna trasera del coche hasta que este dobló la esquina y desapareció de su vista. Después de eso, aún se quedó un buen rato ahí, parada, quieta, mirando a la nada. Como si estuviese esperando que el coche apareciese de nuevo y con él, Tom.

Sacudió la cabeza cuando se dio cuenta de que eso no iba a pasar y cerró los ojos. Hizo un repaso rápido a todo el encuentro entre Tom y ella, desde que lo había visto ahí parado hasta que se había marchado, y soltó un suspiro tan profundo que cortó el silencio de la noche. ¿Qué le pasaba a Tom? Por cómo le había hablado, parecía molesto. Enfadado. Como si le estuviera reprochando ¿qué? ¿Su amistad con Ryan? No tenía sentido. ¿Por qué iba a reprochársela? Lo dicho, no tenía sentido. Jamás había actuado con ella de esa manera. Era como si Tom estuviese ¿celoso?

Se llevó los dedos al puente de la nariz y apretó con fuerza. ¿Tom estaba celoso de Ryan? Era la única explicación plausible que podía darle al comportamiento de su amigo, pero la rechazó tan pronto como le vino. Era imposible. ¿Cómo iba Tom a tener celos de Ryan? En realidad, ¿cómo iba a tener Tom celos de nada que tuviera que ver con ella? Era ridículo y no tenía explicación.

Aun así, se llevó una mano a la frente, ahí donde la había besado, después a la mejilla, donde la había acariciado y, por último, al pecho. Todavía podía sentirlo. No solo a él, sino también la chispa. El cosquilleo. Porque nadie podía negarle que eso no había existido. Aunque, a lo mejor, solo ella lo había sentido.

A lo mejor, Tom solo estaba siendo sobreprotector con ella y ella le estaba dando otro sentido porque no había podido quitarse la pregunta de Ryan de la cabeza: «¿Qué hay entre Tom y tú?».

El sonido de un móvil la sobresaltó, haciendo que diese un traspiés. No tardó nada en reconocer que era el suyo. Lo sacó del bolso y dejó salir el aire en un profundo suspiro cuando leyó el nombre de su hermana en la pantalla.

Era la última persona con la que quería hablar. Suki pocas veces llamaba, pues solía comunicarse con ella por mensajes esporádicos. Cuando lo hacía, sabía que era porque quería algo, y a Aiko nunca solía gustarle ese algo.

Los ojos se le empezaron a empañar mientras veía las letras que formaban el nombre de su hermana mayor. Hacía tanto tiempo que no hablaba con ella por teléfono que ni siquiera se acordaba de cuándo había sido la última vez, y eso era muy triste. A veces, pensaba que le gustaría tener el superpoder de bloquear el sentimiento de familia que tan arraigado tenía. De poder ser capaz de bloquear el teléfono y guardarlo al fondo de un cajón. O de poder decir que no cuando le pedían algo que ella no quería hacer.

Pero no tenía ese superpoder, y esa era su mayor debilidad.

La llamada se cortó y ella suspiró, cogiendo a la vez todo el aire que podía y que la conversación con Tom le había robado. Miró una última vez el final de la calle, por donde su amigo había desaparecido, solo para cerciorarse de que el coche no volvía, y dio media vuelta para entrar por fin en casa.

Su hermana iba a volver a llamarla en cuatro, tres, dos...

—Hola, Suki —dijo con voz cansada a la vez que cerraba la puerta a su espalda. Apoyó la cabeza en la madera y cerró los ojos.

—¡Hola, hermana pequeña! ¿Cómo estás?

Daba igual cuándo la llamase o la hora que fuera, Suki siempre estaba alegre, y eso la irritaba, algo que iba en contra de su carácter y que solo le producía ardor de estómago, pero no lo podía evitar. ¿Cómo podía sentirse tan feliz a pesar de llevar tantos años sin ver a su hija? ¿A sus padres? A ella. ¿Cómo podía sonreír como lo hacía sin pensar en Tom y en cómo lo había tratado? ¿Cómo podía haberse marchado y que eso no la afectase de ninguna manera?

—Aiko, ¿estás ahí? —Abrió los ojos y regresó a la conversación. Asintió, aunque su hermana no pudiera verla.

—Sí, es que estoy un poco cansada —se calló, esperando que su hermana le preguntara por el motivo de ese cansancio, pero no lo hizo. No sabía si sentirse decepcionada o acostumbrada. Lo que sí hizo fue decir eso que le picaba en la punta de la lengua desde que había visto su nombre en la pantalla—. Llevabas mucho tiempo sin llamar.

Sonó a reproche. Porque lo era.

Escuchó el leve suspiro de su hermana. Tan leve que, si no la conociera tan bien, pensaría que se lo había inventado.

—He estado un pelín... ocupada.

Quería gritarle. Preguntarle que qué la había mantenido tan ocupada como para no llamar a casa ni una sola vez en meses.

Pero no lo hizo.

Primero, porque ya no jugaba esa carta ni formulaba esa pregunta. Había dejado de hacerlo hacía años. Una vez, cuando era pequeña, su padre le dijo: «Nunca hagas preguntas para las que no quieres saber la respuesta». Ni siquiera se acuerda por qué se lo dijo, a cuento de qué venía, pero esa frase la impactó lo suficiente como para grabársele tan a fuego que la recordaba más veces de las que le hubiera gustado hacerlo. Sobre todo, cuando se trataba de Suki.

Segundo, porque ese «ocupada» había sonado distinto al resto de la frase. Había sonado más comedido y, a la vez, desesperado.

La llamaba para lo mismo que la última vez.

Un regusto amargo, parecido a la bilis, le subió por la garganta y a punto estuvo de producirle una arcada. Pero se lo tragó. Se había convertido en una experta ocultando sus emociones.

—Cuánto —preguntó. ¿Para qué molestarse en tener una conversación trivial con ella cuando las dos sabían que no iba a servir de nada porque al final solo había una única cosa de la que preocuparse?

—No es...

—¿Cuánto, Suki?

La línea se quedó en silencio durante unos segundos. Por lo menos, parecía que a su hermana le removía un poco la conciencia.

—Tres... Cuatro... —la escuchó coger aire y soltarlo de golpe—. Siete mil. Con siete mil será suficiente.

Se apartó de la puerta a la vez que abría los ojos de golpe. Ni siquiera se había dado cuenta de que los había cerrado.

—¿Siete mil?!

—No... No chilles.

—Yo nunca chillo. —Eso era cierto. Ella nunca chillaba.

Era la calmada, la sensata. La racional.

—Bueno, pues ahora lo estás haciendo. —Eso también era cierto, pero ¿cómo no hacerlo? Estaba cabreada.

Anduvo por el pasillo a paso apresurado hasta llegar a su habitación. Se sentó en la cama y apoyó la palma de la mano en la frente, como si necesitara sujetarse la cabeza.

—Aiko...

—Déjame un momento.

—Pero...

—No, Suki... Por favor —suplicó, casi sin voz—. Necesito solo un momento.

Necesitaba veinte, pero empezaría por uno.

Su hermana no dijo nada, y se lo agradeció, aunque también le entraron ganas de soltar una carcajada ante el mero hecho de pensar que tenía que agradecerle algo. Hacía años que había dejado de tener que hacerlo.

No era la primera vez que su hermana le pedía dinero. Llevaba ya un tiempo haciéndolo. Al principio, eran cantidades pequeñas; doscientos dólares, trescientos, quinientos... Luego, empezaron los miles. Empezó con mil dólares y de ahí fue subiendo. La última vez, habían sido tres mil, que ya le pareció mucho, pero, ahora ¿siete mil? ¿En qué estaba metida su hermana?

Siempre que le había preguntado, Suki le había asegurado que no era en nada turbio. La excusa que le ponía es que no le salía ninguna oportunidad como fotógrafa y que, para lo poco que le salía, le pagaban una miseria.

—Vivir en Europa no es barato —le había dicho una de las veces. Ella quería gritarle que hacerlo en Estados Unidos tampoco y que, bueno, si no podía conseguir, donde sea que estuviese, el dinero suficiente para poder vivir, que se buscara otro trabajo, como hacía todo el mundo. O que volviese a casa. Sabía que sus padres la acogerían. Sí, estaban enfadados con ella y el nombre de Suki se había convertido en casi un nombre prohibido. Podía contar con los dedos de una mano las veces en las que sus padres lo habían dicho desde que marchó. Aun así, eran sus padres. Por muy estrictos que fueran para algunas cosas, y metódicos, serios o autoritarios, sabía que la querían y que terminarían aceptándola con los brazos abiertos.

Pero, como siempre le pasaba, no dijo ni una palabra. No le gritó. Se mordió la lengua hasta hacerse daño y se tragó toda la rabia junto con la indignación. También sabía que Suki solo acudía a ella buscando dinero porque era la única que se lo iba a dar, lo cual era patético.

Pensó en Tom. No quería ni imaginarse cómo se pondría si se enteraba de lo que estaba haciendo. Si se enteraba de que era ella, y no Suki, quién ingresaba ese dinero para Meiko todos los meses. Si ya no lo aceptaba siendo Suki, menos lo aceptaría siendo ella.

«¿Y tú, Tom? ¿Tú me has mentido alguna vez?».

Recordó la pregunta que le había formulado hacía apenas una hora. Lo había acusado de ser un mentiroso. Le había preguntado si confiaba en ella. Si lo hacía lo suficiente para contarle qué pasaba con Catherine.

Qué hipócrita.

Porque la mentirosa, la que ocultaba secretos, era ella. Y llevaba haciéndolo desde hacía cuatro años.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

No podía ceder. Tenía que ser fuerte.

«Si cedes una vez, cederás todas», le había advertido su conciencia esa primera vez que le pidió dinero, pero ella pensó: «¿Cómo no lo voy a hacer? Es mi hermana».

Pero tendría que haber sabido que las conciencias nunca mienten, y los instintos tampoco, y el

suyo le gritaba que tenía que parar y que tenía que hacerlo ya. Y también que Suki no estaba siendo sincera.

Volvió a sentarse en el colchón. Restregó la palma de la mano sudada por la sábana.

—¿Para qué lo quieres?

Escuchó un grito. ¿De sorpresa? ¿De indignación?

Tenía que ser una broma.

—Suki, ¿para qué quieres el dinero? —repitió.

—¿Cómo que para qué lo quiero? —Su hermana sonaba titubeante, como si no se esperase esa pregunta. Normal. Hasta ahora, le había dado el dinero sin hacer ninguna.

Pues eso tenía que terminar.

Siete mil. ¡Le estaba pidiendo siete mil dólares!

—Sí, Suki, ¿para qué lo quieres?

—Pues, ¿para qué necesita la gente dinero? Para vivir. Es decir, para pagar el alquiler, la letra del coche, comida, una cámara nueva...

Ahí estaba.

Gruñó, y ella no gruñía nunca.

—No pienso darte dinero para una cámara nueva. Ya lo hice una vez, ¿recuerdas? Esa cosa con la que, supuestamente, haces fotos para ganarte la vida, la pagué yo.

Si su hermana percibió el sarcasmo en su tono de voz, no dijo nada. Aiko supuso que era porque estaba demasiado ocupada pensando en cómo convencerla de que darle otra vez dinero para otra cámara era buena idea.

—Pero la que tengo se ha quedado obsoleta.

—Tiene apenas tres años.

—Aiko...

—Me da igual.

—Pero, Aiko...

—No digas mi nombre así.

—No digo tu nombre de ninguna manera.

—Sí. Lo dices como si el favor me lo estuvieras haciendo tú a mí.

—Eso no es cierto. —Su hermana sonaba irritada, y eso la molestó. La molestó tanto que volvió a ponerse de pie y a dar vueltas de nuevo por la habitación—. Solo quiero que entiendas que necesito una cámara nueva porque la que tengo ya no sirve para las fotos que quiero hacer. Además, sabes que te devolveré el dinero.

Se paró en seco y fulminó la pantalla del teléfono con la mirada. ¿Devolverle el dinero? Las dos sabían que eso no iba a ser cierto. Era demasiado el que tenía que devolverle y, si sumaban los siete mil que le estaba pidiendo ahora... Casi le entraron ganas de reír y de llorar.

—¿Qué pasa con la revista *El Planet Journey*? Dijiste que estabas preparando un nuevo catálogo para ellos.

Suki carraspeó. Ella hizo un esfuerzo enorme por no poner los ojos en blanco.

—Parece que han cambiado de perspectiva a la hora de trabajar y mis fotos no terminan de encajar.

Volvió a sentarse en la cama. Con tanto caminar en círculos iba a terminar mareándose.

La que carraspeó en esos momentos fue ella. Iba a hacer una pregunta que sabía que a su hermana no le iba a hacer ninguna gracia, pero tenía que hacerla. Era eso o explotar, y le quedaba muy poco para llegar a lo segundo.

—¿No has pensado en buscarte un trabajo?

—¡¡Ya tengo uno!! —gritó. Tuvo que apartarse el teléfono de la oreja si no quería quedarse sola.

Quería decirle que no lo tenía. Que, cuando tienes que pedirle dinero a tu hermana pequeña cada dos por tres, significa que no tienes un trabajo o que, si lo tienes, no ganas con él lo suficiente para vivir. Qué, cuando llevas años sin pasarle dinero a tu hija, es porque no tienes suficiente para vivir.

Pero se mordió la lengua y no dijo nada. No podía creerse cómo habían llegado a esa situación. Si cerraba los ojos y pensaba en ellas dos cuando eran pequeñas, solo veía a dos hermanas unidas, que se querían con locura y que lo compartían todo. A una hermana mayor protegiendo a la pequeña en el colegio, desde la distancia. También podía ver a dos chicas tumbadas en la cama leyendo, a escondidas de sus padres, revistas con las que aprender a hacerse peinados o cotilleando sobre los famosos que más le gustaban.

Cuando era pequeña y pensaba en el futuro, jamás se imaginó este.

De repente, se sentía sobrepasada. Estaba cansada, tanto física como mentalmente, y lo que menos le apetecía era seguir discutiendo con su hermana. Sobre todo, porque sabía que hacerlo era inútil. Hacía tiempo que Suki había dejado de ser esa chica a la que ella tanto admiraba y a la que quería parecerse.

Además, sabía que, dijera lo que dijera, la otra iba a tener la réplica perfecta en la punta de la lengua con la que contestarle.

Se quitó los zapatos y los dejó caer de cualquier manera mientras se deslizaba sobre la cama hasta acabar con la cabeza apoyada en la almohada. Ni siquiera se había desvestido, pero no tenía fuerzas ni para eso.

—¿Aiko?

—Tengo que colgar. Ha sido un día muy largo y estoy cansada.

—Sí, claro, yo...

—Hasta luego, Suki.

Colgó. No le deseo las buenas noches, ni tampoco los buenos días. ¿Para qué? Ni siquiera sabía qué franja horaria tenía su hermana.

Puso el móvil en silencio, por si a esta le daba por volver a llamarla, y cerró los ojos. Le dolía que su hermana acabara de pedirle siete mil dólares como el que pide un kilo de patatas, pero más le dolía que ni siquiera había preguntado por Meiko. ¿Cuándo fue la última vez que lo había hecho? ¿Cuándo fue la última vez que le pidió una fotografía de la pequeña?

Sabía que tenía que dejarse de tonterías y aceptar la situación tal y como era; su hermana se había marchado porque no quería ser madre y también porque no quería a Meiko lo suficiente como para anteponer la vida de la niña a la suya, y nunca lo haría.

La teoría se la sabía de memoria, era hora de ponerla a la práctica.

Miró el móvil y respiró hondo. Lo hizo hasta diez veces seguidas. Hasta que ya no pudo respirar más. Hasta que entró en la aplicación del banco, buscó el número de cuenta de su hermana e hizo una transferencia.

Después de eso, apagó la luz y lloró hasta quedarse dormida.

Capítulo 19

Sacó los huevos revueltos de la sartén, los pasó a un plato con el dibujo de un oso panda en el centro, que era el favorito de su hija, y apagó el fuego. También vertió leche de almendra en un bol y peló una manzana. Justo estaba tirando la piel verde a la basura cuando una niña con dos coletas y una mochila a la espalda que era más grande que ella entró en la cocina.

La niña se paró en seco nada más poner un pie dentro y arrugó la nariz a la vez que olfateaba el ambiente.

—¿A qué huele?

Tom sonrió y cogió el plato con los huevos.

—A los huevos que te he preparado.

La niña negó con la cabeza.

—No huele a eso, papá. Huele a quemado. —La pequeña aún no había terminado de decir la última palabra cuando cayó en la cuenta.

—¡Las tostadas! —Soltó el plato sobre la mesa, que a punto estuvo de caérsele al suelo, y fue directo a la tostadora. Salía humo por la rendija y se veía sin problemas la capa negra que tenía el pan.

Metió la mano sin pensar para intentar coger los triángulos de molde que había puesto a tostar y se quemó.

—¡Mierda! ¡Joder! —Soltó el pan, que salió volando, y metió la mano bajo el grifo de agua fría.

Resopló, hastiado, y se giró hacia su hija, que se mordía el labio inferior intentando no reírse.

—No te rías de tu padre.

—No lo hago.

Cerró el grifo, cogió un trapo de cocina y se cubrió la mano con él. Volvió a mirar a su hija. Seguía en la misma posición y con la misma postura divertida de hacía unos segundos.

—Cómete los huevos.

—Deberías ponerte pasta de dientes en el quemazo —le dijo esta a su vez. Compuso una mueca de asco.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—La tía Aiko.

Sintió algo raro en el pecho al escuchar el nombre de su amiga. Sacudió la cabeza y se centró en el quemazo. Apartó el trapo y vio que lo tenía rojo.

—Ella se quemó una vez haciendo galletas y fue corriendo a ponerse pasta de dientes en la muñeca. Deberías probarlo. —Meiko fue hasta la mesa, se sentó frente al plato de huevos y una mueca de desagrado se le dibujó en el rostro—. Creo que no solo se te ha quemado el pan.

Tom dejó el trapo sobre la encimera y se cubrió la mano en la que tenía el quemazo con la otra. Se acercó hasta su hija. Tenía razón, no solo se le había quemado el pan. Los huevos tenían un aspecto raro, pero no quería admitirlo.

—No les pasa nada. Cómelos o llegarás tarde al colegio.

—Papá, este huevo está quemado.

—No lo está.

Se le daba fatal la cocina. Había mejorado algo con los años, incluso ya era capaz de hacer macarrones con queso comestibles. Y hamburguesas. Hasta había probado con las fajitas. Pero el huevo se le resistía, y no solo el revuelto. Se le resistía el huevo en general en cualquiera de sus vertientes.

Sopló sobre el quemazo, que le seguía doliendo, y comenzó a andar hacia la puerta de la cocina.

—Desayuna. Tienes una manzana pelada detrás de ti. Y también un vaso de leche.

—¿Es de almendra?

—Sí.

—Eso no es leche. Se dice «bebida de almendra».

Ya que estaba de espaldas a su hija y que esta no podía verle la cara, elevó los ojos al cielo ante su última frase.

—Como sea. Desayuna.

—Papá —la cortó Meiko cuando estaba a punto de salir por la puerta. La miró por encima del hombro—. ¿Por qué no vamos con la tía Aiko? Ella sí que sabe preparar buenos desayunos.

Otra punzada en el pecho. Negó con la cabeza a la vez que se encogía de hombros.

—Otro día.

—Llevamos tres sin ir allí a desayunar.

—Ya, bueno, no podemos ir todos los días.

Quería irse, pero parecía que su hija no le iba a dejar.

—Tampoco vamos después del cole.

—Hay cosas que hacer.

—Papá.

—¿Qué? —Como la miraba por encima del hombro, no podía verla bien, aunque sí que podía distinguir su ceño fruncido.

No le gustaba nada cuando su hija fruncía el ceño.

—¿Estás enfadado con la tía y por eso no quieres ir? —Cerró los ojos, solo un segundo, y se dio la vuelta. Meiko lo miraba con desconcierto.

No podía culparla.

Sabía de sobra que llevaban tres días sin ir por la cafetería. Llevaba la cuenta. Como también la llevaba de las horas, los minutos y los segundos que hacía desde que la había mirado por última vez. Podía inventarse una excusa, pero era inútil mentirse a uno mismo, y es que llevaba tres días sin ver ni hablar con Aiko porque la había estado evitando. La situación que habían vivido el domingo lo perseguía a todas horas, sobre todo porque sabía que se había comportado como un gilipollas, pero, también, porque la sensación de calidez que había sentido al tocarla seguía persiguiéndolo. Seguía quemándole la piel y haciéndole cosquillas en las yemas de los dedos, y eso lo asustaba a tantos niveles que no sabía cómo enfrentarse a ella.

Por si eso fuera poco, también la evitaba porque en estos tres días se había dado cuenta de lo unidos que estaban los tres. De lo que él dependía de Aiko, y no solo para cuidar de Meiko, sino para cualquier aspecto de su vida.

«Soy yo, Tom. Somos nosotros».

No podían ser un nosotros. No era justo para Meiko, ni mucho menos para Aiko. No cuando la idea de aceptar esa oferta iba haciéndose más grande a cada minuto que pasaba.

—Papa. ¡Papá! —El grito de su hija lo hizo reaccionar. Parpadeó. La quemazón de la mano, que había desaparecido por unos segundos, volvió.

Señaló el bol con la manzana.

—Cómete la fruta al menos, Meiko. El autobús está a punto de pasar y hoy no puedo llevarte. «Porque, si te llevo, tenemos que pasar por la cafetería y ahora mismo no puedo».

Salió de la cocina rápido, antes de que su hija volviera a hacerle una pregunta y él tuviera que responderle. Se encerró en su cuarto de baño, como el tío maduro y responsable que se suponía que era, y volvió a meter la mano bajo el grifo. Miró la pasta de dientes, la cogió y, tras secarse el agua con la toalla, se la esparció por la piel rojiza. Sintió alivio casi al instante.

Aiko tenía razón, como siempre.

Se miró en el espejo y sonrió. Aunque era una sonrisa triste. Una cargada de preguntas que no tenían respuesta.

Una sonrisa cargada de culpa.

«Si te pasara algo. Si tuvieses cualquier problema, me lo contarías, ¿verdad? Porque puedes confiar en mí. Siempre nos lo hemos contado todo».

Claro que confiaba en ella, pero no podía contarle lo de Houston. Si lo hacía, sabía que no se iría, jamás, porque como ella le pidiese que no se marchase, no lo haría, y era algo que tenía que hacer. No podía mirar a Aiko a los ojos mientras su mente debatía. Ya veía bastante esos ojos negros cuando miraba a su hija.

Necesitaba empezar a pensar como dos y no como tres. Porque no eran Aiko, Meiko y Tom. Eran solo Meiko y Tom.

Salió del baño y volvió al piso de abajo. Meiko se había bebido la leche de almendra y la manzana, y lo esperaba de pie, con la mochila ya colgada a la espalda y la misma cara de interrogación que antes. Los huevos seguían intactos sobre el plato, así como las rebanadas quemadas de pan en el suelo.

Se acercó a su hija y le rodeó el hombro.

—¿Llevas el almuerzo?

—Sí.

—Buena chica.

—De postre, me he cogido una de las galletas de la tía que tenemos en el cogedor para emergencias.

Asintió. Sabía que, si decía algo al respecto, volvería a salir el tema. Su hija no había dicho la palabra «tía» al azar. Lo había hecho porque ella le había hecho una pregunta y él no la había contestado. Puede que Meiko tuviera solo ocho años, pero era demasiado lista. Y cabezota. Eso sí que lo había sacado de él.

Salieron por la puerta justo a tiempo de ver cómo el autobús se acercaba peligrosamente a la señal de *stop*. Apremió a Meiko a ir más rápido y llegaron justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Sonrió a la conductora y esperó hasta que su hija estuvo sentada en su sitio de siempre, junto a Ethan. Este sacó lo que parecía un móvil de la mochila y unos cascos. Se puso él uno en la oreja y le pasó el otro a Meiko. Esta le sonrió y apoyó la cabeza en el hombro del chico. El autobús arrancó y a él se le formó un nudo en el estómago.

Otro más para la colección.

Entró en casa, lo recogió todo y volvió a salir. Esta vez, con el maletín en la mano. Una vez se hubo sentado tras el volante del coche, le entró un mensaje al móvil. Uno que hizo que la quemazón de la mano fuese un chiste mal contado.

Catherine Sallow:

Mañana a las cuatro estaré en tu despacho. Un beso.

Capítulo 20

Estaba enfadada, rabiosa, disgustada y resentida. Unas emociones con las que no estaba familiarizada, pero a las que no podía ignorar.

Por supuesto, no había vuelto a saber nada de su hermana desde el domingo y eso picaba. Su cabeza le decía que ya debería de estar más que acostumbrada, pero el corazón iba por libre, y este siempre mandaba. Pero no era eso lo que la tenía inquieta y confundida. Con quien Aiko estaba enfadada de verdad era con Tom.

Era en él en quién pensaba cuando se despertada por las mañanas y justo antes de dormir. A quién esperaba ver cuando la puerta de la cafetería se abría a primera hora de la mañana o cuando cerraba por la noche. Y era a él a quién maldecía casi las veinticuatro horas del día. ¿Por qué? Porque la estaba evitando, y eso era un hecho como que el cielo es azul y la tierra redonda.

Se ajustó la redecilla, esa que se ponía en la cabeza cuando cocinaba, para que ningún pelo se le saliese del sitio, y se centró en la masa que tenía en la encimera. Hacer *cookies* la tranquilizaba cuando estaba nerviosa o alterada, y esa noche llevaba ya horneadas dos docenas, y no tenía intención de parar.

Cogió un trozo de masa, hizo con ella una bola y la aplastó contra la superficie con rabia. Tom, al evitarla, estaba haciendo que tampoco viese a Meiko, y eso sí que la cabreaba. Todo lo que tuviese que ver con su sobrina la podía llevar a convertirse en un ser irracional e ilógico.

Retrocedió al domingo, a la conversación entre Tom y ella, mientras seguía aplastando bolas de masa, y sintió un pinchazo en la boca del estómago, sobre todo al recordar sus ojos, tan tristes y apagados. En ese marrón que le gritaba tantas cosas, y todas a la vez, que era imposible descifrarlas.

Se pasó el dorso de la mano por la frente.

Tenía que hablar con Tom. Aunque le dolía que no se hubiese abierto a ella, que no confiara en ella lo suficiente como para contarle qué le pasaba, tenía que decirle que sabía que algo sucedía. Que algo lo preocupaba. Y que no era cuestión de unos días, sino de meses. Que sabía lo del mensaje de Catherine y que su instinto le gritaba que todo estaba relacionado entre sí.

El horno pitó y el timbre de la puerta sonó. Se acercó al primero, abrió la puerta y apartó la cara para que el calor que salía no la quemara. Tras ponerse una manopla, lo apagó, sacó la bandeja del horno y la depositó con cuidado sobre la encimera. Después, fue hasta la puerta principal a abrir. Unas sonrientes Zoe y Meadow la esperaban al otro lado. La primera con un enorme ramo de flores en las manos. Lo cogió y se las llevó a la nariz.

—Lirios, claveles y... ¿crisantemos? —dijo mirándolas. Zoe dio una palmada en el aire.

—Premio para la señorita. —Se giró hacia la pelirroja, que ya había entrado en la casa, y la apuntó con un dedo—. Aquí, nuestra amiga, había confundido los lirios con las azucenas.

Vio a Meadow poner los ojos en blanco. Ella soltó una risotada. La rubia tenía un problema con las flores, y es que las quería demasiado.

—Son prácticamente iguales, yonki de las plantas.

Zoe se llevó una mano a la frente, con la palma hacia arriba, y fingió que sufría un desmayo. Como una de esas damiselas del siglo XVII que se desmayaban por llevar el corsé demasiado

ceñido o porque querían impresionar a un marido rico.

Meadow volvió a poner los ojos en blanco.

—Siempre digo que nadie gana a Buffy a melodramática, pero, entonces, abres la boca y dudo —masculló la pelirroja.

Aiko cerró la puerta y se encaminó hacia la cocina para poner el ramo en un jarrón. Sus amigas le pisaban los talones.

—Mira, por hoy dejo pasar tu insolencia porque me siento feliz y benévola, pero que no se repita.

—¿Queremos saber el motivo de tu felicidad? —Meadow abrió la nevera y sacó la jarra con zumo de naranja que sabía que Aiko siempre tenía hecha. Sacó tres vasos del armario que había encima del fregadero y vertió el zumo en ellos. Zoe se sentó en una de las butacas que bordeaban la isla de la cocina y metió el dedo en la masa de las *cookies*. Meadow le dio un manotazo en la mano—. No seas cochina.

—No es mi culpa, es suya por hacer estas cosas. —La rubia miró a Aiko, que ya había metido las flores dentro del jarrón con agua, y le puso ojitos—. ¿Puedo coger una?

Aiko apartó la bandeja con las *cookies* recién hechas, que seguía quemando, y le pasó a su amiga la cesta en las que iba guardando las que ya estaban frías. Esta gimió en cuanto le dio el primer bocado.

—Están riquísimas, Aiko. Te superas, te lo juro.

—Son solo unas galletas.

—Siempre haces lo mismo —murmuró Meadow, que también se había acercado a por un dulce. Gimió, tal y como había hecho la florista—. No te quites mérito. Esto está buenísimo, aunque sean solo unas simples galletas.

Se mordió el labio. Adoraba a sus amigas. Siempre estaban listas para decirle cosas bonitas. Para hacerle ver lo que valía o cuánto la querían. ¿Lo mejor? Que sabía que cuando lo hacían era porque era cierto. Porque lo decían de corazón.

Por eso las había llamado. Porque estaba cansada de cargar con este peso sobre los hombros ella sola. Porque necesitaba respuestas. Sabía que lo mejor era ir a la fuente, pero primero necesitaba cordura. Un empujoncito. Otra visión que no fuese solo la suya.

Tanto Zoe como Meadow debieron percibir algo en su mirada, o en su sonrisa tirante, en sus hombros tensos, porque dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a ella. En un abrir y cerrar de ojos, tenía a dos de sus mejores amigas rodeándola por los hombros y la cintura.

—Eh, cielo, ¿qué pasa?

—¿Estás llorando?

Preguntaron las dos a la vez. Aiko se llevó una mano a la mejilla. Sí, estaba llorando. Se limpió la lágrima con el delantal y se soltó del agarre de las dos. Ninguna se lo impidió. Ambas se quedaron quietas donde estaban, esperando.

Otra cosa que le encantaba de sus amigas era lo bien que la conocían y lo bien que sabían leerla.

Las tres.

Echó de menos a Buffy. No había podido ir porque había pasado un mal día y el médico le había recomendado unos días de descanso. Aunque era la más alocada y rebelde de las cuatro, también era la que mejor sabía escuchar y la que daba los mejores consejos. O, simplemente que, sin Buffy, la mesa estaba un poco coja.

—Aiko, cielo, ¿qué ocurre? ¿Por qué nos has llamado? —Meadow hizo la pregunta con cautela. Como si Aiko fuese un león y ella el domador.

Hinchó el pecho hasta que estuvo lleno de aire.

—Estoy muy preocupada por Tom. Creo que le pasa algo y no tengo ni idea de qué es, y eso me está matando.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Meadow.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó Zoe a su vez.

Negó, contestando así a la última pregunta, e inspiró hondo.

—No me lo ha dicho él porque Tom no habla. No cuando la cosa va con él. —Se quitó la redecilla del pelo, que de repente le picaba, y la tiró de cualquier manera sobre la encimera. Se deshizo la coleta y se la volvió a hacer. Resopló y continuó—. Parece el más abierto y comunicativo de todos, pero, en realidad, es un libro cerrado. Es reservado, muy suyo, y le cuesta mucho pedir ayuda. Y estoy hablando de ayuda de verdad, no de la de: «¿Puedes recoger hoy a Meiko de ballet que voy a terminar un poco tarde?».

Si no fuera porque estaba preocupada, se habría reído de la imitación tan mala que acababa de hacer de su amigo.

Zoe y Meadow se quedaron mirándola. Las dos sabían que había algo más, algo que no les había contado, y Aiko las conocía lo suficiente como para saber que no abrirían la boca ni dirían nada hasta que ella estuviese preparada. Se apoyó en un lado de la encima y se cruzó de brazos.

—Vi un mensaje en su móvil. —Se tapó la cara con las manos—. Sé que no tendría que haberlo hecho y que eso está mal y todo eso, pero tenía su teléfono en la mano, saltó el mensaje y yo, simplemente, lo leí. —Dejó caer las manos—. Os juro que no lo hice adrede. Yo jamás miraría el móvil de nadie sin su permiso.

Zoe se acercó a ella y le apartó las manos de la cara. La vio arrugar la nariz justo antes de sentir cómo le pasaba el pulgar por la mejilla y le limpiaba una lágrima.

—Nadie está diciendo lo contrario ni te está acusando de nada, no lo hagas tú porque es una tontería. —Su amiga le sonrió, pero ella estaba demasiado nerviosa para devolverle la sonrisa—. ¿Qué decía ese mensaje?

Le sudaban las palmas de las manos, o esa era la sensación que tenía. Zoe se las estaba apretando y no podía restregárselas en el pantalón vaquero para comprobarlo.

Pensó en el mensaje. Sabía que estaba contando algo íntimo de Tom y que no tenía derecho a hacer tal cosa, pero las había llamado porque tenía que hablar del tema con alguien, y ellas eran dos de las personas en las que más confiaba.

Otra de esas personas era Tom.

«Pues cuéntale que eres tú la que está pasándole todos los meses el dinero para Meiko».

Deshizo ese pensamiento de un manotazo y se centró en sus dos amigas que seguían mirándola expectantes. Ahora mismo, no le preocupaba ese dinero (de hecho, nunca lo había hecho), solo le preocupaba Tom.

Además, sabía que ellas no dirían nada.

—Era un mensaje de Catherine, la mujer con la que Tom trabajó al empezar en la inmobiliaria. La que luego le vendió el negocio. ¿Os acordáis? —Zoe y Meadow asintieron—. Bien. Pues era un mensaje en el que le preguntaba si había pensado ya en lo que habían hablado, que la llamara. Que necesitaba una respuesta a finales de este mes.

Ambas amigas se miraron de reojo. Intentaron hacerlo de forma disimulada, pero eran demasiados años juntas como para no haber aprendido a leerse sin apenas palabras. Aiko soltó un suspiro ahogado, uno que hizo que le picara la garganta, y comenzó a andar por la cocina en círculos, nerviosa.

Desde que había leído el mensaje una idea la había azotado con tanta fuerza que solo de

pensar en ella le entraban ganas de llorar. Una idea que la aterraba a tantos niveles que la había escondido en lo más recóndito de su mente para no pensar en ella. El problema era que se trataba de una idea tan grande, y tan real, que salía a la superficie siempre que podía.

Y con la mirada de reojo de sus amigas había salido a la superficie cual iceberg.

—Mierda. Se va de Variety Lake, ¿verdad? Es eso. —Anduvo hasta una de las butacas y se dejó caer en ella. Había pensado que, cuando lo dijera en voz alta, se quitaría un peso de encima. Que, cuando se lo contase a sus amigas, estas se reirían y le dirían que estaba loca, que eso era imposible, pero la verdad era que no había pasado ni una cosa ni la otra.

El peso la aplastaba más.

Y sus amigas se habían vuelto a mirar de reojo.

Cuando leyó el mensaje de Catherine, lo primero que le vino a la mente es que habían retomado el contacto y que algo había pasado entre ellos. Mentiría si dijera que no sintió un regusto amargo en la base del estómago al pensarlo, pero como siempre le había pasado, se lo tragó hasta hacerlo desaparecer. O, por lo menos, hasta que dejó de ahogarla. Pero pronto la idea de que Tom estuviese barajando la posibilidad de marcharse empezó a cobrar tanta vida que terminó por hacerse real en su cabeza. Si no, ¿a qué venían esas ojeras? ¿Esa mala cara? ¿Ese agobio o agotamiento que no dejaba de ver en su rostro? ¿Dónde estaban esas sonrisas? Tom llevaba meses sonriendo solo cuando la gente lo miraba. Cuando creía que nadie lo hacía, fruncía tanto el ceño que las cejas se le unían hasta ser solo una.

Sintió una mano en el hombro que la hizo dar un bote.

Meadow la miraba con tanto cariño que aún tenía más ganas de llorar.

—¿Y por qué piensas que tiene que ver con irse de Variety Lake? —empezó a decirle su amiga—. Que no digo que no sea eso, pero Tom tiene su vida aquí. Toda. Su hija está aquí. Nosotros. Tú estás aquí. ¿Por qué iba a irse?

«Tú estás aquí». Le hubiera gustado decirle a la pelirroja que ella no era motivo suficiente para retener alguien. Si no lo había sido para Suki, que era su hermana, ¿por qué iba a serlo para Tom? Era absurdo.

Sin embargo, no dijo nada. No quería escuchar ningún sermón de sus amigas y, además, se le acababa de ocurrir una idea.

—Liam —soltó de pronto, mirando a Zoe a los ojos sin pestañear. Esta la miró sin comprender—. Si alguien sabe qué le pasa a Tom, es Liam. ¿Te ha dicho algo?

—No, que yo recuerde. Pero, Aiko, Meadow tiene razón. No creo que Tom se fuera de aquí. No tendría sentido.

La vida le había demostrado que las cosas que menos sentido tenían eran las más certeras.

Se llevó una mano a la frente. Estaba agotada, aunque no olvidaba que seguía enfadada con Tom. Que estuviese preocupada por él no impedía que siguiera teniendo ganas de cogerlo por el cuello y estrangularlo con sus propias manos por llevar tres días evitándola.

—¿Por qué no hablas con él? —preguntó Zoe. Había cogido la otra butaca que tenía libre y la había acercado a ella para sentarse a su lado—. Puede que nosotras estemos equivocadas y tú tengas razón. O puede que nos equivoquemos las dos y sea otra cosa. Sea como fuere, está claro que estás preocupada y no hay mejor forma de resolver las cosas que hablándolas.

No había que ser Einstein para saber que tenía razón y que esa era la mejor solución, pero había algo que le impedía hacerlo.

Se llevó una mano al pecho.

—¿Y si dice que es verdad? ¿Y si me dice que quiere marcharse de Variety Lake?

Zoe la cogió de la mano y le acarició los nudillos con cariño.

—Tú lo has dicho. Tom es hermético y es un chico al que le cuesta mucho pedir ayuda. Si lo hace, si es cierto que está pensando en marcharse de aquí, ten por seguro que no es porque quiere. Habla con él. Si al final no es nada, estupendo. Una preocupación menos para ti porque, amiga mía, no hablemos de ojeras que las tuyas son de un morado intenso —sonrió, y esa vez no tuvo que fingir—. Y, si sí que pasa algo, ayúdalo. Le cuesta, pero, al final, a la que siempre acude, porque siempre está ahí, eres tú.

¿Cómo no iba a estarlo? Era su familia.

Siempre estaría ahí para él y para Meiko.

Suspiró y asintió. Había llamado a sus amigas porque quería ayuda y ya la había tenido. Si no les hacía caso, ¿para qué las había llamado? Además, tenían razón. Había llegado la hora de hablar con Tom. Darle vueltas a las cosas solo las complicaba más.

Se levantó y volvió a coger la redecilla del pelo.

—¿Preparamos más masa y hacemos algunas de mantequilla de cacahuete? Son las favoritas de Meiko.

Y de Tom.

Capítulo 21

Cuatro.

Eran cuatro los días que Tom llevaba evitando a Aiko y sentía que eran más bien cuarenta. Al sentimiento de gilipollas que había sentido el domingo tenía que añadirle el de cobarde, mentiroso e hipócrita.

Sentía que era una joya de hombre.

Se lavó la cara con abundante agua fría y se miró en el espejo. No podía seguir así. Ya no solo por Meiko, que no dejaba de mirarlo confundida y cabreada. Sino por él. Echaba tanto de menos a Aiko que había tenido que frotarse el pecho más veces en esos cuatro días que en toda su vida. Y lo peor de todo era que el único que tenía la culpa era él.

—Toc. Toc. ¿Hay alguien aquí? —Una voz que no reconoció comenzó a llamarlo. Suspiró con pesadez. No le apetecía ver a nadie. Quería seguir regodeándose en la mierda un poquito más.

—¡¡Ya voy!! —gritó. Cerró el grifo y apoyó las manos en el lavabo. Debía empezar a cerrar la puerta del despacho con llave para que nadie lo molestase.

Se quedó boquiabierto en cuanto abrió la puerta del cuarto de baño y se encontró con la persona que lo esperaba al otro lado.

—Catherine...

—Hola, Tom.

Su exjefa estaba plantada en medio de su oficina con un traje de chaqueta blanco y unos zapatos de aguja que debían medir trece centímetros como mínimo. Llevaba el pelo castaño suelto, por debajo de las orejas, perfectamente planchado, y un bolso enorme colgado del hombro. Y sonreía. Sonreía tanto y con la boca tan abierta que Tom era capaz de verle las encías.

—Cualquiera diría que no me esperabas. —Su voz lo hizo parpadear.

Y reaccionar.

«Mañana a las cuatro estaré en tu despacho. Un beso». Recordó el mensaje que había recibido la noche anterior. Ese en el que Catherine le decía que iría a verlo al día siguiente.

Un día siguiente que ya había llegado.

—Claro que te esperaba. —Se acercó a ella y dudó. ¿Le daba un abrazo, un beso en la mejilla o le estrechaba la mano? Catherine terminó con su duda, pues acortó la distancia y le dio un abrazo seguido de un beso en la mejilla.

Tom no pudo evitar aspirar. Olía como siempre, y eso le hizo recordar sus inicios en ese mismo despacho.

—Estás estupenda —señaló una vez se separaron. Catherine sonrió agradecida. Era una mujer muy atractiva. Siempre lo había sido. Parecía mentira que le sacara más de diez años.

—Gracias. Me encantaría decir que tú también estás estupendo, Dunphy, pero la verdad es que estás hecho un desastre.

Y ahí otra de las cualidades de su exjefa. Su brutal sinceridad.

En otro momento, y viniendo de otra persona, podía sentirse ofendido, pero le pareció todo lo contrario; divertido.

—Gracias.

—De nada.

En vez de conducirla a la silla que tenía frente a su escritorio, la condujo al sofá de dos plazas que había en una de las esquinas, justo enfrente de una pequeña nevera que colocó nada más quedarse con el despacho.

—¿Quieres algo de beber? ¿Un café, agua...?

—Agua está bien. —Asintió y se acercó a por las botellas. Sacó dos, una para ella y otra para él. Agradeció en silencio que no le pidiese un café. No tenía cafetera en el despacho, pues siempre que quería uno iba hasta Suki's y Aiko se lo daba. Nadie preparaba los cafés como ella.

Se llevó una mano al pecho y frotó con suavidad haciendo círculos.

—Bueno, y dime. ¿A qué vienen esas pintas que tienes y esas ojeras? —le preguntó ella tras darle un sorbo a la botella—. Y no me digas que a una mala noche, porque tienes pinta de haber pasado unas cuantas.

Tomó asiento en el sofá junto a ella.

—Digamos que no estoy pasando por mi mejor momento.

Desenroscó la botella y le dio un buen trago.

—¿Algo que ver con Meiko?

Miró a Catherine. Mentiría si dijera que no estaba sorprendido de que se acordara de cómo se llamaba su hija. Se limpió la boca con el dorso y negó con la cabeza.

—Meiko está perfectamente. —Tenía las piernas abiertas. Inclino el cuerpo hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Miró a Catherine de reojo—. Creo que ya sabes por qué tengo esta cara.

Era una tontería estar fingiendo. Ambos sabían qué hacía ella allí.

Catherine se levantó y comenzó a pasearse por ese despacho que una vez fue suyo. Pasó la mano por el escritorio que ahora era de Tom y se acercó hasta la puerta contraria por la que había entrado. Una puerta que daba a otra habitación que estaba llena de archivadores y un escritorio vacío.

—Cuando nos vimos en Washington no me dijiste que estabas tú solo aquí. Creía que aún conservabas a... —Se volvió hacia Tom y arrugó el entrecejo—. Soy muy mala para los nombres. ¿Cómo se llamaba?

—James.

—¡Eso! —Chasqueó la lengua contra el paladar y siguió paseándose.

Cuando Tom empezó a trabajar con Catherine, lo hizo como su segundo, y lo hizo desde ese escritorio que ahora estaba vacío. Una vez que Catherine le traspasó el negocio y se convirtió él en el propietario, contrató a su propio ayudante. Un chico que se llamaba James y que lo ayudaba a gestionar el papeleo, a contactar con los clientes, a los trámites con el banco... Un chico al que había tenido que despedir hacía unos meses. A sus amigos les había dicho que James se marchaba a Nueva York a estudiar derecho. Algo que, en verdad, tampoco era mentira. La cosa es que tuvo que adelantar su viaje ante su inminente despido.

Pensar en James solo corroboraba el hecho de que su vida se había convertido en una gran mentira. Una que se estaba haciendo tan grande que el inicio se había difuminado.

«¿Y tú, Tom? ¿Tú me has mentido alguna vez?».

¿Alguna? Parecía que últimamente no hacía otra cosa.

Catherine se sentó de nuevo en el sofá y le tendió la carpeta que acababa de sacar del bolso.

Tom tragó saliva.

—Podemos hablar del tiempo, si quieres. O de la última paliza que los Boston Red Sox le dieron a los Chicago Cubs el fin de semana pasado, pero yo creo que, con eso, lo único que

estaremos haciendo es perder el tiempo. Los dos.

Tom se quedó mirando la carpeta fijamente. Sin apenas parpadear. Lo hacía como si ese trozo de cartón fuera en realidad una bomba y en su mano estuviera la decisión de apretar el botón con el que destruir el mundo.

Cogió la carpeta y la abrió. El logo con la empresa de Catherine fue en lo primero que se fijó. Era grande y ocupaba gran parte del cabecero de la hoja. Después, una fecha y, al lado de esta, su nombre; Thomas Dunphy.

—Léelo con calma, Tom, las veces que hagan falta. Y recuerda que yo he venido hasta aquí para resolver todas tus dudas.

Le sudaba la espalda. Y las manos.

En realidad, le sudaba hasta la rabadilla del culo.

Volvió a tragar saliva y miró a la mujer que tenía enfrente. Esta también lo miraba a él. Lo hacía tranquila, sosegada. Con simpatía. Con confianza.

Tenía muchísimas preguntas, pero había una que destacaba por encima de las demás. Una a la que no terminaba de encontrarle respuesta.

—¿Por qué yo? —Catherine ladeó la cabeza. Tom levantó el contrato que llevaba en la mano—. Vivo en Variety Lake, a miles de kilómetros de Houston. ¿Por qué elegirme a mí? No tiene sentido. O, al menos, yo no termino de vérselo.

Catherine enderezó la espalda, cruzó las piernas y colocó las manos entrelazadas sobre sus muslos. En esos momentos, Tom vio a una ejecutiva, no a una colega.

—*Homeagain* ha crecido mucho en los últimos años. Nos estamos expandiendo y hemos conseguido posicionarnos como una de las mejores agencias inmobiliarias de Estados Unidos. Cuando empecé, lo hice como directora de una sucursal que acababa de abrir, pero, con los años, he terminado convirtiéndome en socia de la empresa y trabajando en el departamento de expansión. —Tom luchó por no abrir la boca debido a la sorpresa. No tenía ni idea de que Catherine había llegado tan lejos. Al menos, no se lo había dicho cuando coincidieron en Washington.

Catherine pareció ver su sorpresa, porque la sonrisa se le hizo más ancha.

—No te dije nada en Washington porque, no te voy a mentir, lo de ser socia todavía no estaba formalizado y ya sabes lo supersticiosa que soy para algunas cosas. No quería gafarla. Además, tampoco sabía lo que podía o no confiar en ti.

—Lo entiendo. Ambas cosas. —Volvió a agitar el papel—. Pero sigo sin entender por qué yo.

—Porque me gustas, Tom. —Ahora sí que se le desencajó un poco la mandíbula, pero la cerró rápido. ¿Catherine le estaba ofreciendo trabajo porque le gustaba? ¿Le estaba pidiendo que dejara toda su vida atrás porque le gustaba? ¿Le estaba pidiendo que firmara ese contrato y se marchara a Houston porque le gustaba y, por lo tanto, esperaba recibir algo a cambio?

No sabía si sentirse ofendido o alagado.

La carcajada de Catherine lo hizo salir del estado de ensimismamiento en el que se había quedado atrapado.

—Me gustas, Tom, pero no en ese sentido.

—¿Seguro? Porque en Washington... —Tosió—. Que no quiero decir que tú a mí sí, porque no, no me gustas. Bueno, sí que me gustas, mírate... —Movi6 la mano con la que sostenía los papeles de arriba abajo—. Eres una mujer muy atractiva para la edad que tienes...

—¿Para la edad que tengo? Vaya, gracias, Thomas.

Se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—No quería decir eso. Quería decir que eres muy guapa y que te conservas fenomenal. Joder,

me estoy explicando como el auténtico culo. Olvídate de lo que acabo de decir. ¡Menos lo de atractiva! Que lo eres, pero... —Catherine volvió a soltar otra carcajada, interrumpiéndolo.

—Esta es una de las cosas que me gustan de ti. Lo vulnerable que eres en realidad, aunque al mundo te empeñes en enseñarle una coraza. —Catherine dejó de sonreír, se puso seria y lo miró muy fijamente. Había vuelto la ejecutiva—. Tom, la cosa es sencilla. No pensé en ti cuando empezamos a expandirnos, esa es la realidad. Pero, tras coincidir en Washington, pensé, ¿por qué no? Eres una persona a la que respeto. Trabajadora, leal y muy competente. Aquí solo estábamos tú y yo, pero llevo muchos años fuera, viajando, y he trabajado con mucha gente. Dicen que los verdaderos amigos puedes contarlos con los dedos de una mano, y lo mismo pasa con los buenos trabajadores. Son muy difíciles de encontrar. Pero yo confío en ti y sé que lo harás bien. Que eres capaz de llevar un equipo de personas y de hacernos ganar mucho dinero. Tom, no te voy a engañar. Soy socia, ya te lo he dicho, y busco crecer, no ir para abajo. Quiero a los mejores en mi equipo, y tú eres uno de ellos. —Alargó la mano y le palmeó la rodilla con cariño—. Y ya puedes cerrar la boca con lo de que me gustas. Lo haces, pero solo como trabajador. Y sí, lo de Washington estuvo bien, pero no se va a repetir. Principalmente, porque ahora soy una mujer casada.

Tom tardó unos cinco segundos en entender la última frase, y también en fijarse en el anillo que había en su dedo anular.

Sintió ligereza. Como si acabase de quitarse un peso de encima.

Sí, lo de Washington había estado bien, pero fue algo así como quitarse unas ganas de encima. Una tensión que había que aliviar. Pero no estaba enamorado de Catherine. Nunca lo había estado y tampoco creía que pudiera llegar a estarlo, y lo que menos quería era cambiar su vida por una idea. Por unas razones que no eran las correctas. Catherine siempre se había portado bien con él y no quería hacerle daño de ninguna de las maneras.

Así que sí, se sintió aliviado en ese sentido, pero seguía sintiéndose extraño, porque seguía preguntándose que por qué él y no otro. Cualquiera otra persona que estuviera más cerca.

Catherine resopló. Lo hizo de forma sutil, pero dándole a entender que sabía en qué estaba pensando y que no le gustaba nada.

Le dio un apretón en la rodilla, llamándolo.

—Escúchame bien. Eres bueno en tu trabajo, Tom, muy bueno, y ya te he dicho que yo solo quiero a los mejores. Ya deberías conocerme, soy una mujer ambiciosa. Me encanta Variety Lake. Crecí a un par de pueblos de distancia, ¿recuerdas? Esta es mi casa. Mi hogar. Pero aquí no puedes crecer, no puedes avanzar. Por eso me fui, porque necesitaba más. Aquí sabía que llegaría un momento en el que me estancaría, pero no porque fuese mala o estuviese haciendo mal mi trabajo, sino porque en un pueblo tan pequeño como este no puedes aspirar a más, y menos si una multinacional como *Falling Sell* se instala justo a mi lado y comienza a quedarse con mis clientes.

Que el nombre de la multinacional que estaba trastocándole la vida a Tom apareciera le dolió. Y que Catherine hubiese descrito su situación tan bien, más todavía.

Vació todo el aire que tenía en los pulmones y miró el documento.

—Hace meses que no vendo una casa, Catherine. Meses. Y justo esta mañana el banco me ha cancelado las condiciones que tenía con ellos. Tengo que ofrecerles unos gastos tan elevados a mis clientes que son imposibles de aceptar. Solo un necio lo haría, y aún no ha aparecido ninguno. —Carraspeó. Sentía como si la garganta se le estuviese obstruyendo—. Y tampoco creo que vaya a aparecer en las próximas semanas.

Le picaban los ojos. No le había contado esto a nadie. Llevaba mucho tiempo guardándose

este secreto solo para él y pesaba tanto que le costaba andar erguido. Le gustaba haberlo compartido con alguien y que ese alguien fuese Catherine, pues sentía que era la persona que mejor lo podía entender, aunque eso no evitaba que se sintiese un fracasado.

—No eres ningún fracasado, Tom. ¿Me oyes? —La miró sorprendido. ¿Lo había dicho en voz alta? Su exjefa quitó la mano de su rodilla y le cogió la mano que tenía libre, la que no sujetaba el contrato de marras. No sin antes quitarle la botella de agua y dejarla en el suelo—. Nada de esto es culpa tuya.

—¿Y de quién es, entonces?

—No busques culpables, porque no siempre los hay. A veces, las cosas vienen así, sin más. La vida. El tiempo. Que las cosas cambian. —Catherine se encogió de hombros—. Pero tú no. Tú has hecho lo que has podido, y no hay más. —Señaló el contrato—. Nadie te obliga a nada, pero léelo. Hazlo tranquilamente y luego decides.

A Tom le gustó lo que Catherine había dicho, aunque seguía sintiéndose culpable. Pensó en Meiko, en que todo lo que era, lo que había hecho y hacía, era por y para ella, y comenzó a leer el contrato.

Se esforzó por no parecer sorprendido y no dejarse llevar por la euforia al leer todo lo que le ofrecían. Los beneficios. Las condiciones. Era más de lo que se hubiese imaginado nunca y, desde luego, era más de lo que jamás iba a poder conseguir si se quedaba en Variety Lake.

Variety Lake.

¿Iba a marcharse? ¿En serio estaba a un suspiro de aceptar Houston y abandonar su casa? ¿A sus amigos?

¿A Aiko?

Su amiga destacó por encima de los demás, porque Aiko siempre había destacado por encima del resto del mundo, solo que él no había sido consciente hasta entonces. Al tenerla siempre a su lado, había dado por hecho que siempre estaría ahí, junto a él. Junto a Meiko. Que serían ese nosotros del que ella habló el domingo, pero pensar así era egoísta, porque Aiko llevaba la palabra amor escrita a fuego en la piel.

Aiko se merecía vivir, volar, amar.

Se merecía ir al París con el que ella siempre había soñado, a estudiar. Se merecía enamorarse, que la hicieran sonreír sin pedirle nada a cambio y que la llevaran a ver películas de terror todos los domingos al cine. Se merecía ver reposiciones de programas de cocina sin sentirse culpable. Se merecía que le exprimieran las naranjas para hacerle el zumo por las mañanas, no que ella se los hiciese a los demás. Se merecía que le llevaran el desayuno a la cama todos los fines de semana y también que la llevaran de viaje a Japón, a su casa. Un sitio al que se moría por volver, pero al que le daba miedo hacerlo.

Se lo merecía todo y él se lo había negado todos estos años al tenerla atrapada entre Meiko y él.

Se merecía que a él no se lo llevasen los demonios cuando la viera abrazar a un chico.

Se merecía que la amaran como estaba claro que él no podía.

Había llegado el momento de no depender de ella y, de alguna manera, dejarla marchar.

Se levantó, cogió un bolígrafo de encima de su escritorio y firmó encima de su nombre. Lo hizo en todas las páginas. Cuando acabó, se dio la vuelta y se lo entregó a Catherine.

—Acepto —lo dijo en voz alta para que fuese real. Para que así ya no pudiese echarse atrás.

—Estás tomando la mejor decisión, Tom, ya lo verás. —Su nueva jefa también se levantó y lo abrazó—. No te vas a arrepentir.

Esperaba que tuviese razón y que el dolor de pecho que tenía se le fuese rápido.

Un jadeo los sobresaltó a los dos. Uno que hizo que ambos volteasen la cabeza hacia la puerta al tiempo que dejaban de abrazarse.

A Tom se le cortó la respiración. Soltó los papeles y los dejó caer sobre el sofá. ¿O habían caído al suelo? No tenía ni idea. De repente, solo quería ir hasta la persona que lo miraba desde el umbral de la puerta de su despacho con la mirada más triste que le había visto a nadie jamás.

—Aiko... —No le salió nada más. Era como si las palabras hubieran dejado de existir en su vocabulario. Como si eso de unir frases no fuese con él.

Aiko miró a Catherine, otra vez a él y, después, a un punto entre los dos. Tom siguió su mirada y lo vio. Su mano y la de Catherine. Unidas. Entrelazadas. Por lo visto, habían dejado de abrazarse, pero por alguna razón que le era totalmente desconocida se habían cogido de la mano.

Se soltó rápido y cerró la mano en un puño. En cuanto lo hizo, Aiko levantó la cabeza y volvió a mirarlo a los ojos. Solo a él. Tampoco pestañeaba. Tom no sabía si porque no podía o porque si lo hacía dejaría escapar esas lágrimas que él le estaba viendo que tenía retenidas en el lagrimal.

—Aiko...

—Siento interrumpir —dijo de pronto, paralizándolo.

Se escuchó un golpe. Como si algo se hubiese roto. Le daba igual. Estaba demasiado ocupado pidiéndole a sus pies que hicieran el favor de moverse. ¿Por qué no lo hacían?

—Siento interrumpir —repitió Aiko, y estaba vez lo hizo sin mirarlo—. Yo ya me iba.

Capítulo 22

Echó a correr como si la estuvieran persiguiendo. Las lágrimas que había intentado retener dentro de ese despacho habían salido como si de una tormenta se tratase y empezaban a dificultarle la vista. Solo quería llegar a casa, encerrarse en ella y llorar tranquila.

Se sentía estúpida.

Llevaba meses preocupada por Tom, preguntándose qué le pasaba, cómo habría podido ayudarlo. Creyéndose que, en cierta forma, eran una familia. Los tres. Pensando que, aunque fuese reservado, acabaría confiando en ella y contándole sus problemas. Tanto, que había habido noches en las que no había podido dormir. Inquieta por si ese mensaje de Catherine significaba que se lo llevaba lejos. Que se marchaba de Variety Lake.

Esperanzada, y también ilusionada, porque el domingo le había parecido que estaba celoso. Molesto por su no cita con Ryan, y que eso podía significar, ¿qué? ¿Qué sentía algo por ella?

Claro que lo sentía; gratitud y amistad. Nada más. Tom estaba liado con Catherine.

Le echó un rápido vistazo a la puerta de la cafetería justo antes de abrir la puerta de su casa y entrar dentro. No podía ir allí ahora mismo. No hasta que se hubiese secado las lágrimas y calmado un poco.

Se limpió con rabia las mejillas y fue directa a la cocina. Estaba bebiéndose el segundo vaso de agua cuando escuchó la puerta de su casa cerrarse con un suave portazo. Por un momento, pensó que se la había dejado abierta y que el viento la había cerrado, pero lo supo.

Supo quién acababa de entrar incluso antes de verlo.

Tom la había seguido.

Le pidió a su cabeza que no se girara. Que siguiera de espaldas a la puerta para no verlo, pero su cuerpo actuó solo y se volteó. En cuanto vio a Tom entrar en la cocina, se quedó sin respiración. Estaba hecho un desastre. Jadeaba y el pecho le subía y bajaba con rapidez. Pero lo que más le llamó la atención fue su mirada: triste, preocupada. La miraba con dolor.

El silencio se volvió denso. Ninguno hablaba, ni tampoco se movían. Solo se miraban.

—Lo siento. Yo... Siento haber interrumpido. —No sabía qué otra cosa decir, pero necesitaba decir algo. Los silencios la ahogaban.

Una de las lágrimas llegó hasta sus labios. Se dio la vuelta y dejó el vaso dentro de la pila. No podía verla llorar, pensaría que se le había ido la cabeza. Ella lo pensaba, al menos.

Buscó algo con lo que limpiarse la cara. Aunque seguía de espaldas a él y no podía verlo, lo sentía. Su cercanía la afectaba demasiado como para no hacerlo.

¿Por qué estaba tan callado? ¿No pensaba decir nada?

Respiró hondo un par de veces y se dio la vuelta. Esperaba no tener los ojos rojos.

—Lo siento, de verdad. A partir de ahora llamaré a la puerta y...

—No estábamos haciendo nada. No has interrumpido nada —se apresuró Tom a decir, cortándola. Remarcando esos dos «nada» por encima de las demás palabras.

Su corazón se calmó y ella se cabreó por ello, porque eso solo la hacían sentir más tonta.

Intentó fingir una sonrisa, pero se abstuvo de seguir intentándolo cuando se dio cuenta de que las comisuras de sus labios no querían colaborar.

—No tienes que darme explicaciones.

Tom negó con la cabeza.

—Pero quiero dártelas.

—¿Por qué?

—Porque eres tú, Aiko.

Quería preguntarle qué significaba eso, pero solo pudo quedarse en silencio y esperar. ¿Qué pasaba entre ellos? ¿Iban a volver a tener una conservación extraña como la del domingo? No lo sabía. Solo sabía que Tom no dejaba de mirarla y que ella a él tampoco.

Y que no se miraban como hacían siempre.

Era diferente. Nuevo. Electrizzante.

Tom dirigió la vista hacia sus manos. Se había quedado tan absorta mirándolo a la cara que ni siquiera se había dado cuenta de que traía algo.

Era la caja que le había llevado con las galletas y que se la había caído al suelo.

—¿Qué es esto?

—Galletas de mantequilla de cacahuete. Son tus preferidas.

Volvió la vista a ella.

El corazón le iba muy rápido. ¿Podría él escucharlo?

—Llevas evitándome cuatro días —susurró.

Tom dejó caer los hombros, abatido, pero no dejó de mirarla.

—Lo sé. —Esperó un rato a ver si decía algo más, pero nada. Estaba muy confundida.

Arrugó ligeramente la nariz.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Estupendo. Se estaban convirtiendo en dos idiotas que mantenían una conversación de besugos y en la que solo sabían decir las mismas frases una y otra vez.

Tom dio un paso al frente hasta dejar la caja sobre la mesa. Respiró hondo y negó con la cabeza.

—Sí que sé por qué te he estado evitando. Me comporté como un idiota contigo el domingo y temía que te hubieras enfadado conmigo. Estaba avergonzado.

Bum. Bum. Bum. Era su corazón.

Tom dio otro paso al frente. Ella intentó volver a sonreír, pero no terminaba de salirle.

—No pasa nada. No estaba enfadada. —Tom levantó la mano en el aire, pidiéndole que se callara. Dio otro paso al frente.

—Sí que pasa, Aiko. Yo... —Cerró los ojos. Se pasó la mano por el pelo. Otro paso hacia delante—. Debería haber ido a arreglarte la valla cuando te lo dije.

¿La valla? ¿Qué tenía que ver la valla con nada?

Otro paso de Tom.

—No lo hice porque siempre estoy ocupado, y porque soy muy mal amigo, además de una persona que no cumple con lo que promete. Pero escuché a Ryan decir que iba a pasar a arreglártela y... No sé, Aiko. Te dije que yo la iba a arreglar y lo haría. Tú te pasas la vida haciendo cosas por mí, qué menos que hacer yo una por ti.

No tenía ni idea de por qué estaban hablando de la valla, pero le daba igual. Como si se quedaba rota el resto de su vida. Solo sabía que, de repente, empezaba a tener otra vez ganas de llorar.

Se mordió el interior de la mejilla y respiró hondo. No podía ponerse a llorar delante de Tom.

—Olvídate de la valla, Tom. Ya está.

—No es solo la valla, es... —Se mesó el pelo, poniéndoselo más de punta si cabía—. Es todo, Aiko. Es la valla, es verte salir con él, es pensar en ti todo el maldito día, en qué estarías haciendo. En qué estarías haciendo con él. Es verte tan guapa. Tan sonriente. Es no venir con nosotros porque tenías otros planes. Es ver esos abrazos.

No podía respirar. ¿Qué le estaba diciendo? ¿O qué estaba ella entiendo? Tom dio otro paso más. Otro que hizo que las puntas de sus zapatos se tocaran. Que sus dedos se rozaran. Que tuviera que levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Que sus alientos se estuvieran mezclando.

—Soy un egoísta, porque lo que peor llevé fue verte con él y no conmigo. —Cerró los ojos al sentir su mano en su mejilla. Al sentir cómo le limpiaba las lágrimas. Cómo la tocaba.

—Tom... —Lo escuchó jadear. ¿O había sido ella?

Abrió los ojos. Tom la miraba.

—Me puse celoso. Lo supe el mismo domingo y lo he sabido estos cuatro días. —Aiko observó el pecho de Tom hincharse al coger aire. También sintió su mano temblando pegada a su mejilla—. Me puse celoso y no me gustó, porque eres lo más importante que tengo en mi vida. Meiko y tú lo sois, y no puedo pensar en hacer algo que te haga alejarte de mí. En hacerte daño.

Aiko levantó una de sus manos y le acarició la mejilla con los nudillos. Fue el turno de Tom de cerrar los ojos. Fue el turno de ella de ponerse de puntillas hasta que las dos frentes se tocaron. Fue el turno de los dos de aspirar hondo. Fue el turno de mirarse con chispas en los ojos. Fue el turno de los dos de sonreír.

—¿Y Catherine? —No quería preguntar por ella. No quería estropear lo que fuera que estaba pasando entre ellos. Pero necesitaba respuestas. Necesitaba saber.

Sintió el suspiro de Tom en sus labios. Se obligó a no cerrar los ojos.

—Entre Catherine y yo no hay nada. Te lo juro.

Le creía, pero, aun así...

—¿Qué hacía aquí, Tom?

Ella no cerró los ojos, pero Tom sí, y la mueca que le vio fue de sufrimiento. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que no le estaba contando?

Tom dejó la mano que tenía en la mejilla donde estaba y subió la otra hasta su pelo. Hasta enredarse en la coleta.

—Te lo contaré, te lo prometo, pero, ahora... —Tom abrió los ojos. Aiko vio la pregunta en ellos, él vio la respuesta en los suyos, así que se lanzaron.

Sin paracaídas. Sin red de seguridad.

Solo con las ganas.

Tom y Aiko juntaron sus labios y todo lo demás dejó de existir. Las preguntas, las respuestas no dadas, las preocupaciones, los miedos. Desaparecieron incluso hasta ellos. Quiénes eran. Quiénes no podían ser. Solo quedaron Aiko y Tom en esa cocina.

Y los besos.

Ambos creían que sería uno sencillo. Juntar los labios y ya está. Algo dulce y tierno como eran ellos. Y lo fue. Pero también fue muchas otras cosas.

Fue largo, húmedo y jadeante.

Se perdieron el uno en el otro con desesperación, como si eso fuera lo único que supieran hacer, lo único que siempre habían querido hacer. Los dos abrieron la boca a la vez y ambas lenguas se buscaron hasta encontrarse. Se escuchó un jadeo y también un gemido.

Se movieron por la cocina mientras se tocaban. Las manos de Tom en las mejillas de Aiko. Las de Aiko en el pecho de Tom y en su pelo.

Se separaron para respirar, se miraron a los ojos, se sonrieron y se volvieron a besar. Aiko

sentía sus lágrimas en los labios de Tom y también sus jadeos. Sentía que el cuerpo le quemaba donde la tocaba y también donde no lo hacía. Sentía muchas cosas que deberían haberle dado miedo, pero que solo le daban ganas.

Le exploró la boca y dejó que él explorara la suya. Se enganchó a su cuello y abrió la boca cuando sintió las manos de él en su cintura y cómo la levantaba en el aire hasta sentarla en la barra de la cocina. Se agarró a sus hombros y echó la cabeza hacia atrás cuando sintió sus labios en la base de su garganta. Cuando sintió la punta de su lengua recorrerla despacio hasta posarla en el lóbulo de su oreja y darle un mordisco.

Era todo intenso, vivo, y ninguno de los dos podía parar. Ni tampoco querían.

Tom jadeó y Aiko dejó de pensar. En realidad, llevaba un rato sin hacerlo. Tom le dio un beso en la comisura de la boca y ella reprimió las ganas de volver a la lanzarse a sus labios.

Aiko sentía que estaba viviendo.

Capítulo 23

«Joder, estoy besando a Aiko».

Era en lo único en lo que podía pensar, pues todo lo demás había desaparecido de su cabeza.

Cuando la había visto ahí, en la puerta de su despacho, no había podido hacer otra cosa que salir corriendo e ir a buscarla. No quería que pensara algo que no era. No quería que huyera de él como él había huido de ella.

No quería...

Ni siquiera tenía claro lo que quería. Le daba igual el contrato, Catherine y todo lo demás, solo quería llegar hasta ella y abrazarla.

No tenía pensado decirle que el domingo se había puesto celoso ni mucho menos besarla, pero habían pasado las dos cosas y que alguien le cortase la cabeza si no eran las dos mejores cosas del mundo.

Aiko. Su Aiko. Porque era suya, ahora lo sabía, igual que también sabía que él era de ella.

La miró a los ojos y le dio un beso en la punta de la nariz. En las mejillas. En la frente. En la barbilla. En los labios.

Solo quería besarla. Hacerlo hasta recuperar todos los años en los que no lo había hecho, pero tenía responsabilidades.

Una con nombre y apellidos.

—Tengo que ir a por Meiko. —Apoyó la frente en el hombro de Aiko y suspiró de forma prolongada—. Mierda, tengo que ir a por Meiko.

Se apartó, se miraron y, de repente, rompieron a reír. A la vez. A carcajadas. Aiko escondió la cara en el pecho de Tom y él la abrazó con fuerza.

—Dime que no lo haga. Pídeme que me quede contigo —balbuceó tras apoyar la barbilla en la cabeza de Aiko. Esta volvió a reírse y levantó la cabeza. Tom la miraba entre divertido y esperanzado.

No se lo decía en serio.

Bueno, en realidad, era solo una verdad a medias, porque sí que quería quedarse con Aiko. Tenían que hablar. Tenía que seguir besándola.

Aiko ladeó la cabeza y le sonrió, y a él le pareció la sonrisa más bonita del mundo. ¿Cómo había podido tardar tanto tiempo en darse cuenta de ese pequeño detalle? Si es que cuando Aiko sonreía, y más cuando lo hacía de esa manera, parecía que todo lo demás no importaba y que todos los problemas del mundo se iban a solucionar.

—Sería de muy mala tía si te dijera que lo hicieras —dijo Aiko, captando de nuevo su atención. Se había quedado embobado mirándole la boca.

Le acarició la mejilla y le apartó un mechón de pelo que se le había quedado pegado a los labios.

Necesitaba volver a besarlos, pero se contuvo. Si Aiko era mala tía por decirle que se quedara con ella, ¿en qué categoría de padre entraba él por pensar, si quiera, en pedirle a otra persona que se llevara a su hija un rato a casa?

Esa idea le hizo soltar otra carcajada. Y se sintió bien. Como si el pecho se le acabara de

expandir para llenarse de nuevo con aire limpio.

—¿Crees que podría llamar a tus padres para que se quedaran con ella un rato? En plan... ¿toda la noche?

A Aiko las mejillas se le encendieron y se mordió el labio inferior mientras agachaba la cabeza, evitando así su mirada. A Tom le pareció adorable y le dieron ganas de abrazarla.

Quería abrazar a Aiko toda la noche.

Le sujetó la barbilla con delicadeza y le levantó la cabeza. Acercó su nariz a la suya para darle un beso de esquimal y después un casto beso en la punta.

—Es broma. A medias. —Ambos se rieron—. Yo tengo que ir a por Meiko y tú, supongo, que tienes que volver al trabajo. —Tragó saliva. Estaba ansioso por abrazar a Aiko y también nervioso por solo querer abrazar a Aiko. Qué sensación tan extraña a la vez que placentera.

Volvieron a juntar las frentes y así se quedaron un rato. Pegados. Piel con piel. Los dos corazones latiendo, nerviosos, a la vez.

—Aiko, esto que ha pasado... Nosotros...

—Lo sé.

No hacía falta decir más. Todo había cambiado y los dos lo sabían. Tenían que hablar, también lo sabían, pero en esos momentos tenían que moverse.

Tom fue el primero en hacerlo. Agachó la cabeza y le dio otro beso en los labios. Uno que duró solo cinco segundos, pues los había contado, se separó de Aiko y la miró a la cara. Le guiñó un ojo.

—Te llamo luego, ¿vale?

—Vale. —Aiko asintió y sonrió. Él tuvo que cerrar las manos hasta clavarle las uñas en la palma. Era eso o cogerla de la mano y encerrarse en su habitación hasta que lo llamasen del colegio recriminándole que se había olvidado de su hija.

Miró una última vez a Aiko y salió por la puerta. Tenía que hacerlo rápido o no lo iba a hacer jamás.

Anduvo hasta la oficina, que era donde tenía aparcado el coche, sin dejar de sonreír. Ni de levitar. Sentía como si estuviese flotando.

No fue hasta que se encontró con la puerta entornada de su oficina que se acordó de Catherine. Se había olvidado de ella por completo. Ni siquiera se había despedido cuando se había ido. De hecho, ni siquiera le había dicho nada. Había salido corriendo detrás de Aiko así, sin más.

Entró en el local y fue directo a su despacho. No había ni rastro de Catherine, aunque sí de su perfume, y también del contrato. También se había olvidado de él y de toda la mierda por la que estaba pasando últimamente.

Se acercó despacio a su escritorio, donde descansaba la carpeta que le había tendido Catherine, y se quedó mirándola un buen rato mientras lo último que habían hablado en ese mismo sofá volvió a él como un tsunami. ¿De verdad había aceptado lo de Houston?

Abrió la carpeta despacio, casi con miedo, y se encontró con una nota de Catherine:

Te repito lo que te he dicho antes. Has tomado la mejor decisión mudándote a Houston. Estoy segura de que encajarás perfectamente en Homeagain. Te dejo una copia del contrato. En cuanto llegue a la oficina empezaré con los trámites. Si todo va bien, tendremos la oficina terminada a finales de marzo, así que, nos vemos en menos de un mes.

Felicidades, Thomas, y bienvenido a Homeagain.

Las manos comenzaron a temblarle, el pulso le latía descontrolado en el cuello y estaba empezando a sudar. Sentía que le faltaba el oxígeno y que no podía respirar.

Se ahogaba.

Apoyó las manos en el escritorio, escondió la cabeza entre los brazos, y comenzó a hacer respiraciones profundas. A coger aire y a expulsarlo muy lentamente. Solo el recuerdo de Aiko entre sus brazos logró hacerlo reaccionar. Empezó a sentir que el aire volvía a entrarle en los pulmones, aunque lo hacía a intervalos tan cortos que tenía que esforzarse mucho para sentirlo y que ese poco le bastase para no ahogarse.

Le llegó un mensaje al móvil. Su primer instinto fue ignorarlo, pues no quería leer nada de nadie, ni mucho menos de Catherine, pero algo le hizo sacarlo del bolsillo trasero de su pantalón y desbloquearlo.

Sonrió.

Aiko:

Dime que lo que ha pasado en mi casa ha sido real

Dime que no me lo he inventado

Tom:

Real? Aiko, lo que ha pasado en esa cocina es lo más auténtico que he vivido nunca

Aiko:

Ahora dime que no te arrepientes

Tom:

No podría arrepentirme de algo que, ahora estoy seguro, he estado deseando que pasara toda mi vida

Aiko:

Y eso cómo lo sabes?

Tom:

De que no me arrepiento o de que es lo que he estado deseando que pasara toda mi vida?

Aiko:

De lo segundo

Tom:

Porque no quiero hacer otra cosa que besarte y abrazarte, y ver esa sonrisa que tienes. Y mirarte a la cara como un acosador porque eres lo más bonito que hay

Tom:

Si estoy sintiendo todas esas cosas con solo un beso, cómo no voy a estar seguro de que es lo que he estado deseando toda mi vida?

Aiko:

Me gusta oír eso, porque yo tampoco me arrepiento, Thomas

Aiko:

Solo me arrepiento de haber tenido que parar

Soltó una carcajada con la que le vibró todo el cuerpo. Parecía que no conocía a Aiko tan bien como él creía, pues no tenía ni idea de que podía llegar a tener un toque juguetón, pícaro. Pero le gustaba. Le gustaba demasiado.

Tom:
Dónde estás?

Aiko:
En casa a punto de salir

Tom:
Ni se te ocurra moverte. Llego en un minuto

Metió la nota de Catherine dentro de la carpeta junto al contrato, guardó ambas cosas dentro de su maletín y lo tiró todo al asiento trasero del coche una vez que llegó a él.

Llegó en un minuto a casa de Aiko, tal y como le había prometido, y salió del coche, dejándose la puerta abierta. Entró en casa y fue directo a la cocina. Seguía en el mismo sitio donde la había dejado, apoyada contra el banco de la cocina y con el teléfono móvil en la mano.

Ni siquiera se lo pensó. Fue hasta ella, le sujetó la cara con las manos y le dio el mejor beso que pudo darle. Ese con el que quería dejarle claro todo lo que le había dicho por mensaje; que era real, que no se lo había inventado y, por supuesto, que no se arrepentía de nada.

Aiko no tardó en responderle. Le pasó las manos por el cuello, rodeándolo, y se entregó a él. A sus besos, a sus caricias, a su sabor y a su cuerpo.

Ambos se separaron a regañadientes, jadeantes y con ganas de hablar. Se sonrieron y se volvieron a besar.

—Tenemos que hablar —murmuró Aiko sobre sus labios entre beso y beso. Él asintió y volvió a besarla.

—Lo sé, y lo haremos.

—Esto cambia muchas cosas.

—Esto lo cambia todo. —Aiko todavía no tenía ni idea de qué significaba ese «todo», pero lo haría. Pronto. Porque él se lo iba a contar.

Le dio un último beso y se alejó. Un paso, y luego otro más.

Aiko se llevó la mano a los labios y se los acarició. Sonrió y él le devolvió la sonrisa. Qué bonita era.

Quería ser el culpable de esa sonrisa.

—No me arrepiento, Dunphy.

—Me alegra mucho que no lo hagas, Tanaka, porque sería capaz de echarme a llorar si te estuvieras arrepintiendo de esto. O de suplicarte. ¿Quieres que lo haga? Porque podría.

La sonrisa de Aiko se hizo más amplia, y la suya también.

—Vete o llegarás tarde.

Meiko. Sí. Tenía que ir a recoger a su hija.

Echó un último vistazo a los labios de Aiko y maldijo por lo bajo. ¿Cómo podías hacerte adicto a algo que acababas de probar?

La miró, se recreó en ella, asegurándose de retener su imagen en la retina para el resto de la tarde, y se marchó.

Por primera vez en meses, no dejó de sonreír en ningún momento. Tampoco pensó en el

pequeño ataque de pánico que le había dado en la oficina ni en el contrato que tenía guardado en el maletín.

Parecía que había vuelto a olvidarse de él.

Capítulo 24

Llevaba sonriendo sin parar desde hacía casi tres horas. Había intentado que sus labios volviesen a su posición natural, sobre todo, cuando al regresar a la cafetería su padre se le había quedado mirando más tiempo de lo debido, como si estuviera analizándola, intentando mirar a través de ella, pero no había podido.

Tampoco había podido dejar de acariciarse los labios.

Ni de sonrojarse cada vez que pensaba en lo que había pasado en su cocina. En lo que había pasado con Tom.

Quería que la volviera a mirar con la ternura y el amor con el que lo había hecho. Que le sonriera como lo había hecho en esa cocina. Que volviera a decirle todas esas cosas.

Que volviera a besarla.

Dejó la espátula con la que estaba esparciendo la nata en la tarta de cuatro pisos sobre la mesa y se pasó la yema del dedo índice por los labios, primero el superior y luego el inferior. Despacio, sin prisas. Sintiendo cómo las cosquillas pasaban de las yemas de sus dedos a su estómago. Había besado a Tom. No sabía quién había empezado, tampoco le importaba, solo que había sucedido, que ambos querían que pasara y, sobre todo, que él no se arrepentía.

Porque ella, desde luego, no lo hacía.

Soltó una pequeña risilla por lo bajo que hizo que su padre levantara la cabeza de la taza de café que estaba preparando. Sintió sus ojos escrutadores perforándole la sien, por lo que le dio la espalda de forma disimulada y volvió a sus tareas.

Tom había quedado en que la llamaría, y sabía que lo haría, así que estaba esperando esa llamada como quien espera que llueva en pleno desierto, pero también la aterraba porque, como le había dicho antes de irse, eso que había pasado entre ellos lo había cambiado todo, y ese hecho la aterraba tanto que le hubiera gustado poder quedarse sentada en casa comiéndose la cabeza hasta que Tom la hubiera llamado.

La puerta de la cafetería se abrió y como si un hilo estuviera tirando de ella intentando captar así su atención, apartó la mirada del pastel y la dirigió hacia allí.

El corazón le dio un vuelco y dejó de latirle. Meiko y Tom estaban entrando por la puerta.

Su primer instinto fue soltar la espátula, pasar al otro lado de la barra y acercarse a él. Abrazarlo, apoyar la frente en su pecho y, por qué no, besarlo. Después, se lo llevaría a algún lugar donde pudiesen estar solos, pero se contuvo.

Con mucha fuerza de voluntad, pero se contuvo.

Tom terminó de cruzar y la buscó. Lo hizo hasta que sus ojos la encontraron y sonrió. Lo hizo de forma ladina, y ella no pudo evitar sonrojarse.

—Hola —murmuró él tan bajito que supo lo que le había dicho porque le había leído los labios, no porque lo hubiese escuchado.

Estaba a punto de dar un paso al frente cuando una figura alta y autoritaria le bloqueó el paso y también la visión.

—Hola, Thomas. Cuántos días sin verte por aquí. —La voz de su padre, seca, cortante y un tanto tosca, interrumpió cualquier saludo que ella pudiese devolverle.

—Hola, Haru. Sí, he estado un poco ocupado.

Aiko se quedó quieta, escuchando cómo Tom saludaba a su vez a su padre, y se concentró en Meiko, a la que sí que veía. Había dejado la mochila en el suelo, junto a una mesa, y se acercaba a ella con los brazos abiertos. Aiko abrió los suyos justo antes de que la pequeña impactase con su cuerpo.

—¡¡Tía!! —Aiko cerró los ojos una milésima de segundo y agachó la cabeza para enterrar la nariz en el pelo de su sobrina—. Te he echado de menos.

—No más que yo a ti. —Y era cierto. Había echado muchísimo de menos a Meiko. Tenía que hablar con Tom al respecto. Con todo lo que había pasado entre ellos, se le había olvidado recriminarle el que hubieran desaparecido de esa manera durante cuatro días, pero ahora que tenía a Meiko con ella esa molestia había vuelto y tenía que hablarlo con él.

No podía volver a huir de esa manera. Se conocían desde hacía demasiados años y nunca lo había hecho, no iba a dejar que empezara a hacerlo ahora, se creyese él o no que tenía justificación.

—¿Sabes qué? —le susurró Meiko en plan confidencial, como si estuviera a punto de confesarle un secreto de Estado.

—¿Qué?

Meiko se colocó de puntillas y acercó su boca a la oreja de Aiko.

—Papá no ha dejado de sonreír desde que me ha recogido en el cole. Está muy raro, pero me gusta. Hacía mucho tiempo que no sonreía así.

A Aiko el corazón se le aceleró y miles de mariposas comenzaron a bailar en su estómago. Miró a Meiko y luego buscó a Tom. Solo le alcanzaba a ver un brazo, pues continuaba hablando con su padre y este le bloqueaba la visión, así que se movió hasta poder verle la cara. Tom, como si supiera que lo estaban observando, desvió la atención del abuelo de su hija y se encontró con los ojos de marrones de Aiko. Las comisuras de los labios se le estiraron tan hacia arriba que le llegaban a rozar las orejas.

—Tom, ¿estás bien? Tienes una mueca extraña en la cara. —La madre de Aiko acababa de llegar y miraba a Tom como si de verdad fuese la primera vez que lo veía sonreír. Aiko se hubiese echado a reír si no fuese por el hecho de que, en realidad, la situación no tenía nada de graciosa.

«Hacía mucho tiempo que no sonreía así». Esas habían sido las palabras de Meiko. Unas palabras demasiado ciertas para que las pronunciase una niña tan pequeña.

Aun así, no pudo evitar sonrojarse cuando vio a Tom atragantarse con su propia saliva y desviar la vista un segundo. Las mejillas se le habían teñido de rojo, algo muy impropio de él.

—Estoy bien, Chihiro, gracias.

—¿Seguro? Yo te sigo viendo raro. Y mira, estás rojo.

Aiko se llevó una mano a los labios y tosió fingiendo una carcajada. Una que no pasó desapercibida para Tom, ni para su padre, que volvía a mirarla de reojo y sin diversión aparente en su rostro.

Aunque no sabía de qué se sorprendía. Era difícil conseguir que su padre sonriese. Solo Meiko lo había conseguido, que ella recordarse, pero porque Meiko, si se lo proponía, era capaz de convertir al mismísimo Zeus en el Dios más dócil y misericordioso del Olimpo.

—Será porque tengo calor.

—Da igual, ahora te preparo un té verde y verás como te encuentras mejor enseguida. —Aiko vio cómo Tom disimulaba una mueca de asco. Odiaba el té, pero su madre siempre le insistía en que se tomase uno. A él y a todos. Para Chihiro, el té traía buena suerte, además de que te

ayudaba a relajarte.

Tom optó por asentir y mirar a Aiko. Esta se encogió de hombros y se agachó para prestarle atención a Meiko, que seguía agarrada a su cintura.

—¿Qué te parece si te sientas con tu padre y ahora te llevo un batido de vainilla?

—¿Le pondrás virutas de chocolate? —Aiko le guiñó un ojo, cómplice.

—Y te traeré un puñado de galletas con mantequilla de cacahuete que hice anoche.

—¿De verdad?! —Aiko estaba segura de que la sonrisa de Meiko era capaz de iluminar ella sola Variety Lake un cuatro de julio. Asintió—. ¿Puedes traer alguna más para papá? Son sus favoritas.

Lo sabía.

Le dio un beso a su sobrina en la frente y se fue a preparar la merienda. No solo colocó en un plato un puñado de galletas y preparó el batido en el tazón más grande que encontró, sino que camufló en un vaso de cartón un café con leche y canela espolvoreada por encima para Tom.

Se acercó a la mesa en la que se habían sentado los dos y lo colocó todo sobre la madera. Tom dejó de hablar con Meiko y se centró en ella. Eso la puso nerviosa, pero también la excitó. Tom la estaba mirando muy fijamente, y no lo hacía como siempre. Lo hacía tal y como había hecho en su cocina hacía unas horas.

—¡Están riquísimas las galletas! ¿Puedo llevarme mañana un puñado al colegio? —Meiko se metió la galleta de golpe en la boca, y luego otra más, lo que le hizo tener los mofletes llenos, como los hámsteres.

Aiko sacudió la cabeza con ternura y le quitó de la mano la tercera galleta que la pequeña estaba a punto de meterse en la boca.

—No queremos que te atragantes, ¿verdad? Además, tengo muchas más dentro, y no solo de mantequilla de cacahuete. Tengo una montaña de galletas de chocolate, por lo que no hace falta que te las comas toda de una sentada y acabemos en el hospital por culpa de un atracón. —Estaba claro que su sobrina quería rebatirla, pero cada vez que abría la boca, saltaban migas por todas partes.

Una mano varonil de dedos largos le arrebató a Aiko la galleta. Tom se metió el dulce entero en la boca y, tal y como había hecho su hija, lo acompañó de una segunda galleta.

Tom gimió todo lo alto que pudo teniendo la boca llena.

—Tienes razón, princesa, esto está buenísimo. —Un puñado de migas salieron disparadas de la boca de Tom, provocando las carcajadas de Meiko y Aiko, aunque esta última intentase disimularlas tapándose la boca y frunciendo los labios.

—¡Eres un guarro, papá! —chilló Meiko muerta de risa. Tom se llevó una mano al pecho y fingió sentirse ofendido. Después, señaló a Aiko.

—Es por su culpa —murmuró con la boca llena. Aiko puso los ojos en blanco y lo apuntó con un dedo.

—¿Ahora es mi culpa que seas un guarro?

Tom abrió la boca y enseñó la lengua, toda llena de comida, a la vez que se ponía bizco. La carcajada de Meiko rivalizó con el sonido ambiente de la cafetería.

—¿Ahora es mi culpa que seas un guarro? —la imitó Tom, en tono de burla. Aiko fue directa a darle un pellizco juguetón en el brazo, pero este fue más rápido. La cogió de la muñeca y tiró de ella, dejándola atrapada entre sus piernas.

Aiko sentía calor ahí donde Tom la estaba tocando. También una corriente que le empezaba en el dedo gordo del pie y le subía hasta las orejas. Descubrió que no era a la única a la que le pasaba eso, a tenor de cómo Tom agrandó los ojos y de cómo pegó todavía más sus piernas a las

suyas.

—Así que soy un guarro, ¿eh? —farfulló Tom una vez se tragó toda la galleta y ya no le quedó nada en la boca. Lo hizo en un tono bajo, pícaro. A Aiko le temblaban las piernas. Esperaba que nadie se diese cuenta—. Qué feo me parece ese comentario por tu parte.

Estaban muy cerca. Tanto, que si Aiko inspiraba con fuerza podía empaparse de su olor. Ese que la había mareado en la cocina de su casa. Un mareo que se moría por volver a sentir.

Se encogió de hombros, intentando aparentar indiferencia, y sonrió. Iba a terminar cogiendo agujetas en los mofletes.

Aiko quería decirle algo, pero parecía haberse quedado enganchada en sus ojos. Volvió a sentir ese hilo tirando de ella hacia él, tal y como había sucedido cuando había entrado en la cafetería.

Sintió los dedos de Tom en su muñeca y cómo estos pasaban de ahí a rozarle las yemas de los dedos. Dejó de observar el marrón de sus ojos para fijarse en ese punto en el que la estaba acariciando. Tenía la sensación de estar en una montaña roja, justo arriba del todo, esperando el momento de descender.

La puerta de la cafetería volvió a abrirse, sobresaltándolos a los dos, sobre todo cuando un grupo de unos diez chicos entraron riendo y dándose empujones los unos a los otros. Aiko se alejó un paso de la mesa, a desgana, y metió las manos en el delantal blanco con una fresa gigante en el pecho que llevaba puesto. Señaló el plato de las galletas con la cabeza y los miró, a padre e hija, de forma autoritaria.

—Comed con moderación. —Empujó el vaso de cartón que había dejado en la mesa al llegar hacia Tom y miró por encima del hombro a su madre—. Si pregunta, yo no te lo he dado.

La risa que escuchó a su espalda mientras volvía tras la barra le pellizcó el estómago y le calentó el corazón.

Atendió a los recién llegados y estuvo, durante más de veinte minutos, junto a su madre preparando batidos, cafés, bocadillos y la montaña más grande de tortitas que había preparado jamás. No dejó de echar miradas furtivas a la mesa que estaba en el centro del local, viendo cómo Tom fingía beberse el té que le había preparado su madre cada vez que esta andaba cerca, ni de morderse el labio para no sonrojarse cada vez que pillaba a Tom observándola, que era prácticamente el cien por cien de las veces, ni de sonreír a carcajadas cuando veía a Meiko comer galletas de dos en dos mientras le hablaba a su padre con tanta energía, y gesticulando tanto, que parecía que estuviese bailando.

Se limpió las manos en el delantal y entró en el almacén para subir hasta casa de sus padres y poder entrar al cuarto de baño. Resopló cuando vio que tenía ambas mejillas manchadas de chocolate y harina en el pelo. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero siempre terminaba con harina en el pelo, aunque no hubiese estado trabajando con ella ese día. La perseguía.

Después de usar el váter, se deshizo de la goma que le sujetaba el pelo en una coleta, se lo peinó y se hizo una trenza ladeada. Se limpió la cara y salió. Se llevó una mano al pecho y se tragó un grito cuando al abrir la puerta se tropezó con su padre.

Literalmente.

Cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella.

—Me has asustado, papá. No te esperaba. —Su padre se la quedó mirando muy serio. No con desaprobación, ni con apatía. Se quedó mirando a Aiko como si estuviese intentando entender algo que nadie sabía.

Como si estuviese intentando descifrar un enigma.

Haru Tanaka ni siquiera parpadeaba, y eso puso a Aiko nerviosa. Tanto, que ella tampoco lo

hacía.

Tras unos minutos de silencio, que a Aiko se le antojaron eternos, su padre soltó un suspiro prolongado, sacudió la cabeza y se dio media vuelta en dirección a las escaleras que conectaban el piso con la cafetería. Justo cuando estaba a punto de bajar el primer escalón, se giró y la miró.

—Ten cuidado, ¿vale? No quiero que te hagan daño.

Capítulo 25

Estaba reventado. Cuando estaba cansado, le dolían las piernas, por lo que las sentía como si las tuviera entumecidas. Pero no quería irse a la cama. No hasta hacer una llamada.

Desde luego, el día no había ido, ni mucho menos, como él tenía planificado. Había ido mejor, y de eso solo tenía la culpa una persona.

Tras asegurarse de que Meiko por fin se había dormido y de que no iba a tener interrupciones de ningún tipo, se dio una ducha, se puso un pantalón de chándal gris y una camiseta de manga corta blanca y se tumbó en la cama. Cogió el móvil, que había dejado cargando en la mesita de su habitación nada más llegar de casa, y marcó.

—Hola, Thomas Dunphy —sonrió como el idiota que se sentía cuando escuchó su voz al segundo tono.

—Hola, Aiko Tanaka. —La escuchó reír por lo bajo y eso lo hizo sentir vivir.

La echaba de menos, y eso que hacía solo dos horas que se había despedido de ella.

Colocó el brazo que tenía libre bajo su cabeza y se quedaron en silencio, con solo el sonido de sus respiraciones de fondo.

El silencio nunca había sido un motivo de incomodidad entre ellos. Siempre habían tenido la suficiente confianza el uno con el otro para no necesitar comunicarse con palabras. O para no tener que comunicarse durante horas, y parecía que eso seguía siendo igual. Aunque, bueno, con la diferencia de que, en ese momento, Tom estaba aprovechando ese silencio para pensar en las ganas que tenía de ir a buscarla.

Soltó una carcajada que le retumbó en el pecho.

—Me siento como un quinceañero. —Y no en el mal sentido. Se sentía como cuando no eras más que un adolescente que se ponía a temblar cuando hablaba con la chica que le gustaba.

Porque Aiko le gustaba, y parecía que mucho. Le gustaba tanto que no podía parar de preguntarse cómo no se había dado cuenta antes. ¿Cómo podía una persona estar tan ciega aun sin estarlo?

Escuchó a Aiko suspirar.

—Me alegra saber que no soy la única. Era algo que me tenía un poco preocupada.

—Yo no he dejado de sonreír en toda la tarde. Creo que tengo agujetas en los mofletes. ¿Puedes tener agujetas ahí?

—Te lo diré mañana cuando me levante —le contestó socarrona.

Su sonrisa se ensanchó.

Se colocó de lado en la cama y miró por la ventana. Era de noche, y tenía la luz de la habitación apagada, por lo que la única iluminación que había era la que desprendía la luna.

Tragó saliva.

—Aiko.

—¿Qué?

Volvió a tragar saliva. Estaba muy nervioso, pero tenían una conversación pendiente. No podía, ni quería, alargar más el momento. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

—Nos hemos besado. —La risita que soltó la morena lo hizo relajarse un poco.

—Lo sé, yo estaba ahí. Thomas.

Era la única que lo llamaba así, y le encantaba.

—¿Qué?

—Sigo sin arrepentirme.

—Yo tampoco.

—Esto...

—Lo sé. —No hacía falta volver a decirlo. Los dos sabían que esto lo cambiaba todo.

—Somos amigos —dijo Aiko tras un rato de silencio. Tom negó con la cabeza, aunque ella no pudiese verlo.

—No lo somos, Aiko. Somos mucho más que eso. Somos familia. —Esa era la afirmación más certera que había dicho nunca. Aun así, quería explicarse. Necesitaba que Aiko supiera a qué se refería exactamente—. Y no porque seas la tía de Meiko. Lo somos porque sé desde hace tiempo que mi vida no sería mía si tú no estuvieras en ella, y eso significa demasiado.

Ojalá estuviese allí con ella.

Ojalá estuviese ella allí con él.

Con ellos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le preguntó Aiko. Notó una leve angustia en su tono de voz que le erizó el vello de la nuca—. Es decir, no estamos solos. No somos únicamente Aiko y Tom y, no sé... No sé cómo se lo tomarán los demás y si esto está bien o mal. Que no es que me importe, pero son cosas que debemos tener en cuenta y...

—Aiko...

—... y de las que deberíamos hablar. ¿No crees?

—Aiko, espe...

—Porque no quiero hacerle daño a nadie... Pero quiero esto, Tom. Lo que sea que estemos viviendo, lo quiero. Eso necesito que lo tengas claro. Y de que no me arrepiento también, claro.

No quería reírse, porque Aiko le estaba hablando con una seriedad que, quien no la conociese, podría asustarse. Además, estaba hablándole de cosas que eran importantes. Pero, así y todo, quería sonreír porque su divagación la hacía más adorable de lo que ya era.

—Aiko. Para un momento, por favor —no gritó, pero sí que elevó una milésima su tono de voz. Y funcionó, porque Aiko se calló de golpe. Si no fuera porque la escuchaba respirar, podía decir que la llamada se había cortado.

—Perdón.

—Ni se te ocurra pedirme perdón. Yo estoy igual que tú, ¿vale? Y te entiendo perfectamente. No estamos solos. Está Meiko, para empezar, y luego todos los demás, pero ahora no quiero hablar de ellos. Sé que está mal. ¡O no! No tengo ni idea. Solo sé que quiero hacer una cosa contigo y que, una vez la hagamos, podremos hablar de lo que quieras, pero concédeme eso. ¿Te parece?

Le encantaría tenerla delante para decirle todo eso a la cara, pero no podía, así que tenía que conformarse con convencerla con palabras y, sobre todo, que estas sonasen reales.

—Me parece. —Relajó los hombros.

Observó de nuevo la luna, buscando fuerzas. Esperaba que ella también la estuviese mirando.

—Quiero que salgas conmigo.

¿Estaba temblando? Sí, estaba temblando.

Se quedó callado, esperando una respuesta. Una que estaba tardando en llegar. Se incorporó en la cama, un tanto asustado.

—¿Aiko?

—¿Salir en plan cita?

—¿Sí? —Le hubiese gustado que sonase a afirmación, pero había sonado a pregunta. ¿Acababa de meter la pata y no se había dado cuenta?

—¿Aiko?

—Me encantaría tener una cita contigo, Dunphy.

Tom dejó salir el aire que tenía en los pulmones hasta vaciarlos y se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

—Me has dado un susto de muerte. Por un segundo he creído que ibas a decir que no.

—¿Y eso hubiese sido malo?

—Terrorífico.

—Es bueno saberlo. Lo tendré en cuenta para un futuro.

—¿Vas a hacerme sudar sangre?

—No sé, depende de lo que hayas preparado.

—No te tenía por una sádica. Está claro que las más inocentes son de las que menos debes fiarte.

No la veía, pero se la imaginó poniendo los ojos en blanco.

¿Y si hacía una videollamada?

—Lo que está claro es que, por nada del mundo, me perdería el despliegue del gran Thomas Dunphy en las citas.

—Ahora tengo miedo. ¿Y si te decepciono? ¿Y si no te gusto después de esa cita?

—¿Bromeas? Me gustas demasiado. Es muy difícil, por no decir imposible, que eso pudiera pasar.

Tocado y hundido. No tenía ni idea de si Aiko era consciente de lo que acababa de decir. Lo único que sabía era que necesitaba comérsela a besos.

—Tú también me gustas demasiado.

Volvieron a quedarse callados. Él estaba sonriente, y algo en su interior le decía que Aiko también.

La escuchó bostezar y buscó la hora en el teléfono. Ya era casi medianoche. ¿Llevaban más de una hora al teléfono? Le habían parecido cinco minutos. Pero debían colgar. No por él, por ella. Aiko era de las personas más trabajadoras que conocía y sabía que se levantaba antes de que pusieran las calles. Tenía que estar agotada.

—¿Qué te parece el sábado?

—¿Desayunar, comer o cenar?

—Las tres cosas.

—¿Y Meiko?

—No te preocupes por ella. Tenía pensado encerrarla ese día en su habitación y atarla de pies y manos para que no se moviese hasta que yo llegase. ¿Crees que podrás no ir a trabajar? Que, si no puedes saltarte las tres cosas, lo entiendo. Tendría que haberte preguntado primero antes de dar nada por sentado. Olvídalo. Me acoplo a lo que tú me digas.

—Tom.

—¿Qué?

—¿Crees que podrás recogerme a las diez?

Soltó un suspiro.

—A las diez es perfecto.

—Pues hasta el sábado entonces, Thomas. Aunque espero verte mañana para desayunar.

—No pienso perderme ninguno más.

—Bien. Porque espero que no vuelvas a desaparecer. No me gusta que huyas de mí, Tom. Sea cual sea el motivo. Y menos aún si eso afecta a Meiko.

Se sintió como un completo capullo. Abatido. Culpable.

Notó una mano oprimiéndole el pecho hasta hacerle daño.

—Te lo prometo, Aiko.

—Me ha dolido mucho lo de estos días.

—Lo sé, de verdad, y no sabes cuánto lo siento. Y sé que no es excusa, pero me puse celoso y lo gestioné todo como el culo. Lo siento mucho. ¿Me perdonas?

Esperó una respuesta que no llegó. Aiko se quedó en silencio y eso solo hizo que a él la ansiedad se le subiera a la garganta. Miró la pantalla del móvil para ver si la llamada se había cortado, pero no, ahí estaba. Y tampoco la había silenciado sin querer, algo habitual que solía hacer con la cara cuando hablaba con la gente por teléfono. Aiko, simplemente, no quería contestar.

Tragó saliva con tanta fuerza que estuvo seguro de que su amiga lo había escuchado. Por cierto, ¿podía seguir pensando en ella como «mi amiga»? Porque él no quería una amiga. O, al menos, no quería que Aiko fuera solo su amiga.

Demasiadas cosas en la cabeza a la vez. Una detrás de otra.

—¿Aiko?

—No puedo volver a hacer doscientas galletas solo porque esté enfadada contigo. —No era la frase que esperaba oír, pero, al menos, se había terminado el silencio. Y por el tono de voz no parecía enfadada. Aunque, ¿doscientas galletas?

Tom sabía que Aiko hacía galletas de chocolate cuando estaba nerviosa por algo y necesitaba relajarse. O cuando estaba enfadada y necesitaba pagar su furia con algo. Pero ¿doscientas? Abrió los ojos sorprendidos. Esas eran demasiadas galletas.

—Te lo prometo.

—Me has hecho daño.

—Lo sé.

—Confío en ti. Buenas noches, Thomas.

—Buenas noches, Aiko.

Colgaron y él se quedó mirando el techo. Tenía una cita. Con Aiko. La sonrisa se le borró de golpe. Se incorporó tan rápido que se mareó.

—Tengo una cita con Aiko —lo dijo en voz alta, a ver si la sensación de pánico era menor, pero no. Decirlo en voz alta lo hacía más real y, por tanto, lo acojonaba más.

Necesitaba que el sábado fuese un gran día. Que Aiko pensase que era un tío que valía la pena. Que no era solo el amigo gracioso y bromista. Necesitaba que, llegado el caso, Aiko tuviese las mismas ganas de luchar por él como él por ella.

Cogió el móvil de nuevo y envió un mensaje. Recibió la primera respuesta de forma casi inmediata.

Iba a ser una noche muy larga.

Capítulo 26

Tom:

Necesito preguntaros algo,
pero vosotros no podéis hacer preguntas

Liam:

¿No podemos hacer preguntas? ¿Por qué?

Eric:

Yo quiero hacer preguntas. Si alguien me prohíbe hacer algo, solo hace que tenga más ganas de hacerlo. Como cuando nos prohibieron subir a ese árbol. ¿Os acordáis?

Liam:

¿Cuándo te rompiste el brazo y tu padre casi te mata? Claro que me acuerdo

Eric:

Me refería a ese día, sí, pero no justo a ese momento

Tom:

¿Podéis callar la puta boca un segundo y escucharme? Ni siquiera os he dicho qué quería
preguntaros y ya me estáis dando por saco.

Tom:

Y tenemos treinta años. Comportaos

Liam:

A mí me quedan cuatro días para cumplir los treinta y uno. Ahí lo dejo, por si queréis regalarme algo

Tom:

Un bozal es lo que te voy a regalar como no te calles

Eric:

Estás un pelín susceptible, ¿no crees?

Tom:

Tengo una cita el sábado y necesito que me digáis sitios a los que ir que estén bien y que no me
hagan parecer como un chaval de quince años que no tiene ni idea

Tom:

¿Liam? ¿Eric?

Liam:

¿Ha dicho cita?

Eric:

Ha dicho cita

Liam:

¿Con quién?

Eric:

¿La conocemos?

Liam:

¿Es alguna mamá del cole de Meiko?

Eric:

¿De su clase de ballet?

Tom:

¿Qué os he dicho nada más empezar?

Reenviar. Tom:

Necesito preguntaros algo,
pero vosotros no podéis hacer preguntas

Liam:

Mierda, Tom, no puedes pedirnos eso.
Necesitamos un poco de información

Eric:

Con más información, podemos ayudarte mejor

Liam:

¿La conocemos?

Eric:

Seguro que sí, por eso no quiere decirnos nada

Tom:

¿Vais a ayudarme o no? Porque entro en Google y lo arreglo todo en un momento

Eric:

No me parece mala idea. Creo que mi cuñado hizo eso para su primera cita con Meadow y les ha salido bastante bien.

~

Liam creó este grupo

Liam te añadió

Liam añadió a Eric

Liam añadió a Nikolay

Eric añadió a Duncan

Eric añadió a Timmy

Liam añadió a Cameron

Tom:
¿Qué narices es esto?

Liam:
Hemos pensado que, cuanto más seamos, mejor y más ideas se nos ocurrirán.

Timmy:
¡Me encanta!

Eric:
Bienvenidos al grupo «Tom tiene una cita». Como habréis podido adivinar por el nombre del grupo, nuestro Tom tiene una cita y precisa de nuestra ayuda

Tom:
No sé por qué os he preguntado

Nikolay:
¿Este grupo es real?

Liam:
Sabemos que no estás acostumbrado a estas cosas, Nikolay, pero tranquilo, que nosotros te moldeamos en un momento

Timmy:
Si puedes con nuestra Buffy, puedes con cualquier cosa

Liam:
Ahí nuestro pelirrojo tiene razón

Timmy:
Me encanta cuando me dices guarradas

Cameron:
Comportaos, por favor

Cameron:
Tom, ¿qué pasa?

Tom:

Cam, ¿podemos hablar tú y yo por privado?
Creo que eres el único adulto de este grupo.

Eric:
Falta Duncan

Liam:
Estará jugando a los médicos con tu hermana

Eric:
Qué hostia tienes

Tom ha abandonado el grupo

Liam te añadió

Liam:
Thomas, no te vayas. Hemos creado esto por y para ti

Tom:
Ya no necesito que me ayudéis en nada

Liam:
Prometemos comportarnos

Eric:
Solo queremos ayudarte. Lo juramos.

Nikolay:
Sigo sin entender por qué tenemos que ayudar a Tom con una cita. ¿Tenemos que acompañarlo?

Eric:
La última cita que tuvo Tom fue en su baile de graduación, y no acabó muy bien. Hoy, por fin, después de dos mil años, vuelve a tener una y nos ha pedido ayuda

Timmy:
¿Sabemos quién es?

Eric:
No ha querido decírnoslo

Cameron:
Normal

Tom:
Gracias

Cameron:

De nada

Timmy:

¿Por qué no la llevas a cenar?

Liam:

Porque eso está muy manido. Nuestro Tom necesita ser más original

Timmy:

¿Quiere conquistarla?

Eric:

Entendemos que sí, porque nos ha pedido ayuda

Tom:

He pedido ideas, no un comité de bienvenida que ni Obama en sus mejores tiempos

Timmy:

En Maywood montan los fines de semana un mercadillo de antigüedades. A Cameron y a mí nos gusta mucho ir. La mayoría de las cosas que tenemos en el pub son de allí

Eric:

Un viaje en globo aerostático. En Westmont hay. Está a cuatro horas de aquí, pero merece la pena. En uno de esos globos le pedí a Marie que se casara conmigo

Liam:

Te dijo que sí porque no podía salir corriendo

Eric:

Estás esta noche de un gracioso

Timmy:

Yo me iría a un spa, con un circuito de esos en los que hay chorros de agua fría y caliente, sauna y, para acabar, un masaje en pareja

Eric:

Patinar sobre hielo

~

Nikolay:

Nadie conoce a Aiko mejor que tú. ¿Qué le gusta?

Tom:

Yo no he dicho nada de Aiko

Nikolay:

¿Qué le gusta?

Tom:

Cocinar. En teoría, dulces, pero ella siempre quiso tener un restaurante donde servir toda clase de comidas, no solo una cafetería con pasteles, tartas o galletas. Le gusta mucho comer helado mientras ve una película de terror o sentarse bajo un árbol cualquiera durante horas a leer un libro. A veces, cuando tiene tiempo libre, va al refugio de animales a darle de comer a los perros y jugar un rato con ellos, pero no puede quedarse ninguno porque, según ella, nunca está en casa y no lo podría cuidar todo lo bien que el animal se merece. Le gusta jugar a juegos de mesa porque es muy competitiva, como yo. Se le da muy bien el Monopoly, pero siempre pierde en el tabú porque acaba soltando alguna de las palabras que tiene prohibida. Se enfada y dice que no la ha dicho, pero todos la hemos escuchado, así que no le queda otra que perder ese turno.

Tom:

Le encanta estar con Meiko. A veces, no paran de hacer cosas; montan en bici, hacen manualidades, ven tutoriales de peinados modernos y se los prueban la una en la otra, dibujan... Otras veces, se pasan el rato viendo un programa absurdo con el que no dejan de reírse hasta que les duele la tripa. Le gusta bailar, aunque lo hace fatal, y siempre ha querido aprender a tejer. Por lo visto, su abuela lo hacía en Japón y le encantaba verla. Hace unos años, le compré un juego de costura, con agujas de distintos tamaños, hilos y lanas de todos los colores, pero nunca lo llegó a abrir

Nikolay:

Ahí tienes tu respuesta

Tom:

Nikolay

Nikolay:

Lo sé. No has nombrado a Aiko en ningún momento

~

Eric:

Thomas, ¿estás tomando notas?

Tom:

Sí. Me habéis ayudado mucho.

Tom:

Ya os podéis ir a dormir. O a tomar por culo, lo que más os apetezca. Muchas gracias.

~

Liam:

Thomas Dunphy, abre bien tus orejas y escúchame. No te sientas culpable, ¿me oyes? No estáis haciendo nada malo.

Tom:

Creo que no te sigo

Liam:

Los dos sabemos que sí lo haces, pero se nos da fenomenal hacernos los tontos.

Liam:

Por cierto, dale a Aiko un beso de mi parte

~

Tom:

¿El sábado se podría quedar Meiko con vosotros?

Meadow:

Claro que sí. Sin problemas

Tom:

No te he preguntado si tenéis a Ethan este fin de semana o le toca con Matthew

Meadow:

Matthew está de viaje y a Ethan le va a encantar pasar el día con Meiko. Por lo visto, le ha prometido que le iba a enseñar a montar a caballo

Tom:

Desde que fuimos a la granja por el último cumpleaños, no para de pedírmelo. Me veo comprándole uno y endorsándoselo a tu hermano para que nos lo cuide

Meadow:

La entiendo. Una vez que montas en uno, es para siempre. Pero, tranquilo, no vas a tener que comprarle ninguno. Ethan ha dicho que le va a dejar el suyo

Tom:

Tengo entendido que Ethan no le deja su caballo a nadie

Meadow:

Y has entendido bien

Tom:

No pienso preocuparme ahora por eso o me saldrá otra cana y ya tengo el pelo medio blanco

Tom:

Muchísimas gracias, Meadow.

Meadow:

No te preocupes de nada. Ya va siendo hora de que pidas ayuda a tus amigos.

Tom:

¿Os va bien que os la deje a las nueve?

Meadow:

Perfecto

Meadow:

Y no tengas prisa por la vuelta

Tom:

Muchas gracias. Te iré informando

~

Duncan:

¿Y este grupo?

Duncan:

Perdón por no contestar antes, estaba ocupado

Eric:

Dime que era limpiando la casa

Capítulo 27

Temblaba. Llevaba casi quince minutos intentando recogerse su larga melena de alguna forma, pero era imposible. Las horquillas no le encajaban bien por culpa del tembleque de manos y hacerse una coleta decente era misión imposible. De hacerse una trenza mejor ni hablaba, así que había optado por dejárselo suelto y ponerse una goma en la muñeca por si acaso.

Se pasó las manos por los pantalones vaqueros que llevaba y arrugó el morro. No tenía ni idea de adónde la pensaba llevar Tom, por lo que no sabía si había escogido bien o no. ¿La llevaría a un sitio elegante? Si era así, lo mejor sería quitarse el pantalón y ponerse el vestido negro que había elegido al principio.

Repasó mentalmente la tarde de ayer, cuando lo vio entrar en la cafetería con Meiko para desayunar. Le guiñó un ojo y le sonrió de esa manera que hacía que le fallasen las rodillas, pero no había abierto la boca más que para decirle «buenos días» y para susurrarle, cuando se marchó, las ganas que tenía de la cita de hoy. Pero nada de lugares ni cosas que iban a hacer.

El timbre de la puerta sonó y a punto estuvo de sufrir un paro cardíaco. Se echó un último vistazo en el espejo y asintió conforme. Ya no podía hacer nada, pues Tom había llegado y ya era hora de dejarse llevar y disfrutar. Pero le estaba costando, porque era Tom.

¡TOM!

Cerró los ojos un segundo, sacudió la cabeza de un lado a otro, como si fuera una luchadora calentado a punto de saltar al ring, y se pasó el dedo índice por los labios. Se había puesto brillo, sin color, y ahora se arrepentía por si lo mejor hubiese sido no ponerse nada. Por si la besaba. Porque... ¿la besaría?

El timbre volvió a sonar. Respiró hondo y fue a abrir.

Tom la esperaba al otro lado. O, mejor dicho, un Tom dos punto cero, pues no tenía nada que ver con el Tom de los últimos meses. Y no solo por cómo iba vestido que, todo sea dicho de paso, iba guapísimo con sus pantalones negros y costuras en blanco, su camiseta también blanca y su cazadora de cuero gris oscuro; ni por su pelo, perfectamente en su sitio y ¿más corto? Desde luego, había ido a la peluquería; ni tampoco por esa barba incipiente o esas gafas de sol tipo aviador que llevaba colgadas del cuello de la camiseta.

Era un Tom dos punto cero por lo que irradiaba. No había ceños fruncidos ni tampoco ojos tristes. Solo sonrisas.

«Que alguien le acerque un desfibrilador».

Llevaba en las manos un ramo con cuatro rosas; una azul, otra roja, otra blanca y otra naranja.

Las rosas eran su flor preferida.

—¿Son para mí? —preguntó, señalándolas.

Tom se encogió de hombros.

—No sé. Depende.

Aiko se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿De qué?

Tom se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla.

—De que pueda darte o no un beso.

Le dio otro en la otra mejilla.

—Creo que ya lo estás haciendo.

—No, te estoy saludando.

Sus palabras parecían convincentes, su tono no. Tom también estaba nervioso. Estaba segura de que, si ponía la palma de la mano sobre su pecho, lo notaría latir igual de rápido que el suyo.

Le pasó una mano por la cintura y lo pegó a ella hasta que sus bocas se encontraron. Hasta que se besaron como llevaban deseando hacer las últimas veinticuatro horas. Cuando se separaron, con reticencia por ambas partes, se abrazaron, y Aiko pudo comprobar que tenía razón: el corazón de Tom latía tan rápido como el suyo.

—¿Sabes? Me gusta la nueva forma que tenemos de saludarnos. —Depositó un suave beso sobre su pecho y levantó la cabeza.

—Desde luego, es mucho más cercana que la que teníamos.

—Y a nosotros nos gusta eso de ser cercanos.

—Totalmente.

A Aiko le encantaba ver la calidez que desprendían los ojos de Tom. La forma que tenía de mirarla. Como si fuera algo valioso que se moría por proteger. Nunca la había mirado así porque, si lo hubiera hecho, ella se habría dado cuenta. Llevaba demasiados años mirándolo como para que se le pasara algo así por alto.

—¿Seguimos siendo amigos? Porque ahora mismo estoy un poco confusa y... —Tom la besó, acallándola. Debería reprenderlo por cortarla de esa manera, pero estaba demasiado ocupada disfrutando de su atención.

—Nosotros somos muchas cosas, Aiko. Lo somos todo.

—Estoy muerta de miedo.

Se mordió el labio. Tom le pasó el pulgar por encima hasta deshacer el nudo.

—¿Te crees que yo no? Me he cambiado de ropa cuatro veces. Incluso he buscado en Google cuál era el mejor conjunto para una primera cita.

Aiko soltó una pequeña carcajada.

—No te creo.

—Te lo juro. —Las carcajadas de Tom se unieron a las de ella.

Aiko fue consciente, de repente, de que estaban en la puerta de su casa y de que la cafetería de sus padres se podía ver desde ahí, por lo que dio un paso atrás, arrastrando a Tom con ella. Cerró la puerta como pudo con el pie.

—Así estamos mejor —se justificó.

Tom echó un pequeño vistazo por encima de su hombro.

—Y tus padres no nos ven. Perdona, no he pensado en eso cuando he llegado. La verdad es que no pensaba en nada, solo en lo nervioso que estoy. —Tom soltó otra risita que a Aiko le pareció adorable. ¿Se estaba sonrojando?

Le colocó una mano en la mejilla.

—Me gusta esto —dijo, señalándolos a los dos—, mucho. Pero, respecto a mis padres... No es que quiera ocultarte, por favor, no lo pienses. Es que no puedo olvidar que, además de mi amigo, eres el padre de Meiko y, por tanto, el ex de mi hermana y eso, dicho así, es fuerte, y sé que mis padres son muy tradicionales y...

Tom volvió a silenciarla con un beso. ¿Se iba a convertir en una costumbre? Pues bienvenida fuera.

—Dijimos que hoy solo seríamos tú y yo, ¿recuerdas? —le susurró Tom con los labios aún pegados. Aiko solo pudo decir que sí con un asentimiento de cabeza—. Pues, entonces, hagamos

lo que prometimos.

Tom le dio por fin el ramo que había traído. Aiko se lo llevó a la nariz y aspiró su aroma.

—Son preciosas.

—Y, además, cada una significa una cosa. ¿Lo sabías?

—No me digas. ¿El qué? —Le estaba vacilando y ambos lo sabían. Era muy difícil no saber eso cuando una de tus mejores amigas era una fanática de las flores. Aun así, dejó que Tom se las explicara y el fingió que no le estaba contando una cosa que ella ya sabía.

—La roja simboliza la admiración y el respeto. —También el amor. Tom no lo dijo y ella tampoco—. La blanca significa pureza e inocencia, y las ganas que tienes de construir un futuro con la persona a la que se la regalas. —Se puso serio—. Pase lo que pase, tú siempre formarás parte de mi futuro, igual que lo haces de mi presente, y quería que lo supieras.

No había pronunciado en voz alta la palabra amor, pero lo que acababa de decir era más grande que cualquier palabra de cuatro letras.

—La naranja al éxito y la alegría. Y nada me produce más alegría que verte sonreír.

Aiko apretó con fuerza los labios. Esa última frase había sonado demasiado cursi incluso para ella, que era la más fiel defensora del romanticismo, pero también había sido perfecta, por eso estaba intentando que la risa no se le escapase por la nariz, aunque le estaba resultando de lo más complicado, sobre todo cuando Tom la miró con una ceja levantada.

—¿He dicho algo gracioso?

—No.

Tom chasqueó la lengua contra el paladar y puso los ojos en blanco, aunque la expresión de su cara demostraba que estaba de todo menos ofendido.

—Y, por último, la azul, que simboliza la armonía y la confianza. Y que me parece un color de lo más bonito. ¿A ti no?

Aiko se llevó la rosa azul a los labios.

—Es mi favorita. —Tom le recogió un mechón de pelo y se lo acarició para después pasárselo tras la oreja.

—Lo sé.

—¿Lo sabes porque me conoces o porque cierta rubia te lo ha chivado?

—¿De verdad te crees que puedo ir a comprarle flores a otra persona que no sea Zoe? Me mataría si se enterase y tengo demasiados motivos por los que seguir viviendo.

—Así que Zoe ya sabe que hoy hemos quedado. Tú y yo.

—Sí.

—¿En plan cita?

—Sí.

—Vale.

No se lo había contado a sus amigas. Y no porque no confiase en ellas, sino porque hacerlo la pondría más de los nervios, y no quería eso. Ya tenía bastante con controlar que sus manos no le temblasen, que las piernas le andasen rectas y firmes una detrás de otra y que el corazón no se le saliese del pecho de lo rápido que iba.

Tom pareció apreciar su nerviosismo.

—¿Te molesta? ¿Te has enfadado?

—No, para nada. —Acompañó a sus palabras de un movimiento enérgico de su cabeza—. Es que todo esto es tan raro.

—¿Raro en plan bien?

—Raro en plan demasiado perfecto.

—Vale, porque tengo otra cosa que contarte.

—Por tu cara no sé si quiero saberlo.

Tom hizo el gesto de pasarse la mano por el pelo, pero en el último momento pareció pensárselo mejor y la bajó. Cogió aire.

—El jueves, cuando hablamos, estaba tan nervioso por dar con la cita perfecta, que hice algo un poco... estúpido.

—Define estúpido.

—Le pedí consejo a Liam y a Eric.

—¿Y?

—Y crearon un grupo con todos los demás para que también opinasen. Por lo visto, que yo tuviera una cita es más inaudito que el que te toque la lotería.

—Así que has tenido ayuda en lo de hoy.

—En realidad, no. Me dieron más dolor de cabeza que otra cosa. Solo me ayudó Nikolay.

—¿Nikolay? Esto se pone cada vez más interesante.

—Ese hombre es un pozo de sabiduría.

—No lo dudo.

Tom la besó en el cuello.

—¿Crees que podría volver a besarte? Acabo de caer en que llevo bastante tiempo sin hacerlo y me pueden las ganas.

¿La vida podía cambiar por completo de un día para otro? Estaba claro que sí.

Aiko se puso de puntillas y asintió.

—Vale. ¿Y luego nos vamos? Tengo curiosidad por ver lo que has preparado.

—De acuerdo. Pero, ahora, ven aquí. Ya no me queda nada del brillo de labios que te quité antes.

Capítulo 28

Tardaron aún un rato en salir, y es que, si Aiko terminaba el beso, Tom lo empezaba de nuevo, y si era él quién le ponía fin, ella volvía a ponerse de puntillas y vuelta a empezar.

Lo normal hubiera sido que estuvieran sorprendidos por el cambio tan radical que habían dado sus vidas en apenas un par de días o que, de algún modo, se sintieran cohibidos. Pero no era así. Ambos sentían que lo que estaban haciendo era lo que deberían haber empezado a hacer hace muchos años. Tal vez, desde siempre.

Por eso no pensaban, solo se dejaban llevar, por mucho que los dos también supieran que había un cartel luminoso enorme sobre ellos con la palabra «problemas» escrita en él.

Tras casi dos horas de viaje en coche, en las que escucharon música, hablaron, rieron, se echaron miraditas y se cogieron de la mano, por fin llegaron al destino. Tom fue consciente de lo nervioso que estaba cuando aparcó el coche y quitó la llave del contacto. Sabía que Nikolay tenía razón; nadie la conocía mejor que él. Aun así, tenía miedo de no haber acertado. ¿Y si no le gustaba la sorpresa? ¿Y si la había llevado hasta tan lejos para nada?

Aiko no había preguntado ni una sola vez desde que la había recogido a dónde iban. Ni siquiera cuando vio que salían del pueblo. Era como si confiara tan ciegamente en él que sabía que lo que tuviese planeado sería maravilloso.

Eso esperaba.

—¿Bajamos? —le preguntó Aiko con dulzura, haciéndolo regresar al coche y a la cita que había preparado con tanto cariño.

La miró, le acarició la mano con ternura, pues seguían cogidos, y asintió.

—Espero que tengas hambre.

—¿Bromeas? Estoy famélica.

Se apresuró a bajar del coche y a rodearlo hasta llegar al lado del copiloto y ayudarla a bajar. Aiko le dedicó una sonrisa tan bonita que solo hizo que acentuar su nerviosismo.

—¿Hueles eso? —Aiko olfateó el aire y cerró los ojos—. Huele a mantequilla, canela y chocolate.

Tom sonrió para sus adentros. «Sí, había acertado». La cogió de la mano y tiró de ella hacia la acera de enfrente. Más concretamente, hacia el pequeño edificio acristalado del que salían todos esos olores.

—Señorita, bienvenida al paraíso. —Abrió la doble puerta de cristal y entraron al gran comedor de *Le Petit Pastis*, una pequeña pastelería de origen francés que había abierto sus puertas hacía poco más de un año y que se había convertido en un referente de la zona. No solo por su deliciosa comida, en la que destacaban los *croissants* de mantequilla, sino también por el cariño con el que sus dueños trataban a la gente y por los cursos gratuitos que impartían los fines de semana para todas aquellas personas que, como ellos, amaban la comida.

—¿Qué... qué es este sitio? —Tom tragó saliva. Aiko estaba con la boca abierta mirándolo todo. Desde el suelo, decorado en madera, hasta las paredes llenas de mosaicos. Pero, sobre todo, lo que más la dejó con la boca abierta fue el gran mostrador con todo tipo de dulces, tartas y bollería. Había tanta variedad que era imposible verlo todo de un simple vistazo.

—Lo dueños se llaman Camille y Étienne. Son franceses.

—Las banderas me han dado una pequeña pista. Y la pequeña Torre Eiffel que hay en el centro también.

Rio. Sí, estaba claro que tanto Camille como Étienne estaban orgullosos de sus orígenes.

—¿Te gusta?

Aiko se giró hacia Tom por primera vez desde que habían entrado. Le brillaban los ojos.

—¿Bromeas? El sitio es precioso. Me siento como si acabase de aterrizar en París.

—Me alegro. Ese era mi objetivo. O, al menos, uno de ellos.

Aiko lo miró confundida. Tom la cogió de las manos.

—El otro día te mentí. Sí que sabía quién era Ryan. Era el chico con el que soñabas ir a París para estudiar cocina en Le Cordon Blue. —Sentía que volvían a sudarle las manos. ¿Las sentiría ella? Que no le hubiese soltado era una buena señal—. También sé que nunca llegaste a ir porque jamás se lo dijiste a tus padres.

«Y porque Suki se fue y a ti te tocó quedarte al cargo de todo». Lo pensó, pero no lo dijo. Lo que sí que hizo fue sonreír.

—Esto no es Le Cordon Blue, ni tampoco París, pero es lo más cercano a tu paraíso que he podido encontrar cerca de casa.

Aiko se lo quedó mirando seria. Muda. Sin pestañear. Observándolo. Sabía que seguía respirando porque el aire que le salía por la nariz cuando expiraba le hacía cosquillas en la barbilla, pero nada más.

Si antes estaba nervioso, ahora iba a darle un infarto. ¿Llamaba a Liam? Era veterinario, pero seguro que sabía de infartos más que él.

Por fin, tras lo que a él se le antojó un año entero de su vida, Aiko parpadeó. Al principio, sorprendida, después, con la sonrisa más grande y bonita del mundo.

—No sé qué decir. Solo... —Se lanzó a su cuello. Lo hizo de un salto, sin avisar. Tom la pilló al vuelo, asiéndola por la cintura mientras intentaba no perder el equilibrio y que los dos acabasen en el suelo.

La carcajada de Aiko se escuchó por todo el local y le hizo cosquillas en el pecho.

—Esto es increíble, Tom. —Lo besó en una mejilla, después en la otra. Sin parar. Alternando la una con la otra. Hasta que se echó hacia atrás y lo miró a los ojos—. Tú eres increíble.

Que alguien detuviese el tiempo. Quería quedarse en ese momento para siempre. En esa sonrisa.

La besó en la boca; porque sus labios se lo pedían y porque ahora podía hacerlo siempre que quisiera; y la miró con diversión.

—¿Qué pensarías si te digo que no vamos a desayunar aquí?

Nunca había visto una sonrisa desaparecer tan rápido.

—¿Cómo que no vamos a desayunar aquí?

—No. O sí —le dio otro beso, esta vez en la punta de la nariz, y la bajó al suelo—, pero primero vamos a hacer otra cosa.

Aiko lo observó. Parecía como si estuviese analizando sus palabras. O buscando las suyas propias con las que poder preguntarle de qué estaba hablando. Justo en el momento en el que la vio abrir la boca, sonó una campanilla. Los dos miraron hacia la derecha. Una chica de tez blanca y pelo muy rubio, vestida con unos pantalones vaqueros y un delantal rosa con dibujos de donuts por todas partes y un enorme gorro blanco sobre la cabeza, acababa de hacer acto de presencia.

—Buenos días y bienvenidos a Le Petit Pastis. Mi nombre es Camille y hoy seré vuestra guía en este viaje por la cocina francesa. Espero que os guste cocinar tanto como a mí. Sobre todo, los

dulces.

La gente se rio. Gente a la que Tom no le había prestado atención. ¿Habría cinco personas? ¿Veinte? ¿Doscientas? Solo podía mirar a Aiko. Se pegó a ella, le pasó un brazo por la cintura y se inclinó hacia su oído.

—Sorpresa —le susurró. También aprovechó para darle un beso en el cuello.

Aiko se giró hacia él como impulsada por un resorte. Tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Vamos a cocinar aquí?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero ¿hacen cursos?

—O eso o vamos a colarnos sin permiso en su cocina.

Aiko chilló y volvió a saltarle al cuello cual Koala. Esa vez, la carcajada que se escuchó fue la suya. Sentía el pecho hinchado y el corazón bailando sin control.

Aiko parecía emocionada, y feliz. Y él era el culpable.

—¿Es cierto? ¡¿Voy a cocinar en una auténtica cocina francesa?! ¡¿Con una auténtica chef francesa?! —Se le quebró la voz por culpa de la emoción—. ¿Alguien va a explicarme en vivo y en directo cómo se hacen unos *macarons*? ¿No voy a tener que buscarlo en Youtube?

Tom echó la cabeza hacia atrás y rio. El pecho le temblaba.

Por ella.

Alguien carraspeó a su lado. Al mirar, vio que se trataba de Camille. Los miraba divertida.

—Eres Tom, ¿verdad?

—El mismo.

—Y tú debes de ser Aiko. —Esta, que seguía abrazada a su cuello, lo soltó. Tom tuvo que sujetarla de un brazo para que no se cayese.

—La misma. —Aiko tenía las mejillas tan rojas que parecía un tomate—. Perdón por el numerito. Estoy un poco emocionada.

La vio morderse el labio. Era adorable.

Camille negó con la cabeza y alzó una mano en el aire.

—Ojalá todo el mundo se emocionara como tú. ¿Te gusta la cocina?

—¿Gustarme? Es mi pasión.

—¿Te dedicas a ello?

Aiko asintió a la vez que se encogía de hombros.

—Mi familia tiene una pastelería en Variety Lake. Como vosotros, hacemos dulces y postres típicos de nuestro país, solo que nosotros de Japón, aunque siempre me ha gustado la cocina francesa. Me parece fascinante. Para mí, cocinar, el olor a chocolate líquido, a vainilla mezclada con la nata... son cosas que despiertan mis sentidos. Mi pasión.

Tom nunca la había oído hablar así. Sabía que le gustaba cocinar, pues no era ningún secreto. Pero en esos momentos, en esa pastelería, hablaba con tanto entusiasmo, con tanta devoción, que era imposible no querer ver esa pasión. No querer verla trabajar con la masa o mezclando sabores.

Sintió un nudo en el estómago. Alguien que tenía esa sonrisa en la cara y que miraba a Camille con esa adoración, no tendrían que haberla privado de cumplir su sueño.

Camille le colocó una mano en el hombro a Aiko.

—Bienvenida a mi casa, Aiko. —Miró de reojo a Tom—. Creo que tu novio ha acertado con la sorpresa de hoy.

Les guiñó un ojo a los dos y se marchó para hablar con el resto de las personas que allí había. Aiko se volvió hacia él.

—¿Lo has oído? Te ha llamado novio.

—Lo he hecho. —Quería sonreír. Novio. Le gustaba. Pero no podía. El nudo en el estómago se lo impedía. Le enmarcó la cara con las manos y se inclinó hasta que ambas frentes se tocaron —. ¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De no haber luchado por ir a París.

No tenía ni idea de por qué, pero se sentía culpable. Como si él hubiese sido partícipe de esa decisión. Tal vez, si no hubiese ido esa noche a su casa. Si no hubiese acudido a ella una y otra vez buscando ayuda. Si...

No pudo seguir con esos «si». Aiko lo estaba besando.

Se aferró a ella, a su cintura, a su calor. Al mordisco que le dio al separarse. A sus labios sonriendo.

—Puedo arrepentirme de muchas cosas, Tom, pero nunca me arrepentiré de quedarme en Variety Lake. Ahí está mi casa. Ahí está todo lo que me importa.

Era perfecta. No conocía a nadie con un corazón tan noble y bueno como el suyo. La quería, estaba seguro de ello, pero no quería asustarla diciéndoselo. Primero tenían que terminar la cita. Disfrutar del día siendo solo Tom y Aiko. Después, harían frente al resto de cosas. A los problemas. Al maldito contrato que había firmado. Ese que seguía guardado dentro de su maletín.

Un maletín que estaba en la entrada de su casa y que llevaba dos días ignorando, al igual que ignoraba los mensajes de Catherine.

Porque todo había cambiado.

Porque haber aceptado ese trabajo lo ahogaba. Porque no tenía ni idea de cómo iba a hacer para seguir adelante, pero la sola idea de marcharse a Houston le creaba ansiedad. Porque, si antes le resultaba duro estar separado de ella, ahora lo veía inviable.

Camille volvió a reclamar la atención de todos y él aprovechó para respirar en cuanto Aiko le dio la espalda para prestar atención.

Solo un día. Solo ellos. Podía hacerlo.

Cogió aire y se olvidó de los frentes que tenía abiertos. Tenía que hacerlo si quería que todo fuese perfecto, y en esos momentos no había otra cosa que le apeteciese más.

Aiko apoyó la cabeza en su hombro y se quedó así toda la hora, hasta que Camille se acercó a ellos con sus propios delantales y sus gorros de cocineros.

Aiko disfrutó como una niña preparando *macarons*, *tarte tatin* y *Gâteau Saint Honoré*. Él lo hizo mirándola a ella.

Capítulo 29

Buffy:

Aiko, queremos decirte que te perdonamos. Que entendemos que no nos dijeras que Tom te había pedido una cita y que te ha metido la lengua hasta la garganta.

Buffy:

Esto último no nos lo ha dicho nadie, lo hemos supuesto nosotras. Desmiéntelo si te atreves

Buffy:

Vale, ya no aguanto más. Aiko, necesitamos que nos digas cómo va esa cita.

Meadow:

¡Buffy! Quedamos en que no íbamos a preguntarle nada hasta que ella no hablase primero

Buffy:

Sí, lo sé, pero las hormonas mandan, yo no. Y estoy de los nervios. Llevo todo el día pensando en ellos y necesito detalles

Buffy:

¡Es que son Tom y Aiko, joder! Es como si se juntaran Campanilla y Mushu

Meadow:

¿Por qué Mushu?

Buffy:

Es que son los dos personajes más entrañables de todo Disney, pero no me cambies de tema. Aiko, manifiéstate, por favor. ¿No te doy pena? Tengo a tu sobrino oprimiéndome la vejiga. Por su culpa, me hago pis encima constantemente

Zoe:

Eres una ansias, Buffy, y acabas de darnos un dato que ninguna necesitaba saber

Buffy:

¿Cómo que no? Necesitas estar preparada para cuando Liam y tú decidáis traer al mundo mini clones rubios

Zoe:

Liam y yo no vamos a traer al mundo nada

Buffy:

Yo tampoco y mira. Incontinencia urinaria y gorda

Buffy:

Y no me llames ansias. ¿O se te ha olvidado el audio de casi cinco minutos que nos has enviado en cuanto nuestro chico ha salido de la floristería con las rosas en la mano?

Zoe:

Qué boquita tienes

Buffy:

Es que estoy aburrida y mi vida se alimenta de la vuestra. Y, si os molesta, pues os jodéis.

Meadow:

Eres toda dulzura. Desprendes purpurina y algodón de azúcar

Buffy:

Ay, lo sé. Tenéis toda la razón. El pobre Nikolay tiene el cielo ganado. ¡Hasta mi madre lo tiene! Y lo siento mucho, os lo juro, pero es que estoy agotada de estar tumbada en esta cama. Me lo estoy perdiendo todo. El ruso no me deja moverme y a mí están empezando a salirme ampollas en el culo. Y tengo los pies tan hinchados que no me entra ningún zapato. Voy descalza todo el día. ¿Queréis ver una foto? Esperad, que os la envío

Zoe:

¿Eso son tus pies o los de la madre de Dumbo?

Buffy:

Qué gilipollas eres cuando quieres, rubia

Zoe:

Pero me quieres

Buffy:

Y aún te querría más si me traes un helado de pistacho con trocitos de chocolate

Buffy:

¡Y caramelos de menta! Últimamente tengo mucha acidez. Pero no se lo digas a Nikolay, que me ha prohibido comer guarradas. Todas. La suya también

Meadow:

Buffy, filtra. Y ponte *Las Kardashian*. Más salseo que hay ahí no vas a tener en ningún sitio

Buffy:

Eso es lo que tú te crees. Donde esté la familia real inglesa, que se quiten los demás. ¿Habéis visto *The Crown*? Hacedlo. Además, esa serie tiene el epílogo más largo de la historia, porque los escándalos de esa familia no van a terminar en la vida

Buffy:

¡Pero ya habéis vuelto a liarme! Aiko, sé que nos estás leyendo, puedo ver los dos tic azules. Por favor, dime algo

Meadow:

Creo que no te va decir nada

Buffy:

Claro que sí. Aiko es la mejor de las cuatro. Es la que tiene el corazón más noble. Ella no va a fallarme. Recuerda. Son Campanilla y Peter Pan, aunque esta Campanilla vaya a saltarse la noche de los sábados

Zoe:

¿Hemos cambiado a Mushu por el niño que no quería crecer?

Buffy:

Sí, porque le pega más a Thomas. ¿No creéis?

Capítulo 30

Estaba intentando aguantarse la risa mientras leía los mensajes que enviaban sus amigas, sobre todo Buffy. Era una bruta, eso no lo negaba nadie, ni siquiera ella misma, pero luego era la persona más cariñosa y atenta que conocía. Había leído que su amiga decía que era ella la del corazón más noble, pero tenía que discrepar. Tener a Buffy en tu vida era sinónimo a que te tocara la lotería.

—¿Va todo bien? —Apartó la vista de la pantalla y miró a Tom. Iba conduciendo con una mano en el volante y otra sobre su regazo, entrelazada la suya, como cualquier pareja.

«Pareja». Qué bonita era esa palabra y cuánto le gustaba. No se había dado cuenta hasta ahora.

—Son las chicas. Querían saber qué tal había estado la cita.

—¿Y qué les vas a decir?

Habían llegado a la puerta de su casa, así que Tom aparcó en la puerta y paró el motor. Se desabrochó el cinturón y se giró hacia ella para quedar frente a frente. Lo hizo todo sin soltarle la mano, y eso solo le provocó un aluvión de mariposas revoloteando en su vientre.

¿Que qué le había parecido la cita?

Maravillosa. Especial. Única. Sorprendente. Inesperada. Increíble. Dulce. Mágica. Perfecta.

Seguía sin poder creerse lo que Tom había hecho; le había regalado un trozo de París. Un trozo de su sueño.

Había sido una de las mejores experiencias de su vida, y no solo por haber pisado esas cocinas, sino por él. Por verlo tan despreocupado y sonriente. Por verlo con la lengua fuera mientras preparaba la mezcla de los *macarons*, concentrado. Por verlo destrozar el caramelo con el que se decora la *tarte tatin*. Por verlo comerse a escondidas un profiterol relleno de chocolate. Por ver que no era la única que terminaba manchada de harina. Por los besos que se habían ido robando cada pocos segundos, como si fueran eso, una pareja y estuvieran acostumbrados a hacerlo. Por la forma que tenía de mirarla, como si ella fuera tan valiosa que era imposible no hacerlo.

Por ser ellos en ese punto de más del que habían hablado.

Sintió el pulgar de Tom rozándole los nudillos y las mariposas volvieron a alzar el vuelo. Se preguntó si era posible morir por combustión espontánea. No se lo había planteado nunca, hasta ese momento.

Se mordió el labio y se encogió de hombros. Intentaba demostrar indiferencia.

—Les diré que no ha estado mal, aunque tengo que decir que las he tenido mejores.

No vio venir el ataque de Tom. De repente, había tirado de ella y la tenía prisionera entre sus brazos. Sin darle tiempo ni siquiera a soltar un pequeño grito, empezó a hacerle cosquillas. Le atacó el costado sin contemplaciones. Entre risas y también entre gruñidos. Aiko por fin chilló, aunque sus gritos quedaron amortiguados por las risas, por lo que no le quedó más remedio que mover las piernas e intentar darle una patada, porque las manos las tenía inmovilizadas.

Odiaba las cosquillas, pues tenía muchísimas, y Tom lo sabía.

—¡Suéltame!

—No hasta que admitas que ha sido la mejor cita de tu vida.

Aiko intentó hablar, pero Tom le atacó el otro costado y le fue imposible. Estuvieron así apenas unos segundos. Hasta que, sin saber muy bien cómo, acabó pasando de su asiento al suyo. O, más bien, a su regazo.

Tom dejó de hacerle cosquillas. Le soltó las muñecas y le acunó la cara con las manos. A pesar de que era noche cerrada y de que las farolas de la calle no estaban aún iluminadas, la luz de la luna era suficiente para poder verle los ojos. Para poder ver cómo la miraba; lo hacía como en el restaurante. Como en la puerta de su casa al recogerla. Como en la cocina cuando se besaron.

Una leve sonrisa le curvó los labios cuando sintió sus nudillos sobre su mejilla, acariciándola.

—Eres preciosa. —Sentía el corazón en la garganta. Tenía ganas de llorar, pero nada tenía que ver con la angustia o la tristeza.

Ella también quería tocarlo, así que le pasó el dedo por el puente de la nariz y le acarició los párpados, que acababa de cerrarlos.

—Tú tampoco estás nada mal, Dunphy. —Rio, y al hacerlo le vibró todo el cuerpo, y ella sintió todas y cada una de esas vibraciones en su piel—. Me lo he pasado genial. Gracias por el día de hoy.

Estaban pegados el uno al otro, ¿podría sentir cómo le latía el corazón de rápido, tal y como ella notaba su respiración acariciándole la barbilla o los labios?

Tom abrió los ojos y volvió a rozarle la mejilla. Seguía sonriendo, pero Aiko vio el momento exacto en el que sus ojos cambiaron. En el que su cabeza lo hizo. El silencio se adueñó del interior del coche. Aun así, no era uno incómodo. Era un silencio de espera. De esos que surgen cuando las personas que están en la misma habitación no necesitan palabras, pues con mirarse a los ojos tienen suficiente.

—¿Te parece bien que hablemos? —preguntó Tom con tiento. Cautó. Aiko cogió todo el aire que pudo y dijo que sí con la cabeza. Estaba nerviosa, pero no tanto como esa mañana. Además, ¿para qué alargar algo que era inevitable?—. Empiezo yo, ¿vale?

—Vale.

Eso le daría a ella tiempo para controlar la respiración.

Aunque se moría por seguir sentada sobre su regazo, la conversación que iban a tener iba a ser complicada, y era mejor tenerla con cada uno sentado en su sitio. Escuchó a Tom maldecir por lo bajo cuando se movió y volvió al asiento del copiloto, aunque no se lo impidió, lo que indicaba que él pensaba lo mismo que ella.

Tom se restregó las palmas de las manos en los pantalones. Se quitó la chaqueta y la tiró al asiento trasero, dejándola caer de cualquier manera. Hizo crujir el cuello moviéndolo de un lado a otro. Estaba nervioso. Tenso.

Aiko no se movió. Tampoco habló. Sabía que necesitaba su tiempo y ella iba a dárselo. Fuese el que fuese.

—Lo siento. Por lo del domingo, lo siento muchísimo. —Tom inspiró y soltó el aire despacio—. Por actuar como lo hice, por estropearte la noche y por ser tan borde e infantil. Y sé que ya te he pedido perdón, y que tú me has perdonado, pero quiero volver a pedírtelo. Como también te pido perdón por huir de ti estos últimos días. Te prometí que no lo volvería a hacer y voy a cumplir mi promesa.

Aiko buscó la mano de Tom y entrelazó los dedos. Los había echado de menos.

—¿Me toca?

—No. Aún tengo unas cuantas cosas más por decir.

—De acuerdo.

Tom se removió en su asiento, como si el cuero le picase, y ella le dio un apretón en la mano, llamando su atención.

—Soy yo, ¿vale? No estés nervioso, porque soy yo.

Ojalá se pudiera aplicar a sí misma sus propios consejos.

A Tom se le escapó una risita histérica.

—Por eso mismo estoy nervioso, Aiko. Porque sé quién eres tú y también quién soy yo. Pero, sobre todo, porque me he dado cuenta de quiénes somos los dos juntos. —Agachó la cabeza—. No soy tonto y sé que tú tampoco. Algunos lo verán mal y otros hablarán, y puede que tengamos problemas, quejas y muchos chismes, pero a mí eso no me importa porque quiero estar contigo. Y será una locura, y tendremos baches que sortear, pero no me importa. Nada que no seáis tú o Meiko me importa. Porque ella es mi familia, pero tú también lo eres, y no solo porque seas su tía. Eres mi familia porque te quiero. Te he querido toda mi vida de mil formas diferentes. Ahora, lo único que he hecho, es añadirle una más. Y vuelve a ser una locura que te diga esto, pero no sé hacer las cosas de otra manera cuando se trata de ti. Soy organizado, metódico y hasta un poco obsesivo. Solo he sido impulsivo una vez en mi vida, y fue la noche en que dejé a Suki embarazada, y esa impulsividad me trajo al mejor error que he cometido en mi vida. Hace dos días, volví a ser impulsivo, porque di un beso que debería estar prohibido, pero nunca lo prohibido ha sabido tan bien.

Tom le cogió la mano y la colocó sobre su pecho. Concretamente, sobre su corazón. Aiko aprovechó para cogerle la otra mano y colocársela sobre el suyo.

Ambos corazones latían igual de rápido.

Si le preguntaran a ella, diría que fue Tom quién se acercó primero. Si le preguntaran a él, diría que Aiko. Pero ambos sabían que habían sido los dos a la vez. O, más bien, que fueron las ganas. Esas que les picaban en las palmas de las manos y que les gritaban cosas al oído.

Se fundieron en un beso que por poco no los consumió a los dos dentro de ese coche. Tanto, que hasta se olvidaron de esa cafetería que estaba a escasos metros de distancia y del nombre de Suki que Tom había pronunciado en voz alta.

Aiko no necesitaba escuchar nada más. Tom parecía que tampoco.

Ninguno supo con exactitud cuántos besos se habían dado desde el jueves, pues no se habían parado a contarlos, pero ambos estaban de acuerdo en que ese era diferente. Lo decían sus jadeos, sus mejillas coloradas, sus respiraciones aceleradas y sus labios hinchados.

Salieron del coche y se dirigieron a trompicones hacia la casa de Aiko. Ni siquiera estaban seguros de si habían cerrado las puertas del coche. Por suerte, Variety Lake era un pueblo tranquilo y no pasaba nunca nada. Y, si alguien quería el coche, que se lo llevara. Si a Tom no parecía importarle que pudieran robárselo, a Aiko menos todavía.

Entraron a oscuras, tropezando con los muebles y con cualquier objeto que encontraran a su paso, porque separarse para poder hacer las cosas bien no era una opción.

Aiko no se reconocía. No es que fuera una mojigata como aparentaba ser. Ni tampoco inocente. Había tenido buen sexo y había disfrutado de muchas noches de pasión, pero era más comedida. No le gustaba montar el espectáculo y las intimidades prefería reservarlas para el dormitorio. Decir con quién se había acostado y qué habían hecho no iba con ella. Tampoco ir a trompicones mientras se besaba con alguien. Normalmente, lo hacía lento, con tiempo. El chico empezaba besándola en una mejilla, por ejemplo, y después en la otra, o le acariciaba el cuello con la lengua, algo que le encantaba, para después llevarla poco a poco hasta el dormitorio.

Pero con Tom no estaba siendo así. Sentía que su cuerpo quemaba. El de él y también el de ella. Sentía una necesidad como no había sentido jamás y solo podía pensar en seguir besándolo.

En hacerlo hasta que el sol apareciese de nuevo a la mañana siguiente.

Se escuchó un gemido, que se mezcló con las fuertes respiraciones y los jadeos que se escuchaban de vez en cuando.

Pegó un grito, que murió en la boca abierta de Tom, cuando su tobillo chocó con lo que parecía un escalón. Se agarró a los hombros masculinos para no caer hacia atrás, pero fue inútil. Acabó sentada en el peldaño con Tom encima. Este se apartó rápido y comenzó a palparla.

—¿Estás bien? —Su tono de voz denotaba preocupación. Quería decir que sí, pero en su lugar le salió una carcajada, que fue acompañada de otra, y de otra más—. ¿Aiko?

—Lo siento, lo siento. —Se tapó la boca con la mano intentando así acallar la risa, pero se trataba de una risa nerviosa, y no parecía que fuera a parar muy pronto—. Lo siento, son los nervios.

—¿Te has hecho daño?

—Creo que no.

—¿Crees?

—Sí, no estoy muy segura.

Notó los hombros de Tom temblar, y supo que él también se estaba riendo.

—Vale. ¿Sabes qué vamos a hacer? Te voy a coger en brazos.

—Está oscuro, hay escaleras y no puedes cargar conmigo.

—¿Que no puedo contigo? Me subestimas, nena. —Tom jamás la había llamado así, y le sonó tan raro a la vez que divertido que no pudo evitar soltar de nuevo otra carcajada. Tom le pasó un brazo por debajo de las piernas y con el otro le rodeó la espalda—. Cuando dejes de reírte, contamos hasta tres.

—Vale, ya.

—No te creo.

—Que sí, te lo juro. —No podía verle la cara, pero notaba su sonrisa haciéndole cosquillas en la oreja.

—De acuerdo. Pues agárrate fuerte a mi cuello y contamos tres. Uno, dos...

—... y tres.

Tom la levantó a pulso. Lo hizo sin esfuerzo, como si no pesase nada. Aiko se sujetó fuerte a su cuello y enterró la cara en él. Olía de maravilla.

—¿Me estás oliendo?

—Puede que un poco.

—Me gusta.

Estaba claro que lo había subestimado, porque subió las escaleras con ella en brazos sin cansarse, quejarse o jadear. Entraron en su dormitorio y pronto estaba sobre su cama, con él de nuevo encima. Solo que, a diferencia de las escaleras, su espalda estaba apoyada sobre un colchón blandito que no le hacía daño. Tom apoyó los antebrazos en la cama para no aplastarla y se elevó un poco, lo justo para que pudieran mirarse a la cara.

A Aiko la respiración se le cortó, y también las risas. Ya no había diversión, solo un corazón latiendo descontrolado.

Tom estaba guapísimo con el pelo hecho un desastre, con esa barba que le había estado pinchando y haciendo cosquillas y con esos labios que estaban rojos y brillaban, supuso que a juego con los suyos.

Cerró los ojos y buscó su boca. No quería más risas, ni más distracciones. No quería nada que no fuera él, el aquí y el ahora. Tom la correspondió sin demoras ni medias tintas. Lo hizo con las mismas ansias que ella tenía. De pronto sentía sus manos enredadas en su pelo como

recorriéndole el vientre. En cuanto las sintió en su piel desnuda, jadeó, y lo hizo con su lengua enredada en la de él.

Abrió los ojos cuando encontró el dobladillo de la camiseta de Tom. Sus miradas se encontraron y sonrieron.

—Vamos a vernos desnudos —murmuró con la respiración entrecortada. Tom la besó en la punta de la nariz.

—Si quieres que paremos en algún momento, me lo dices.

Aiko levantó la mano y le acarició con ella la mejilla. Alguien temblaba. No sabía si era ella o él. A lo mejor, eran los dos.

—Lo que quiero es que me desnudes, Dunphy.

Agachó la cabeza y le rodeó los labios con los suyos. Le pasó la lengua por ellos y, entonces sí, todo cambió. Su camiseta voló por los aires junto con la de él. Bajó las manos hasta el botón del pantalón vaquero, lo desabrochó, coló la mano dentro y le tocó la entrepierna por encima de los pantalones.

Estaba duro como una piedra.

Buscó sus ojos y lo miró divertida.

—Ahora sí que podemos afirmar que nuestra amistad está totalmente arruinada —susurró contra su boca.

—Tampoco es que fuéramos tan amigos.

—Tienes razón.

Aiko se mordió los labios y echó la cabeza hacia atrás cuando fue el turno de Tom de colar la mano por dentro de sus pantalones. Elevó las caderas en una petición silenciosa de que se los quitara y así lo hizo. En cuestión de segundos, ambos estaban desnudos y jadeantes.

Tom no pudo evitar desviar la vista hasta sus pechos ni tampoco acariciarlos. Primero con los dedos y luego con la lengua. Aiko se aferraba a las sábanas y se dejaba hacer. Tom la besó por todas partes; por los hombros, la clavícula, los pechos o el vientre. Estaba mareada, pero no quería parar, y es que se moría por ese todo del que Tom no paraba de hablar.

—Mierda —musitó Tom con la respiración entrecortada.

—¿Qué pasa? —Se preocupó. ¿Quería parar? ¿Había algo que estaba mal? ¿Se arrepentía?

—No he traído preservativos.

Por un segundo, no supo si eso le pareció tierno o la mayor de las estupideces, pero, entonces, recordó esa caja de preservativos que sus amigas le habían comprado en Navidades con sabor a *Tutti Frutti* y que había guardado en el cajón de la mesita.

—En la mesita tengo un paquete. —Reptó por la cama hasta dar con el cajón y lo abrió. Efectivamente, ahí estaba el regalo. Lo sacó triunfante, como si en vez de un paquete de condones acabase de ganar un Grammy.

—¿*Tutti Frutti*?

—No preguntes.

Sacó un preservativo de la caja y se lo lanzó a Tom, que lo cogió al vuelo. Lo abrió con los dientes y se lo puso en un tiempo récord. Abrió las piernas cuando sintió su erección rozándole el sexo. Deslizó la mano desde su pecho hasta la punta y la agarró para guiarla hasta su abertura.

Ambos exhalaban un suspiro cuando la penetró.

—Joder. —Tom apretaba los dientes y la mandíbula. Parecía que estuviese haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse. Bien, porque ella también—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

Apoyó la frente en la curva de su cuello y soltó un suspiro trémulo.

—Creo que me he hecho adicto a ti.

Comenzaron a moverse en sintonía, como si fueran uno. Como si esa no fuera la primera vez que hacían el amor. Aiko lo besó en el pecho y él a ella en la mandíbula. Se ¿besaron? mucho y muy fuerte en la boca y se buscaron con desesperación mientras sus manos se palpaban y sus pieles se estudiaban.

Todo sin dejar de mirarse.

Sin dejar de decirse sin palabras que sí, que todo había cambiado, pero que les gustaba el cambio. Que lo aceptaban. Que no les importaban las consecuencias. Que superarían los problemas, juntos. Que volverían a acostarse cuando acabasen. Y también al día siguiente. Que intentarían recuperar todos estos años que habían perdido. Que se querían, sin reservas. Sin titubeos.

Que seguirían besándose, aunque sus besos estuvieran prohibidos.

Aiko fue la primera en dejarse ir. Lo hizo con la cabeza escondida en el cuello de Tom y sus uñas arañándole la espalda. La sintió temblar y eso lo terminó de volver loco. Se movió más rápido, hasta que también se corrió, entre más besos y más caricias.

Ojalá alguien les hubiese dicho en ese momento que, a veces, la felicidad está manchada por una pizca de oscuridad.

Capítulo 31

Aiko y Tom sabían que tenían que levantarse, pero no querían. Estar acurrucados, desnudos, abrazados y acariciándose la piel con las yemas de los dedos en un vaivén silencioso se les antojaba tan perfecto que todo lo demás pasaba a un segundo plano.

Él la atrajo más hacia sí, como si estar completamente pegados no fuese suficiente, y ella le pasó un brazo por la cintura mientras enredaba su pierna con la de él.

Ronroneó.

—Me gusta abrazarte. —Aiko le acarició el pecho con los labios y luego le dio un beso justo encima del corazón.

—Y a mí no te puedes imaginar cuánto me gusta que lo hagas.

La habitación seguía en penumbra. Ni siquiera habían encendido las luces. Pero no las necesitaban. Las cosas eran perfectas tal y como estaban.

Aiko cerró los ojos y disfrutó de las caricias de Tom en su pelo y también en su cuello. Aunque estaba en esa cama con él, aunque era plenamente consciente de lo que acababan de hacer, dos veces, seguía sin terminar de creérselo del todo.

Eran ella y Tom. ¡Tom! El atractivo, tierno y dulce Tom. Para ella, siempre había sido sinónimo de «el chico perfecto».

Recordó un momento, cuando tenían unos doce o trece años y estaban en la piscina de casa de los padres de Zoe, que Buffy les preguntó que con quién harían un pacto de, si no se habían casado al cumplir los treinta, casarse entre ellos. Zoe no dudó en nombrar a Liam y el nombre que a ella le salió sin pensar fue el del chico al que en esos momentos estaba abrazada, porque a esa edad ya era consciente de que, si había un chico que pudiera hacerla feliz, era él.

No fue el único momento que recordó. La imagen de él y su hermana besándose en ese centro comercial hace ya tantos años, o la imagen de los dos con Meiko en el hospital, cuando esta nació, impactó con tanta fuerza sobre su mente que, si no fuera porque estaba tumbada en la cama, la habría tirado al suelo.

Tom y Suki. Suki y Tom. Meiko.

De repente, se sintió mareada. Como si toda esa felicidad y dicha que estaba sintiendo se acabase de convertir en fuego líquido y la estuviese quemando entera.

Había quedado patente que Tom era muchas cosas. Llevaba en su vida casi desde el primer día que pisó un pie en Variety Lake, y pronto se convirtió en su mejor amigo y confidente. Pero también era el Tom de Suki. Habían estado juntos. ¡Tenían una hija en común!

¿Dónde quedaba ella en ese triángulo?

Se tensó, y Tom debió de notarlo, porque las caricias sobre su espalda cesaron de repente.

—¿Qué pasa? —le preguntó él con suavidad.

Aiko inspiró hondo. Tenía un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de golf, y el fuego era cada vez más rojo. Y quemaba más.

—¿Aiko?

—Suki.

Una palabra. Un millón de significados. Un puñado de problemas.

Podría jurar que escuchó a Tom quedarse sin aire una milésima de segundo. Después, su pecho comenzó a subir y a bajar otra vez, acompañado de nuevo por las caricias.

—No estoy con ella.

—Lo sé, pero está ahí. Siempre estará ahí. Es mi hermana.

Tom los movió a ambos hasta que pudieron quedar cara a cara. Alargó la mano y le acarició la mejilla con el dorso. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba llorando hasta que Tom le limpió una lágrima con el pulgar. El corazón le latía tan fuerte que tenía miedo de que fuera a romperle las costillas.

—Estuve con tu hermana hace muchísimos años.

—Pero tenéis una hija en común.

—Y siempre la querré por ello, aunque esté enfadado con ella.

Fue consciente de cómo otra lágrima escapaba de sus ojos. Los cerró para intentar frenarlas. No quería llorar, pero el nudo de la garganta la estaba obligando a hacerlo.

—Mírame, Aiko. —No quería. Tenía miedo de que se rompiera la burbuja en la que llevaban metidos todo el día. ¿No podían volver a pensar solo en la cita?—. Por favor.

La súplica que percibió en sus ojos la hizo abrirlos. La estaba mirando de una forma con la que le suplicaba tantas cosas que ella no podía hacer otra cosa que perderse en él.

—No quiero que me malinterpretes. Ni que te enfades conmigo.

—No podría hacer ni una cosa ni la otra. Solo quiero que me mires para que entiendas una cosa. —Se acercó más a ella. Sus narices se rozaban. Sus alientos se mezclaban. Sus respiraciones se acompasaban la una a la otra—. Sé que durante todos estos años ha dado la sensación de que odio a Suki, pero no lo hago. Nunca podré hacerlo, y no solo porque sea la madre de Meiko, sino porque es tu hermana, y sé que, odiándola, te hago daño, y nunca haré nada que pueda hacértelo. Al menos, no de forma consciente. ¿Estoy enfadado con ella? Por supuesto. Pero hace años que me di cuenta de que no lo estoy por abandonarme a mí. Lo estoy por abandonar a Meiko y por abandonarte a ti.

Aiko sentía que apenas podía respirar. Sintió escalofríos cuando Tom volvió a acariciarle las mejillas.

—Suki y yo no nos enamoramos. Suki y yo fuimos dos personas que se acostaron una noche, se quedaron embarazados y se obligaron a quererse. Yo habría luchado por nosotros, pero no porque estuviese enamorado de ella, sino porque me pareció lo correcto. El problema es que tenía un concepto muy erróneo de qué era lo correcto. Como te digo, nunca le perdonaré que se fuera, porque dejar a tu hija y llevar ocho años sin verla me parece horrible y que no tiene justificación, pero entiendo por qué lo hizo. Los dos sabemos que ella odiaba esto; odiaba el concepto de familia que tú siempre has tenido, odiaba los pueblos pequeños, odiaba pensar en la cafetería y odiaba sentirse atrapada, y quedándose aquí sentía todas esas cosas y la estaban ahogando. —Las lágrimas ya rodaban con tanto descontrol por sus mejillas que Tom hacía rato que había dejado de secárselas. Aunque no de tocarla ni de mirarla con ternura mezclada con adoración—. Tu hermana y yo no debimos estar juntos, pero tú y yo sí. ¿Y quieres saber por qué lo sé?

No esperó a que Aiko le contestara. Le cogió la mano y se la acercó a su pecho. Al mismo sitio que ella antes había besado.

Sintió su corazón latiendo contra su palma.

—Porque él me lo dice. Y porque lo siento, Aiko. Si pienso qué es la felicidad, os veo a Meiko y a ti. Juntas, conmigo. Si pienso en los momentos más felices que he pasado hasta ahora, tú siempre estás en ellos, y si pienso en cómo quiero que sean los del futuro, tú sigues estando en

ellos. Tú, Aiko. Tú eres la felicidad que necesito.

Se abalanzó sobre él y lo besó. Sabía que tenía que contestar a todas las cosas que le había dicho, que había mucho que decir, pero la necesidad de besarlo superaba a todo lo demás. Tom la acogió entre sus brazos y dejó que ella mandara. Que le contara a través de sus labios todo lo que sentía porque, de nuevo, las palabras sobraban.

—Mis padres no lo van a entender —farfulló Aiko casi sin aliento unos segundos después. No era lo más acertado después de la declaración de amor que él le había soltado, pero era otra de las cosas en las que no podía dejar de pensar.

Tom detuvo el beso. Cuánta ternura desprendían esos dos ojos marrones que la miraban.

—Haremos que lo entiendan.

—¿Cómo?

—Queriéndonos.

—Sigo pensando que es demasiado pronto para decirnos te quiero.

—Lo que yo creo es que hemos tardado demasiado en hacerlo. —Le levantó la barbilla con el dedo mientras dejaba un casto beso sobre sus labios, que le hormigueaban—. Te lo he dicho antes, pero te lo repito. Te he querido toda mi vida de mil formas diferentes. Ahora, lo único que he hecho, es añadirle una más.

La mente de Aiko bullía y la piel le ardía, tanto por dentro como por fuera. Acabó a horcajadas sobre los muslos de Tom, con las manos apoyadas sobre su pecho. Sentía los ojos enrojecidos por culpa de las lágrimas que había derramado, pero también sentía el corazón caliente, y eso pesaba más que lo otro. Se inclinó hacia delante, hasta que su mejilla tocó la piel de Tom. Hasta que él le rodeó la espalda con sus brazos.

—Haremos que funcione —musitó pegada a su cuerpo—. Tú y yo, Dunphy. Juntos.

—Juntos —repitió él, y nunca una palabra le sonó tan bonita.

—Prométeme una cosa.

—Todas. —Aiko rio por lo bajo.

—Ni siquiera te he dicho qué quiero que me prometas.

—No importa. Te lo prometo.

Levantó la cabeza y apoyó la barbilla sobre las manos, que descansaban en su pecho. Sus caras estaban a la misma altura.

—Prométeme que nunca nos mentiremos. Es importante, Tom. No puede haber mentiras entre nosotros.

Los ojos de Tom cambiaron. Fue solo un segundo, pero le dio tiempo a verlo. Probablemente, porque ella lo llevaba queriendo desde hacía tanto tiempo que se sabía todas sus expresiones de memoria.

No le gustó nada. Los ojos de Tom habían mostrado miedo y también preocupación, y entonces se acordó. Las ojeras de los últimos meses. El mensaje. Catherine. La visita.

Sabía que no había nada romántico entre ellos dos. Confiaba en él. Pero algo había. Algo que lo preocupaba.

«Te lo contaré, te lo prometo, pero, ahora...».

Ese «ahora» se convirtió en el primer beso, al que le siguieron muchísimos más, por lo que, como era lógico, se había olvidado del tema. Pero, ahora que había visto ese miedo en sus ojos, el temor a que la razón fuera a que se marchaba de Variety Lake, la asustó tanto que sentía como si una mano la estuviese cogiendo con fuerza de la garganta y ahogándola.

«Habla con él», le habían sugerido sus amigas, y tenían razón. Si algo te preocupa, si quieres respuestas, lo mejor es hacer las preguntas.

Estaba a punto de hacerlo cuando la sonrisa de Tom la distrajo. Una sonrisa tan bonita y sincera se acababa de extender por su rostro que era imposible ignorarla.

—Prometido. Y tú prométeme que afrontaremos los problemas juntos. Cualquier problema que pueda estar por venir.

«Te lo contaré, te lo prometo».

Se lo contaría, estaba segura, así que solo le quedó asentir y disfrutar del calor que desprendía su cuerpo y de la burbuja que ambos se resistían en romper.

No pasaron ni cinco segundos cuando Aiko sintió que el pecho que tenía aplastando el suyo estaba temblando. Miró a su dueño a la cara y, como suponía, Tom estaba aguantándose la risa.

—¿Qué pasa? —Tom abrió los ojos. Tenía arrugas en las esquinas por culpa de la sonrisa de oreja a oreja que le cruzaba el rostro. Ahí estaba otra vez el Joker bonito—. Hemos hablado de tus padres, de Suki... Pero no hemos dicho nada de nuestros amigos, ni tampoco de Meiko. Aunque ya te digo que a mi hija le vas a gustar. Dice que te conoce y que no estás tan mal.

Aiko chasqueó la lengua contra el paladar.

—¿Solo eso? Porque yo creo que la verdad es que me adora. Prefiere estar conmigo que contigo.

—No es cierto.

—¿Hacemos la prueba?

—¡Ni de coña! Pierdo seguro. —La carcajada de Tom le hizo cosquillas en los labios y le repicó en el pecho.

—¿Y qué pasa con nuestros amigos?

Tom arqueó una ceja.

—La pregunta correcta es qué no va a pasar con nuestros amigos. ¿Se te ha olvidado la última barbacoa? ¿Zoe y Liam?

Habían pasado solo un puñado de días cuando parecían semanas.

Un sudor frío le recorrió la columna vertebral.

—No quiero ir al cumpleaños de Liam.

—Yo tampoco. ¿Lo pasamos juntos?

—¿En tu casa o en la mía?

Tom sonrió de forma pícara.

—Mmmm en las dos.

—Vale. ¡Pero se lo dices tú a Liam!

Tom se llevó una mano al pecho fingiendo sentirse ofendido.

—¿Por qué yo?

—Porque yo me lo he pedido primero y porque es tu mejor amigo.

—Y Zoe tu mejor amiga.

—Sí, pero no es el cumpleaños de Zoe y, además, te recuerdo que yo me lo he pedido primero.

Tom abrió la boca para rebatir, pero ambos sabían que había perdido. Como también sabían que irían al cumpleaños de su amigo el próximo martes y que aguantarían las burlas, los cuchicheos y todas las bromas que les soltasen. A fin de cuentas, hacía solo unos días que eran ellos los que se reían del veterinario y la florista.

Había que ver lo que podía cambiarte la vida.

Aiko escaló por su cuerpo hasta darle un beso fugaz en los labios y se levantó. Tom protestó e hizo pucheros, sobre todo cuando Aiko le robó la sábana que lo cubría y se tapó el cuerpo desnudo con ella. La morena le hizo cosquillas en la planta del pie y le señaló la puerta de su habitación con la mano.

—Haz el favor de recoger a tu hija y salir de mi casa.

—¿Me estás echando? —Tom enarcó una ceja y Aiko asintió, suspirando.

—Por supuesto. Largo. —Aunque quería sonar convincente, sonó pícaro y divertida. Sobre todo, porque acompañó la palabra con un movimiento sexi de pestañas.

Tom gruñó y se quejó, pero terminó levantándose. Se puso la camiseta y Aiko resopló cuando vio que la tenía arrugada. Le echó un vistazo al pelo; parecía que acabase de meter los dedos en un enchufe, solo que en plan sexi.

Duncan y Meadow se iban a reír de él en cuanto lo vieran, solo había que sumar dos más dos, pero le daba igual. Estaba feliz y eso era lo único que le importaba.

Tom terminó de abrocharse las botas y se acercó a ella. Le colocó la mano en la nuca y la pegó a él. Su aliento se mezclaba con el suyo.

—No pienses en esta noche. Y, si lo haces, que sea en mí —le susurró Tom mientras le pasaba con delicadeza el dedo por el entrecejo. Aiko dejó escapar el aire poco a poco.

Rio.

—Vale.

—Va a salir todo bien, te lo prometo. ¿Me crees?

Lo miró. ¿Le creía?

—Sí.

En cuanto se quedó sola, entró en el baño y se dio una ducha. Se puso el pijama y volvió a la cama. Miró el teléfono de reojo y a punto estuvo de cogerlo para responder los mensajes que sus amigas le habían enviado, pero estaba agotada. Además, prefería cerrar los ojos mientras rememoraba una y otra vez todo lo vivido con Tom. Y los besos. Olvidarse de ellos era misión imposible.

Capítulo 32

Se metió un nacho en la boca y puso los ojos en blanco.

—No puedes hacer margaritas ahora, son las diez de la mañana.

—Eso lo dirás tú. Trae esa coctelera.

Aiko optó por cerrar la boca y acercarle a Buffy lo que le había pedido. Ya de paso, también le pasó el tequila, el licor de naranja y el zumo de lima recién exprimido.

—Se te va a caer todo en la cama —apuntó Zoe mientras masticaba un nacho. Buffy bufó.

—Rubia, de verdad, qué poquita fe tienes en mí.

Nada más despertase, Aiko les había enviado por fin un mensaje a sus amigas para decirles que estaba viva, que la cita había sido maravillosa y que solo quería sonreír. Zoe le envió muchísimos emoticonos de corazones, además de varios emojis de berenjenas acompañados por los de las gotas de agua. No necesitaba más explicación que esa. Meadow, por su parte, le dijo que se lo había imaginado tras ver la cara de Tom al recoger a Meiko la noche anterior. Aiko enrojeció al recordar el último vistazo que le había echado antes de que desapareciese de su casa. Y Buffy la había obligado, porque no se lo había pedido, a que moviese su bonito culo y fuera cagando leches hasta su casa.

Así que ahora ahí estaban las cuatro amigas, sentadas en la cama de matrimonio de Buffy un domingo por la mañana mientras desayunaban nachos con queso y guacamole y, por lo visto, también margaritas.

—Esto no puede ser bueno para el estómago —dijo Meadow entre risas mientras decoraba el borde de las copas con lima y sal gruesa.

Aiko se comió otro nacho y le metió uno a Buffy en la boca cuando esta la abrió y le sacó la lengua, pidiéndole un poco.

—En cuanto expulse a este ser de mi cuerpo, pienso beberme una jarra yo sola. —Buffy abrió la coctelera y comenzó a verter el líquido en las copas. Cuando terminó, le pasó el recipiente vacío a Zoe y ella le pasó a su vez un vaso con zumo de tomate. Buffy levantó el vaso y le guiñó un ojo a la morena—. Por Aiko y su cara de recién follada.

—Por Aiko —acompañó Zoe entre risas.

—Por Aiko —la siguió Meadow.

Aiko podría haberse sonrojado, pero ¿para qué? Su amiga no había dicho nada que no fuese cierto.

Vaciaron las copas de un trago y las dejaron con cuidado en el suelo. Después, como pudieron, se tumbaron las cuatro en la cama. Zoe lo hizo con la cabeza apoyada en la almohada. Meadow se colocó de lado, con los pies colgando a un lado de la mano. Aiko lo hizo sobre las piernas de Buffy y con la mano puesta en el vientre de su amiga.

—¿Sabéis en qué acabo de caer? —Tres manos se unieron a la suya. Las cuatro amigas entrelazaron los dedos.

—¿Qué el helado frito está bueno con helado de fresa y no con el de chocolate, como te empeñas en creer?

Aiko puso los ojos en blanco. Esa era una batalla perdida. Zoe y ella nunca se iban a ponerse

de acuerdo en ese asunto.

—No, pero casi. De lo que me acabo de dar cuenta es de que solo hace un año y medio del veintisiete cumpleaños de Meadow y que muchas cosas han cambiado desde ese día. ¿Alguna os imaginasteis estar como estáis ahora?

Las cuatro amigas se miraron entre sí y negaron con la cabeza. Buffy, además, se miró la barriga mientras Meadow se acariciaba el anillo de casada con el pulgar.

—Pasadme un móvil y no se os ocurra moveros —pidió Zoe—. Quiero hacer una foto.

Aiko le dio el suyo, que lo tenía más a mano, y Zoe hizo la foto. Una de cuatro manos entrelazadas acariciando una barriga de embarazada.

—Nunca pensé que me enamoraría de mi mejor amigo —dijo Zoe en cuanto volvió a tumbarse en la cama.

Aiko se rio y se cubrió la cara con la mano que tenía libre.

—Yo nunca pensé que él podría llegar a estar también enamorado de mí, porque yo lo he estado de él toda la vida. Es una locura. —Fingir ya era una tontería, y hacerlo delante de ellas más todavía.

El pequeño aprovechó ese momento para dar una patada y las cuatro dieron un respingo. Después, rompieron a reír.

—Está claro que Dimitri piensa que las locuras son buenas. —Sintió un pulgar acariciándole los nudillos, y supo sin mirar que era el pulgar de Buffy—. Y no pienses tanto, Aiko. Pensar demasiado está sobrevalorado. Además, lo mejor es dejarse llevar y esperar a que las cosas vayan viniendo.

—Todavía tenemos que decírselo a Meiko. Y a mis padres. Y a Suki. —Soltó un suspiro—. Tenemos tantos frentes abiertos que me mareo solo de pensar en ellos.

—¿Qué te ha dicho Tom al respecto? —preguntó Meadow.

Sonrió.

—Que haríamos que lo entendiesen. Y que lo haríamos queriéndonos.

—No hay muestra de amor más bonita que esa.

Aiko sabía que Meadow tenía razón. Aun así, no dejaba de estar nerviosa. Su vida entera estaba a punto de cambiar, y sabía que todavía no era plenamente consciente de cuánto.

—Nos alegramos tanto por ti, Aiko. No sabes cuánto. Te mereces ser feliz, y creo que en el fondo todos sabíamos que Tom y tú estabais destinados a estar juntos.

Miró a Zoe de reojo.

—¿Crees que me hace sentir débil e insegura que en algunos momentos me sienta... rara?

—¿Con respecto a qué? ¿A estar con Tom?

Se encogió de hombros y se mordió el labio inferior con fuerza. Había tachado a Tom de hermético y de que le costaba mucho abrirse y hablar de sentimientos, pero sabía que a ella también. Sobre todo, cuando se trataba de cosas que la hacían sentir insegura. Pero necesitaba soltarlo. Necesitaba expresar en voz alta los miedos que, escondidos tras esa burbuja de felicidad, asomaban la cabeza.

—A estar con Tom después de Suki. A estar con el padre de mi sobrina. Con el novio de mi hermana. ¿En qué me convierte eso?

—En una persona con sentimientos. —Levantó la cabeza cuando notó a Buffy moverse. Su amiga estaba intentando incorporarse, pero le estaba costando, así que la cogió de las manos y la ayudó. En cuanto esta consiguió sentarse, apoyó la espalda en el cabecero de la cama, resoplando—. No elegimos de quién nos enamoramos, tampoco de cómo suceden las cosas. No tenemos una bola mágica que nos dice lo que está bien o mal. Actuamos, y la mayoría de las veces lo

hacemos guiados por el corazón. Tom estuvo con Suki, pero eso no quiere decir que no pueda estar ahora contigo. Que te quiera. No pienses ni por un momento que eres la sustituta de nadie.

—No es eso. —¿O sí que lo era?

Resopló.

—Lo que quiero decir es que es muy fuerte, y no me podéis decir que no, porque estaríais mintiendo.

—Quererse no es fuerte. —Meadow también se había incorporado y la estaba mirando. Sería —. Lo que es fuerte es ocultárselo a los demás y, por supuesto, ocultártelo a ti misma. Aiko, Tom y Suki estuvieron juntos como Tom estuvo con otras chicas después de ella.

—Pero no eran mis hermanas.

—Tu hermana no lo quería, cielo. Se conformó con él y se obligó a quererlo. —Tom le había dicho la noche anterior lo mismo que acababa de decirle Meadow. Reprimió el impulso de llevarse una uña a la boca y mordérsela—. Y Tom tampoco quiso a tu hermana. Al menos, no de la manera que estoy segura de que te quiere a ti.

—No quiero sonar cínica, pero ¿cómo sabéis eso? No nos habéis visto juntos.

—Os llevamos viendo juntos más de veinte años.

—Que no nos diéramos cuenta en ese momento de lo que había, no impide que estuviera. Solo hay que cerrar los ojos, echar la vista atrás y se entenderían muchas cosas. Muchas sonrisas, muchas miradas y muchas palabras. ¿Por qué te estás haciendo esto?

Meadow tenía razón. ¿Por qué se estaba haciendo esto?

Era feliz. Tom había dicho que la quería. Que lo afrontarían todo juntos. Que eran ellos dos, juntos. Suki hacía mucho que había desaparecido. La vida da muchas vueltas. ¿Por qué tenía que ponerle trabas a la suya?

No lo haría. Se merecía lo que le estaba pasando.

Quería lo que le estaba pasando.

Se levantó de la cama, cogió la coctelera y volvió a verter margarita dentro de las copas.

—¿Sabéis? Tenéis razón. —Le dio las suyas a sus amigas e hizo un brindis—. Por mí.

—Por ti —canturrearon las tres a la vez.

Capítulo 33

Tom y Aiko sentían como si estuviesen viviendo una doble adolescencia; se echaban miraditas de reojo, se sonreían de forma comedida y pícara cuando nadie los veía —o eso creían ellos—, se rozaban las yemas en cuanto podían, e incluso hacían piecitos por debajo de la mesa. Pero, lo que más les gustaba de todo, es que se robaban besos a escondidas; en la puerta de casa de Tom, después de ver una película y arropar a Meiko, que se había quedado dormida en el sofá; en el cumpleaños de Liam, cuando coincidieron en el pasillo para ir al cuarto de baño y aprovecharon que estaban las luces apagadas, en el callejón que había detrás de Suki's cuando Tom se ofreció para ayudarla a tirar la basura...

Estaban viviendo su historia de amor, pero habían decidido vivirla en secreto. A espaldas de su familia. La primera noche que pasaron juntos, esa en la que se dijeron: «te quiero», habían acordado que hablarían con Meiko y con los padres de Aiko y que les contarían el nuevo cambio que habían sufrido sus vidas, y que lo harían juntos, pero no habían acordado cuándo y, como si de un acuerdo tácito se tratara, habían decidido callar y esperar. Lo que estaban viviendo era nuevo, y bonito, y de ellos dos. Habían construido una burbuja a su alrededor y no querían que esta explotase todavía.

Por eso estaba Tom en esos momentos con los ojos fijos en la pantalla del móvil, mirándola serio, sin parpadear. Porque sabía que tenía que llamar, que no podía retrasarlo más. Porque tenía que encontrar una solución. Porque no podía marcharse a Houston.

Catherine había estado toda la semana enviándole emails con propuestas de trabajo, protocolos de la empresa, fotografías del que sería su nuevo despacho... Emails que lo estaban ahogando y a los que tenía que ponerles fin antes de que terminaran de consumirlo. Antes de que todo se fuera a la mierda.

No tenía ni idea de cómo lo haría, solo sabía que lo tenía que hacer.

Buscó el número de su nueva jefa en la agenda y esperó. Cuando escuchó su voz al otro lado, echó de menos no tener una botella de Jack Daniel's al lado. Seguro que le calmaba el temblor que tenía.

—¿Tom? Joder, ya era hora. —La escuchó hablar con alguien y cómo le decía que la llamada era importante y que luego seguirían. No tenía Jack Daniel's cerca, pero sí una botella de agua. Una que se bebió sin respirar—. Llevo una semana intentando contactar contigo. ¿Acaso no has visto todos los emails que te he estado enviando? Y te he llamado unas cuantas veces.

Diez llamadas y ocho emails, para ser exactos.

Tragó saliva y se pasó una mano por el pelo. Sentía el tic tac de la cuenta atrás resonándole en la cabeza y el tono serio de Catherine no ayudaba.

—Sí, lo sé. Perdona. He estado un poco ocupado. —Cerró los ojos y pensó en Aiko. Ocupado no era la palabra correcta. Llevaba una semana ignorándola porque había estado viviendo. Porque había vuelto a sentirse él. Porque había vuelto a sonreír. Porque llevaba una semana sin sentir como si una soga le estuviera oprimiendo la garganta.

Sí, también llevaba una semana sin vender ni una puñetera casa, y eso lo estaba matando, pero no tanto como pensar que podría perder a Aiko ahora que la había encontrado. Que era suya. Que

él era suyo.

Y por todo eso estaba aterrado; por la conversación que estaba a punto de tener lugar. Por la reacción de Catherine, a la que respetaba. Por la decisión que había tomado hacía apenas una semana. Cinco minutos antes de que su vida cambiase. Tenía miedo por todo lo que podía perder si no encontraba una solución.

—Espero que sea cerrando el despacho y preparándote para la mudanza —continuó diciendo Catherine, ajena por completo a la batalla interna que Tom estaba luchando—. Faltan tres semanas para que vengas.

¿Tres semanas? ¿Cómo narices podían faltar solo tres semanas?

Miró el calendario. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya estaban en marzo.

Echó la cabeza hacia atrás y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa. Le asfixiaban.

—Verás, Catherine, quería comentarte una cosa. —Esperó. No sabía exactamente a qué, pero esperó.

A lo mejor, a que Catherine tuviese el poder de leerle la mente, pero no iba a tener tanta suerte.

—No creo que pueda irme a Houston. Lo siento —lo dijo rápido, de carrerilla. Como cuando te quitas una tirita; si lo haces rápido, no duele.

Pero dolió, porque podía intuir la respuesta de Catherine mucho antes de escucharla.

—Estás de coña, ¿verdad? —La escuchó tragar saliva y a él los huevos se le pusieron de corbata—. Dime ahora mismo que estás de coña, Dunphy.

Una de las cosas que más le habían gustado de Catherine cuando trabajaban juntos era su tenacidad. Su energía. Su forma de dirigir y no dejar que nadie le pasase por encima. El sector inmobiliario era un mundo mayoritariamente masculino, donde la testosterona tenía tanto protagonismo que podías llegar a nadar en ella. Pero Catherine Sallow nunca se había dejado avasallar por nadie. Se los había comido a todos con su sonrisa, su saber estar y su fortaleza. Él siempre la había admirado por ello, y también porque era implacable.

—Buscaremos una solución. Te compensaré de alguna forma.

—Firmaste el contrato hace solo una semana, Tom. ¡Una semana! Estuve allí. Tú mismo me confesaste lo mal que lo estabas pasando. ¡Te di una oportunidad!

—Lo sé, ¿vale? Y no sabes lo mal que me siento por decirte todo esto, porque sigue siendo cierto. Sigo estando en la puta mierda y a punto de perder mi trabajo, pero no puedo marcharme. —Se desabrochó otro botón de la camisa—. No debí firmar ese contrato.

Silencio. Uno denso y afilado.

—Catherine, escucha...

—No, escúchame tú —lo cortó. Escuchó ruidos de pasos y después cómo se cerraba una puerta de un portazo. Rebotó. —. Te busqué a ti. He respondido por ti ante muchísimas personas. Confié en ti, y yo no confío en casi nadie, ni siquiera en mi marido, así que ni se te ocurra venirme con excusas, porque no pienso tolerarte ninguna.

Estaba claro que la mujer amigable que había trabajado con él, la que lo había abrazado hacía apenas unos días y le había dicho que todo iría bien, había desaparecido. Sí, Catherine era implacable, y en esos momentos lo estaba siendo con él.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo marcharme de Variety Lake. No puedo irme ahora.

—Es por Aiko, ¿verdad? —La escucho reír. Una risa seca. Sin humor—. ¿Te crees que soy idiota? Vi cómo la mirabas cuando apareció. Cómo saliste corriendo detrás de ella.

Podía intentar inventarse una historia rocambolesca o podía decir la verdad. Optó por la

segunda opción.

Las mentiras tenían las patas demasiado cortas.

—Siempre ha sido Aiko. —Apoyó la espalda en el respaldo y giró la silla hasta quedar frente a la ventana de su despacho, desde donde podía ver esas calles de las que no quería marcharse—. Siempre ha sido ella y no me he dado cuenta hasta ahora, y ahora que la tengo no puedo dejarla.

—¿Has hablado con ella? ¿Le has dicho lo que te pasa?

«Te lo contaré, te lo prometo».

Por supuesto que no se lo había contado. Le había dicho que lo haría, y tenía toda la intención de cumplir su palabra, pero cuando tuviese una salida. Una solución. Cuando pudiese demostrarle que podía confiar en él.

—No lo he hecho todavía.

Otra risa. Esta vez, el pelo se le puso de punta.

—Pues será mejor que lo hagas y, ya de paso, que la convenzas para que se marche contigo a Houston, porque tú te vienes a trabajar aquí. He depositado en ti mis últimos esfuerzos y no pienso tirarlos por la borda, y menos aún cuando solo quedan un puñado de días para tener la sucursal lista. No pienso abrir sin un director general, y ten por seguro que ese director vas a ser tú.

—Pero...

Pero, nada, porque Catherine colgó el teléfono y a él la ansiedad que sintió casi lo ahoga.

Cortó la llamada y reprimió el impulso de lanzar el teléfono y estrellarlo contra la ventana que tenía justo enfrente. Abrió las piernas y apoyó los codos en las rodillas. Se sujetó la cabeza con fuerza e hizo presión. La llamada había ido peor de lo que se imaginaba, y es que era un ingenuo. ¿Qué pensaba? ¿Que Catherine le diría que claro, que ahora levantaba una piedra y sacaba a un nuevo director como por arte de magia? ¿Que no pasaba nada por hacerle perder el tiempo? ¿Que adelante con su bonita y dulce historia de amor? ¿Qué le diera saludos a Aiko de su parte?

Pues sí, estaba claro que eso era lo que pensaba que iba a suceder.

El pitido de un claxon lo hizo levantarse de golpe de la silla. Se acercó a la ventana y apoyó una mano en ella.

Su vida se desmoronaba, y él era el único culpable. La situación era la que era por su culpa. Su hija se separaría de Aiko por su culpa.

Él se separaría de Aiko por su culpa.

Porque lo que había dicho Catherine era una locura. Aiko no podía marcharse a Houston con él. Allí no lo retenía nada, solo ellos. Y ellos dos eran muy poco en comparación con Variety Lake. Aquí lo tenía todo. Su familia. Su trabajo. Sus amigos. Su todo.

Sí, ellos llevaban el uno en la vida del otro desde hacía más de veinte años, pero eso no significaba que ella fuese a dejarlo todo atrás porque él se lo pidiese. Por esa semana.

Las ganas de llorar que tenía en ese momento hacían que el pecho le picase tanto que necesitaba rascárselo.

Se dio la vuelta y arremetió contra todo lo que encontró a su paso. De una sacudida tiró todos los papeles que tenía sobre la mesa al suelo y también el ordenador portátil. El ruido que hizo este al estrellarse contra el suelo lo hizo quedarse quieto, horrorizado.

Estaba perdiendo la cabeza. Él no era así, no se reconocía. Quería volver a los últimos días, a esa burbuja, pero no podía. La vida adulta se imponía y tenía que hacerle frente, y debía hacerlo como el hombre adulto que se suponía que era.

Pensó en Catherine, en Meiko y en Aiko. A lo mejor, la primera tenía razón. Si hablaba con Aiko, si le contaba lo que pasaba, encontrarían una solución. ¿No hacía apenas unos días que se

habían prometido que harían las cosas juntos? Que no se mentirían. Que se contarían las cosas. Pues era hora de hacer eso mismo.

«Soy yo, Tom. Somos nosotros».

Acababa de decírselo a Catherine por teléfono. Siempre ha sido Aiko, y ese «nosotros sonaba demasiado bien como para ignorarlo. Además, se había aferrado tan fuerte a esas ocho letras que ahora no quería soltarlas.

Recogió el desastre del suelo y comprobó el ordenador. Sintió un enorme alivio cuando vio que se encendía y que no se había roto. Se sentó a su mesa y comenzó a buscar en Internet.

«Te lo contaré, te lo prometo».

Era hora de hablar con Aiko, y ya que iba a hacerlo, lo haría bien.

Capítulo 34

El día de hoy había sido agotador y Aiko solo necesitaba algo que pudiera relajarla. Se notaba que el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina y que la gente tenía ganas de fiesta.

Se quitó la redecilla que siempre se ponía sobre la cabeza cuando cocinaba y abrió el grifo para llenar la bañera. Un baño de espuma, con velas aromáticas, una copa de vino blanco y Adele sonando de fondo se le antojaba tan buen plan que los ojos le brillaban solo de pensarlo.

Se quitó el delantal y la ropa de trabajo y lo tiró todo al cesto de la ropa sucia. Tras cubrirse el cuerpo con una toalla y dejar que la bañera se fuese llenando de agua, bajó a la cocina a por esa copa. Sus pies descalzos crujían al pisar los escalones. Abrió la nevera, sacó una botella y buscó la copa. Suspiró relajada en cuanto el líquido frío le pasó por la garganta.

Todavía podía escuchar el jaleo de esa tarde en la ¿cafetería?, a todo el mundo pidiendo a la vez, al grupo de turistas que habían pasado y se habían llevado casi todos los mochis que su madre había preparado esa mañana. Incluso podía seguir escuchando a esa pareja de novios discutiendo sobre qué sabor de tarta preferían para su boda.

Se llenó otra copa y le dio un segundo sorbo antes de coger una bola de galletitas saladas y echar un puñado en un bol. Estaba comiéndose una cuando llamaron a la puerta. Juntó las cejas, extrañada. No esperaba a nadie.

Lo dejó todo sobre la encima y se encaminó hacia la puerta para abrir. El pecho se le calentó en cuanto vio a Tom y Meiko al otro lado. Y casi se le incendió cuando vio a su exámito recorrer su cuerpo de arriba abajo con una sonrisa.

—¿Molestamos? —Aiko pestañeó, hizo fuerza para no sonrojarse y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—Ella, nunca. Tú, a veces.

—Hola, tía. —Le dio un beso a Meiko en la coronilla en cuanto esta pasó y tragó saliva cuando Tom se colocó delante de ella.

Olía francamente bien.

—Así que a veces molesto, ¿eh? —Eso de intentar no sonrojarse no iba a funcionar. Se notaba la cara ardiendo, y, encima, estaba tan pegado a ella que podía acariciarlo con las yemas de los dedos. Los ojos de Tom volvieron a repasarla, quedándose quietos unos segundos de más en su pecho—. Bonito conjunto. Si llego a saber que me ibas a recibir así dejo a Meiko en casa.

Meiko. La toalla. ¡El baño!

Se giró alarmada, pues Tom no había susurrado, precisamente, y suspiró aliviada cuando no vio a la niña detrás de ella. Agudizó el oído y escuchó el ruido de la televisión. Le dio un manotazo a Tom en el brazo cuando se volvió de nuevo hacia él.

—Si no susurras nos va a pillar.

—Es tu culpa. Si no abrieses así la puerta, no pasarían estas cosas. Me desconcentras.

Puso los ojos en blanco. Sonrió al notar una mano en su cintura. Tom la pegó a él. Hasta que sus frentes se tocaron.

—Hola, preciosa.

—Hola.

Tom echó un vistazo por encima de su hombro. Parecía que no había moros en la costa, porque se inclinó hacia ella y la besó.

Aiko no sabía cuántos besos se habían dado ya, pues había perdido la cuenta. Pero cada vez que se daban uno, cada vez que notaba sus labios rozándole la piel, sentía como si un millón de mariposas hubiesen optado por acampar en su estómago. Sin contar con el cosquilleo.

Se puso de puntillas y profundizó el beso. Solo un poco más.

Se separaron a regañadientes y con las respiraciones aceleradas.

Se sonrieron.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. —No lo decía en broma. Aunque se habían visto esa misma mañana en Suki's, lo había echado mucho de menos, y sabía que él a ella también. Y también que no se referían solo a sus personas.

Parecía que no era la única que se había hecho adicta a los besos.

Se sujetó la toalla con fuerza alrededor del pecho y señaló las escaleras.

—Tengo que subir. Me he dejado la bañera llenándose.

Tom arrugó la nariz, indeciso, y cerró la puerta a su espalda.

—¿Te molestamos? Habíamos pensado en venir a cenar contigo, pero si tienes otros planes nos vamos.

—¡Papá, tengo hambre!

Aiko soltó una pequeña carcajada y con la mano con la que no se sujetaba la toalla, lo cogió de la mano y lo arrastró hacia la cocina.

—No digas tonterías. Iba a darme un baño, que ha sido un día muy largo, pero vosotros no molestáis. —Lo miró por encima del hombro y le guiñó un ojo—. Nunca. Ni siquiera tú.

Se mordió el labio cuando escuchó el gruñido de Tom a su espalda. Estaba siendo juguetona. Pícara. Seductora. No es que fuera una mojigata, como parecía ser a ojos de los demás. Pero sí que era comedida. Y muy vergonzosa. Tenía el sentido del ridículo a unos niveles tan elevados que la parte sexy de su vida la tenía apagada. Pero Tom parecía haberla despertado. Con él se sentía libre. Viva. Como si fuera capaz de ser esa mujer que sus amigas siempre habían intentado sacar a la superficie, pero que ella se resistía. Y le gustaba.

Le gustaba ver a Tom observándola. Comiéndosela con los ojos. Escuchar sus gruñidos y ver las ganas en su mirada cuando no podía tocarla o besarla como parecía desear.

Lo suyo había empezado tan fuerte y con tanta velocidad que era imposible no sentir vértigo, y miedo, pero también era como si, cuando se dieron ese primer beso, sus cuerpos hubieran dicho: ahora sí, adelante. Disfrutad. Os lo merecéis.

Y eso estaban haciendo.

Le dio un último beso; pequeño y fugaz, antes de dirigirse a la puerta de la cocina.

—Voy a darme una ducha. Ve pidiendo algo de comer.

—¿Pizza? ¿Luigi? —Tom ya tenía el móvil en la mano. Salivó al pensar en una pizza.

—Con extra ración de queso.

—A sus órdenes, señora.

Subió las escaleras casi a la carrera y se llevó las manos a la cabeza cuando vio lo poco que le quedaba al agua para salirse de la bañera. Cerró el grifo, quitó el tapón y encendió la ducha. Ese baño con espuma debía esperar, pues le había surgido un nuevo plan.

Uno que le gustaba un millón de veces más.

Cuando bajó, casi media hora después, la pizza ya había llegado y olía tan bien que le crujió el estómago. Hasta que no había oído el queso con el orégano no se había dado cuenta del hambre

que tenía.

Tom y Meiko la esperaban en el suelo del comedor, sentados sobre cojines, y con el juego del Scattergories justo en medio, al lado de la caja abierta de pizza. También había dos copas con vino blanco. La televisión estaba apagada y, además de las risas de padre e hija, solo se escuchaba a Adele de fondo.

Estaba claro que Tom la conocía muy bien.

—¿Habéis empezado sin mí?

Tom le sonrió y le tendió una mano para ayudarla a sentarse. Le acarició los nudillos antes de soltarla. Meiko le pasó un cartón con un trozo de pizza encima.

—Papá es un tramposo. —La pequeña apuntó con un dedo acusador a su padre, mandándolo callar—. Piden un país que empiece con la letra R y papá ha puesto Riga. ¡Eso es una ciudad! Díselo, tía.

Aiko le dio un mordisco a su trozo de pizza y salivó. Le encantaba. Sobre todo, cuando al morder se llevaba una tira de queso con ella.

—Eres un tramposo.

—No, soy competitivo. Como tú.

—Yo no hago trampas.

—Yo tampoco.

Aiko se lo quedó mirando y él se encogió de hombros. Los dos eran por qué no decirlo, un pelín tramposos. Pero nunca con Meiko. Era solo una niña. Excesivamente lista, pero una niña, al fin y al cabo.

Puso orden entre los dos, cogió su propia tarjeta y se unió al juego. A los tres les encantaban los juegos de mesa casi tanto como ver películas juntos, y si lo acompañaban con una pizza o comida china, para Aiko era la noche perfecta. Mucho mejor que ese baño.

Estar con Meiko y Tom le encantaba, y había sido así desde el mismo momento en el que Meiko nació. Tom había insinuado en algún momento que podían haber supuesto una carga para ella. Que se podía haber visto obligada a estar con ellos, pero eso era mentira. Nunca se aburría estando los tres juntos, y los echaba de menos cuando no estaban. Ahora, además, estas reuniones habían sumado un atractivo para ella que las hacía más especiales todavía.

Siguieron jugando hasta que a Meiko empezaron a cerrársele los ojos, por muchos intentos que estuviera haciendo por mantenerlos abiertos. La tumbaron en el sofá, un poco a regañadientes, y se retiraron sigilosos cuando la vieron quedarse dormida casi en cuanto su cabeza tocó el cojín.

—¿Quieres un chocolate caliente? —le preguntó Aiko a Tom una vez se quedaron solos en la cocina. Tom asintió y se acercó a ella. Le rodeó la cintura con los brazos y enterró la nariz en su cuello. Aspiró.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto.

—¿Olerme?

—Sí.

Aiko soltó una risita por lo bajo y pegó la cara a su pecho. Le encantaba escuchar cómo le latía el corazón.

Adele seguía sonando en el comedor, a lo lejos, y ambos empezaron a mecerse de un lado a otro. En silencio. Como si la propia Adele estuviese en esa cocina, con ellos, y les estuviese cantando al oído *One and only*.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por regalarnos esta noche. —Tom subió la mano por su espalda despacio, hasta rozarle la nuca, y volvió a bajar—. Por regalarnos todas las noches.

Se aferró fuerte a su camiseta. Cerró los ojos.

Era perfecto. El momento era perfecto.

Siguieron así un poco más, canción tras canción, en silencio, abrazados. Juntos. Siendo ese nosotros que tanto le gustaba.

—Aiko.

—¿Sí? —Lo escuchó tragar saliva. También sintió que su corazón comenzaba a latir un poco más rápido. Intentó apartarse, pero Tom no la dejó. La apretó fuerte contra su pecho y apoyó la barbilla en su cabeza—. Quiero decirte algo, pero no te apartes. Por favor.

Un mal presentimiento se asentó en su estómago, junto al millón de mariposas. Claro que quería apartarse, mirarlo a los ojos e intentar averiguar qué quería decirle. Porque sabía que no era algo bonito. El tono de su voz lo delataba.

Aun así, se mantuvo en su sitio, pegada a él, abrazada a su cintura. Meciéndose al ritmo de la música.

—De acuerdo.

Tom tardó unos minutos en hablar. Aiko supuso que, porque estaba intentando encontrar las palabras, y eso solo podía ponerla más nerviosa.

—Quería contarte por qué estaba Catherine en mi despacho el otro día. —Catherine. Por unos días hasta se había olvidado de ella.

Asintió.

Tom enredó los dedos en las puntas de su pelo.

—Ya no me acuerdo cuándo fue la última casa que vendí, Aiko. Hace meses que el negocio va mal y no tiene pinta de que la cosa vaya a mejorar. —Cerró los ojos con fuerza. Pensó en las ojeras de Tom. Quería recordar cuándo había empezado a verlas, pero hacía tanto tiempo de eso que se le encogió el corazón. Tom no dejó de mecerse por la cocina ni de acariciarla—. Lo he intentado todo. He hablado con los bancos para conseguir mejores coberturas, he reducido mis comisiones tanto que, prácticamente, estoy haciendo mi trabajo gratis. He recortado gastos, incluyendo a James, pero nada sirve. Soy una empresa pequeña y no puedo competir con ninguna multinacional.

El nudo había matado a todas las mariposas, y ellos habían dejado de mecerse. Estaban quietos.

Abrazados, pero quietos.

—Coincidí con Catherine en Washington hace unos meses. Nos pusimos a hablar y me contó que trabajaba para *Homeagain*, una de las empresas del sector inmobiliario más importantes del país. —Lo sintió coger aire—. Había empezado a trabajar en el departamento de expansión y estaba buscando un director extranjero para una nueva sucursal que iban a abrir.

Se le paró el corazón y el nudo se le subió a la garganta en forma de bilis. Se apartó de su pecho, y esta vez él no la detuvo. Cuando lo miró a la cara, le entraron ganas de llorar. No solo porque Tom ya lo hacía por ella, sino por lo que vio en sus ojos. Por lo que estos le decían.

Se llevó una mano a la boca. Había empezado a temblarle la barbilla.

—¿Dónde es esa sucursal? —Ni siquiera supo de dónde había sacado la fuerza para hablar.

Tom cerró los ojos.

—Houston.

Dio un paso atrás. Tom la soltó. Dejó caer los brazos, inertes, a ambos lados de su cuerpo. Empezó a sentir frío. Quería sentir otra vez esos brazos rodeándola. Quería volver a hacerla una

hora, cuando reían en el comedor. Quería que abriera los ojos y la mirara. Quería ver esa picardía que la volvía loca.

Porque no podía ser cierto. No podía ser lo que creía que Tom le estaba intentando decir.

—Dime que no me estás intentando decir que te vas a Houston. —Tom seguía con los ojos cerrados. Se podía ver las lágrimas recorriéndole las mejillas—. Tom, mírame y dímelo. ¡Tom!

Tuvo que gritar. Primero, porque necesitaba que él abriera los ojos de una vez y también porque, si no lo hacía, esa bilis que sentía iba a terminar por ganar la batalla y terminaría vomitando.

Tom abrió los ojos y la miró.

—Firmé el contrato cinco minutos antes de que aparecieras. Nos marchamos a Houston dentro de tres semanas. Nos vamos de Variety Lake.

Tres cosas sucedieron nada más decir eso; la primera, que Aiko tuvo que sujetarse a la encimera para no caerse. La segunda, que Adele había decidido ese momento para dejar de cantar. La tercera, que ninguno de los dos se había dado cuenta de que, desde hacía un rato, eran tres personas en esa cocina. Lo hicieron cuando escucharon el portazo.

Tardaron unos segundos en reaccionar, pero, en cuanto lo hicieron, salieron corriendo de esa cocina. Aiko fue directa al comedor, que lo encontró vacío. Tom, a la puerta, que abrió de un tirón. Su hija, además de lista, era rápida, porque ya no la vio.

—¡¡Meiko!! —chilló. Lo hizo hasta casi quedarse afónico—. ¡¡Meiko, por favor, ven!!

No sabía hacia dónde salir corriendo. Se había quedado paralizado y solo sabía dar vueltas en círculo, desesperado.

—¡¡¡Meiko!!!

Capítulo 35

—Tom, para. —Aiko le colocó una mano en el hombro, intentando así que dejara de dar vueltas, pero lo único que consiguió fue sobresaltarlo. Se le encogió el corazón al verle esos ojos marrones llenos de pánico.

—¿Dónde está? Porque se ha ido, ¿verdad? ¿O está en el salón?

Echó a andar hacia la casa, nervioso. Sus zancadas eran tan largas que Aiko solo pudo echar a correr para intentar alcanzarlo.

—¿Puedes parar?

—¿Crees que nos ha oído? Mierda, no quería que se enterara así. —La angustia era patente en su voz. Aiko resopló y lo siguió hasta el comedor—. No está. ¡No está! ¡Meiko!

—¡¡Tom, para!! —repitió, esta vez en un tono lo suficientemente alto como para que el moreno se detuviera. No hacía falta ponerle una mano en el pecho para saber que el corazón le iba a mil por hora. Aun así, lo hizo. No sabía si para intentar calmarlo o para calmarse ella—. La vamos a encontrar. Tiene ocho años, no ha podido irse muy lejos.

O eso esperaba. No tenía ni idea de cuánto había visto u oído. Aunque por la reacción que estaba teniendo, estaba claro que lo había oído todo.

Tom se llevó las manos a la cabeza y se tiró del pelo.

—Tengo que ir a casa. Seguro que ha ido allí.

Lo siguió. Cerró de un portazo la puerta de casa y se subió de un salto al coche.

—¿Conduzco yo?

—No.

Se mordió la lengua. Quería volver a gritarle y, al mismo tiempo, hablar con él. Estaba enfadada. Notaba cómo le bullía la sangre, pero se contuvo. No era el lugar ni, mucho menos, el momento. Estaba preocupada por Meiko y él también.

Casi no le había dado tiempo a parar el coche cuando Tom ya salía de él. Corrió hacia la casa llamando a su hija, pero esta no respondió. Buscaron en cada estancia, dos veces, pero Meiko no estaba ahí.

—¿Dónde se habrá metido?

—Llamaremos a los demás. Entre todos la encontraremos. —Sacó el teléfono y comenzó a llamar a sus amigos.

A la primera que llamó fue a Meadow. Cuando Ethan se enteró de que Duncan y ella estaban juntos, también se escapó. Por lo visto, algo había en el agua de ese pueblo que a los niños les daba por escaparse cuando se enfadaban.

—Hola, Aiko.

—¿Meadow? Menos mal. Meiko se ha ido. No sabemos dónde está. Ha salido corriendo de casa, enfadada, y no tenemos ni idea de a dónde ha podido ir. Estábamos en mi casa y hemos venido a la de Tom, pero no está aquí.

—Vale, tranquila. Duncan y yo vamos para allá. —La escuchó hablar con Duncan y, por las voces que le parecía oír, también con Ethan. También escuchó ruidos. Supuso que los dos ya se estaban movilizando—. ¿Estáis en casa de Tom?

—Sí, pero creo que vamos a ir a la plaza, a ver si está allí. O al columpio. A lo mejor se ha ido con mis padres. —Miró a Tom al decir esto último. Este asintió, aunque no se movió—. Voy a llamar a Liam y a Zoe. Les diré que se acerquen, les pillará más cerca.

—De acuerdo. Nosotros ya... Ethan, ahora no puedo hablar. Perdona, lo que te decía. Que nosotros ya vamos para allá. Aparecerá, es un pueblo pequeño. Si no está en un sitio estará en... ¿Qué quieres, Ethan? ¿No ves que estoy hablando con Aiko?

—¡Yo sé dónde está Meiko, mamá! —Ethan habló lo suficientemente alto para que tanto Aiko como Tom lo escuchasen.

Tom la apuntó con un dedo.

—Dile que vamos para allá.

—¿Lo has oído?

—Sí, pero no vengáis aquí. Dice Ethan que vayáis a la granja.

Aún no había parado Aiko el motor que Tom ya había saltado del coche y corría hacia la puerta principal, donde ya los esperaban Erik, Marie, Duncan y Meadow junto a Ethan. El muchacho llevaba una mochila a la espalda y una linterna en la mano. Lo que más le sorprendió a Aiko fue la cara de impaciencia que tenía, y cómo repiqueteaba el pie contra el suelo.

—¿Está aquí? —Meadow miró a Ethan.

—Dice que está en las cuadras.

Tom frunció el ceño.

—¿En las cuadras?

El joven suspiró y puso los ojos en blanco.

—Meiko se ha enamorado de Galán. Siempre que viene se va a las cuadras a cepillarlo, a darle de comer o hacerle compañía, por eso sé que está allí. —Se mordió el labio inferior y miró el suelo—. Cuando yo me escapé, fui allí a relajarme. Con él. Ese caballo tiene algo especial, y Meiko también lo sabe.

Meadow le pasó un brazo por los hombros a su hijo y lo pegó a ella. Le dio un beso en la sien.

—¿Puedo irme ya a buscarla?

—¿Tú? Iré yo. —Aiko dio un paso al frente y cogió a Tom del codo.

—Deja que vaya él delante. Nosotros iremos unos pasos por detrás. Está enfadada. No creo que ninguno de los dos seamos ahora mismo su persona favorita.

Aiko vio la indecisión en los ojos de Tom. Quería ir corriendo hasta las cuadras y abrazar a su hija. Después, le echaría la bronca por haber huido así y por haber andado tantos kilómetros ella sola.

Ella quería hacer lo mismo. Menudo susto les había dado. Pero lo que le había dicho era verdad. Meiko estaba enfadada con ellos. Si querían que hablara con alguien, tenía que ser con Ethan.

Tom asintió y el pequeño echó a andar rápido. Tom y ella lo siguieron a cierta distancia. Si Meiko corría la mitad de rápido que lo hacía Ethan, ahora entendía cómo la habían perdido tan rápido de vista.

Vislumbraron una pequeña luz a lo lejos, dentro de la cuadra. Tom también la vio, porque se paró en seco y le cogió la mano. Podía notar su cuerpo relajándose contra el suyo.

Se acercaron a uno de los laterales y se quedaron quietos, pegados a la pared, cogidos de la mano. Escuchando.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Suspiraron al unísono cuando escucharon la voz de Meiko. Tom le apretó más fuerte la mano.

Ethan rio.

—Yo te enseñé este sitio, ¿recuerdas? Me lo has robado.

—¿Qué llevas ahí?

—Provisiones. He cogido otra linterna, por si esta se nos rompe. Una manta, por si tenías frío, que veo que sí, galletas oreo y crema de cacahuete. También he traído leche. Si tengo que comer esta asquerosidad que tanto te gusta, tengo que ayudarme con algo para tragármela.

—Untar galletas oreo en crema de cacahuete no es ninguna asquerosidad.

—Lo que tú digas, pequeñaja.

El caballo relinchó, y escucharon a Meiko calmarlo con palabras tiernas y llenas de amor.

—Me voy de Variety Lake. Me marcho a Houston.

Aiko cerró los ojos. Al hacerlo, una pequeña lágrima comenzó a rodarle por la mejilla. Sí que los había escuchado.

Se limpió la cara con el dorso de la mano y se acercó a Tom hasta apoyar la cabeza en su hombro.

Seguía enfadada con él, y desconcertada, pero, ahora mismo, necesitaba sentirlo cerca. Tanto como le fuese posible.

—Y por eso has salido corriendo de casa de Aiko.

—¡Claro! No quiero irme, y mi padre no puede obligarme.

Escuchó a Tom sollozar. Le apretó más fuerte la mano.

—¿Has hablado con él? ¿Se lo has dicho?

—No.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no quiero hablar con él. A lo mejor, si no lo veo cuando se tenga que ir, me deja aquí y se olvida de mí. Podría quedarme con mi tía Aiko. O contigo. Te ayudaría a cepillar a Galán.

—¿Y no echarías de menos a tu padre cuando se fuera? Se va muy lejos, Meiko. A lo mejor no sabes cuándo volverías a verlo.

—Me da igual. No quiero irme y punto. —Aiko quería rodearle la cintura a Tom con sus brazos para abrazarlo tan fuerte como le fuera posible, pero unos sollozos se lo impidieron. Unos que no eran suyos, ni tampoco de Tom.

Meiko había empezado a llorar.

—Ven aquí, pequeñaja. —Ethan tenía la voz tomada. Se notaba que estaba haciendo un esfuerzo titánico para no ponerse a llorar.

Houston.

Ni siquiera sabía a cuántos kilómetros estaba de Variety Lake, pero eran demasiados. ¿De verdad iban a marcharse? ¿De verdad tenía que decirles adiós dentro de unos días?

No podía. Meiko y Tom eran su familia, seguro que había una solución.

—No quiero irme, Ethan, y no quiero que se vaya mi padre. Claro que lo echaría de menos. Es la persona a la que más quiero en el mundo entero.

Se quedaron un buen rato ahí. Meiko y Ethan dentro de la cuadra, hablando entre susurros, con Galán. Ellos se quedaron fuera, en silencio, abrazados. La cabeza de Aiko iba a mil por hora, y supuso que la de Tom estaría igual. Pero no podían hablar, no era el momento.

Cuando la noche empezó a caer con fuerza y Aiko sintió un escalofrío, se apartó de Tom y lo miró.

—Vámonos —le dijo entre susurros. Tom negó con la cabeza.

—Tengo que ir a por ella.

—Está bien ahí dentro. Déjala con Ethan y con Galán un rato más. Los esperaremos dentro de

casa.

Tom se la quedó mirando, pero al final asintió.

Emprendieron el camino de regreso a casa, y esa vez lo hicieron por separado. Ella por delante y él a tantos metros de distancia que tuvo que girarse un par de veces para comprobar que la seguía.

Al llegar a la casa, sus cuatro amigos estaban dentro, esperándolos. Habían preparado café y el olor le recordó a cuando, de pequeñas, iba a esa granja a ver a Meadow. Su madre siempre tenía café listo para beber. Era una adicta, y parecía que sus hijos habían heredado ese gen.

—¿Está bien? —Meadow le sirvió una taza, que cogió con gusto. Se había quedado helada ahí fuera.

—Está con Ethan. Los hemos dejado a los dos allí. Supongo que cuando se cansen, vendrán.

—Pues, entonces, no los esperéis hasta mañana. Cuando ese niño entra en esa cuadra, se olvida del espacio tiempo. —Duncan habló en un tono jocoso. Aiko supuso que para aligerar un poco el ambiente que ahí se respiraba, y, aunque ella sonrió, Tom estaba cabizbajo.

Se había pasado la mano por el pelo tantas veces que había perdido la cuenta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Erik. Aiko miró a Tom. Quería contárselo a sus amigos, pero no le correspondía a ella hacerlo—. ¿Tom?

Este suspiró. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, abatido.

—Nos marchamos a Houston a finales de este mes.

—¿Qué?

—¿Cómo que os marcháis a Houston?

—¿De qué narices estás hablando?

—¿Podéis no hablar todos a la vez y dejarlo a él que se explique? —Marie se inclinó hacia delante y le rozó la mano a su amigo—. Tom, ¿qué ocurre?

Aiko había empezado a llorar otra vez.

—Hace meses que no vendo una casa. La cosa está cada vez peor y me ahogo. Me encontré con Catherine hace unos meses y me propuso un trabajo. Acepté la semana pasada. Ya he firmado el contrato.

Tanto Duncan, como Meadow como Erik se levantaron de donde estaban sentados y se pusieron a hablar. O, más bien a gritar, sobre todo este último. Estaba tan rojo que hasta se le hinchaba la vena del cuello. Aiko se quedó sentada, sollozando. Le dolía tanto el pecho que no quería hacer otra cosa.

Por un momento, pensó que lo que Tom le había dicho en su casa era mentira, que lo había entendido mal, pero acababa de repetirlo, así que no. Era cierto. Se iban a Houston a finales de marzo.

—¿Por qué cojones no nos has dicho nada, Tom? Somos tus amigos, joder, te hubiésemos ayudado.

Tom por fin abrió los ojos. Se incorporó y miró a Erik a los ojos.

—Porque no quiero vuestra ayuda. Soy padre de familia, ¿lo entiendes? Yo resuelvo mis propios problemas. Me importa una mierda si no lo entiendes.

—¿Qué tú resuelves tus propios problemas? ¿Me estás diciendo que, si la granja no fuera bien y tuviera que venderla, irme de aquí, no me darías todo lo que tienes para que no lo hiciera?

—No es lo mismo.

—Claro que no lo es, porque cuando se trata de que tú ayudes a los demás, tenemos que escucharte. Cuando la cosa va de que los demás te ayudemos a ti, no es lo mismo.

Tom gruñó y se levantó del sofá. Estaba enfadado. Abría y cerraba los puños. Justo cuando

estaba a punto de replicar, la puerta de casa se abrió y Meiko entró acompañada de Ethan. Los dos tenían los ojos rojos, aunque Ethan intentaba disimularlo.

—Meiko... —Esta salió corriendo hacia los brazos de su padre, que la recibió al vuelo. Todos los demás se callaron. Aiko miró de reojo a sus amigos. Erik estaba que se lo llevaban los demonios.

Ya eran dos.

—¿Estás bien, cariño? —le susurró Tom a su hija. Esta asintió.

—Perdona por salir corriendo, papá. Es que me enfadé mucho cuando te oí hablar y...

—Vale, no pasa nada, ha sido por mi culpa. —Se apartó para mirarla y le dio un beso en la frente—. Ya hablaremos al llegar a casa.

Alguien carraspeó.

—Tom...

—No, Erik. Ahora no. Me marchó a casa con Meiko, ya hablaremos. —Se dio la vuelta y la miró a ella. Había súplica en su mirada—. ¿Te vienes con nosotros?

«Al fin del mundo», quería decirle, pero se limitó a andar hacia él y a cogerle la mano que le ofrecía.

Estaba helada.

Se despidieron de sus amigos y le prometió a Meadow que le escribiría más tarde. Se subieron al coche. Tom lo hizo sentado detrás con Meiko, ella al volante. Hicieron todo el camino en silencio, solo roto por los sollozos que llegaban de Meiko, que remitieron cuando se quedó dormida. Al llegar a casa de Tom, paró el motor.

El corazón le latía tan rápido que se lo notaba en la base de la garganta.

—¿Entras con nosotros? —La miraba a través del espejo retrovisor. No se sentía con fuerzas para mirarlo directamente a la cara.

Quería decirle que sí, pero negó con la cabeza. Había sido una noche muy larga, y sentía la cabeza embotada. Además, Meiko necesitaba a su padre, y Tom a su hija.

Tenían que hablar, vaya que sí, pero lo harían al día siguiente. Esa noche todos necesitaban irse a dormir.

—Vendré mañana, si quieres, y hablamos.

—Pero no quiero que te vayas así, Aiko, por favor. Quiero enseñarte una cosa. —Cerró los ojos. Iba a ponerse a llorar otra vez.

—No estoy enfadada.

—Aiko...

—Vale, sí, estoy muy enfadada, pero creo que no es el mejor momento para hablarlo. Necesitáis estar juntos, y yo necesito dormir. Estoy agotada.

Tom suspiró.

—De acuerdo. Mañana dejaré a Meiko con Meadow e iré a tu casa. ¿Por la tarde te va bien?

—Puedes dejarla con mis padres.

—No quiero que les diga nada de Houston. Llámame cobarde, pero no quiero que se enteren así.

Lo quiso más todavía por eso.

—Tienes razón. Mañana sobre las cuatro te espero en casa.

Tom cogió a Meiko en brazos y ella se apresuró a salir del coche para ayudarlo. Lo acompañó hasta la puerta y metió la llave en la cerradura. Parecía tan dolido, tan roto. Le colocó una mano en la mejilla y se la acarició. Se puso de puntillas y acercó sus labios a los suyos. Un simple roce, una caricia, pero muy necesaria para los dos. Después, se dio media vuelta y volvió a casa dando

un paseo. Tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Capítulo 36

Se había duchado tres veces. No porque oliese mal, sino porque hacerlo lo relajaba. Le despejaba la mente.

No había dormido nada esa noche. Se la había pasado sentado a los pies de la cama de su hija, mirándola. La noche pasada había ido fatal. Con Aiko, con Meiko, con sus amigos... No se podía quitar a Erik de la cabeza. Su forma de mirarlo, de hablarle. Estaba dolido, pero ¿podía culparlo? Lo que le había dicho era cierto. Si cualquiera de sus amigos hubiese estado en su situación habría donado un riñón si hubiese sido necesario. ¿Por qué no dejaba que hiciesen lo mismo por él? ¿Por orgullo?

Apagó el grifo y salió. No le gustó el tipo con el que se encontró frente al espejo. El demacrado de hacía unos meses se reiría en su cara, pues el de ahora podía pasar por extra de cualquier peli de zombis y sin necesidad de maquillaje.

Escuchó unos golpes en la puerta de su casa que poco le llevaron a sufrir un ataque al corazón. La persona que estaba llamando parecía enfadada, y se podía hacer una idea de quién era.

Fingió no estar en casa, pero esa mentira le duró medio segundo. Sobre todo, porque empezaba a temer que la puerta se rompiese.

Se vistió con lo primero que encontró y fue a abrir. Como intuía, su amigo Liam Turner lo esperaba al otro lado.

Se pasó una mano por el pelo mojado.

—Hola. Lo siento, pero ahora no es un buen momento.

—¿No me digas? —Liam era único siendo sarcástico—. Pero ¿sabes qué? Que te jodes.

Le golpeó el hombro con el suyo al entrar. Por supuesto, ni esperó ni pidió invitación. Se frotó la zona dolorida mientras cerraba la puerta. Menos mal que había llevado a Meiko a casa de Meadow hacía un rato, pues no le apetecía nada discutir con su amigo delante de su hija y, por la cara con la que Liam lo había mirado, intuía que no iba a ser una conversación muy agradable.

Mientras se encaminaba hacia el salón, se acordó de la enorme sonrisa de Meiko al ver a Galán. ¿Cómo no se había dado cuenta del amor que sentía por ellos? ¿Tan dentro del culo había tenido la cabeza estos últimos meses? Parecía ser que sí.

Entró en el comedor y, como suponía, no iba a ser una conversación agradable. El veterinario parecía un halcón que estaba listo para lanzarse sobre su presa.

—Eres gilipollas. —Empezaban bien.

—Lo sé, y te juro que me encantaría quedarme aquí y que siguieras insultándome, pero tengo que ir a ver a Aiko.

—¿Houston? Tú eres idiota.

Vale, parecía que eso de escuchar iba solo en una dirección.

Señaló el sofá.

—¿Te quieres sentar?

—¡¿Houston?!

Seguirían de pie.

—Me han ofrecido un buen trabajo.

—¿Y lo quieres?

—Lo necesito.

—No te he preguntado eso. ¿Lo quieres?

Se cruzó de brazos, nervioso. No quería mirar a Liam a los ojos. No quería mentirle.

Suspiró y dirigió la vista al suelo.

—No es tan sencillo, Liam. No lo entenderías.

—¿Tú crees? Prueba. Porque si me dices que sí, que te encanta ese trabajo y que te quieres ir a Houston, si me lo dices mirándome a los ojos, te juro que mañana mismo me planto aquí y te ayudo a hacer la mudanza. Te ayudaré a buscar piso y te abrazaré bien fuerte el día que tengas que irte. Incluso iré a verte siempre que pueda, que ya te aviso que será muchísimo. Pero, si me miras y veo que mientes, te juro que te mataré, Tom, y lo haré por no haber creído suficiente en nuestra amistad, por no haber venido a buscarme, por no haberme pedido ayuda. Por no habernos pedido ayuda a ninguno.

¿Esa sensación que tenía en el pecho? ¿La que lo ahogaba? Había vuelto, así que se lo frotó. Podía mentirle, pero ¿para qué? No valía la pena. Ya lo había hecho suficiente.

Dejó de mirar el suelo y lo miró a la cara.

—¿Qué quieres que te diga, Liam?

—La verdad, joder. ¡Quiero que me digas la verdad!

—Pero es que la verdad no me gusta. ¿No me entiendes?

—Por supuesto que te entiendo, Tom. Soy yo, joder. Somos amigos desde hace treinta años, hostia. Te conozco mejor que a mi dedo gordo del pie. Llevo tiempo con la mosca detrás de la oreja. Sabía que te pasaba algo, pero me dije: «Cállate, Liam, sois amigos. Tom siempre ha necesitado su tiempo para gestionar las cosas, pero sois amigos. Cuando esté preparado, vendrá a ti a pedirte ayuda». Menudo chasco me he llevado al darme cuenta de que eso no ha pasado.

O la habitación se estaba estrechando o es que él se sentía cada vez más pequeño.

—La he cagado. ¿Era eso lo que querías oírme decir?

Liam rio. Levantó la cabeza.

—Ni por asomo. Lo que quiero que me digas es por qué no dejas que la gente se preocupe por ti. Nos importas, Tom. Somos tu familia. Queremos ayudarte. Pedir ayuda no es malo, lo es fingir que no la necesitas.

Los ojos habían empezado a picarle y el pecho le dolía cada vez más. Liam no quería sentarse, pero él sí. En cuanto lo hizo, apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza.

Todo le pesaba demasiado.

No tardó en sentir el brazo de su amigo sobre sus hombros y, en cuanto lo hizo, fue como si las compuertas se abrieran. Como si todo acabase de saltar por los aires.

Lloró, y lo hizo como hacía tiempo que no hacía.

Sintió la frente de Liam sobre su coronilla.

—No estás solo, Tom, nunca lo has estado, aunque lleves muchos años pensando que sí.

El dolor del pecho se intensificó al pensar en Suki y, sobre todo, en sus padres. ¿Era eso lo que le pasaba? ¿Qué, a pesar de estar rodeado de gente, se sentía solo?

Se aferró al brazo de su amigo.

—Soy gilipollas, Liam.

—Eso ya te lo he dicho yo antes.

Si no tuviese tantas ganas de llorar, se reiría.

Claro que era gilipollas. ¿Cómo había podido pensar que estaba solo? Tenía a un montón de gente a su alrededor queriéndolo, apoyándolo. Tenía que pedir muchos perdones, pero primero

de todo tenía que ir a hablar con Aiko.

Capítulo 37

Llegaba tarde, pero no había sido su culpa. Liam era un hueso duro de roer y le había costado mucho tirarlo de su casa, pero por fin lo había hecho. A regañadientes, pero lo había hecho.

Y ahí estaba ahora, frente a la casa de Aiko, sentado en su coche mirándola a través de la ventana del comedor. Daba vueltas por el salón mientras bebía de una copa lo que supuso que sería vino blanco. Estaba preciosa, y lo mejor de todo es que la quería. Lo sabía. Y no solo porque se lo hubiera dicho. Ahora se había dado cuenta de que lo había sabido todos estos años, pero había sido demasiado cobarde como para hacer nada al respecto.

Salió y acarició la valla al cruzarla. Aún tenía que pintarla.

Llamó al timbre y respiró hondo. Tenía que controlar sus nervios. Aunque le costase, tenía que hacerlo.

Aiko abrió la puerta. En cuanto lo hizo, a él el corazón se le paró. ¿Cómo iba a ser capaz de no verla todos los días? Eso era imposible. ¿Cómo no se había dado cuenta de eso antes de firmar?

—Pasa. —Tuvo que reprimirse mucho para no abrazarla—. ¿Quieres algo de beber? Tengo zumo de naranja en la nevera.

—¿Vino?

—Vale, sí. Mejor. —No parecía enfadada, solo seria. Prefería el enfado. Pasaron al comedor. Aiko sirvió las dos copas y él se bebió la suya de un trago—. ¿Has comido?

—No.

—Iré a preparar algo.

—No, por favor. —Se sentó en el sofá y palmeó el asiento que quedaba libre a su lado—. Siéntate. Creo que los dos necesitamos hablar.

Aiko hizo lo que le pidió. Se sentó cerca de él, pero lo suficientemente lejos como para que no pudiesen ni rozarse.

Lo estaba matando.

Apoyó los brazos en las rodillas abiertas y la miró con la cabeza ladeada.

—Quiero que sepas que te quiero, Aiko. Que estoy enamorado de ti. Eso no lo pongas en duda.

Lo miró.

—No lo hago, Tom. Nunca lo he hecho.

¿Podía abrazarla? Se guardó las manos bajo los muslos. Cualquier cosa antes que sucumbir a la tentación.

—Lo siento. Siento mucho tener que irme a Houston.

—¿Crees que estoy enfadada porque te vayas a Houston? —La miró confundido—. Es decir, claro que lo estoy. ¿Tú sabes a cuánto es kilómetros está eso de aquí? De ti.

Claro que lo sabía, lo había buscado, pero se calló. Parecía que Aiko tenía mucho que decir y él prefirió dejar que lo hiciera.

—Estoy enfadada porque no me lo dijeras. Y no te estoy hablando de hace una semana, te estoy hablando de hace meses, cuando todo empezó. ¿No confiabas en mí?

—No es cuestión de confianza.

—Entonces, ¿de qué es? Porque no lo entiendo.

Se rascó la nuca. Qué difícil todo.

—De cobardía. Si te contaba lo que me pasaba, si se lo contaba a alguien, sería tan real que ya no podría arreglarlo. Habría fracasado, ¿te das cuenta? No podía. Yo había provocado esto y yo tenía que resolverlo.

—Pero ¿tú te estás escuchando? ¿Para qué crees que existe la familia?—. El enfado estaba ganándole terreno a la seriedad—. Está para ayudarse, para apoyarse. Está para socorrer al otro cuando te necesita.

—¿Por eso no le dijiste a tus padres que querías irte a París a estudiar? ¿Por eso te quedaste haciendo el papel de Suki, tanto con ellos como con Meiko y conmigo?

Se arrepintió en cuanto terminó de hablar. ¿Qué estaba diciendo? Había ido para hablar con Aiko, no para hacerle daño.

No la vio, pero sintió cómo se levantaba.

—Eres muy injusto —la voz le temblaba. Era un cretino.

—No quería decir eso. Estoy enfadado conmigo y lo estoy pagando contigo.

—Pues lo estás haciendo fenomenal.

—Perdóname, Aiko, de verdad. No quería decir eso.

—Pero lo piensas. —No lo preguntaba, lo afirmaba. Cerró los ojos y suspiró. Claro que lo pensaba, pero eso no le daba derecho a decirlo, y muchos menos tal y como lo estaba haciendo en esos momentos.

Aiko rio. Una risa seca, cortante, que no casaba nada con ella. Él, mientras, seguía con los ojos cerrados. No quería mirarla. No quería ver odio en sus ojos, porque estaba seguro de que sería eso lo que vería. Estaba echándolo todo a perder.

¿No le había servido de nada la charla con Liam?

—Voy a dejar esto por alto, por ahora, porque tengo otras preguntas que necesito que me contestes primero. ¿De verdad quieres irte de aquí? ¿De verdad crees que esa es la mejor solución?

Se pinzó el puente de la nariz y reordenó sus ideas. Pues claro que no quería irse, nunca había querido, ni cuando Catherine le había ofrecido ese trabajo. Aceptó porque creía que era lo que tenía que hacer para salvar su familia. Su dignidad.

—Thomas, mírame. —Siempre le había gustado que Aiko lo llamara así. Era la única que lo hacía. Le parecía especial. En esos momentos, no supo bien qué le parecía. Pero abrió los ojos y la miró. Se le encogió el corazón. Había enfado en su rostro, pero también un millón de cosas más; comprensión, cariño, ternura, amor...

No se la merecía y, aun así, no quería soltarla.

Había buscado cosas. Tenía un dossier que enseñarle. Uno que se había dejado en casa, pero se lo explicaría y, después, iría a buscarlo.

—Hay una escuela de cocina en Houston —empezó a decir, de golpe, sin respirar—. No es Le Cordon Blue, pero puedes cumplir tu sueño. Con nosotros.

Dejó salir el aire de golpe. Ni siquiera se había dado cuenta de que había dejado de respirar. Aiko se había quedado paralizada, con la boca abierta y mirándolo con los ojos entrecerrados. Parecía que lo estuviera mirando como si fuera la primera vez que lo hacía.

El silencio lo estaba matando.

—¿Me has oído? —se atrevió a preguntar, con tiento.

Aiko parpadeó y eso, por absurdo que pudiera parecer, lo animó.

—¿Me acabas de pedir que me marche contigo a Houston?

—Con nosotros. —Quería recalcar de nuevo ese «nosotros», porque él no iba solo, Meiko también estaba, y podía ser ruin, pero necesario. Quería un nosotros. Quería que estuvieran los tres juntos—. Le he enviado el contrato a Nikolay para que lo vea y espero que encuentre la manera de quedarme aquí, pero, si no es así, quiero que te vengas con Meiko y conmigo a Houston.

Aiko se llevó una mano al pecho y comenzó a andar en círculos.

—¿Aiko?

—Se te ha ido la cabeza. —Se sintió derrotado. No era, para nada, la frase que quería oír.

Era oficial, todo se había ido a la mierda.

Asintió y se levantó del sofá. Era hora de volver a casa.

—¿Dónde crees que vas? —le increpó Aiko en cuanto dio el primer paso.

—A casa.

La vio cruzarse de brazos.

—A ver si lo entiendo. Primero, me dices que te vas a Houston en menos de un mes. Luego, me echas en cara suplantar a mi hermana y ahora me dices, ¿qué? ¿Qué me vaya contigo a Houston? —Se volvió a cruzar de brazos—. Ni siquiera hemos hecho oficial lo nuestro.

—Pues hagámoslo ahora. Vamos y se lo decimos a tus padres.

—La cosa no funciona así. ¿Y qué pasa con Meiko? Después de lo de ayer no sé cómo le sentará esto.

—Te quiere, Aiko.

—Lo sé, pero no es lo mismo. Soy su tía. ¿Cómo le sentará que, de repente, me convierta en la novia de su padre?

—Eres más que la novia de su padre. —Estaba enfadado. No entendía qué estaba intentando decirle Aiko.

Se levantó e intentó acercarse a ella, pero esta negó con la cabeza y dio un pequeño paso atrás. Uno que a él le pareció kilométrico.

—Mira, Tom, yo... —Miró al suelo y después a él—. ¿Y qué pasa con Suki?

Entrecerró la mirada.

—Nunca he estado enamorado de tu hermana, creía que eso había quedado claro.

—Lo sé, ¿vale? Es solo que has estado con ella dos veces, tenéis una hija en común. ¿Cómo le puede sentar esto? —preguntó, señalándolos a los dos.

Cogió aire e intentó calmarse. A él, particularmente, le daba igual cómo pudiera sentarle, pero sabía que para Aiko era importante, y también sabía que, en cierto modo, era normal que se hiciera esa pregunta.

Esta vez, cuando se acercó a ella, Aiko no se alejó, aunque prefirió meter las manos en los bolsillos y no tocarla. Presentía que hacer las cosas poco a poco era lo mejor.

—Y ya te he dicho que siempre la querré por ello, pero lo de Suki y yo no fue amor. Salimos juntos en el instituto y luego en la universidad nos enrollamos una noche por los viejos tiempos. Después, nos forzamos a querernos por lo que teníamos, pero siempre he sabido que nunca acabaríamos juntos como pareja. —Se hinchó los pulmones de todo el aire que pudo—. Pero a ti, Aiko, a ti te quiero con todo mi corazón. Te estoy pidiendo que te vengas con nosotros. Que nos elijas a nosotros.

Aiko entrecerró los ojos.

—No es cuestión de elección, y estás siendo muy injusto. Mi vida está aquí.

—Pero ¿qué me dices de los sueños? ¿Del que tenías de estudiar repostería?

—Te digo que los sueños cambian. —Aiko sonaba abatida, o a lo mejor era él, que se sentía

cada vez más derrotado—. Déjame decirte una cosa. Te quiero, Thomas Dunphy, y te he querido toda mi vida, incluso cuando te vi en ese centro comercial besando a mi hermana. Y sí, mi sueño siempre ha sido ir a París, estudiar allí, pero nunca lo cumplí. ¿Fue porque no se lo dije a mis padres? Puede ser. ¿Porque preferí quedarme aquí con Meiko? Puedes apostar que sí. Porque, ¿sabes qué? Los sueños, a veces, cambian. Un día tienes uno y, al día siguiente, pasa algo que hace que lo cambies. ¿Te acuerdas del anterior? Por supuesto, porque ha formado parte de tu vida, pero no te arrepientes por no haberlo cumplido, porque lo cambiaste por algo mejor. Yo lo cambié por Variety Lake, porque este pueblo es mi vida, es el sitio en el que me gusta levantarme por las mañanas, es su gente. Son mis padres que, aunque no me gusten muchas cosas o no comparta ciertos aspectos de su forma de ser, me gusta esa cafetería, me gusta estar allí. Me gusta formar parte de algo. Y sí, también lo cambié por Meiko, porque la quiero con toda alma, y la elegí a ella. Y, ¿sabes qué? Que no me arrepiento.

¿Qué podía decir a eso? No tenía ni idea, solo podía mirarla. Siempre la había considerado una persona débil, pero, en realidad, el único débil era él. Aiko tenía razón. Los sueños cambiaban, él era el mejor ejemplo. Nunca entró en sus planes ser padre, y mucho menos a los veintidós años. Tampoco trabajar como agente inmobiliario. A él siempre le habían gustado los ordenadores y los números, pero su vida había cambiado y también sus sueños, y volvería a elegir lo nuevo antes que lo viejo sin dudarlo.

Retrocedió hasta sentarse de nuevo en el sofá. Estaba demasiado cansado para seguir de pie. Sobre todo, porque no sabía muy bien cómo estaba yendo la conversación con Aiko. ¿Se iba con ellos a Houston? ¿Estaba siendo demasiado egoísta por pedirselo?

Para la primera pregunta no tenía respuesta. Para la segunda, era un sí rotundo. Tenía que ser realista. Le estaba pidiendo demasiado, sin contar con que lo estaba haciendo todo al revés.

Tenía que hacerle caso a Liam; debía empezar a pedir ayuda. No quería marcharse a Houston, y tampoco quería obligar a Meiko y a Aiko a que se fueran con él. La había cagado y ya era hora de que empezara a solucionar los problemas.

Sintió un escalofrío cuando la sintió sentarse a su lado. Como él, parecía cansada.

—Siento mucho haberlo estropeado todo.

—Entiendes que no puedo irme contigo a Houston, ¿verdad? Te quiero, Tom. Pero, ahora mismo, no puedo pensar. Llevo veinticuatro horas sin dejar de hacerlo y no he llegado a ninguna conclusión. No quiero que te marches. Solo de pensarlo... —Aiko sollozó y a él el corazón casi se le paralizó. Se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros. Aiko se acurrucó contra su pecho—. Ahora mismo no puedo irme con vosotros. Tengo muchas cosas aquí que solucionar y...

—Lo sé, lo sé. Encontraré la manera de solucionar esto y de volver, te lo prometo. —La cogió de la cara y la miró a los ojos—. Te adoro. No eres la sustituta de nadie porque tú eres única y por eso eres genial. Todo el mundo debería besar el suelo que pisas y yo el primero. Eres mi beso prohibido, ¿recuerdas?

Aiko sonrió. Fue una sonrisa tan leve que parecía de mentira, pero a él le dio las alas suficientes para pensar que todo lo que pudiese venir después solo podía ser bueno.

Capítulo 38

Llevaba casi una hora mirando la pantalla del móvil. Más concretamente, el número que aparecía en ella. Un número que hacía muchos años que no marcaba.

Echó un vistazo a la puerta cerrada del cuarto de su hija, al contrato, que ya estaba arrugado de las veces que lo había estado leyendo, y marcó.

Contuvo la respiración hasta que escuchó su voz.

—¿Tom? —Si era sincero consigo mismo, no tenía muchas esperanzas en que le fuera a coger el teléfono.

—Hola, Suki.

El silencio se hizo el dueño de esa conversación durante varios segundos. Era normal. Si él estaba sorprendido y era el que había llamado, no quería imaginarse cómo estaría ella.

Ya no se acordaba de cómo era el timbre de su voz, pero le pareció entre extraño y familiar. Siempre pensó que, cuando volviera a hablar con ella, sería para gritarle. Para echarle en cara tantas cosas que acabaría quedándose afónico.

En ese momento, sin embargo, solo pensó que era Suki, la hermana de Aiko. Esa chica que una vez fue su amiga. La que fingía un millón de cosas tras las sonrisas.

—¿Va todo bien? —preguntó Suki por fin, rompiendo ese silencio—. ¿Le ha pasado algo a Meiko? ¿A Aiko?

Negó con la cabeza, aunque no pudiera verlo.

—Me han ofrecido un trabajo en Houston como director de una agencia inmobiliaria. —Silencio otra vez—. El negocio va mal desde hace tiempo y no sabía cómo arreglarlo, así que me ofrecieron este trabajo y he acabado aceptándolo. Nos marchamos a finales de este mes.

—Tom, yo...

—También quiero decirte que estoy enamorado de Aiko. —Ahora que había empezado a hablar, no quería parar—. Es dulce, atenta, cariñosa, lista, tiene un corazón que no le cabe en el pecho y se merece todo lo bonito que le pueda pasar. Todo el mundo sabe que no me la merezco, pero la adoro. Si pudiera pedir un deseo, sería poder hacerla feliz el resto de mi vida, y estoy dispuesto a intentarlo si ella me quiere y, no sé por qué, pero parece que lo hace.

Volvió a mirar el contrato y lo arrugó.

—Sé que para ella es importante tu bendición, y nunca te he pedido nada, Suki. En todos estos años, jamás te he pedido nada, pero ahora lo hago. Déjame querer a tu hermana, por favor. Deja —respiró hondo—, deja que forme parte de la vida de Meiko de una forma diferente hasta la de ahora.

No quería insinuar que Aiko iba a convertirse en la madre de Meiko. A pesar de todo, a pesar de la marcha de Suki, a pesar de lo enfadado que pudiera estar, ella siempre sería su madre, y eso era algo que nadie le podía quitar. Él podía verlo más o menos justo, pero así eran las cosas, y en cierto modo lo aceptaba. Tampoco quería que Suki desapareciera para siempre de la vida de Meiko. Que se hubiera perdido su infancia y ahora estuviera perdiéndose su inicio a la adolescencia era solo problema suyo, y sabía que con el tiempo se acabaría arrepintiéndose, pero también sabía que una niña siempre iba a terminar necesitando a su madre. Él lo sabía bien. Por

muy enfadado que estuviera con sus padres, seguía necesitando todos los días de su vida. Además, conocía a Aiko lo suficiente como para saber que jamás iba a ocupar el puesto de su hermana, aunque llevara haciéndolo ocho años.

Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo.

—No quiero que Aiko ocupe el lugar de nadie, no estoy diciendo eso, solo quiero...

—Sé lo que quieres —lo cortó. Hablaba serena, tranquila. La escuchó coger una gran bocanada de aire—. ¿Sabes? No me sorprende lo tuyo con Aiko. Creo que en el fondo siempre he sabido que mi hermana te merecía más que yo.

Eso lo descolocó. De hecho, iba predispuesto a luchar.

—Entonces, ¿no te opones?

—¿En la felicidad de mi hermana? Creo que ya lo he hecho bastante todos estos años.

Se dejó caer contra el respaldo de la silla. Sentía como si se hubiera deshecho de un gran peso. Volvió a mirar la puerta de la habitación de su hija.

—Es preciosa, Suki. No te puedes ni imaginar lo especial que es.

No hacía falta decir nombres. Sabía que Suki intuía de quién estaba hablando.

—Claro que puedo, si se parece a ti y a Aiko. —La escuchó sonreír, aunque era una sonrisa vacía, parecida a la resignación—. Lo he hecho todo mal, ¿verdad?

—Creo que podrías haberlo hecho mejor.

Volvió a reír, y esta vez él lo hizo con ella.

—Soy un desastre de persona. Nunca quise haceros daño. A nadie.

No la había llamado para eso, pero ya que estaban, sabía que en el fondo era algo que necesitaban. Los dos.

—¿Sabes? Sé que dices la verdad, aunque eso no evite que esté enfadado contigo.

—No te pongas borde conmigo, Dunphy, o no te doy mi bendición.

Puso los ojos en blanco. En esa frase había un pequeño resquicio de la chica que conoció con ocho años.

—Entonces, ¿te vas a Houston? ¿Se va a marchar Aiko contigo?

Volvió a coger el contrato. Ahí estaba una de las razones por las que lo había llamado.

—No quiero irme a Houston, y uno de los motivos es porque sé que, al final, Aiko se vendría con nosotros, y eso la haría muy infeliz. Por no hablar de Meiko. Estoy seguro de que dejaría de hablarme. —Ambos rieron, y eso lo puso feliz. Odiaba estar enfadado y llevaba muchos años dejando que ese sentimiento lo consumiera, aunque se esforzase por ocultarlo—. Por eso te llamo, porque quiero decirte que voy a utilizar el dinero que me has estado enviando todos estos años. Sé que es un dinero destinado a Meiko, pero tengo deudas que pagar, entre otras cosas, y necesito acceder a él.

—Tom.

—Espera, que ya termino. Que lo repondré. Que, en cuanto vuelva a centrar mi vida laboral, repondré ese dinero, pero quería informarte.

—Vale, de acuerdo. ¿Algo más?

—No. Ya puedes decir lo que quieras.

—Genial. Porque solo quiero decirte que no te he estado enviando ningún dinero, Tom. Yo no he sido.

Entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas y la cabeza comenzó a darle vueltas. Se levantó de la silla y fue en busca de su ordenador.

—Sí que lo has hecho, todos los meses desde que —carraspeó—, bueno, pues eso, desde que te fuiste. Puntual como un reloj.

Se sentó en el suelo y encendió el ordenador. Estaba tan impaciente por abrirlo y acceder a esa cuenta que tenía prohibida que no se molestó en buscar una mesa ni una silla en la que sentarse.

—Soy un desastre. Si no tengo ni dinero para mí... —Suki seguía hablando, pero él la escuchaba a medias. Accedió al banco, puso las claves y lo vio. El dinero. Saludándolo.

—Suki, lo tengo justo delante. Lo estoy viendo.

—Tom, te estoy diciendo que yo no he sido. Mierda, si llevo siete años pidiéndole dinero a mi hermana. Soy patética.

Sintió como si le dieran un golpe en la cabeza con un mazo. Los engranajes de su cabeza comenzaron a moverse tan rápido que lo marearon.

«¿Para qué narices crees que existe la familia? Está para ayudarse, para apoyarse. Está para socorrer al otro cuando te necesita».

No podía ser, aunque, ¿a quién quería engañar? Volvió a mirar el dinero; claro que podía ser. Llevaba el sello de Aiko por todas partes. Y no solo lo había ayudado a él. Aiko llevaba todos estos años enviándole dinero también a su hermana.

Quería enfadarse con ella. Recriminarle eso de la confianza; le había echado en cara que no le contara lo de Catherine y su trabajo. Sin embargo, solo podía sonreír y quererla más y más fuerte. Si alguien podía hacer eso, solo era Aiko.

Miró el teléfono. Tenía aún que hablar con otra persona, pero todavía le quedaba una última cosa que decirle a Suki.

—Suki.

La oyó suspirar.

—No lo digas.

—Es hora de que vuelvas a casa. —Tras escucharla maldecir, colgó, pero no soltó el móvil. Se fue a los mensajes y escribió.

Tom:

Mañana me pasaré por tu despacho.
Quiero que le echés un vistazo a un contrato.

Nikolay:

Ya era hora.

Capítulo 39

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que se había equivocado ese día sirviéndole a la gente cosas que no había pedido, o las veces que se le había salido el café mientras lo preparaba, o la cantidad de galletas que había quemado. Pero todo era por culpa de su cabeza, que no paraba de pensar.

Resopló.

Odiaba la tenacilla que le cubría el pelo. Le estaba dando muchísimo calor. Menos mal que era casi la hora del cierre y podía marcharse ya. Solo quería gritar, y sabía que hacerlo en la cafetería, delante de sus padres y de un montón de clientes no era buena idea.

¿Cómo había cambiado tanto su vida en tan pocos días? Y sus amigas se quejaban de cómo habían cambiado las suyas. Buffy iba a tener razón y eran todas unas melodramáticas.

Apoyó las manos en la nevera y soltó otro resoplido.

Houston.

Tom y Meiko se iban a Houston, Tom le había pedido que se fuera con él y ella le había dicho que no, y se arrepentía. Claro que quería irse con él. Claro que quería ese nosotros. Quería a Tom y a Meiko con todo su corazón, y los ojos de Tom el día anterior, mientras la miraba, solo le habían demostrado que él también la quería a ella.

¿Quería dejar Variety Lake? No. Lo que le había dicho a Tom era verdad. Sus sueños habían cambiado. Era cierto que hubo un tiempo en el que viajar a París era lo que más quería en el mundo, y una parte de su corazón seguía anhelando eso, sobre todo tras ver a Ryan, pero amaba Variety Lake. Le gustaba vivir ahí. Quería hacer miles de cambios en esa cafetería, pero le gustaba. ¿Y sus amigas? Eran su familia. No se imaginaba estar lejos de ellas. No ver a Ethan convertirse en un hombrecito o perderse el nacimiento de Dimitri. Tener que verlas cada muchos meses o hacer los sábados de margaritas por videollamada.

No quería nada de eso, pero, lo que menos quería era tener que separarse de Tom y Meiko. Pensar en cualquiera de las anteriores posibilidades la entristecía y le oprimía el corazón. Pensar en no ver o estar con Tom y Meiko cada día la desgarraba por dentro.

Entonces, ¿por qué no corría hacia casa de Tom y se lo decía?

Porque Tom había dicho algo la otra noche que era cierto; sus padres. Su discurso de los sueños había estado muy bien, y eran ciertos, pero no podía ser hipócrita. Siempre había sentido que ser la hija buena era su responsabilidad y que quedarse en ese pueblo, en esa cafetería, suplantando a Suki, era su deber.

—¿Ya has limpiado aquí? —la pregunta de su padre, a su espalda, la sobresaltó. Se apartó de la nevera y se dio la vuelta.

Su padre era imponente y tenía una mirada que conseguía que hasta el ser más frío se rindiera a él. Y le costaba tanto sonreír que cuando era niña anotaba en un diario las veces en las que lo hacía. Aun así, jamás le había gritado u ofendido de ninguna manera. Siempre había creído en ella y en lo mucho que valía. La había cuidado y le había enseñado unos valores de amor, respeto y confianza.

Se limpió las manos en el delantal.

—Estaba a punto de ponerme a ello.

—Hoy has estado un poco despistada.

Se quitó por fin la redecilla y se despeinó el pelo que llevaba pegado a la frente.

—Sí, lo siento. Llevo un par de días durmiendo mal. Será algún virus que he pillado.

—¿Uno llamado Tom? —Abrió los ojos y la boca sorprendida, pero la cerró rápido.

—¿Cómo?

Su padre dio un paso al frente y se cruzó de brazos.

—Llevas toda la vida enamorada de ese chico. —Se llevó una mano al pecho y se apoyó en la nevera—. Que tu madre y yo nos hagamos los tontos no significa que lo seamos.

—¿Mamá?

Empezaba a darle vueltas la habitación. No sabía bien qué decir. No era así como quería contárselo a sus padres, pero parecía que no le quedaba otra opción.

Volvió a pasarse otra mano por el pelo al tiempo que cogía aire y lo soltaba poco a poco.

—Tienes razón, papá. Lo quiero y él también me quiere a mí.

Su padre sacudió la cabeza y se pinzó el puente la nariz.

—De entre todos los chicos que hay en el mundo tenías que enamorarte del novio de tu hermana.

—Eso no es del todo cierto, papá. —Tanto Aiko como Haru se giraron de golpe hacia la puerta que conectaba la cocina con la cafetería. Suki estaba en el umbral.

Su hermana.

Esa que se había marchado hacía siete años. Ya no era morena, ahora tenía el pelo color chocolate y las puntas color morado. Llevaba puestos unos vaqueros rotos y una camiseta de un grupo de música que no conocía. Parecía otra persona, pero sus ojos eran los mismos, y la estaban mirando muy fijamente.

—Suki, ¿eres tú?

—Hola, hermanita. —Se volvió hacia Haru—. Hola, papá.

Miró a su padre. Este estaba tan inmóvil que parecía una estatua. Y los ojos, que eran iguales a los de sus dos hijas, estaban oscuros, brillantes, y los había entrecerrado hasta que no eran más que dos finas líneas. Dos líneas que denotaban que estaba enfadado.

Volvió a mirar a su hermana. Los suyos también brillaban, pero no de enfado, sino por las lágrimas que estaba conteniendo y que intentaba disimular a través de una sonrisa.

Carraspeó, tanto para aclararse la garganta como para liberar la tensión que de repente se había adueñado del espacio, y preguntó:

—¿Qué haces aquí? —Su hermana ensanchó un poco más la sonrisa. Se la veía muy nerviosa.

—Creo que ya es hora de volver a casa.

—No eres bienvenida.

—¡Papá! —gritó Aiko, horrorizada. Lo miró, pero este no la miraba a ella. Tenía la mirada fija en su hija mayor.

—No te preocupes, Aiko. Lo entiendo. Me lo merezco. —Suki negó con la cabeza, como quitándole importancia, aunque podía verse el dolor en su mirada.

Ella misma estaba dolida con su hermana, y resentida, y un millón de adjetivos más, pero lo que acababa de decirle su padre... No se lo merecía. ¿O sí? A fin de cuenta, para ella, Suki era su hermana, pero, para sus padres, era su hija. Una que había desaparecido de repente, sin despedirse de ellos, sin avisar, y de la que no habían sabido nada en siete años.

—Papá, ¿por qué no escuchamos lo que tiene que decir? —suspiró aliviada cuando vio que su padre no decía nada. Tampoco se movía, seguía quieto como una estatua. Algo era algo.

La mirada de Suki se cruzó con la suya y pudo ver apreciación en ella. Con un movimiento de cabeza la animó a hablar.

La vio coger aire.

—Primero de todo, os debo una disculpa. A todos. —Suki echó un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está mamá?

—Ha ido a comprar. Volverá enseguida —se apresuró a decir Aiko. El corazón le latía muy rápido.

Suki asintió.

—Siento mucho haberme ido como lo hice. No tengo justificación alguna, lo sé, pero estaba muy perdida. No terminaba de encontrarme y sentía que me ahogaba. Era muy infeliz y quedándome aquí solo iba a conseguir haceros infelices a todos. —A Aiko se le rompió el corazón cuando vio cómo a Suki empezaba a temblarle la barbilla y cómo las lágrimas se adueñaban por completo de sus ojos.

Miró a su padre de reojo.

Seguía impertérrito, pero le pareció ver un pequeño atisbo de resquebrajamiento en esos ojos oscuros y enfadados.

—He venido —continuó diciendo Suki— porque alguien me ha dicho que era hora de regresar a casa, y tiene razón. —Aiko miró a Suki confundida cuando esta se acercó hasta ella y le acarició con cariño la mejilla. Fue entonces, cuando su hermana le quitó una lágrima, que se dio cuenta de que ella también estaba llorando—. Perdóname, Aiko. Perdóname por haber sido una egoísta contigo todos estos años. No conozco a una persona que se merezca más que tú ser feliz, y déjame decirte que te quiere. Ese chico está loco por ti, hermanita. Tú te has llevado a uno de los buenos, pero él se ha llevado a la mejor.

Un sollozo se escapó de lo más hondo de su pecho. Estaba hablando de Tom, pero ¿cómo podía haberse enterado de lo que estaba pasando?

Su hermana, como si acabara de leerle la mente, soltó una pequeña risita por lo bajo y se sacó el móvil del bolsillo.

—Me llamó hace un par de días para pedirme mi beneplácito. Para decirme que te quiere y que se marcha a Houston.

—¿Cómo que Tom se marcha a Houston? —Se había olvidado de su padre. Parecía que las palabras de Suki lo habían hecho reaccionar. Seguía pareciendo una estatua, pero, al menos, parpadeaba y hablaba.

Sintió el calor quemándola entera al ver esas dos rendijas dirigiéndose hacia ella.

—¿Te marchas a Houston?

Su primer instinto fue negar con la cabeza, pero se contuvo. No quería marcharse, pero sí que quería estar con Tom y con Meiko. Sí que quería ese más que Tom le había dicho. Ese nosotros.

Se tragó como pudo el nudo que le oprimía la garganta y acabó asintiendo.

—Sí. —Su padre dio un paso atrás, asombrado. Parecía que alguien acabase de darle un empujón.

Aiko intentó acercarse a él, pero este levantó una mano en el aire, impidiéndoselo. Alternó la mirada de una hija a la otra y soltó un suspiro trémulo y cargado de resentimiento.

A Aiko el corazón se le terminó de romper del todo.

—Papá, por favor.

—Ahora no puedo con esto, Aiko. —Se volvió hacia Suki—. Tampoco contigo. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras que lo conducían a su casa. Las miró a ambas por encima del hombro—. Os pido por favor que os marchéis antes de que venga vuestra madre. Necesito

contarte tranquilamente que tú has vuelto y que tú te marchas.

No esperó a que ninguna de las dos dijese nada. Haru Tanaka desapareció escaleras arriba y dejó a sus hijas ahí, solas, en la cocina.

Aiko se sujetó la barriga con los brazos y empezó a hacer respiraciones profundas. No era así como tenía pensado que acabase todo. No era así como Tom y ella querían contarles a sus padres lo suyo. No quería hacer enfadar a su padre. No quería que volviera a mirarla como acababa de hacerlo.

—Aiko, mírame. —Suki la cogió por los hombros, pero se soltó de su agarre y anduvo hacia las escaleras.

—Necesito hablar con él.

Suki la cogió del brazo.

—No. Para y escúchame.

—Tiene que escucharme.

—Aiko, por favor. —Se detuvo. Respiró hondo y levantó la cabeza. Su mirada se encontró con la de su hermana—. Se le pasará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te quiere muchísimo.

—A ti también te quiere, lo sé, y... —«Y no te puede ni mirar a la cara». Se mordió la lengua. No lo dijo, pero su hermana pudo leerlo en sus ojos. La cogió de las manos y le dio un suave apretón—. Tú no eres yo. Yo desaparecí por la noche sin decírselo a nadie. Yo me desentendí del negocio, ese al que le pusieron mi nombre porque, como hija mayor, me correspondía a mí heredar. Yo he estado todos estos años sin llamarlos por teléfono. Yo he sido la que abandonó a su hija —sonrió con tristeza—. Tú no has hecho nada de eso, Aiko, ni lo ibas a hacer, y él lo sabe. Está así por mi culpa, por mi regreso, pero te entenderá y te apoyará porque en el fondo sabe que elegir a Tom y a Meiko es lo que tienes que hacer.

Elecciones. Ella no quería elegir, pero lo había hecho, y no se arrepentía, aunque esperaba que su hermana tuviera razón.

Miró de nuevo las escaleras y luego hizo lo que le había estado pidiendo el cuerpo desde que había visto entrar a Suki. La abrazó. Se empapó de ella, de su olor, de su cuerpo. La abrazó tan fuerte como pudo. Estaba muy enfadada con ella, y todavía tenían una conversación pendiente, pero la había echado tanto de menos.

Suki no escatimó en demostrar cuánto la había echado ella también de menos. Apretujó a su hermana pequeña contra su pecho hasta casi fundirse en una sola. Y lloraron. Entre sollozos y espasmos, las dos dejaron ir los nervios y la tristeza que sentían.

Cuando se calmaron, Suki se apartó lo justo para poder mirar a Aiko a la cara y le guiñó un ojo.

—Creo que es hora de que vayas a buscar a alguien.

Capítulo 40

Tiró los dados y movió ficha. Lo hizo con un ojo puesto en el tablero y el otro en la puerta.

Estaban tardando mucho. ¿Y si la conversación había ido mal? No tendría que haberle hecho caso a Suki. Tendría que haberle hecho caso a su instinto y haber ido con ella a la cafetería para hablar con Haru y Chihiro. Explicarles él cuánto quería a su hija. A la pequeña. A la mayor también, pero de una forma totalmente distinta.

Suspiró y se frotó la cara. Iban a matarlo.

Haru y Chihiro Tanaka eran conservadores y un tanto estrictos y rectos. Ya pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron del embarazo de Suki, así que no podía ni imaginarse cómo se habrían puesto al enterarse de que el mismo tío que había dejado embarazada a su hija mayor tenía pensado vivir con la pequeña el resto de su vida.

Meiko chasqueó los dedos frente a su cara, haciéndolo reaccionar. Parpadeó y enfocó la vista al frente. Menos mal que tenía a su hija de su parte. Había sido esa misma mañana, mientras desayunaban, cuando había decidido sincerarse con ella con respecto a Aiko. Cuando le había contado que la quería y que esperaba ser mucho más que una simple amiga. Que esperaba que, algún día, viviera en esa casa o donde fuera con ellos, como una familia. Si entendía lo que le estaba queriendo decir.

Al principio, se había acojonado un poco, pues le pequeña se había quedado con la cuchara a rebosar de cereales a medio camino de la boca y mirándolo como si le acabasen de salir cuernos en la frente. Pero, enseguida, había gritado emocionada, lanzando esa misma cuchara y todo su contenido por los aires, y abrazándolo entre risas y lágrimas.

—¿Estás enamorado de la tía Aiko? —le había preguntado. Él le había apartado un mechón de pelo de la frente y había asentido, sonriente.

—Muchísimo. —Meiko también había sonreído, enseñándole esa boca medio desdentada que tenía, y había vuelto a abrazarlo.

—Yo también estoy enamorada de ella, papá. Espero que ella también lo esté de nosotros.

Después de eso, lo había obligado a contarle cómo había sido su primer beso y lo había reñido por no haberse arrodillado para pedirle que se casara con él. Tom había intentado explicarle que las relaciones de adultos eran un poco más complicadas que eso, a lo que ella había contestado que lo que pasa es que son aburridas y que los adultos se comían mucho la cabeza sobre cosas que podrían ser más sencillas.

No podía no darle la razón.

Meiko movió su cubilete.

—Estás en babia, papá. Has tirado los dados, pero no has movido.

Estaba en babia y nervioso, las dos cosas.

Movió justo en el momento en el que llamaron a la puerta. Se levantó de un salto y miró a Meiko. Esta soltó una risita por lo bajo, en un gesto de lo más pillina, y lo alentó a que anduviera con un movimiento de la mano.

—Ve a abrir, anda.

Dio un paso, pero se detuvo. Se giró.

—¿Estoy guapo? —Meiko puso los ojos en blanco. Después, lo miró de arriba abajo y suspiró.
—Te he vestido yo, papá. Claro que estás guapo.

Durante su charla mañanera, le había explicado —si todo iba bien, pero él apostaba que sí—, que Aiko iría esa tarde a su casa a hablar con él y que él iba a explicarle cuánto la quería, por lo que Meiko había sacado su vena artística y lo había obligado a cambiarse de ropa y a ponerse elegante. Así que ahí estaba, hecho un pincel con sus pantalones caquis color beige y su camisa azul marino, cruzando los dedos para que la persona que acababa de llamar fuese Aiko y no Haru con un machete.

Tragó saliva con fuerza.

Esa posibilidad no se le había ocurrido hasta ese momento.

—¡Papa, venga! No querrás hacerla esperar.

Negó con la cabeza y se mordió el interior de la mejilla.

—Tienes razón. Deséame suerte.

—Ella también te quiere. No necesitas suerte.

Ojalá tuviera razón. No había estado más nervioso en toda su vida.

Mientras andaba, sentía que sus piernas se movían como un suflé recién hecho, por no hablar de cómo sudaba. Tendría que haberse puesto una camisa de un color más claro.

Al llegar a la puerta, cogió todo el aire que pudo y abrió. Este se le quedó atascado en el pecho en cuanto se encontró a Aiko al otro lado. Todavía llevaba el delantal de la cafetería puesto y, como siempre, harina en las mejillas, pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, rojos. Había llorado.

El alma se le cayó a los pies. Dio un paso al frente y la cogió de las mejillas. Se las acarició con los pulgares y le sonrió, intentando así que no se notara el nudo que tenía atascado en la garganta.

—Lo arreglaré, encontraré la forma. Todo se solucionará. Sea lo que sea lo que haya pasado, te juro que lo solucionaré.

Aiko se pinzó el labio y levantó la mano hasta posar la palma sobre un lado de su cabeza. Tom cerró los ojos. Nunca se acostumbraría a sus caricias ni al cosquilleo que lo recorría entero cuando lo tocaba.

—Suki ha vuelto a casa.

Soltó un suspiro al tiempo que abría los ojos.

—Lo sé.

—Por lo visto, está encantada con ser tu cuñada. —Aiko le acarició la barbilla con las yemas de los dedos—. Creía que se lo diríamos juntos.

—Necesitaba que volviera a casa.

—¿Por ti o por mí?

—Por todos. Creo que hace años que tendría que haberla llamado. —Tom la besó en la frente. Gruñó al apartarse—. Por cierto, creo que tenemos que hablar de cierto dinero que me ha estado llegando durante estos últimos años. ¿Tú sabes algo?

Aiko palideció. Abrió la boca un par de veces hasta que al final no pudo hacer otra cosa que suspirar, resignada.

—Necesitabas ayuda. Si te lo hubiera ofrecido sin más no lo habrías cogido.

—¿Sabes lo que creo? Que tenemos que trabajar un poco más eso de la confianza. Hacemos aguas en ese campo, Tanaka. —Aiko rio y apoyó la frente en su pecho. Seguro que podía oír cómo le iba el corazón de rápido—. Voy a usar ese dinero para pagar una serie de deudas que tengo y luego venderé el local. Ya me ha salido comprador.

Aiko levantó la cabeza, sorprendida.

—¿Cómo que te ha salido comprador?

—Nikolay necesita un sitio donde montar su nuevo bufete. Dice que mi despacho es perfecto porque está cerca del local donde venden el mejor café de Variety Lake y lo suficientemente lejos del hostel y, por tanto, de Buffy.

Aiko soltó una carcajada.

—Nikolay no ha dicho eso de Buffy.

Tom se encogió de hombros.

—No lo dijo, pero lo pensó. Lo vi en sus ojos. —Aiko chasqueó la lengua contra el paladar y volvió a apoyar la mejilla en su pecho. Tom subió la mano hasta su pelo y enredó los dedos en él —. Lo del mejor café de Variety Lake me refería a Suki's.

—Lo he supuesto.

—Básicamente, porque es verdad.

—Exacto.

Se quedaron unos segundos ahí parados, medio abrazados, en silencio. Tom tomó nota mental de ir luego más tarde con Meiko a alguna heladería a comprarle el helado más grande de todos. Si fuera él, ya habría salido hacía rato a ver qué pasaba.

Hablando de Meiko...

—Tengo que decirte dos cosas más. —Aiko intentó apartarse, pero él la sostuvo contra su pecho—. No te apartes.

—Vale.

Cogió aire.

—La primera es que Meiko está en casa y sabe lo nuestro. Se lo conté esta mañana. Y, antes de que digas nada, quiero que sepas que está encantada. Le he dicho que estoy enamorado de ti y me ha dicho que ella también. Solo se pregunta si tú lo estás de nosotros. —Esta vez, cuando se apartó, Tom la dejó. Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Lo estás? ¿Estás enamorada de nosotros?

Aiko se mordió el labio inferior.

—Mucho.

—Menos mal, porque le he dicho que seremos una familia a partir de ahora, los tres. También me ha reñido por no haberme arrodillado en el suelo para pedirte matrimonio.

La morena sacudió la cabeza, divertida, y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Creo que eso podemos dejarlo para otro momento. Primero deberíamos averiguar dónde vamos a vivir cuando lleguemos a Houston.

Si no fuera porque tenía otra cosa que contarle, la besaría hasta dejarla seca.

La cogió de las manos.

—Sobre eso, tengo que decirte que ya no será necesario.

—¿No quieres que vaya?

—No, no vamos a ir ninguno. Nikolay ha hecho una de sus mierdas de abogado y ha cancelado el contrato. Me quedo. Eso sí, no creo que Catherine esté dispuesta a ofrecerme un trabajo nunca más.

—¡Oh, Dios mío! —Aiko se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar de nuevo—. ¿No te vas a Houston?

—No nos vamos nadie de aquí. Bueno, eso no es del todo cierto, porque creo que podríamos hacer un viaje a...

No pudo seguir hablando. Aiko lo cogió de la nuca y lo besó. Fue un beso duro, cargado de

significado. De esos que están a un nivel superior. Se apartaron, se sonrieron, y volvieron a besarse. Por todos esos días que llevaban sin hacerlo. O, más bien, los años.

Se besaron por todas las promesas y todas las cosas que estaban por venir. Juntos. Con ese nosotros.

Tom se apartó y le acarició el labio inferior con el dedo.

—¿Sabes? Nunca creí que un beso prohibido pudiera saber tan bien. —Aiko se puso de puntillas.

—Cállate, Dunphy.

Tras besarse un rato más, y abrazarse mucho, por fin entraron en casa y fueron directos al comedor. Meiko los esperaba impaciente. En cuanto vio a Aiko aparecer de la mano de su padre, gritó entusiasmada y fue corriendo a su encuentro. Se aferró a su cuello con fuerza y Aiko hizo lo mismo con su cintura.

—Me encanta que seas la novia de papá.

—Y a mí.

Tía y sobrina se rieron, aunque no se soltaron.

Tom se quedó a un lado, de pie, mirándolas. Preguntándose qué había hecho para tener tanta suerte. No tenía ni idea, pero, desde luego, no pensaba quejarse. Al contrario. Lucharía porque las dos siempre sonrieran como lo estaban haciendo en ese momento.

Epílogo

Corrían tan rápido que sentía que el corazón estaba a punto de salirse por la boca. El pobre Tom tenía que arrastrar con ella, pero que se aguantase. Estaban llegando tarde por su culpa, y es que si no se hubiese empeñado en prepararle ese baño con sales y en hacerle todas esas cosas en esa misma bañera y después en la cama, no se habrían perdido el nacimiento de Dimitri.

Llegaron a la puerta del hospital y pararon en seco antes de que se estampasen contra las puertas de cristal. Estas se abrieron y entraron jadeantes y sudados.

—Buffy nos va a matar —murmuró Aiko casi sin aliento y con la mano en el pecho.

Tom le dio un apretón cariñoso en la mano y un beso en la frente.

—Le diré que ha sido culpa mía.

—Más te vale, porque lo ha sido.

Tom la miró de reojo y le sonrió con picardía.

—No te he oído quejarte ni un momento. —Totalmente cierto, aunque eso no impidió que lo mandase callar y que las mejillas se le tiñesen un poco de rojo.

—¡Chicos! —escucharon gritar a alguien a lo lejos. Miraron hacia el fondo y vieron a Zoe y a Liam, junto a la máquina expendedora, que los llamaban con la mano en alto. Fueron hasta ellos y se saludaron los cuatro con besos y abrazos.

—¿Ya ha nacido? —preguntó una sonriente Aiko.

Zoe se llevó el café que acababa de prepararse a los labios y asintió con una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—Hace media hora.

—¡Y me lo he perdido! ¿Habéis podido verlo?

—Qué va. Salió Nikolay a decírnoslo y se volvió corriendo con ellos. Nos dijo que cuando la subieran a planta nos avisaría.

Aiko resopló, haciendo volar su flequillo, y se abanicó los ojos con las manos. Sentía que tenía ganas de llorar.

—¿Dónde están los demás? —preguntó una vez se dio cuenta de que en esa sala de espera solo estaban ellos cuatro.

—La madre de Buffy está cerrando el hostal. Ha sido todo tan rápido que a la pobre mujer no le ha dado tiempo a organizarse. Cam y Timmy no han podido venir porque justo su avión salía esta mañana.

—¿Se iban hoy? Yo creía que era la semana que viene.

—Sí. Han tenido que adelantar el vuelo a Los Ángeles porque la chica se ha puesto de parto.

Zoe y Aiko se cogieron del brazo y se apartaron hasta sentarse en una de las butacas. Entre que seguía faltándole el aliento por la carrera que se habían dado y la emoción por el nacimiento del hijo de Buffy y Nikolay y del de Timmy y Cameron, sentía que las piernas iban a fallarle en cualquier momento.

Sacó el móvil del bolsillo y le envió un mensaje a la feliz pareja. Se alegraba muchísimo por ellos. No les había resultado fácil el tema de la adopción, pero al final lo habían conseguido. Una chica de Tennessee había visto su ficha y, como ella mismo les dijo al llamarlos por teléfono,

solo por la sonrisa que transmitían en la foto sabía que serían unos buenos padres para sus hijos. Y ahí estaban, mes y medio después rumbo a Nashville para recoger a su hijo. Aún tardarían un tiempo en volver, pues había mucho que hacer antes de poder ir con su hijo a casa, pero ella ya se moría por conocer al pequeño y achucharlo. Sería el mejor compañero de juegos de Dimitri.

—¿Y Meadow y Duncan? —preguntó Tom tras tomar asiento junto a Aiko. La cogió de la mano y le dio un beso en la palma.

Desde que habían formalizado lo suyo, el moreno no escatimaba en muestras de afecto y cariño hacia ella, tanto en público como en privado. Según le había dicho, era mucho lo que tenía que recuperar.

Liam, que era el único que seguía de pie, sonrió y señaló un punto por encima de sus cabezas.

—Entrando por la puerta. Supongo que llegan tarde por la misma razón que vosotros. —Los tres se giraron y no tardaron en darse cuenta de a qué se refería el veterinario. La pareja llegaba corriendo, sudorosos y jadeantes. Sin contar con que Meadow llevaba la camiseta del revés y Duncan mal abrochada la camisa.

—Por lo menos yo voy bien vestida —murmuró Aiko. Zoe la miró de reojo.

—Y con un bonito chupetón en el cuello. —Aiko se tapó esa parte del cuello con la mano y miró a su amiga.

—¿Lo dices en serio? —Esta se rio y se llevó el vaso de café a la boca para darle un último sorbo. Se giró hacia su novio, que se aguantaba la risa—. Ni se te ocurra reírte. Te dije que no volvieses a dejarme un chupetón en el cuello.

Tom se acercó y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Lo intentaré. —Aiko puso los ojos en blanco.

—Mira que eres tonto, Dunphy. —Intentó sonar seria, aunque la sonrisa bobalicona que tenía en la cara la delataba.

No se reconocía. Se sentía una nueva Aiko. Una con mucha más vida. Seguía pesando sobre ella una pequeña nube gris que eran sus padres. No es que no aceptaran a Tom, pero seguían siendo reticentes a que, de todos los hombres que había en el mundo, tuviese que ser él. Pero adoraban a Meiko, y eso compensaba todo lo demás. Además, tal y como Suki había prometido, se había quedado. Se había puesto con ellos a trabajar en Suki's y, lo más importante, se estaba esforzando al máximo por tener, por lo menos, el respeto de Meiko. Esta no es que se lo estuviese poniendo muy fácil. Tom y ella se dieron cuenta de que los niños no son tontos y que se dan cuenta de todo, y Meiko era consciente del abandono que había sufrido por parte de su madre. Por eso, ninguno de los tres la presionaba, y Suki era bastante respetuosa al respecto. Iban al ritmo que la pequeña marcaba, y lo llevaban bien.

Las situaciones, cuando las fuerzas, no suelen salir bien.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó Meadow.

—Todo —contestaron los cuatro a la vez, y rompieron a reír.

Justo en ese momento, la puerta que conectaba la sala de espera con el pasillo que conducía a los paritorios se abrió y un radiante Nikolay apareció por ella. Iba vestido con vaqueros y una camiseta blanca que nada tenía que ver con la pinta de serio con la que llegó al pueblo. Sobre todo, porque todavía llevaba sobre la cabeza el gorro verde que te ponías para entrar en la sala de operaciones.

Los seis se tiraron a sus brazos y le dieron la enhorabuena. Nada más el recién estrenado padre anunció que Buffy ya estaba en la habitación y que podían ir a verla, las tres amigas lo abandonaron todo y subieron tan rápido como pudieron, olvidándose de los hombres que las seguían entre risas.

El mundo se paró para las cuatro en cuanto abrieron la puerta de la habitación; una sonriente y llorosa Buffy sostenía entre sus brazos un ser diminuto de pelo negro que mamaba del pecho de su madre mientras que con una de sus manitas se agarraba a su dedo.

—Buffy... —susurró Zoe. Aiko era incapaz de articular palabra. La emoción que sentía no le dejaba decir nada coherente, solo balbucear, así que optó por cerrar la boca y aferrarse con fuerza a la mano de Meadow, que parecía sentirse igual que ella.

—Chicas, os presento a Dimitri. —Buffy sonrió y sorbió por la nariz. Meadow, Zoe y Aiko cerraron la puerta con cuidado, pues no querían que entrase nadie, ni el padre de la criatura, y se acercaron donde estaban madre e hijo.

Puede que fuese la propia Buffy la que empezase, o tal vez lo hiciese Aiko, que era la más llorona de todas. Sea como fuere, en esa habitación de hospital cuatro mujeres lloraban de absoluta felicidad. Cuatro mujeres que se agarraban las manos las unas a las otras y reían mientras se daban cuenta, cada una a su manera, de cómo la vida te podía cambiar en cuestión de segundos. Que estaba bien planificarla, pero esta te sorprendía de formas tan distintas que tenías que estar preparada para recibir esos cambios con los brazos abiertos.

Y es que, quién le iba a decir a esa pelirroja con la cara llena de pecas y sonrisa eterna que volvería a casarse, cuando ella siempre creyó que su destino era estar con Ethan y Matthew. Que, la única vez que se arriesgaría, lo conocería a él. A Duncan.

Quién le iba a decir a la mujer de hielo, a la que juró que jamás tendría pareja y que los niños no eran para ella, que terminaría enamorada de un ser tan pequeño que le cabía en la palma de la mano. Y de su padre, claro.

Quién le iba a decir a Zoe, a la amante de las flores y la que se creía tan valiente, que acabaría cumpliendo esa promesa que se hizo con su vecino hacía tantas lunas en las que se prometieron que, si cuando ella cumpliera treinta ninguno estaba con pareja, se casarían.

Quién le iba a decir a ella que ese chico del que llevaba tantos años enamorada, ese que llevaba la palabra prohibición escrita en la frente, sería su final feliz.

Porque, cuando unes a dos amigos, los mezclas con mucho cariño y le sumas una dosis de confianza, ¿qué puede salir mal?

Que te enamores.

Agradecimientos

Mi serie un beso ha llegado a su fin y tengo sentimientos encontrados. Por supuesto, estoy feliz porque tenía muchas ganas de contaros la historia de Aiko y Tom. Como bien indica su beso, su historia de amor es prohibida, diferente y especial, como ellos. Y, por otra parte, estoy triste porque estas cuatro chicas me han acompañado durante tanto tiempo que ya son parte de mí y me cuesta desprenderme de ellas. Las voy a echar muchísimo de menos.

Meadow, Buffy, Zoe y Aiko han recorrido mucho camino hasta llegar hasta aquí. Empezaron con la autopublicación, después pasaron a Grijalbo y, al final, han vuelto al sitio donde todo empezó. Donde las conocisteis por primera vez. No puedo estar más contenta y orgullosa de ellas. Espero, de verdad, que guardéis estos libros con cariño y mimo. Cuando escribí «Un beso inesperado» dije que lo hacía con el único objetivo de haceros sonreír. Eso no ha cambiado y espero haberlo conseguido.

Esto son los agradecimientos, así que vamos a ellos.

A las primeras que tengo que agradecerles algo es a ellas; a mi rubia, a mi pelirroja, a mi chica del pelo rosa y a mi morena. Gracias infinitas por dejar que mi imaginación volase tan alto.

A mi familia por el apoyo, la comprensión y la paciencia. Por decirme que podía conseguir todo lo que me propusiera y por ser el hombro que tanto he necesitado.

A mis compañeras de Penguin Enamora por apoyarme en todo el camino y creer siempre en mí.

A mis chicas del club de lectura por ser como Aiko; esa luz que brilla en la oscuridad.

A Helena, Emma, Adriana, Laure, Cami, Pilar y Miriam por ser mis amigas. Parece una palabra muy simple, pero es enorme.

Pero, sobre todo, a ti por leerme, venga de donde venga el libro. Por enamorarte de mis locuras y por seguir apostando por mí.

Nos vemos en la siguiente historia. Tenéis Patricia Bonet para rato.